ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACION

PARA 1879,

ESCRITO POR LOS SEÑORES

BALAGUER (D. Victor), BLASCO (D. Eusebio), CAMPILLO (D. Narciso),
CASTRO Y SERRANO (D. José), COELLO (D. Cárlos),
DIAZ DE BENJUMEA (D. Nicolas), FERNANDEZ BREMON (D. José), FERNANDEZ DE LOS RIOS (D. Ángel),
FERNANDEZ DURO (D. Cesáreo), FERNANDEZ FLOREZ (D. Isidoro), MONREAL (D. Julio),
NUÑEZ DE ARCE (D. Gaspar),
PEREZ ECHEVARRÍA (D. Francisco), REINA (D. Manuel),
REVILLA (D. Manuel de la), ROSSELL (D. Cayetano), RUIZ AGUILERA (D. Ventura), SELGAS (D. José),
TRUEBA (D. Antonio), VALERA (D. Juan) y ZORRILLA (D. José).

AÑO VI.



ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID

MADRID,
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1879.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Es propiedad de los editores. Queda
hecho el depósito que marca la ley.

(c) Ministerio de Cultura 2006

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIÁSTICO.

Aureo número.	18	Indiccion romana.	VII
Epacta.	VII	Letra dominical.	E
Ciclo solar.	12	Letra del martirologio romano.	g

FIESTAS MOVIBLES.

Domingo de Septuagésima.	9 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	26 de Febrero.
Pascua de Resurreccion.	13 de Abril.
Letanías.	19, 20 y 21 de Mayo.
Ascension del Señor.	22 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	1.º de Junio.
La Santísima Trinidad.	8 de Junio.
SS. Corpus Christi.	12 de Junio.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	25
Primera Dominica de Adviento.	30 de Noviembre.

FIESTAS SUPRIMIDAS.

Pascuas de Resurreccion, Pentecostés y Navidad, los dias segundo y tercero.	
San Matías, apóstol.	21 de Febrero.
San Felipe y Santiago, apóstoles.	1.º de Mayo.
La Invencion de la Santa Cruz.	3 de Mayo.
San Antonio de Pádua.	13 de Junio.
San Juan Bautista.	24 de Junio.
Santa Ana, madre de Nuestra Señora.	26 de Julio.
San Lorenzo, mártir.	10 de Agosto.
San Bartolomé, apóstol.	24 de Agosto.
San Mateo, apóstol.	21 de Setiembre.
San Miguel Arcángel.	29 de Setiembre.
San Simon y San Júdas, apóstoles.	28 de Octubre.
San Eugenio, arzobispo de Toledo.	15 de Noviembre.
San Andrés, apóstol.	30 de Noviembre.
Santo Tomás, apóstol.	21 de Diciembre.
San Juan Evangelista.	27 de Diciembre.
Los Santos Inocentes.	28 de Diciembre.
San Silvestre, papa y mártir.	31 de Diciembre.

NOTA.—Estas fiestas, llamadas de segundo órden, fueron suprimidas en virtud del Breve de Su Santidad Pío IX de 2 de Mayo de 1867.—La celebracion de la fiesta de San Juan Bautista se trasladará al domingo inmediato que no esté impedido por otra fiesta doble de primera clase, y respecto de la fiesta de *San José, Esposo de Nuestra Señora*, declarado Patrono de la Iglesia universal con posterioridad á la supresion de las fiestas anteriores, el mismo Pío IX, en su Enciclica de 8 de Diciembre de 1870, dice que «se ha abstenido »de ordenar que se celebrára con fiesta entera, mas significando que accederá »gustoso á las preces de los Prelados ordinarios que, conviniendo en ello sus »pueblos y respectivos gobiernos, soliciten la reintegracion del doble precep»to en su dia 19 de Marzo.»

DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.

Los Viérnes y Sábados de Adviento,—y se advierte que cuando la festividad de la *Concepcion de Nuestra Señora* cayese en Viérnes ó Sábado de Adviento, el ayuno de ese dia se anticipa al *juéves* precedente.

La Vigilia de *Pentecostés*.	31 de Mayo.
Miércoles, *Viérnes* y *Sábado* de cada una de las cuatro Témporas.	
Vigilia de *San Pedro* y *San Pablo*.	28 de Junio.
De *Santiago*.	24 de Julio.
De la *Asuncion*.	14 de Agosto.
De *Todos los Santos*.	31 de Octubre.
De *Navidad*.	24 de Diciembre.

ADVERTENCIA—Ningun dia de ayuno se puede promiscuar, y durante la Cuaresma, ni áun los Domingos.

Se debe renovar la bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los *dias de ayuno*, los *Domingos de Cuaresma* y los *Viérnes* del año.

DIAS DE AYUNO CON ABSTINENCIA DE CARNE.

El *Miércoles de Ceniza*.	26 de Febrero.
Todos los *Viérnes* de Cuaresma.	
Miércoles, Juéves, Viérnes y *Sábado Santo*. . . .	9, 10, 11 y 12 de Abril.
Vigilia de *Pentecostés*.	31 de Mayo.
De *San Pedro* y *San Pablo*.	28 de Junio.
De la *Asuncion de Nuestra Señora*.	14 de Agosto.
De *Navidad*.	24 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I.—El 5, 7 y 8 de Marzo.	III.—El 17, 19 y 20 de Setiembre.
II.—El 4, 6 y 7 de Junio.	IV.—El 17, 19 y 20 de Diciembre.

DIAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 9 de Febrero; el 4, 15, 16 y 23 de Marzo; el 4, 5 y 16 de Abril, y el 5 y 7 de Junio.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 20 de Abril, y se cierran respectivamente el 26 de Febrero y el 30 de Noviembre.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . 40° 24′ 30″ N.
Longitud. . . . 0ʰ 10ᵐ 4ˢ,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En *Acuario*, el 20 de Enero.	En *Leo*, el 22 de Julio.
En *Piscis*, el 18 de Febrero.	En *Virgo*, el 23 de Agosto.
En *Aries*, el 20 de Marzo.	En *Libra*, el 23 de Setiembre.
En *Tauro*, el 20 de Abril.	En *Escorpio*, el 23 de Octubre.
En *Géminis*, el 21 de Mayo.	En *Sagitario*, el 22 de Noviembre.
En *Cáncer*, el 21 de Junio.	En *Capricornio*, el 21 de Diciembre.

ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 20 de Marzo, á las 11 h. y 17 m. de la noche.
ESTÍO.—Entra el 21 de Junio, á las 7 h. y 29 m. de la tarde.
OTOÑO.—Entra el 23 de Setiembre, á las 9 h. y 54 m. de la mañana.
INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre, á las 4 h. y 9 m. de la mañana.

ECLIPSES.

Enero 21 *y* 22.—*Eclipse anular de Sol, invisible en Madrid.*—El eclipse principia para la Tierra en general el dia 21 á 20ʰ 44ᵐ,8, tiempo medio astronómico de Madrid, en la longitud de 47° 22′ al O. de Madrid y latitud Sur 24° 0′.—El eclipse central principia el dia 21 á 21ʰ 48ᵐ,2 en la longitud de 64° 48′ al O. de Madrid y latitud Sur 27° 33′.—El eclipse central á mediodía es el 21 á 23ʰ 31ᵐ,2 en la longitud de 10° 10′ al E. de Madrid y latitud Sur 31° 0′.—Fin del eclipse central el dia 22 á 1ʰ 29ᵐ en la longitud de 68° 11′ al E. de Madrid y latitud Norte 7° 45′.—Fin del eclipse el dia 22 á 2ʰ 32ᵐ en la longitud de 51° 0′ al E. de Madrid y latitud Norte 11° 21′. Este eclipse será visible en parte de Asia, África y América del Sur, en el Océano Índico y en el Atlántico del Sur.

Julio 18.—*Eclipse anular de Sol, visible como parcial en Madrid.*—El eclipse principia para la Tierra en general á 17ʰ 56ᵐ,0, en la longitud de 1° 32′ al O. de Madrid y latitud Norte 10° 33′.—El eclipse central principia el dia 18 á 18ʰ 58ᵐ,6 en la longitud de 15° 45′ al O. de Madrid y latitud Norte 7° 45′.—El eclipse central á mediodia es el 18 á 20ʰ 54ᵐ,4 en la longitud de 47° 54′ al E. de Madrid y latitud Norte 12° 18′.—Fin del eclipse central á 22ʰ 40ᵐ,6 en la longitud de 101° 57′ al E. de Madrid y latitud Sur 23° 18′.—Fin del eclipse

(c) Ministerio de Cultura 2006

á 23h 43m,1 en la longitud de 87° 32′ al E. de Madrid y latitud Sur 20° 32′.—Las circunstancias principales de este eclipse para Madrid son las siguientes: Principio del eclipse el dia 19 á las 6h y 38m de la mañana; medio, el dia 19 á las 7h y 20m; Fin, á las 8h y 7m.—Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol: 0,209, considerando su diámetro como unidad.—Este eclipse será visible en parte de Europa y Asia y en casi toda el África.

Diciembre 28.—*Eclipse parcial de Luna visible en Madrid.*—Principio del eclipse á las 3h 23m de la tarde; medio, á las 4h 11m; fin, á las 5h 0m.—La Luna sale eclipsada á las 4h 36m de la tarde.—Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,617, tomando como unidad su diámetro.—El principio de este eclipse será visible en gran parte de Europa, en toda el Asia, en una pequeña parte de África y de la América Septentrional, en la Australia, en el estrecho de Behering, en el Océano Índico, en gran parte del Pacífico y en el mar Polar Ártico; el fin de este eclipse será visible en Europa y Asia, en gran parte de África, en la Australia, en una pequeña parte de la América Septentrional, en el estrecho de Behering, en el Océano Índico, en parte del Pacífico y en el mar Polar Ártico.

TABLA

para calcular las horas del orto y ocaso del Sol en cualquier punto de la Península, deduciéndolas de las correspondientes á Madrid.

Para deducir de los números que expresan las horas del orto y ocaso del Sol en Madrid, insertas en las páginas del santoral de este ALMANAQUE (columnas laterales), los tiempos análogos correspondientes á otro punto de la Península, será menester aplicar á los primeros una correccion, variable en el curso del año, y dependiente de la latitud del nuevo lugar.

La correccion derivada del cambio ó diferencia de la latitud se deducirá en cada caso con mucha sencillez, por medio de la siguiente tabla:

MES Y DIA.	LATITUDES. 36°	37°	38°	39°	40°	41°	42°	43°	44°
Enero. 1	—13	—10	— 7	— 4	— 1	+ 2	+ 5	+ 9	+12
6	13	10	7	4	1	2	5	8	12
11	12	10	7	4	1	2	5	8	11
16	12	9	6	4	1	2	5	8	11
21	11	9	6	4	1	1	4	7	10
26	10	8	6	4	1	1	4	6	9
31	9	7	5	3	1	1	4	6	9
Febrero. 5	9	7	5	3	1	1	3	6	8
10	8	6	4	3	1	1	3	5	7
15	7	5	4	2	1	1	2	4	6
20	6	4	3	2	1	1	2	4	6
25	5	4	3	2	1	1	2	3	4
Marzo. 1	4	3	2	2	1	1	2	3	4
6	3	3	2	2	1	0	1	1	3
11	2	1	1	1	1	0	1	1	2
16	1	1	0	0	0	0	1	1	1
21	+ 1	+ 1	+ 0	+ 0	+ 0	— 0	— 0	— 0	— 0
26	1	1	0	0	0	0	1	1	1
31	2	2	1	1	0	0	1	1	2
Abril. 5	3	3	2	1	0	0	1	2	3
10	4	3	2	1	0	1	2	2	4
15	5	4	2	1	0	1	2	4	5
20	6	5	3	2	1	1	2	4	5
25	7	6	4	3	1	1	2	5	6
30	8	6	4	3	1	2	3	6	8
Mayo. 5	9	7	5	3	1	2	3	6	8
10	9	7	5	3	1	2	4	7	9
15	10	8	6	3	1	2	4	7	10
20	11	9	7	4	1	2	4	7	10
25	12	10	7	4	1	2	4	7	10
30	12	10	7	4	1	2	5	8	11
Junio. 4	13	10	7	5	2	2	5	8	11
9	13	10	7	5	2	2	5	8	12
14	13	10	7	5	2	2	5	9	13
19	14	11	8	5	2	2	5	8	13
24	14	11	8	5	2	2	5	8	12
29	+13	+11	+ 8	+ 5	+ 2	— 2	— 5	— 8	—12

MES Y DIA.	LATITUDES. 36°	37°	38°	39°	40°	41°	42°	43°	44°
Julio. 4	+13	+10	+ 7	+ 4	+ 1	— 2	— 5	— 8	—12
9	13	10	7	4	1	2	5	8	11
14	12	9	7	4	1	2	5	8	11
19	11	9	6	3	1	2	5	8	11
24	11	8	6	3	1	2	5	7	10
29	11	8	6	3	1	1	4	6	10
Agosto. 3	9	7	5	3	1	1	4	6	8
8	9	7	5	3	1	1	3	5	7
13	8	6	4	3	1	1	3	5	7
18	7	5	4	2	0	1	3	5	6
23	6	4	3	2	0	1	2	4	6
28	5	4	3	2	0	1	2	3	4
Setiembre. . . 2	4	3	2	1	0	1	1	2	4
7	3	2	1	1	0	1	1	2	3
12	2	2	1	1	0	0	1	1	1
17	1	1	1	0	0	0	0	1	1
22	0	0	0	0	0	0	0	0	0
27	— 1	— 1	— 1	— 0	— 0	+ 0	+ 0	+ 1	+ 1
Octubre. . . . 2	2	1	1	1	0	0	1	1	2
7	3	2	2	1	0	0	1	2	3
12	4	3	2	1	0	1	2	3	4
17	5	4	3	2	1	1	2	3	4
22	6	5	3	2	1	1	2	4	5
27	6	5	4	2	1	1	3	5	6
Noviembre. . . 1	7	6	4	2	1	1	3	5	7
6	8	7	5	3	1	1	3	5	8
11	9	8	5	4	1	1	3	6	8
16	10	8	6	4	1	1	4	6	9
21	10	8	6	4	1	1	5	7	10
26	11	10	7	4	1	1	5	7	10
Diciembre. . . 1	12	10	7	4	1	2	5	8	11
6	12	10	7	4	1	2	5	8	12
11	13	10	7	4	1	2	5	9	12
16	13	10	7	4	1	2	5	9	13
21	14	11	8	5	1	2	5	9	13
26	13	10	7	4	1	2	6	9	13
31	—13	—10	— 7	— 4	— 1	+ 2	+ 5	+ 9	+12

Supongamos que se pide la hora de la salida y postura del Sol en Santander el dia 12 de Mayo. Siendo la latitud de Santander de 43°..29′..40″, la correccion será un término medio entre las correspondientes á las latitudes de 43° y 44°, y podrémos disponer el cálculo de la manera siguiente;—teniendo presente que los signos + ó —, expresos en la tabla anterior, convienen á los ortos, y los opuestos á los ocasos.

Dia 12 de Mayo.

Hora de la salida del Sol en Madrid.	4h .. 47m
Correccion por latitud.	—8
Hora de la salida del Sol en Santander.	4 .. 39
Hora de la postura del Sol en Madrid.	7h ... 6m
Correccion por latitud.	+8
Hora de la postura del Sol en Santander.	7 .. 14

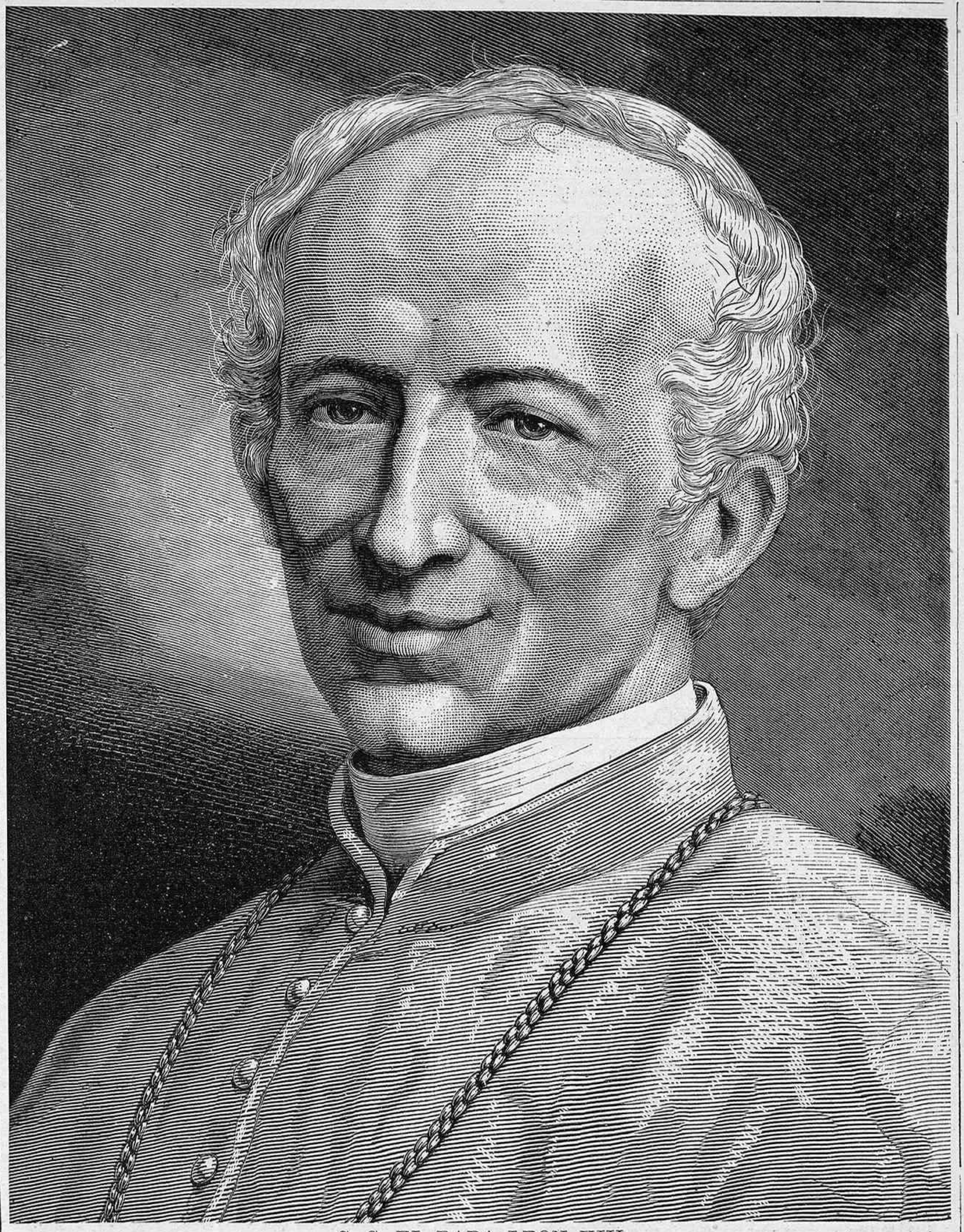
El dia 12 de Mayo durará, pues, en Santander 16 minutos más que en Madrid.

AÑO HISTÓRICO.

ÉPOCAS CÉLEBRES EN ESPAÑA.

Llegada de los fenicios (*ántes de Jesucristo*).	1400
Llegada de los cartagineses.	501
Destruccion de Sagunto	219
Invasion de los romanos	218
Destruccion de Numancia.	133
Invasion de los godos (*despues de Jesucristo*).	414
Invasion de los árabes.	711
Principio de la reconquista.	718
Principio del condado de Barcelona.	874
Principio del reino de Navarra.	905(?)
Principio del reino de Aragon.	970
Union de Aragon y Cataluña.	1035
Principio del reino de Portugal.	1137
Batalla de las Navas de Tolosa.	1139
Conquista de las islas Baleares.	1212
Union de Leon y Castilla.	1230
Batalla del Salado.	1350
Reinado de los Reyes Católicos.	1474
Introduccion de la imprenta en España.	1474
Conquista de Granada.	1492
Descubrimiento de América por Cristóbal Colon.	1492
Principio de la dinastía austriaca.	1517
Principio de la dinastía de Borbon.	1700
Invasion francesa.	1808
Independencia de Méjico y Centro América	1810
Independencia de la República Argentina.	1810
Principio de la época constitucional.	1812
Independencia de Colombia (Estados-Unidos).	1813
Proclamacion de la independencia de Chile	1818
Independencia del Perú.	1821
Independencia de Bolivia.	1825
Destronamiento de Doña Isabel II.	1868
Proclamacion de la República.	1873
Proclamacion de S. M. el Rey D. Alfonso XII.	1874

(c) Ministerio de Cultura 2006



S. S. EL PAPA LEON XIII.

NACIÓ EN ANAQUÍ EL 2 DE MARZO DE 1810.—FUÉ ELEGIDO EN ROMA EL 20 DE FEBRERO DE 1878.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ALMANAQUE PARA 1879.

ENERO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
7.23	1 Miérc. † La Circuncision del Señor, y san Fulgencio, ob.	4.45
7.23	2 Juév. San Isidoro, ob., y san Macario, ab.	4.45
7.24	3 Viér. San Antero, p. y mr., y santa Genoveva, vg.	4.46
7.24	4 Sáb. Stos. Aquilino, Trifon y Benita, mrs.	4.47
7.24	5 Dom. San Telesforo y san Simeon Stilita, y santa Apolinaria.	4.48
7.24	6 Lún. † La Adoracion de los Santos Reyes.	4.49
7.24	7 Márt. San Raimundo de Peñafort, ab., san Teodoro, monje.	4.50
7.23	8 Miérc. San Luciano y cps., mrs., y stos. Severino y Máximo.	4.51
	◉ *Luna llena*, á las 11 h. y 33 m. de la mañana, en *Cáncer*.	
7.23	9 Juév. San Julian y santa Basilisa su esposa, mrs.	4.52
7.23	10 Viér. San Nicanor, mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.	4.53
7.23	11 Sáb. San Higinio, p. y mr., y san Teodosio, conf.	4.54
7.22	12 Dom. San Benito, ab., y stos. Arcadio, Honorio y Victoriano, mrs.	4.55
7.22	13 Lún. Stos. Gumersindo y Servodeo, mrs., y san Leoncio, ob.	4.52
7.22	14 Márt. San Hilario, ob., y san Félix, conf.	4.57
7.22	15 Miérc. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, ab.	4.58
	◐ *Cuarto menguante*, á las 10 h. y 47 m. de la m., en *Libra*.	
7.21	16 Juév. San Marcelo, p. y mr., y san Fulgencio, pat. de Murcia.	5.00
7.21	17 Viér. San Antonio, ab. y conf., y santa Rosalía, vírgen.	5.01
7.20	18 Sáb. La Cátedra de san Pedro, y santa Prisca, vg. y mr.	5.02
7.20	19 Dom. El Dulce Nombre de Jesus, y san Canuto, rey.	5.03
7.19	20 Lún. San Fabian, p. y mr., y san Sebastian, mr.	5.04
7.19	21 Márt. Santa Ines y comps. mrs.—(*Eclipse de Sol*, invisible en Madrid.)	5.05
7.18	22 Miérc. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Gaudencio, ob.	5.07
	◎ *Luna nueva*, á las 11 h. y 36 m. de la m., en *Acuario*.	
7.17	23 Juév. † San Ildefonso, arz. de Toledo, pat. de la diócesis.	5.08
7.16	24 Viér. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.	5.09
7.15	25 Sáb. La Conversion de San Pablo, ap., y sta. Elvira, vg. y mr.	5.10
7.14	26 Dom. San Policarpo, mr., santa Paula, viuda y abadesa.	5.11
7.13	27 Lún. San Juan Crisóstomo, dr., y san Julian y comps. mrs.	5.12
7.13	28 Márt. San Julian, ob. de Cuenca, y stos. Tirso y comps. mrs.	5.14
7.12	29 Miérc. San Francisco de Sales, conf., y san Sulpicio, conf.	5.15
7.12	30 Juév. Santa Martina, vg. y mr., y san Hipólito, mr.	5.16
	◑ *Cuarto creciente*, á las 11 h. y 30 m. de la m., en *Tauro*.	
7.11	31 Viér. San Pedro Nolasco, fund., y santa Marcela, viuda.	5.17

FEBRERO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
7.10	1 Sáb. San Ignacio, ob. y mr., y san Cecilio, ob. y mr.	5.19
7.09	2 Dom. † La Purificacion de Nuestra Señora, y santos Cornelio y Fortunato, mrs.	5.20
7.08	3 Lún. San Blas, ob., san Hipólito y comps., mrs.	5.21
7.07	4 Márt. San Andres Corsino, ob., y san Aquilino y comps., mrs.	5.22
7.06	5 Miérc. Santa Águeda, vg., y los 26 mrs. del Japon.	5.23
7.05	6 Juév. Santa Dorotea, vg. y mr., y san Antolino, mr.	5.25
7.04	7 Viér. San Romualdo, ab., y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
	◉ *Luna llena*, á la 1 h. y 27 m. de la madrugada, en *Leo*.	
7.03	8 Sáb. San Juan de Mata, conf., y san Ciriaco, mr.	5.27
7.01	9 Dom. (*Septuagésima.*) Santa Polonia, vg. y mr., y san Nicéforo, mr.	5.28
7.00	10 Lún. Santa Escolástica, vg., y san Guillermo, duque de Aquitania, conf.	5.29
6.59	11 Márt. San Saturnino y comps., mrs., y san Lázaro, ob.	5.31
6.58	12 Miérc. San Modesto, diác. y mr., y san Melecio, ob.	5.32
6.57	13 Juév. San Benigno, mr., y santa Catalina de Rizzis, vg.	5.33
	◐ *Cuarto menguante*, á las 6 h. y 39 m. de la n., en *Escorpio*.	
6.55	14 Viér. San Valentin, mr., y el beato Juan Bautista de la Concepcion.	5.34
6.54	15 Sáb. Stos. Faustino y Jovita, mrs.	5.35
6.53	16 Dom. (*Sexagésima.*) San Julian y 5.000 comps. mrs., y san Gregorio X, papa.	5.37
6.51	17 Lún. San Julian de Capadocia, mr., y san Alejo, conf.	5.38
6.50	18 Márt. San Simeon y san Eladio, confs.	5.39
6 49	19 Miérc. San Gavino, mr., y san Álvaro de Córdoba, conf.	5.40
6.47	20 Juév. Santos Leon, y Eleuterio, obs.	5.41
6.46	21 Viér. Santos Félix, Maximiano y Severiano., obs.	5.43
	◎ *Luna nueva*, á las 3 h. y 48 m. de la mañana, en *Piscis*.	
6.45	22 Sáb. San Pascasio y la Cátedra de san Pedro en Antioquía.	5.44
6.43	23 Dom. (*Quincuagésima.*) Santas Marta y Margarita de Cortona, vgs.	5.45
6.42	24 Lún. San Matías, ap., y san Torcuarto, mr.	5.46
6.40	25 Márt. San Cesáreo, conf., y santa Elena, vg. y mr.	5.47
6.39	26 Miérc. (*Ceniza.*) San Alejandro, conf., y san Faustiniano, ob.	5.48
6.37	27 Juév. San Baldomero, conf., y san Leandro, ob.	5.49
6.36	28 Viér. San Roman, ab. y fund., stos. Macario, Cayo, Justo, Rufino, y comps., mrs.	5.50

MARZO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
6.34	1 Sáb. El Santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, ob.	5.52
	◑ *Cuarto creciente*, á las 7 h. y 44 m. de la m., en *Géminis*.	
6.33	2 Dom. *I de Cuaresma.*—San Lucio, ob., y san Simplicio, p. y cf.	5.53
6.31	3 Lún. San Emeterio y san Celedonio, mrs.	5.54
6.30	4 Márt. San Casimiro, rey y confesor, y san Lucio, p. y mr.	5.55
6.28	5 Miérc. San Eusebio Palatino, mr., y Ntra. Sra. de África.	5.56
6.27	6 Juév. Santos Víctor y Victoriano, mrs., y santa Coleta, vg.	5 57
6.26	7 Viér. Santo Tomás de Aquino, dr., y santa Perpétua, mr.	5.58
6.25	8 Sáb. San Juan de Dios, fr., y san Julian, arz. de Toledo.	5.59
	◉ *Luna llena*, á las 12 h. y 55 m. del dia, en *Virgo*.	
6.23	9 Dom. *II de Cuaresma.*—Santa Francisca, viuda.	6.00
6.22	10 Lún. Santos Meliton y comps., mrs.	6.01
6.20	11 Márt. San Eulogio, mr., y santa Aurea, vg.	6.03
6.19	12 Miérc. San Gregorio el Magno, p. y dr., y san Bernardo, ob.	6.04
6.17	13 Juév. San Leandro, arz. de Sevilla, y san Rodrigo, mr.	6.05
6.15	14 Viér. Santa Matilde, reina, y santa Florentina, vg.	6.06
6.14	15 Sáb. San Raimundo, ab. y conf., y san Longinos, mr.	6.07
	◐ *Cuarto menguante*, á las 3 h. y 26 m. de la m., en *Sagitario*.	
6.12	16 Dom. *III de Cuaresma.*—Santos Julian y Ciriaco, mrs.	6.08
6.11	17 Lún. San Patricio, ob., y stos. Teodoro y Alejandro, mrs.	6.09
6.09	18 Márt. San Gabriel, arcángel, y San Braulio, ob.	6.10
6.07	19 Miérc. San José, esposo de Ntra. Sra., y san Juan, ab.	6.11
6.06	20 Juév. San Ambrosio de Sena, conf.—(Primavera.)	6.12
6.04	21 Viér. San Benito, ab. y fund., y san Filemon, mr.	6.13
6.02	22 Sáb. San Deogracias, ob., y san Bienvenido, conf.	6.14
	◎ *Luna nueva*, á las 8 h. y 50 m. de la noche, en *Aries*.	
6 01	23 Dom. *IV de Cuaresma.*—San Victoriano, y san Víctor, mrs.	6.15
5.59	24 Lún. San Agapito, ob., y san Segundo, mr.	6.16
5.57	25 Márt. † La Anunciacion de Nuestra Señora y Encarnacion del Hijo de Dios.	6.17
5.56	26 Miérc. San Félix, ob., y san Bráulio, ob. y conf.	6.18
5.54	27 Juév. San Ruperto, ob., y san Juan, erm.	6.19
5.53	28 Viér. San Sixto III, p., y san Doroteo, mr.	6.20
5.51	29 Sáb. San Eustasio, ab., y san Siro y comps., mrs.	6.21
5.49	30 Dom. *de Pasion.*—San Juan Climaco, ab., y san Quirino, mr.	6.22
5.47	31 Lún. Santa Balbina, vg., y san Amós, profeta.	6.23
	◑ *Cuarto creciente*, á las 12 h. y 50 m. de la noche, en *Cáncer*.	

ABRIL.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
5.44	1 Márt. San Venancio, ob. y mr., y sta. Teodora, vg. y mr.	6.24
5.43	2 Miérc. San Francisco de Paula, fr., y sta. María Egipciaca.	6.26
5.41	3 Juév. San Benito, cf., y stos. Ulpiano y Engracia, mrs.	6.27
5.39	4 Viér. Los Dolores de Nuestra Señora, y san Isidoro, arz.	6.28
5.38	5 Sáb. San Vicente Ferrer, patron del reino de Valencia, cf., santa Irene, vg. y mr., y santa Emilia.	6.29
5 36	6 Dom. *de Ramos.*—San Celestino, p., y san Guillermo, ab.	6.30
	◉ *Luna llena*, á las 10 h. y 10 m. de la noche, en *Libra*.	
5.34	7 Lún. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mr.	6.31
5.33	8 Márt. San Dionisio, ob., y san Alberto el Magno, conf.	6.32
5.31	9 Miérc. *Santo.*—Santa María Cleofé, vda., y sta. Casilda vg.	6.33
5.30	10 Juév. *Santo.*—Stos. Daniel y Ezequiel, profs., y san Macario.	6.34
5.28	11 Viér. *Santo.*—San Leon I, p., y stos. Felipe, ob., é Isaac, monje.	6.35
5.27	12 Sáb. *Santo.*—San Julio, p. y cf., y stos. Víctor y Zenon, mr.	6.36
5.25	13 Dom. † Pascua de Resurreccion, y San Hermenegildo, mr.	6.37
	◐ *Cuarto menguante*, á la 1 h. y 54 m. de la t., en *Capricornio*.	
5.23	14 Lún. Stos. Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs.	6.38
5.22	15 Márt. Stas. Basilisa y Anastasia, mrs., y sta. Flavia, vg. y mr.	6.39
5.20	16 Miérc. Sto. Toribio de Liébana, cf., y sta. Engracia, vg.	6.40
5.19	17 Juév. San Aniceto, p. y mr., y la bta. María Ana de Jesus, vg.	6.41
5.18	18 Viér. San Eleuterio, ob., y stos. Perfecto y Apolonio, mrs.	6.42
5.16	19 Sáb. San Leon IX, papa, san Crescencio, conf.	6.43
5.15	20 Dom. *de Cuasimodo.*—Santa Inés de Montepulciano, vg., y san Marcelino, ob.	6.44
5.13	21 Lún. San Anselmo, ob. y dr., y san Anastasio patriarca.	6.46
	◎ *Luna nueva*, á la 1 h. y 41 m. de la tarde, en *Tauro*.	
5.12	22 Márt. Stos. Sotero y Cayo, ps. y mrs., y Teodoro y Leon, cfs.	6.46
5.10	23 Miérc. San Jorge, mr., y stos. Adalberto y Gerardo, cfs.	6.47
5.09	24 Juév. San Gregorio, ob., y san Fidel de Singmaringa, conf.	6.48
5.07	25 Viér. San Márcos, evang., y san Herminio, ob.	6.49
5.06	26 Sáb. Stos. Cleto y Marcelino, pp. y mrs. y san Basilio, ob.	6.50
5.05	27 Dom. *II despues de Pascua.*—Nuestra Señora la Divina Pastora, y san Anastasio, papa.	6.51
5.03	28 Lún. San Prudencio, ob., y san Vidal, mr.	6.52
5.02	29 Márt. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, ab. y cf.	6.53
	◑ *Cuarto creciente*, á las 2 h. y 2 m. de la tarde, en *Leo*.	
5.01	30 Miérc. Sta. Catalina de Sena, vg., y san Peregrin, conf.	6.54

(c) Ministerio de Cultura 2006

Ortos del Sol.	MAYO.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
4.59	1 Juév. Stos. Felipe y Santiago, aps., y san Segismundo, rey.	6.55
4.58	2 Viér. San Atanasio, ob., y san Félix.—(*Fiesta nacional.*)	6.56
4.57	3 Sáb. La Invencion de la Santa Cruz, y san Alejandro, mr.	6.57
4.56	4 Dom. *III*—El Patrocinio de San José, y Sta. Mónica, vda.	6.58
4.54	5 Lún. La Conversion de San Agustin, y san Pio V, papa.	6.59
4.53	6 Márt. San Juan Ante-Portam-Latinam, y sta. Benita, vda.	7.00
	◉ *Luna llena*, á las 5 h. y 58 m. de la m., en *Escorpio*.	
4.52	7 Miérc. San Estanislao, ob., y san Benedicto, papa.	7.01
4.51	8 Juév. La Aparicion de san Miguel Arcángel, y san Victor, m.	7.02
4.50	9 Viér. San Gregorio Nacianceno, ob. y dr., y la Traslacion de san Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.	7.03
4.49	10 Sáb. San Job, prof., y san Martin de Loinaz, mr.	7.04
4.48	11 Dom. *IV.*—Nuestra Sra. de los Desamparados, san Mamerto, ob., y san Antonino, arzobispo de Florencia.	7.05
4.47	12 Lún. Santo Domingo de la Calzada, cf., y san Aquileo, mr.	7.06
4.46	13 Márt. San Pedro Regalado, cf., y san Servacio, ob. y mr.	7.07
	☾ *Cuarto menguante*, á las 2 h. y 21 m. de la mad.ª, en *Acuario*.	
4.45	14 Miérc. San Bonifacio, mr., y stas. Justa, Justina y Enedina, mártires.	7.08
4.44	15 Juév. † SAN ISIDRO LABRADOR, patron de Madrid.	7.09
4.43	16 Viér. San Juan Nepomuceno, dr. y mr., y san Ubaldo, ob.	7.10
4.42	17 Sáb. San Pascual Bailon, cf., y sta. Restituta, vg. y mr.	7.11
4.41	18 Dom. *V.*—San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio, cf.	7.12
4.40	19 Lún. San Pedro Celestino, p., y sta. Pudenciana, vg.	7.13
4.39	20 Márt. San Bernardino de Sena, cf., y san Baudilio, mr.	7.14
4.38	21 Miérc. Santa María de Socors, vg., y santa Victoria mr.	7.15
	☽ *Luna nueva*, á las 5 h. y 36 m. de la m., en *Tauro*.	
4.38	22 Juév. † LA ASCENSION DEL SEÑOR, y Santa Rita de Casia.	7.16
4.37	23 Viér. La Aparicion de Santiago, ap., y san Miguel, ob.	7.17
4.36	24 Sáb. San Juan Francisco Regis, cf., y santa Susana, mr.	7.17
4.35	25 Dom. *VI.*—San Gregorio VII, y san Urbano, papas.	7.18
4.35	26 Lún. San Felipe Neri, cf., y san Eleuterio, papa y mr.	7.19
4.34	27 Márt. San Juan, p. y mr., y sta. Restituta, vg.	7.20
4.34	28 Miérc. San Justo, ab., y san German, ob. y conf.	7.21
4.33	29 Juév. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.	7.21
	☽ *Cuarto creciente*, á las 11 h. y 22 m. de la n., en *Virgo*.	
4.33	30 Viér. San Fernando, rey de España, cf., y san Palatino, mr.	7.22
4.32	31 Sáb. Nuestra Sra. del Amor Hermoso, y sta. Petronila, vg.	7.23

Ortos del Sol.	JUNIO.	Ocasos del Sol.
M. H.		H. M.
4.32	1 Dom. † PASCUA DE PENTECOSTÉS, y san Segundo, ob. y mr., y San Simeon, monje.	7.24
4.31	2 Lún. Stos. Marcelino y Pedro, mrs., y san Juan de Ortega, cf.	7.25
4.30	3 Márt. San Isaac, mr., sta. Clotilde, reina, y sta. Paula, vg.	7.25
4.30	4 Miérc. San Francisco Caracciolo, fr., y santa Saturnina, vg. y mr.	7.26
	◉ *Luna llena*, á la 1 h. y 21 m. de la tarde, en *Sagitario*.	
4.30	5 Juév. San Bonifacio, ob. y mr., y stos. Nicanor y Sancho.	7.27
4.29	6 Viér. San Norberto, ob. y cf., y san Felipe de Cesárea, cf.	7.27
4.29	7 Sáb. San Pedro Wistremundo y comps., mrs.	7.28
4.29	8 Dom. *I despues de Pentecostés.*—† LA SANTÍSIMA TRINIDAD, y San Salustiano, conf.	7.28
4.29	9 Lún. Stos. Primo y Feliciano, hermanos, mrs.	7.29
4.29	10 Márt. Sta. Margarita, reina, y stos. Crispulo y Restituto, mrs.	7.29
4.29	11 Miérc. San Bernabé, ap., y san Fortunato, mr.	7.30
	☾ *Cuarto menguante*, á las 4 h. y 41 m. de la t., en *Piscis*.	
4.29	12 Juév. † SS. CORPUS CHRISTI, y San Juan de Sahagun, ab.	7.30
4.29	13 Viér. San Antonio de Pádua, conf., y sta. Aquilina, vg.	7.31
4.29	14 Sáb. San Basilio el Magno, ob. y dr.	7.31
4.29	15 Dom. *II.*—Stos. Vito y Modesto, mrs.	7.32
4.29	16 Lún. San Aureliano, ob., y santa Lutgarda, vg.	7.32
4.29	17 Márt. Stos. Ismael, Manuel y comps., mrs., y el beato Pablo de Arezzo, conf.	7.33
4.29	18 Miérc. Stos. Marco y Marceliano, mrs., y sta. Paula, mr.	7.33
4.29	19 Juév. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., sta. Juliana vg.	7.33
	☽ *Luna nueva*, á las 8 h. y 5 m. de la tarde, en *Géminis*.	
4.29	20 Viér. El Sagrado Corazon de Jesus, y san Silverio, papa.	7.33
4.29	21 Sáb. Stos. Luis Gonzaga y Eusebio, confs.—(Esrio.)	7.34
4.30	22 Dom. *III.*—El Purísimo Corazon de María, y san Paulino, ob.	7.34
4.30	23 Lún. San Juan, presb., y stas. Agripina y Edeltruda, mrs.	7.34
4.30	24 Márt. La Natividad de San Juan Bautista, san Fausto, mr.	7.34
4.30	25 Miérc. Sta. Orosia, vg., stos. Guillermo y Adilberto, cfs.	7.34
4.31	26 Juév. Stos. Juan y Paulo, mrs., y san Pelayo, mr.	7.34
4.31	27 Viér. San Ladislao, rey, y stos. Zoilo y comps., mrs.	7.34
	☽ *Cuarto creciente*, á las 5 h. y 41 m. de la m., en *Libra*.	
4.31	28 Sáb. San Leon II, p., y san Ireneo, ob. y mr.	7 34
4.32	29 Dom. *IV.*—† SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles y mrs.	7.34
4.32	30 Lún. La Conmemoracion de San Pablo, ap., y san Marcial, ob.	7.34

Ortos del Sol.	JULIO.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
4.33	1 Márt. Stos. Casto y Secundino, mrs., y santa Leonor, vg.	7.34
4.33	2 Miérc. La Visitacion de Nuestra Señora, y san Urbano, mr.	7.34
4.34	3 Juév. San Trifon y comps., mrs., y san Heliodoro, ob. y cf.	7.34
	◉ *Luna llena*, á las 9 h. y 27 m. de la n., en *Capricornio*.	
4.34	4 Viér. San Laureano, arz. de Sevilla, y el bto. Gaspar Bono.	7.34
4.35	5 Sáb. Santa Zoa, mr., y san Miguel de los Santos, conf.	7.33
4.35	6 Dom. *V.*—Santas Lucía y Dominica, vgs. y mrs.	7.33
4.36	7 Lún. San Fermin, ob. y mr., y stos. Claudio y comps. mrs.	7.33
4.37	8 Márt. Santa Isabel, reina de Portugal, vda., y san Aquilao.	7.32
4.37	9 Miérc. San Cirilo, ob. y mr., san Bricio, ob., y san Cenon, mr.	7.32
4.38	10 Juév. Santas Amalia y Rufina, herms., y Felicitas, mrs.	7.32
4.39	11 Viér. San Pío I, p., san Abundio, mr., y san Juan, ob.	7.31
	☾ *Cuarto menguante*, á las 8 h. y 40 m. de la m., en *Aries*.	
4.40	12 Sáb. San Juan Gualberto, ab. y fr., y santa Marciana, vg.	7.31
4.41	13 Dom. *VI.*—San Anacleto, p. y mr., y stos. Eugenio y comñeros mrs.	7.30
4.42	14 Lún. San Buenaventura, ob. y dr., y san Francisco Solano.	7.30
4.42	15 Márt. San Enrique, emperador, y san Camilo de Lelis, fund.	7.29
4.43	16 Miérc. Ntra. Sra. del Cármen, y el Triunfo de la Sta. Cruz.	7 29
4.44	17 Juév. San Alejo, conf., y santa Marcelina, vg. y mr.	7.28
4.45	18 Viér. Santa Sinforosa, mr.—(*Eclipse anular de Sol*, visible como *parcial* en Madrid.)	7.27
4.46	19 Sáb. Santas Justa y Rufina, mrs., y san Vicente de Paul, fund.	7.27
	☽ *Luna nueva*, á las 8 h. y 50 m. de la m., en *Cáncer*.	
4.47	20 Dom. *VII.*—San Elías, prof., y santas Librada y Margarita.	7.26
4.47	21 Lún. Santa Práxedes, vg., san Daniel, prof., y san Victor, mr.	7.26
4.48	22 Márt. Santa María Magdalena, penitente, y san Cirilo, ob.	7.25
4.49	23 Miérc. Santos Apolinar y Liborio, obs., y sta. Brígida, vda.	7.24
4.50	24 Juév. Santa Cristina, vg. y mr., y san Vicente, mr.	7.24
4.51	25 Viér. † SANTIAGO APÓSTOL, patron de España	7.23
4 52	26 Sáb. Sta. Ana, madre de Nuestra Señora, y san Jacinto, mr.	7.22
	☽ *Cuarto creciente*, á las 10 h. y 21 m. de la m., en *Escorpio*.	
4.53	27 Dom. *VIII.*—Santos Pantaleon y Gregorio, mrs.	7.21
4.54	28 Lún. Santos Nazario, Victor, Celso y comps., mrs.	7.20
4.55	29 Márt. Sta. Marta, vg., y stos. Celso, Beatriz y comps. mrs.	7.19
4.55	30 Miérc. Santos Abdon y Senen, mrs., y san Teodomiro, ob.	7.18
4.56	31 Juév. San Ignacio de Loyola, fund., y san Fabio, mr.	7.16

Ortos del Sol.	AGOSTO.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
4.57	1 Viér. San Pedro Advíncula, y santas Fe y comps., mrs.	7.15
4.57	2 Sáb. Ntra. Sra. de los Angeles, y san Alfonso de Ligorio, ob.	7.14
	◉ *Luna llena*, á las 6 h. y 57 m. de la m., en *Acuario*.	
4.58	3 Dom. *IX.*—La Invencion de san Estéban, y san Nicodemus.	7.13
4.59	4 Lún. Sto. Domingo de Guzman, fund., y san Eleuterio y mr.	7.12
5.00	5 Márt. Nuestra Señora de las Nieves, y san Casiano, ob.	7.11
5.01	6 Miérc. La Trasfiguracion del Señor, y stos. Justo y Pastor.	7.10
5.02	7 Juév. San Cayetano, fr., y san Alberto de Sicilia, conf.	7.08
5.03	8 Viér. Santos Ciriaco y comps., mrs., y san Emiliano, ob.	7.07
5.04	9 Sáb. San Roman, mr., y san Julian y comps, mrs.	7.06
5.05	10 Dom. *X.*—San' Lorenzo, mr., y la Aparicion de la virgen de la Merced.	7.05
	☾ *Cuarto menguante*, á la 1 h, y 54 m. de la mad.ª, en *Tauro*.	
5.06	11 Lún. San Tiburcio, mr., y santas Filomena y Susana, vgs.	7.03
5.07	12 Márt. Santa Clara, vg., y santos Eusebio y Herculano, confs.	7.02
5.08	13 Miérc. Santos Hipólito y Casiano, mrs., y sta. Centola, vg.	7 01
5.09	14 Juév. San Eusebio, conf., y stos. Marcelo y comps., mrs.	6.59
5.11	15 Viér. † LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.	6.58
5.12	16 Sáb. Santos Roque y Jacinto, confs., y san Eleuterio, ob.	6.57
5.13	17 Dom. *XI.*—San Joaquin, padre de Ntra. Sra., y san Pablo.	6.56
	☽ *Luna nueva*, á las 7 h. y 56 m. de la noche, en *Leo*.	
5.13	18 Lún. Santa Elena, emperatriz, y san Agapito, mr.	6.55
5.14	19 Márt. San Luis, ob., y santos Julio y Magín, mrs.	6.54
5.15	20 Miérc. San Bernardo, ab., y san Samuel, prof.	6.52
5.16	21 Juév. Santas Juana Francisca Fremiot, vda., y Ciriaca, mr.	6.51
5.17	22 Viér. Santos Timoteo, Sinforiano, Fabriciano é Hipólito, mrs.	6.50
5.18	23 Sáb. San Felipe Benicio, conf., y san Restituto, mr.	6.48
5.19	24 Dom. *XII.*—San Bartolomé, apóstol y mr., y san Jorge, mr.	6.47
	☽ *Cuarto creciente*, á las 2 h. y 57 m. de la tarde, en *Sagitario*.	
5.20	25 Lún. San Luis, rey de Francia, y san Ginés de Arlés, mr.	6.45
5.21	26 Márt. Santos Ceferino, Ireneo, Abundio y comps., mrs.	6.44
5.22	27 Miérc. San José de Calasanz, fr., y san Rufino, ob.	6 42
5.23	28 Juév. San Agustin, ob., y santos Hermés y Pelayo, mrs.	6.40
5.24	29 Viér. La Degollacion de San Juan Bautista, y sta. Sabina.	6 38
5.25	30 Sáb. Santa Rosa de Lima, vg., y san Emeterio, mr.	6.37
5.26	31 Dom. *XIII.*—Ntra. Sra. de la Consolacion, y san Ramon.	6.35
	◉ *Luna llena*, á las 6 h. y 34 m. de la tarde, en *Piscis*.	

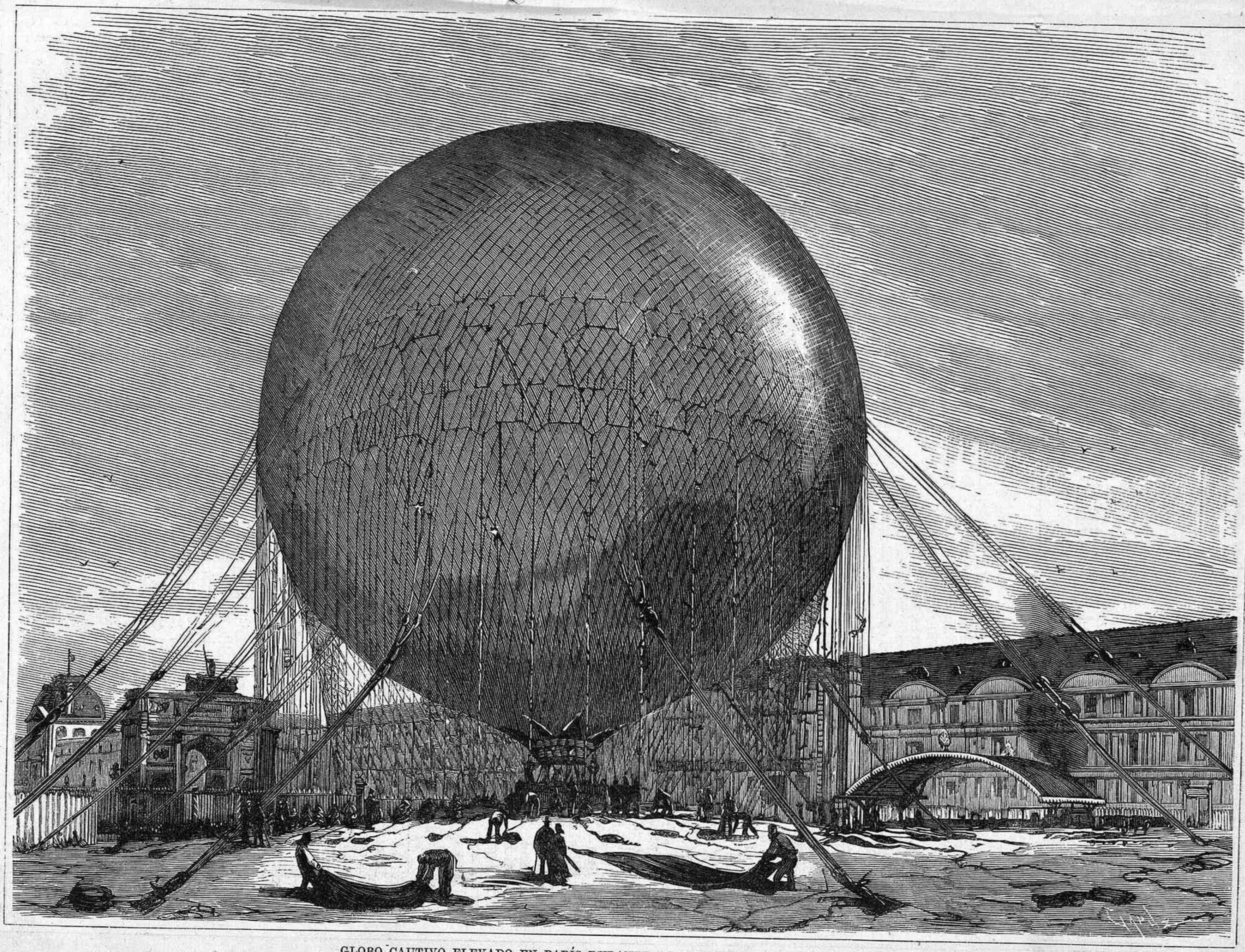
(c) Ministerio de Cultura 2006

Ortos del Sol.	SETIEMBRE.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	OCTUBRE.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		M. H.
5.27	1 Lún. San Gil, ab., y san Constantino ob.	6.33	5.56	1 Miérc. El Santo Angel tutelar de España, y san Remigio, arz.	5.43
5 28	2 Márt. San Antolin, mr., y san Estéban, rey de Hungría.	6.31	5.57	2 Juév. Los Angeles Custodios, y san Saturio, cf.	5.41
5.28	3 Miérc. San Sandalio, mr., y stas. Serapia y Basilica, mrs.	6.29	5.58	3 Viér. San Cándido, mr., san Gerardo, ab., y san Dionisio, mr.	5.40
5.29	4 Juév. Stas. Rosalía y Rosa de Viterbo, vgs.	6.28	5.59	4 Sáb. San Francisco de Asis, fr., y san Petronio, ob. y mr.	5.38
5.30	5 Viér. San Lorenzo Justiniano, ob., y santa Obdulia, vg.	6.26	6.00	5 Dom. *XVIII.*—Nuestra Señora del Rosario, y Stos. Froilan y Atilano, obs.	5.36
5.31	6 Sáb. San Eleuterio, ob., y san Onesíforo, mr.	6 25			
5 32	7 Dom. *XIV.*—Santa Regina, vg. y mr., santos Pánfilo y comps., mrs., y san Clodoaldo, conf.	6.23	6.01 6.02	6 Lún. San Bruno, fr., y san Magno, ob. 7 Márt. San Márcos, papa, y san Augusto, conf.	5.35 5.33
5.33	8 Lún. † LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrian.	6.21	6.03	8 Miérc. Sta. Brígida, vda., y sta. Pelagia, penitente.	5.32
	Cuarto menguante, á las 7 h. y 49 m. de la n., en *Géminis.*			*Cuarto menguante*, á la 1 h. y 28 m. de la t., en *Cáncer.*	
5.34	9 Márt. Sta. María de la Cabeza, y san Sergio, p., y conf.	6.20	6.04	9 Juév. San Dionisio Areopagita, ob. y mr.	5.30
5.35	10 Miérc. San Nicolás de Tolentino, cf., y sta. Pulqueira, reina.	6.18	6.05	10 Viér. San Francisco de Borja, cf., y san Luis Beltran, conf.	5.29
5.36	11 Juév. Stos. Proto y Jacinto, mrs., y san Vicente, ab. y cf.	6.16	6.06	11 Sáb. San Nicasio, ob. y cf., y stos. Fermin y German, obs.	5.27
5.37	12 Viér. San Lesmes y comps., mrs., y san Eulogio, ob.	6.15	6.07	12 Dom. *XIX.*—Ntra. Sra. del Remedio, y Ntra. Sra. del Pilar.	5.25
5.38	13 Sáb. Stos. Felipe y comps,, mrs., y san Cayo, conf.	6.13	6.08	13 Lún. San Eduardo, rey de Inglaterra, cf., y san Venancio, ab.	5.24
5.39	14 Dom. *XV.*—El Dulce Nombre de María, y la Exaltacion de la Santa Cruz.	6.11	6 09	14 Márt. San Calixto, p. y mr., y santa Fortunata, vg.	5.22
5.40	15 Lún. Stos. Nicomedes, Jeremías, Emiliano y comps., mrs.	6.10	6.10	15 Miérc. Sta. Teresa de Jesus, vg. y fra., san Bruno, ob. y cf.	5.21
5.41	16 Márt. San Cornelio, papa, y san Cipriano, ob. y mr.	6.08		*Luna nueva*, á las 2 h. y 54 m. de la tarde, en *Libra.*	
	Luna nueva, á las 5 h. y 42 m. de la m., en *Virgo.*		6.11	16 Juév. San Galo, ab., sta. Adelaida, vg., y san Florentin, ob.	5.19
5.42	17 Miérc. Las Llagas de san Francisco de Asis, y s. Pedro Arbués.	6.06	6.12	17 Viér. Sta. Eduvigis, vda., y san Andrés de Gandia, monje.	5 18
5.43	18 Juév. Sto. Tomás de Villanueva, arz. y conf.	6.05	6.13	18 Sáb. San Lúcas, evang., y stos. Justo, mr., y Julian, erm.	5.16
5.44	19 Viér. San Genaro, ob., y santa Constanza, mr.	6.03	6.14	19 Dom. *XX.*—San Pedro Alcántara, cf. y fr., san Aquilino, ob.	5.15
5.45	20 Sáb. San Eustaquio y comps., mrs., y santa Susana, vg.	6.01	6.15	20 Lún. San Juan Cancio, conf., sta. Irene, vg., y san Feliciano, mártir.	5.13
5.46	21 Dom. *XVI.*—Los Dolores gloriosos de María, y san Mateo, apóstol.	6.00	6.16	21 Márt. Sta. Ursula y 11.000 vgs., mrs., y san Hilarion, ab.	5.12
5.47	22 Lún. San Mauricio, mr., y san Florencio, ob. y conf.	5.58	6.17	22 Miérc. Sta. María Salomé, vda., y san Márcos, mr.	5.11
	Cuarto creciente, á las 9 h. y 5 m. de la n., en *Sagitario.*			*Cuarto creciente*, á las 6 h. y 3 m. de la m., en *Capricornio.*	
5.48	23 Márt. San Lino, p. y mr., y santa Tecla, vg.—(OTOÑO.)	5.56	6.18	23 Juév. San Juan Capistrano, cf., y san Pedro Pascual, ob.	5 09
5.49	24 Miérc. Ntra. Sra. de las Mercedes, y san Gerardo, ob.	5.55	6.19	24 Viér. San Rafael Arcángel, y san Martirian, ob.	5.08
5.50	25 Juév. San Lope, ob. y cf., y santa María de Socors.	5.53	6.20	25 Sáb. Stos. Crisanto, Daría, Crispin y Crispiniano, mrs.	5.06
5.51	26 Viér. San Cipriano y sta. Justina, mrs., y san Eusebio, ob.	5.51	6.21	26 Dom. *XXI.*—San Evaristo, papa y mr., y san Luciano y compañeros mártires.	5.05
5.52	27 Sáb. Stos. Cosme y Damian, hermanos, mrs.	5.50	6.23	27 Lún. Stos. Vicente, Sabina, Cristeta, mrs.	5.04
5.53	28 Dom. *XVII.*—San Wenceslao, mr., y el beato Simon de Rojas, conf.	5.48	6.24	28 Márt. San Simon y san Júdas Tadeo, apóstoles.	5.03
			6.25	29 Miérc. San Narciso, ob., sta. Eusebia, vg., y mr.	5.01
5.54	29 Lún. La Dedicacion de San Miguel Arcángel.	5.46	6.27	30 Juév. San Marcelo y sus doce hijos, mrs., y san Gerardo, ob.	5.00
5.55	30 Márt. San Jerónimo, dr. y fr., y sta. Sofía, viuda.	5 45		*Luna llena*, á la 1 h. y 55 m. de la madrugada, en *Tauro*	
	Luna llena, á las 9 h. y 2. m. de la m., en *Aries.*		6.28	31 Viér. San Quintin, mr., y stos. Nemesio y Lucila, mrs.	4.59

Ortos del Sol.	NOVIEMBRE.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	DICIEMBRE.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
6.29	1 Sáb. † LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS, y sta. María, mr.	4.57	7.04	1 Lún. Sta. Natalia, vda., y san Eloy, ob.	4.35
6.31	2 Dom. *XXII.*—La Conmemoracion de los Fieles Difuntos.	4.56	7.05	2 Márt. Stas. Bibiana y Elisa, vgs. y san Pedro Crisólogo. cf.	4.34
6.32	3 Lún. San Valentin, mr., y san Huberto, ob.	4.55	7.06	3 Miérc. San Francisco Javier, cf., y stos. Claudio é Hilaria.	4.34
6.33	4 Márt. San Cárlos Borromeo, cf., y sta. Modesta, vg.	4.54	7.07	4 Juév. Sta. Bárbara, vg. y mr., patrona de Baza.	4.34
6.34	5 Miérc. San Zacarías, prof., y sta. Isabel, padres del Bautista.	4.53	7.08	5 Viér. San Sabas, ab., y santa Crispina, mr.	4.34
6.35	6 Juév. San Severo, ob., y san Leonardo, conf.	4.52	7.09	6 Sáb. San Nicolás de Bari, cf., y Pedro Pascual, ob.	4.34
6.36	7 Viér. San Florencio, ob., y stos. Antonio y comps., mrs.	4.51		*Cuarto menguante*, á las 7 h. y 28 m. de la n., en *Virgo.*	
	Cuarto menguante, á las 5 h. y 41 m. de la m., en *Leo.*		7.09	7 Dom. *II de Adviento.*—San Ambrosio, ob. y dr.	4.34
6.38	8 Sáb. Stos. Severiano y comps., mrs., y san Godofredo, ob.	4.50	7.10	8 Lún. † LA PURÍSIMA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.	4.34
6.39	9 Dom. *XXIII.*—El Patrocinio de Ntra. Sra., y stos. Teodoro y Orestes, mrs.	4.49	7.11	9 Márt. Sta. Leocadia, vg. y mr., y san Restituto, mr.	4.34
			7.12	10 Miérc. Nuestra Señora de Loreto, y santa Eulalia, mr.	4.34
6 40	10 Lún. San Andrés Avelino, conf., y san Trifon, mr.	4.48	7.13	11 Juév. San Dámaso, p., y san Sabino, ob. y cf.	4.34
6.41	11 Márt. San Martin, ob. y cf., y sto. Toribio, conf.	4.47	7.14	12 Viér. Nuestra Señora de Guadalupe, y san Hermógenes, mr.	4.34
6.42	12 Miérc. San Diego de Alcalá, cf., y san Martin, p. y mr.	4.46	7.14	13 Sáb. Sta. Lucía, vg. y mr., y san Lucio, ob.	4.34
6.43	13 Juév. San Estanislao de Koska, cf., y san Eugenio III, conf.	4.45		*Luna nueva*, á la 1 h. y 47 m. de la m., en *Sagitario.*	
	Luna nueva, á las 12 h. y 24 m. de la noche, en *Escorpio.*		7.15	14 Dom. *III de Adviento.*—Stos. Nicasio, Druso y Eutropia, compañeros, mártires.	4.35
6.45	14 Viér. San Serapio, mr., santa Veneranda, vg. y mr.	4.44			
6.46	15 Sáb. San Eugenio I, arz. de Toledo, y san Leopoldo, conf.	4.43	7.16	15 Lún. San Eusebio, ob., y san Valeriano, ob.	4.35
6.47	16 Dom. *XXIV*—Stos. Rufino y comps., mrs., y san Edmundo, obispo.	4.48	7.17	16 Márt. Stos. Valentino y Concordia, mrs.	4.35
			7.17	17 Miérc. San Lázaro, ob., y san Francisco de Sena, cf.	4.35
6.48	17 Lún. Sta. Gertrúdis la Magna, vg., y stos. Acisclo y Victoria.	4.42	7.18	18 Juév. Nuestra Señora de la O., y san Graciano, ob.	4.36
6.49	18 Márt. San Máximo, ob., y stos. Roman y Eufrasia, mrs.	4.41	7.19	19 Viér. San Nemesio, mr., y sta. Fausta, vg. y mr.	4.36
6.59	19 Miérc. Sta. Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa.	4.40	7.19	20 Sáb. Sto. Domingo de Silos, cf., y san Julio, mr.	4.37
6.52	20 Juév. San Félix de Valois, cf. y san Edmundo, rey.	4.40		*Cuarto creciente*, á las 11 h. y 1 m. de la m., en *Piscis.*	
	Cuarto creciente, á las 6 h. y 40 m. de la tarde, en *Acuario.*		7.20	21 Dom. *IV de Adviento.*—Sto. Tomás, ap.	4.37
6.53	21 Viér. La Presentacion de Ntra. Sra., y san Gelasio, papa.	4.39	7.20	22 Lún. Stos. Demetrio y Honorato, mrs.—(INVIERNO.)	4.38
6.54	22 Sáb. Sta. Cecilia, vg. y mr., y san Mauro, ab.	4.38	7.21	23 Márt. Sta. Vitoria, vg. y mr., y san Sérvulo, conf.	4.38
6.55	23 Dom. *XXV.*—San Clemente, p. y mr., y santa Lucrecia.	4.38	7.21	24 Miérc. San Gregorio, pbro. y mr.—(*Abstinencia de carne.*)	4.39
6.56	24 Lún. San Juan de la Cruz, cf., y san Crisógono, mr.	4.37	7.21	25 Juév. † LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.	4.39
6.57	25 Márt. Sta. Catalina, vg. y mr., y san Gonzalo ob.	4.37	7.22	26 Viér. San Estéban, proto-mártir, y san Marino, mr.	4.40
6.58	26 Miérc. Los Desposorios de Ntra. Sra., y san Pedro Alej., ob.	4.36	7.22	27 Sáb. San Juan, ap. y evang.	4.41
6.59	27 Juév. Stos. Facundo, Primitivo y comps., mrs.	4.36	7.23	28 Dom. La Degollacion de los Santos Inocentes.—(*Eclipse parcial* de Luna, visible en Madrid.)	4.41
7.01	28 Viér. San Gregorio III, p. y cf., y san Estéban, ab.	4.35			
	Luna llena, á las 8 h. y 43 m. de la noche, en *Géminis.*			*Luna llena*, á las 4 h. y 1 m. de la tarde, en *Cáncer.*	
7.02	29 Sáb. San Saturnino, ob. y mr., patron de Pamplona.	4.35	7.23	29 Lún. Sto. Tomás Cantuariense, arz. y mr.	4.42
7.03	30 Dom. *I de Adviento.*—San Andrés, ap., y stos. Castulo y Maura, mrs.	4.35	7.23	30 Márt. La Traslacion de Santiago, ap., y san Sabino, mr.	4.43
			7.23	31 Miérc. San Silvestre, p., y sta. Coloma, vg. y mr.	4.44

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



GLOBO CAUTIVO ELEVADO EN PARÍS DURANTE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1878.

ELEMENTOS DEL ALMANAQUE.

Aunque los astrónomos han convenido en referir al movimiento aparente del sol el principio de las estaciones, la duracion del año, del mes, y del dia; esto es, en servirse de aquel luminar para la MEDIDA DEL TIEMPO, segun quedó explicado en el Almanaque de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA del año último, el movimiento de la luna, que para el mismo objeto siguen teniendo en cuenta los pueblos orientales, no ha sido por completo excluido de nuestro sistema, y tiene aplicacion para determinar la época de las fiestas más solemnes, influyendo por tanto en la formacion del Almanaque hasta el punto de darle este nombre derivado de *man*, que es designacion de la luna en Oriente.

Sabido es que los hebreos festejaban con el nombre de Pascua (de la voz *pesach*, que significa pasaje), el paso del mar Rojo á la salida de Egipto, y simultáneamente el paso del Angel exterminador, que entraba en las casas que no estaban marcadas con la sangre del cordero pascual para quitar la vida á los primogénitos de los hombres y de las bestias. Esta fiesta se hacía invariablemente el dia 14 de la luna de Marzo. Entre los cristianos la palabra *pascua* tuvo desde un principio la misma significacion, pero en sentido más espiritual y con relacion al misterio del cual no era más que la figura el paso del Angel y de los hebreos.

Instituida la Pascua cristiana, no sólo como la más solemne de las fiestas de la Iglesia, sino tambien como época que determina el tiempo de todas las demas, era menester establecer la fijacion para que se celebrase el mismo dia en todo el mundo católico, mas no era ésta cosa llana; porque en el Asia Menor, de conformidad con la observancia judaica, ponian la fiesta, sin consideracion al dia, el 14 de la luna de Marzo, segun lo habian practicado los apóstoles San Felipe, San Juan y otras lumbreras de la Iglesia, y los cristianos de Occidente sostenian, con la autoridad de San Pedro y San Pablo, que la Iglesia consideraba como el *dia del Señor* por excelencia á la fiesta, habiéndola consignado el nombre augusto de *Domingo* y trasferido á él todos los honores y los deberes del sábado de la ley judaica.

La diferencia de usos suscitó entre asiáticos y occidentales grandes cuestiones que duraron los primeros siglos, sin que los concilios de Cesarea, Palestina, Roma, las Galias y el Ponto fueran hábiles para disminuirlas; ántes bien se hizo de ellas uno de los motivos de cisma, por lo cual el papa Victor declaró fuera de la comunion cristiana á las iglesias del Asia Menor, Siria y Mesopotamia, por su obstinacion en seguir la práctica judaica, que les valió la designacion de *quatordecimanos*.

Como la Resurreccion del Señor ocurrió en plenilunio, poco despues del equinoccio, el concilio de Nicea decidió «que la Pascua habia de celebrarse el domingo siguiente al plenilunio del equinoccio de primavera, fijando para siempre este equinoccio en el dia 21 de Marzo, dia en que se habia verificado el año 325 en que se celebró el concilio; y como semejante fijacion era ajena á la precesion de los equinoccios, al cabo de algun tiempo vinieron á estar las en desacuerdo el año eclesiástico y el solar, que fué una de principales razones que aconsejaron la reforma gregoriana del Calendario el año de 1582.

Fijáronse entónces de una manera precisa las reglas que habian de servir para la designacion de la Pascua, y por consiguiente de todas las otras fiestas, acordando los elementos que, con el nombre de *cómputo eclesiástico*, son base del almanaque de los cristianos y se ponen en la cabeza ó principio de aquél.

ÁUREO NÚMERO.

Este es el primero de los dichos elementos y está tomado de la antigüedad. Habiendo prescrito el oráculo á los griegos que celebráran ciertas fiestas en los mismos dias del año y en las mismas fases de la luna, Meton descubrió que al cabo de diez y nueve años, que completan 235 lunaciones coinciden las fases con los dias de la misma denominacion. Aprovechó el momento en que se celebraban los juegos olímpicos el año 433 ántes de nuestra Era, para hacer público el *ciclo* descubierto, y tal fué el entusiasmo de sus compatriotas, que decidieron que se inscribiera con letras de oro en los monumentos públicos. Los romanos lo escribieron despues con letras doradas en los calendarios, y de aquí el llamar al ciclo de Meton ó ciclo lunar, número de oro ó *áureo número*, siendo un período de diez y nueve años, al cabo del cual vuelven á una cuenta comun, aunque no del todo exacta, los años solar y lunar.

Los primeros cristianos se servian, como los gentiles, de este fundamento para determinar la Pascua, y sabiendo que la nueva Era empezó con 2 de *áureo número*, hallaban, y se halla el correspondiente á cada año, añadiendo á la cifra de éste una unidad, dividiendo la suma por 19, y el residuo resulta ser el *áureo número*, salvo el caso de ser cero dicho residuo, que entónces es aquél 19.

Otra regla sencilla consiste en restar de la cifra del año propuesto 1500, tomar una unidad de cada veinte de la diferencia, y sumando todas estas unidades con el residuo, el resultado, si es menor de 20, es el *áureo número*.

Si se desea saber, por ejemplo, el que corresponde al año de 1884, restando 1500 quedan 384; tomando de esta cantidad uno por cada veinte, son 19 y sobran 4, que es el *áureo número*, porque habia que sumar los 4 á los 19 y quitar á la suma 19.

Desde la correccion gregoriana dejó de usarse de una manera directa el *áureo número* para la fijacion de las fiestas movibles, pero no quedó olvidado, aplicándose á la determinacion del siguiente elemento, que es

LA EPACTA.

Viene de la voz griega *Epy*, que significa añadida ó aumentada, y no es otra cosa que la diferencia que hay entre los años solar y lunar, ó sea la edad que se considera tiene la luna al principiar el año.

Conocida la edad de la luna el primer dia del año, se determinan fácilmente los novilunios y plenilunios sucesivos. Es evidente que si en aquella fecha se verificó el plenilunio á media noche, volverá á verificarse el dia 355 del mismo año, puesto que doce lunaciones componen 354 dias, y si el año es comun, la luna tendrá once dias al empezar el año siguiente. Este número once es, pues, la *epacta* del segundo año y sirve para determinar todas las fases en su duracion.

Al cabo de 355 dias ó doce lunaciones de este segundo

(c) Ministerio de Cultura 2006

año, vuelve á ser de once dias la edad de la luna, y once dias despues, al empezar el tercer año, la edad será de veintidos dias, y 22 por tanto la *epacta* para el tercer año.

Á los 355 dias de este nuevo año es otra vez de 22 la edad de la luna; á los once dias, que empieza el cuarto, la edad será 33; lo que indica que ha ocurrido una lunacion décimotercera en el año tercero y que 3 es la *epacta* para el cuarto.

Este procedimiento indica que sumando once dias á la *epacta* de un año y restando 30, si la luna excede de esta cifra, se obtiene la *epacta* del año siguiente.

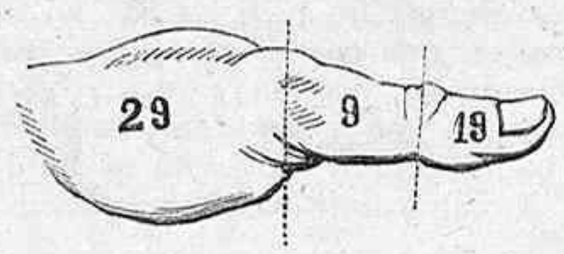
La serie de epactas correspondientes á un período de diez y nueve años, ó sea al ciclo lunar es:

AUREO NÚMERO.	EPACTA.
1	*
2	XI
3	XXII
4	III
5	XIV
6	XXV
7	VI
8	XVII
9	XXVIII
10	IX
11	XX
12	I
13	XII
14	XXIII
15	IV
16	XV
17	XXVI
18	VII
19	XVIII.

Tal es la sucesion de la *epacta* arreglada en el Concilio de Nicea y conservada en la correccion gregoriana, por más que los novilunios medios hallados por ella puedan diferenciarse en uno ó dos dias de los cálculos astronómicos relativos á las fases de la luna verdadera. Como se ha considerado para el primer dia del año del ciclo lunar el novilunio, al pasar de la décimanovena *epacta* de un ciclo á la primera del ciclo siguiente se suman doce unidades en vez de once, y con esta adicion se corrige al poco más ó ménos el error doble de suponer que doce lunaciones componen 354 dias justos y que el año tiene 365 cabales.

Conocida la relacion en que están los dos elementos del cómputo ya definidos, es evidente que dado uno de ellos se puede hallar inmediatamente el otro. Sin el auxilio de la tabla, dado el áureo número, se multiplica por 11, se restan del producto 11, y dividiendo por 30 la diferencia, el residuo de la division será la *Epacta*, advirtiendo que desde el año de 1899 hasta el de 2199 el sustraendo tendrá que ser 12, y si la diferencia no se puede dividir por 30, por ser menor cantidad, ella misma será la *Epacta*.

Nuestros abuelos, que eran amigos de reglas prácticas, idearon una que se ve en los tratados de Cosmografía de los siglos XVII y XVIII, y consistia en imaginar en el dedo pulgar de la mano izquierda las cifras 29, 9 y 19, estando la



primera en la raíz ó articulacion próxima á la mano; el 9 en la del medio y el 19 en la uña ó yema. Hecho esto, se distribuye el áureo número del año en que se quiere conocer la *Epacta*, empezando en la raiz 29 y dando vuelta hasta que fenezca en alguno de los tres puntos señalados, y la suma del áureo número con la cifra correspondiente á la articulacion en que hubiera fenecido, dará la *Epacta*, si no pasa de 30, y si pasa, la será el exceso.

Deseando saber, por ejemplo, la *Epacta* de un año cuyo áureo número es 13, se empieza á contar en la raíz del dedo 1, en la articulacion 2 y en la yema 3, de aquí otra vez en la raíz 4, y así sucesivamente hasta contar 13, que es sobre la raíz 29; sumadas ambas cantidades resulta la suma 42 mayor que 30, y quitadas éstas unidades, el resto 12 es la *Epacta*.

Por la razon ántes expresada, la regla no es aplicable más que hasta el año 1899: desde el siguiente, las cifras que se escriban en el dedo serán 28, 8 y 18.

No tan sólo sirve la *Epacta* para determinar el plenilunio pascual, sino tambien, con otros elementos, para resolver problemas de cronología restrospectiva y para conocer en cualquier momento la edad de la luna, lo cual se averigua contando los meses trascurridos desde Marzo, sumando la cifra con la *Epacta* y con el número de dias pasados del mes corriente: de la suma se quita todo lo que exceda de 30, y el residuo es la edad de la luna. Cuando la suma es 30, es principio de la luna nueva, pero esto se entiende en los meses que traen 31 dias; en los demas lo que se sustrae es 29.

Siendo la *Epacta* 12 y deseando saber la edad de la luna el 20 de Agosto, se nota primero que Agosto es el sexto mes despues de Marzo; 12 y 6 son 18, más 20 dias de Agosto, hacen 38, y quitando los 30, quedan 8 que son los dias de la luna.

CICLO SOLAR.

Es un período de veintiocho años solares, al cabo del cual los dias del mes y de la semana vuelven á corresponderse, esto es, á caer el domingo en el mismo dia del mes, habiendo acaecido todas las correspondientes mutaciones. Llámase *Ciclo solar*, no porque tenga la menor relacion con el curso del sol, sino porque el domingo se distinguió antiguamente por el dia del sol.

Se halla el *Ciclo solar* añadiendo 9 á la cifra del año propuesto, dividiendo la suma por 28 y tomando el residuo ó esta última cifra, si el residuo es cero.

Para el año de 1880, sumando 9, dividiendo 1889 entre 28, resultan de residuo ó *Ciclo solar* 13.

Más adelante se explicará qué aplicacion tiene este ciclo.

INDICCION ROMANA.

Es otro ciclo ó período de quince años de que usaron los romanos desde el siglo v ántes de la Era cristiana: el verdadero orígen y la significacion de la palabra son desconocidos. No tiene relacion este ciclo con los movimientos celestes, y actualmente no tiene más aplicacion que la que le dan los papas inscribiéndolo en las Bulas.

Para el cálculo de la *Indiccion* se supone que este ciclo empezó el 1.° de Enero del año 313; por tanto, se añaden 3 á la cifra del año propuesto, se divide la suma por 15 y se toma el residuo ó el mismo número 15 si no hay ninguno.

El año de 1798 fué la *Indiccion* 1, porque 1801 dividido por 15 da por cociente 120 y 1 de residuo.

La *Indiccion romana*, lo mismo que la *Epacta*, se expresa siempre en números romanos.

LETRA DOMINICAL.

Establecida por los cristianos la celebracion de la *Dominica ó dia del Señor*, empezó á señalarse dicho dia en breviarios, misales y otros libros litúrgicos con una letra, que de aquí se llamó *dominical ó solar;* el segundo nombre porque era el que daban los gentiles al domingo.

Letras dominicales son las siete primeras del alfabeto, A, B, C, D, E, F, G, y se ponen en el calendario litúrgico en una columna, frente á los dias del mes. La A correspon-

(c) Ministerio de Cultura 2006

de invariablemente al 1.º de Enero, la B al dia 2, y así sucesivamente la G al dia 7: aquí empieza de nuevo la serie poniendo la A en el dia 8, la B en el 9, etc.

Cuando el año empieza por domingo A es su *letra dominical* y todos los dias del mes en que se vea, en las referidas columnas de la tabla litúrgica, son domingos, pero como el año tiene cincuenta y dos semanas ó séries de siete más un dia, el año siguiente al que empezó por domingo, empezará en lúnes y á este dia corresponde la letra A de la tabla. Siguiendo el órden alfabético corresponderá la G al Domingo, y ésta será la *letra dominical* en el segundo año. El tercero empezará en mártes con la letra A como siempre, y la *letra dominical* será F.

Al cabo de siete años se reproduciria la cuenta y volveria á ser A *letra dominical*, si aquéllos tuvieran 365 dias justos; mas como en los años bisiestos se intercala otro dia, que produce dos de exceso sobre las cincuenta y dos semanas, varía necesariamente el órden de las letras desde el dia 29 de Febrero añadido, y por tanto los años bisiestos tienen dos letras dominicales; la primera hasta el dicho dia desde el 1.º de Enero y la otra para Marzo y los meses siguientes hasta fin de Diciembre.

De estas observaciones se deduce la regla que sirve para investigar la *letra dominical*. Dado el año, se suma á su cifra la cuarta parte de la misma; se divide el total por 7, del residuo se restan 7 y queda el número justo de la letra que se busca.

Siendo el año 1798, por ejemplo, sumada esta cifra con 449, que es su cuarta parte, resultan 2.247, que divididos por 7 no queda residuo: 7, es por tanto, el número de la letra, ó lo que es lo mismo, G es la *dominical* que se busca.

Las letras dominicales se reproducen exactamente cada veintiocho años, período llamado *ciclo solar*, de que ántes se ha tratado y que sirve tambien para determinar la letra que á cada año corresponde. La dominical del año 1.º de J. C., décimo del ciclo solar, es la misma que la de los años 29, 57, 85, 113, 141, etc., hasta el año 1582 en que se hizo la Correccion Gregoriana. Ésta, con la supresion de diez dias interrumpió el curso ordinario de las dominicales, de suerte que la de aquel año, que era G, pasó á ser C. El año 1583 tuvo B por dominical, y continuó la nueva serie hasta 1700, año bisiesto en que, por la supresion del dia intercalar, no hubo más que una dominical; lo mismo sucedió en 1800 y volverá á suceder en 1900, alterándose de nuevo el curso de las letras.

Gracias á éstas es sumamente fácil averiguar el dia de la semana en que empezó ó empezará un año cualquiera de la Era vulgar.

LETRAS FERIALES.

Quitada la letra dominical de las siete primeras del alfabeto, las seis restantes se llaman *feriales*, porque designan por su órden las ferias ó dias de la semana, segun su diversa nomenclatura, que es :

LATIN.	ESPAÑOL.	PORTUGUÉS.	ITALIANO.
Dies dominica ...	Domingo.....	Domingo.....	Domenica.
Feria secunda....	Lúnes.....	Secunda feira.. .	Lunedi.
Feria tertia.....	Mártes.....	Terça feira.....	Martedi.
Feria quarta.....	Miércoles.....	Quarta feira.....	Mercoledi.
Feria quinta.....	Juéves.....	Quinta feira.....	Giovedi.
Feria sexta.....	Viérnes.....	Sexta feira.....	Venerdi.
Sabbato.....	Sábado..... ...	Sabbado.....	Sabbato.

FRANCÉS.	INGLÉS.	ALEMAN.	HOLANDÉS.
Dimanche.	Sunday.....	Sonntag.....	Zondag.
Lundi.....	Monday..... .	Montag.	Maandag.
Mardi.....	Tuesday.....	Dieustag.....	Dingsdag.
Mercredi.....	Wednesday.....	Mittwoch.....	Woensdag.
Jeudi.....	Thursday.....	Freitag.....	Donderdag.
Vendredi.....	Friday.....	Donuerstag.....	Vrijdag.
Samedi.....	Saturday.....	Samstag.....	Zaturdag.

ÁRABE (1).	INDIO (2).
Yum el ahad.....	Addita-varam.
Yum eth thani.....	Soma-varam.
Yum eth thaleth.....	Mangala-varam.
Yum el arbaa.....	Buta-varam.
Yum el khamis..... ...	Brahaspati-varam.
Yum el djumaa.....	Sucra-varam.
Yum el effabt.....	Sany-varam.

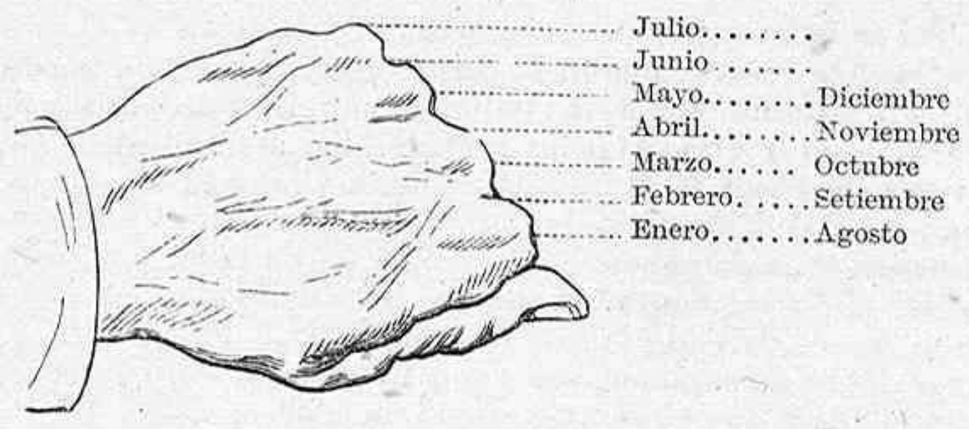
Por las letras feriales se averigua con qué dia de la semana empieza cada mes y qué dia de la semana corresponde á cualquiera fecha, problema de interes cuando se trata de sucesos históricos lejanos. La tabla referida sirve para el caso ú otra que se forma con los años del ciclo solar. En siglos anteriores se usaban reglas prácticas algo complicadas, valiéndose tambien de los dedos de la mano izquierda. Otra consistia en retener de memoria los versos latinos ú otros castellanos análogos (muy malos por cierto).

Altitonans dominus divina gerens bonus extat,
Gratuito cœli fert, aurea dona fideli,

que aplicados á los doce meses del año, dan invariablemente para el primer dia :

Enero.....	A	Mayo.....	B	Setiembre.....	F
Febrero.....	D	Junio.....	E	Octubre.....	A
Marzo.....	D	Julio.....	G	Noviembre....	D
Abril.....	G	Agosto.....	C	Diciembre.....	F

Acompañaban á estas reglas las de la investigacion del número de dias del mes, que se hacía, bien por los nudillos de la mano, segun indica la figura,



ó bien por el versillo,

Treinta dias trae Noviembre
Con Abril, Junio y Setiembre;
Veinte y ocho cuenta uno;
Los demas á treinta y uno.

Explicados ya todos los elementos del ALMANAQUE, se aplican á la formacion de éste como sigue :

PLENILUNIO PASCUAL.

Si la Epacta del año propuesto no excede de 23, se resta de 44, y si la diferencia no pasa de 31, su número será el del dia de Marzo en que cae el plenilunio. Si la Epacta es 24 ó 25, se resta de 42, y si fuere 26, 27, 28 ó 29, se resta de 43; el residuo, en uno ú otro caso, es el dia de Abril en que sucede el plenilunio. Si la Epacta es 30 ó nada (que se significa por *), cae precisamente el plenilunio el 19 de Abril.

FIESTAS MOVIBLES.

Es la primera que se busca, como base de todas las otras, el Domingo de la Pascua de Resurreccion, para lo cual, ha-

(1) La traduccion es el primero, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el dia de reunion, el sábado.

(2) Dia del Sol, de la Luna, de Márte, de Mercurio, de Júpiter, de Vénus, de Saturno.

(c) Ministerio de Cultura 2006

llado el plenilunio pascual, se investiga por las letras feriales, segun queda explicado, el dia de la semana á que corresponde, y el primer domingo siguiente (áun cuando el plenilunio caiga en domingo) es el de la Pascua.

Para las demas fiestas se sigue el órden prescrito en la disposicion gregoriana, á saber: el Domingo de Septuagésima nunca puede caer en ménos dias que el 18 de Enero, ni en mayor número que el 21 de Febrero; Ceniza, de 4 de Febrero á 10 de Marzo; Pascua de Resurreccion, de 22 de Marzo á 25 de Abril; Ascension, de 30 de Abril á 3 de Junio; Pentecostes, de 10 de Mayo á 13 de Junio, y Córpus, de 21 de Mayo á 24 de Junio.

Las cuatro témporas se fijan: primera, despues del primer domingo de Cuaresma; segunda, despues del primer domingo de Pentecostés; tercera, despues de la Exaltacion de la Cruz, que se celebra el 14 de Setiembre, y cuarta, despues del Domingo de Adviento. Todas son el miércoles, viérnes y sábado de la semana á que corresponden.

He repetido que los cosmógrafos de los siglos XV y XVI tenian reglas prácticas, así para investigar como para aplicar los elementos del ALMANAQUE, consistiendo principalmente en versos latinos, tales como

Post festum fœlicitatis,
Epactæ numerum requiratis,
Et in terra Dominica paschabitis.

Vulgarizado despues el conocimiento de los referidos elementos, los que en los siglos siguientes componian los almanaques con nombre de *Piscator Sarrabal*, y otros no ménos altisonantes, sustituyeron los latinos con versos castellanos; pero como no encargáran la traduccion á Garcilaso ni á ninguna otra de las celebridades poéticas, sino que se creyeron tan competentes para el caso como para señalar *nubes* en la luna nueva de Abril, *nieves* en la conjuncion de Enero y *canícula* en Julio, resultaron desdichadísimas composiciones, algunas de las cuales copio para muestra:

Debe la Septuagésima ponerse
Desde el décimo octavo dia de Enero,
Y la Ceniza debe proponerse
Contando desde el cuatro de Febrero:
De veinte y dos de Marzo debe verse
La Resurreccion Sacra del Cordero,
Y la santa Ascension, si se examina,
Desde treinta de Abril se determina.
Contando diez de Mayo celebrarse
De Pentecostes debe el dulce dia:
La Trinidad Sagrada el venerarse
Desde el que es diez y siete tambien fia;
Y desde veinte y uno ha de notarse
La festiva del *Córpus* alegría;
Y el Adviento, si mal no lo distingo,
De San Andres el próximo Domingo.

Para determinar las otras fiestas que aquí no se citan; para las vigilias, dias de ánima, velaciones; para cada indicacion, en fin, habia su reglita. Por su brevedad, pongo una de las cuatro témporas, que decia:

Despues de la Ceniza y Pentecostés
Exaltacion de Cruz, Santa Lucía,
Has de hacer tres ayunos, de Mercurio,
De Vénus y Saturno en los tres dias.

Otro computista, no tan enemigo como éste del arte mayor, escribia:

Procura, si de guardar
Las fiestas quieres saber,
Estos versos aprender.

La Circuncision tenemos
De Enero el primero dia,
Y al sexto la Epifanía.

Cuando María en el templo
Presentó á su Niño Dios,
De Febrero el dia dos,
A veinte y cuatro del dicho,
El Apóstol San Matías;
Si hay bisiesto, añade un dia.
. . . . . .

y así seguia hasta

El pontífice Silvestre
En los treinta y uno está,
Con que fin al año da.

No por esto ha de estimarse que los problemas del ALMANAQUE son cosa baladí al alcance de cualquiera; léjos de esto, se necesitaria un volúmen para explicarlos, y una instruccion poco comun para entenderlos, toda vez que, áun para los astrónomos de profesion, presentan no pocas complicaciones y dificultades.

De no conocerlos escritores de general ilustracion, se derivan los muchos errores de que están plagadas las historias. ¿Quién no ha visto repetido en nuestros libros y periódicos que Cervántes y Shakespeare murieron el mismo dia?

Ciertamente se anotó con la misma fecha en España y en Inglaterra la pérdida de estos grandes hombres de letras; pero esto no quiere decir que el dia fuera el mismo, porque al paso que en España se habia aplicado anteriormente la correccion gregoriana, en Inglaterra se seguia usando del calendario juliano, y por consiguiente, Cervántes precedió once dias en la muerte á Shakespeare.

El escritor que no quiera incurrir en graves anacronismos ha de tener en cuenta las fechas respectivas en que aquella correccion fué adoptada por los pueblos de que haya de tratar, que por semejante utilidad apunto.

El calendario gregoriano se publicó el 4 de Octubre de 1582, decretando su autor que el dia siguiente no se llamaria 5, sino 15, contando, por consiguiente, aquel año diez dias de ménos. España, Portugal y una parte de Italia lo adoptaron desde el mismo dia. Francia lo hizo en Diciembre del mismo año, disponiendo que el dia 10 se contára 20. Flándes, Brabante, Artois y Holanda, en el propio mes y año saltaron del dia 15 al 25. Por órden del rey Felipe II admitieron la correccion el año siguiente algunas provincias de los Países-Bajos; pero no las de Gueldre, Utrech, Frisia y otras, que lo resistieron hasta el año de 1700, contando entónces el 1.° de Diciembre como 12. La dieta de Ausburgo rechazó por unanimidad la correccion para Alemania, pero los Estados católicos la aceptaron en 1584 á instancias del Elector de Colonia, y en 1699 lo hicieron los protestantes. Los polacos, en 1586; los húngaros, en 1587; Holanda, Dinamarca y Suiza, en 1700; Inglaterra, en 1752, llamando 14 al 3 de Setiembre, y los suecos, en 1753. Los rusos y los griegos cismáticos son los únicos que continúan usando *el estilo viejo* ó calendario juliano, y su cuenta alcanza ya trece dias de diferencia en atraso con la nuestra.

Otro error frecuentísimo se comete al contar las fechas de nuestra era, y por él la gran mayoría de la gente está persuadida de que el siglo XIX tuvo principio el 1.° de Enero del año 1800, y de que el 1.° de Enero de 1900 empezará el siglo XX. No es así, ni tampoco el 3 de Abril de 1879, por ejemplo, se cuentan 1879 años, 3 meses y 3 dias de la Era Cristiana, como generalmete se cree. No se contó un año de nuestra Era hasta que el año hubo pasado: esto es evidente; luégo de ordinario se aumenta erróneamente en un año la cronología. El siglo XIX empezó el 1.° de Enero de 1801. El siglo XX tendrá principio el 1.° de Enero de 1901.

CESÁREO FERNANDEZ DURO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ALMANAQUE LITERARIO.

PRÓLOGO.

SR. D. ABELARDO DE CÁRLOS.

Madrid, 20 *de Setiembre de* 1878.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion y afecto: Cuando me anunció V. el propósito de incluir en el *Almanaque* de su ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, correspondiente al próximo año 1879, biografías de nuestros escritores célebres, distribuidas de manera que en cada mes cupiese uno de ellos, segun la época respectiva de su nacimiento ó muerte, me pareció una excelente idea; no así la de que me encargase yo de este trabajo; pero con términos tan benévolos y galantes supo V. obligarme, que hubiera sido en mí desatencion ó vanidad desdeñar preferencia que me honraba tanto. Acepté, pues, el empeño, y ahí remito á V. las doce biografías, forjadas como Dios sabe, y como ellas han salido. En cosas de esta índole, ni áun la buena voluntad sirve de disculpa; únicamente deseo, que pues yo me reconozco tan favorecido, V. no resulte perjudicado.

El carácter particular de la publicacion requeria que á cada personaje acompañase su retrato y su firma autógrafa; afortunadamente, he podido acomodarme á este pié forzado, pues sabe V. cuánto escasean esta especie de reliquias entre nosotros. Por casualidad se han descubierto hace poco los retratos de *Alarcon* y de *Tirso de Molina*, dado que merezcan completa fe; el de *Cervántes*, tan ilusorio como el *Buscapié*, anda aún oculto entre las hojas perdidas del álbum célebre de Pacheco.

Digo que me parece la que ha tenido V. excelente idea, porque aunque sólo se recuerden á la ligera los nombres de los que tan gloriosamente florecieron en la época de nuestra mayor cultura literaria, bueno es traerlos de vez en cuando á la memoria, para que su ejemplo despierte nuestra aficion y avive nuestra voluntad; que nada influye en el menosprecio de un pueblo tanto como el que él hace de sus pasadas glorias. Quien de sí propio se olvida, ¿qué consideracion ha de merecer á los extraños?

A fe que bien pudiéramos imitar en esta buena propiedad á nuestros vecinos, ya que tan atentamente copiamos sus singularidades y sus costumbres. En Francia se mira con verdadera devocion literaria á Molière; aquí apénas hacemos caso de sus modelos. Yo me envanezco de que se diga que los españoles hemos sido más fáciles en hazañas, que cuidadosos en referirlas; pero entre la jactancia y la excesiva modestia, hay cierto medio: el entusiasmo y la gratitud con que debemos contemplar las obras de nuestros mayores.

Hubiera deseado dar alguna más amplitud á estos bosquejos, entrando en pormenores más curiosos sobre la vida de nuestros autores, esclareciendo en lo posible algunas dudas que se abrigan aún acerca de varios hechos, suministrando ideas exactas sobre todas y cada una de sus composiciones, y especialmente discurriendo algo en punto á nuestra literatura de los siglos XVI y XVII; de qué manera el arte erudito se sobrepuso al vulgar, ó en que proporcion alternaron ambos, tomando la cuestion desde sus orígenes. Ya que esto no me era posible, he cuidado de indicar las fuentes á que se ha de recurrir para juzgar con mejores datos.

Otros han abierto ya camino á los que en lo sucesivo emprendan estas tareas; no hay más que llevarlas á cabo con ardor y perseverancia, como usted, Sr. D. Abelardo, lleva la suya con tanta inteligencia y con un empeño que á muchos arredraria. Confio en el porvenir, en esa juventud que nos sigue y en breve borrará nuestras huellas, no ciñéndose meramente á los estudios literarios, que por sí solos prometen escaso fruto, sino enlazándolos á un profundo conocimiento de la historia, al cultivo de las ciencias y al progreso de la filosofía, para establecer sobre fundamentos sólidos la crítica, que constituirá con el tiempo la unidad de la ciencia, último fin á que aspiran todos nuestros esfuerzos. Y esta confianza no es aprension mia; por razon de mi empleo tengo ocasion de observar la aficion que cunde entre nuestros jóvenes á estudios ántes desconocidos, y siento un generoso impulso de amor hácia esos instrumentos de la Suprema Inteligencia, de la cual es la Humanidad no más que un átomo imperceptible.

Sin sentir voy extraviándome de mi objeto. Mande V., Sr. D. Abelardo, otra cosa á su afectísimo servidor y atento amigo,

Q. S. M. B.,
CAYETANO ROSELL.

(c) Ministerio de Cultura 2006

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

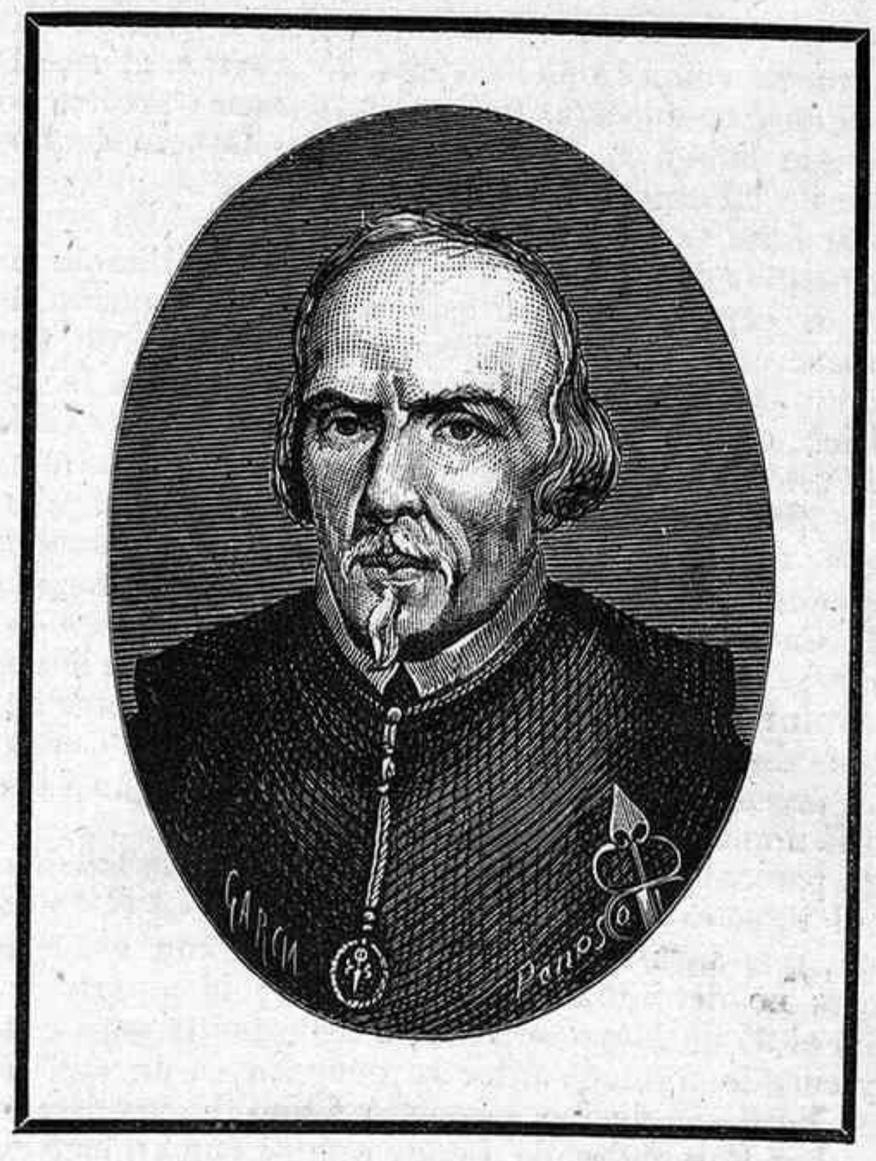
No ha llegado nunca en nacion alguna la literatura dramática al grado de esplendor que logró la nuestra en el siglo XVII. El teatro era en España una verdadera institucion, no sólo por las funciones que ejercia, sino por el interes que despertaba en todas las clases de la sociedad, dado que en la escena frecuentemente se ponian en juego los principios fundamentales del Estado, la monarquía y el vasallaje, la moral y la religion, y como consecuencia de este organismo, la vida social, el ejercicio del derecho en sus várias aplicaciones y las exigencias del deber en su práctica más concreta.

Era ademas la de autor dramático una profesion libre, que abrazaban cuantos se creian ingenios privilegiados; una vocacion ferviente que obligaba á muchos á probar sus fuerzas en un estadio en verdad glorioso, pero no exento de peligros y sinsabores, donde la superioridad, por serlo, formaba la minoría, y donde el excesivo número de los que aspiraban á la primera, léjos de amenguar, empeñaba más los esfuerzos de los que en ella se distinguian.

Sobre todos se encumbraba el genio de Calderon, de cuya vida harémos un sucinto resúmen, ya que, al proponernos recordar nombres justamente célebres en nuestros fastos literarios, distribuyéndolos en efemérides mensuales, felizmente nos sale al paso, ántes que ningun otro, el que personifica é ilustra más en su peculiar concepto los timbres de nuestra patria.

Era *D. Pedro Calderon de la Barca*, no obstante la afabilidad y blandura de su trato, de grave semblante y condicion austera, enjuto de carnes, especialmente en sus postreros años, como nuestro retrato le representa, de bien dispuestas facciones, mirada penetrante y viva, mostrando en su alta y grandiosa frente la elevacion y profundidad de su pensamiento. Nació en Madrid, segun los datos más fidedignos, el 17 de Enero de 1600, pues aunque su bautismo no se verificó hasta 14 de Febrero, es cosa averiguada la exactitud de la primera fecha. Al talento con que se distinguió desde sus primeros años, se añadia la nobleza de su linaje, ventaja no insignificante en tiempos en que tanta estimacion se concedia á la calidad de las personas. Genealogista hay que le hace descender del infante D. Bela, hijo del rey D. Ramiro I de Aragon, á cuya opinion se allega su biógrafo y grande amigo D. Gaspar Agustin de Lara, en el conceptuoso panegírico póstumo que dedicó á su memoria con el título de *Obelisco fúnebre*. Es lo cierto que el padre de nuestro ínclito poeta, D. Diego Calderon de la Barca, fué secretario de Cámara del Consejo de Hacienda en los reinados de Felipe II y Felipe III, y que su madre, Doña Ana María de Henao, descendia de una familia ilustre de los Países-Bajos. Ambos procedian del valle de Carriedo, en la provincia de Santander, y repartieron su fortuna entre D. Pedro y otros tres hijos: el primogénito, que heredó la casa; otro, llamado D. José, que siguió la milicia y llegó á ser teniente de maestre de campo general, y Doña Dorotea, monja, que murió al año siguiente que D. Pedro. Ostentaba éste en su pecho la cruz de caballero de Santiago; y con serlo tan principal y tan célebre por su nombre, y no maltratado de la fortuna, segun la utilidad que le dejaban sus obras, vivia en la estrecha y mezquina casa de la calle Mayor, más abajo de las Platerías, núm. 95, como lo atestigua la lápida conmemorativa que la distingue, indicio de la modestia del dueño, cuando no del breve espacio á que por lo general estaban reducidas en Madrid las viviendas de aquella época.

A los nueve años comenzó sus estudios, que entónces se decian de humanidades, en el Colegio de la Compañía; á los trece escribió ya una comedia, el *Carro del Cielo*, en la cual mostró sus precoces disposiciones; no mucho despues



Don P. Calderon de la Barca

se trasladó á la Universidad de Salamanca, donde, entre otras materias, estudió los derechos civil y canónico; en 1620 y 22 concurrió á las justas poéticas que se celebraron con motivo de la beatificacion y canonizacion de San Isidro, obteniendo uno de los premios, y cuatro ó cinco años más tarde militaba en Milan bajo las banderas españolas, como posteriormente en Flándes, en aquellos famosos tercios. No habia á la sazon quien mereciese nombre de caballero si no ensayaba en las armas su valor y destreza; y hasta la patente de ingenio era bien que se refrendase en los campos de batalla para adquirir crédito de hombre cabal, de quien pudiera decirse que era tan aventajado en la espada como en la pulma.

Es de suponer que el manejo de la primera no suspendiese las tareas de la segunda, pues el año 32 habia escrito ya várias comedias muy celebradas de los inteligentes, tanto que, al morir Lope de Vega en 1635, todo el mundo tenía los ojos puestos en quien habia de ser su sucesor, como que ya era objeto de mayor aplauso. Así fué que en el siguiente año le eligió el Rey para escribir las obras que se representasen en los teatros reales; y queriendo honrarle más, en 1637 le hizo merced del hábito de Santiago. Ocurrió en 1640 la sublevacion de Cataluña; parecióle á D. Pedro que incurria en la nota de desagradecido si no daba una prueba de su lealtad alistándose en la compañía del Conde Duque de Olivares, caudillo de la expedicion que se preparaba; mas el Rey le dispensó de aquel servicio, mandándole quedar en la córte y emplear su talento en una nueva composicion. Fruto de aquella gracia fué la comedia titulada *Certámen de amor y celos*, con lo que, desempeñado Calderon de su compromiso, partió para la guerra, y en ella se mantuvo hasta su terminacion. Despues se le concedió una pension de treinta escudos mensuales, encargándole la direccion y re-

(c) Ministerio de Cultura 2006

seña de los festejos que habian de celebrarse en la entrada de la nueva reina Doña Mariana de Austria el año 1849, desde el cual en adelante fué ya compositor y árbitro de los teatros que habia en la córte; poeta asalariado á quien la sujecion de tal no estorbaba para conservar su independencia y dar libre expansion á su fantasía.

Desengaños del mundo, que nadie como él habia tenido ocasion de experimentar, ó estímulos de un espíritu verdaderamente católico y religioso, le inclinaban de tiempo atras á mudar de estado, sin abandonar por eso la carrera dramática, que era para su vida una necesidad; y el año 51, obtenida licencia del Consejo de las Órdenes, vistió el hábito sacerdotal, entrando á formar parte de una hermandad religiosa; el 53 fué nombrado capellan de los llamados reyes nuevos de Toledo, es decir, de la capilla fundada en aquella Catedral para enterramiento de la dinastía de los Enriques; diez años despues, capellan, tambien de honor, de S. M., con retencion del beneficio de Toledo y otro de que asimismo disfrutaba; y por último, entró en la Congregacion de presbíteros naturales de Madrid, de la que á los tres años fué nombrado presidente.

Algo parece que decayó en la estimacion de la córte durante el reinado del apático Cárlos II, no en el favor del público, que siguió recibiendo sus obras con entusiasmo. La vejez no debilitaba su inteligencia; la muerte le sorprendió el 25 de Mayo de 1681, á los ochenta años cumplidos, y cuando con más ardor se ocupaba en un auto sacramental, cuya conclusion se confió á uno de sus discípulos, D. Melchor Fernandez de Leon, que ni áun en este supremo esfuerzo acertó á poner en duda su medianía. No se verificó su entierro con la solemnidad ni universal concurso de gentes que medio siglo ántes el de Lope de Vega; acompañado de sus hermanos los presbíteros naturales de Madrid, se dió sepultura á su cadáver en la parroquia del Salvador, de donde en 1840 se trasladaron sus restos al cementerio de San Nicolas; de aquí, en época posterior, á la iglesia de San Francisco, cuando la tentativa frustrada de erigir un panteon á nuestros hombres célebres; y, por fin, otra vez al mencionado cementerio, donde subsisten.

De ciento once comedias, segun las antiguas ediciones, y de ciento veinte, segun alguna de las más modernas, se compone el teatro de Calderon, á las cuales hay que añadir setenta y tres autos sacramentales; número ciertamente no excesivo tratándose de un escritor octogenario y que desde su primera juventud habia dado pruebas tan evidentes de su gran talento; pero la índole de esas mismas obras se oponia en cierto modo al carácter de improvisacion que revelan algunas de las coetáneas, debiéndose, por otra parte, de tener en cuenta la multitud de composiciones sueltas en que el célebre poeta ejercitó su númen, todas las cuales, reunidas, formarian una abultada coleccion. Ni siempre ha de medirse la importancia y mérito de un autor por la cantidad de las obras que haya producido. No da á menudo la naturaleza hombres como Lope ó como el Tostado; Molière en este sentîdo no fué fecundo; no lo fueron otros muchos que vivirán inmortales en la memoria de los siglos; ántes bien suele advertirse que lo que abunda en sumo grado, desmerece algo de su valor.

La estrechez de espacio á que nos vemos reducidos no consiente que nos detengamos en consideraciones más sustanciales respecto al teatro del gran dramático, que es la personificacion más gloriosa de nuestra literatura en este ramo. Ni hay necesidad tampoco: el autor de *La Vida es sueño*, de *La Dama duende*, de *El Médico de su honra*, y de tantas otras composiciones que merecen eterno aplauso, es conocido de todo el mundo; no nos preciamos tampoco de críticos, y la casualidad viene en ayuda de nuestra insuficiencia. Pero en época no lejana estuvo muy en boga el rigorismo que se llamaba clásico, y no habia preceptista estéril que no anduviese armado de su terrible cartabon para amoldar á él lo más espiritual é inconmensurable del ingenio humano. Era entónces dogma la verosimilitud; artículos de fe las célebres unidades; y todo lo que salia de la estrecha pauta de la imitacion, se calificaba de desvarío.

Profesábase ademas el culto de la forma, y todo el siglo XVII cayó bajo el anatema de los *hablistas*, que, siendo afrancesados por naturaleza, en lo accidental y exterior, al ménos, se conducian á la española. Góngora, segun ellos, era el corifeo de los cultiparlantes. No era sólo Góngora el que hablaba en metáfora y discurria por alambique; en aquel tiempo se pensaba tan enrevesadamente como se escribia. Cada época tiene su lenguaje y estilo propios; quedarse en la que pasó, ó anticiparse á la que no ha llegado, es ir contra la corriente. Lo que para nosotros, al presente, es un enigma, ni siquiera era un problema para los que llamariamos vulgares y áun rudos espectadores. Hasta los documentos más familiares, las cartas; hasta las indicaciones y notas más sencillas, los títulos y portadas de los libros, se ponian en cifra. ¿Qué popularidad hubiera logrado Calderon, si únicamente se hubiera hecho entender de los doctos ó de los iniciados en aquella jerigonza?

Es más: la expresion de que se valia era la más adecuada á los afectos que llenaban su corazon. No discurre el honor, ni se satisface la honra, ni procede el espíritu caballeresco, ni se rinde culto á la hermosura ó al Sér Supremo—sentimientos que vivifica y acalora la imaginacion—por los comunes términos de la vida; las pasiones vulgares fácilmente se desahogan; las que sólo caben en almas nobles y privilegiadas son más discretas y conceptuosas. Considérese tambien el descuido ó impericia, y áun mala fe, con que se imprimieron las obras de nuestro autor: nunca quiso publicarlas por sí, y cuando las vió en letras de molde, dijo que las recordaba por sus títulos, aunque por su contexto las desconocia. Hasta por su sistema de puntuacion adolecen de yerros tales, que no parece sino que estaba en mantillas el arte destinado á materializar el pensamiento.

Áun así eran el deleite de sus contemporáneos. En su representacion se apuraba cuanto la imaginacion puede discurrir para realzar el aparato escénico, cuantas maravillas soñaba la mágica inventiva de Cosme Lotti, llamado, por sus sorprendentes combinaciones mecánicas é hidráulicas, el *Hechicero*. Imaginémonos una fábula de suyo interesante por su argumento y disposicion, una versificacion sonora y nutrida de grandes é ingeniosísimos conceptos, y un aparato teatral deslumbrador, que, no contento á veces con desplegarse sobre las usuales tablas del escenario, se arriesgaba á flotar sobre las movedizas olas de anchuroso estánque, y comprenderémos cuán irresistible era el ascendiente que ejercia D. Pedro Calderon sobre los ánimos que absortos le escuchaban y no ménos enajenados le aplaudian.

Admirémos tambien el raro acuerdo en que vivian sus facultades intelectuales con sus virtudes. Dícese que de jóven, como soldado brioso, galan y quizá un tanto pagado de sí mismo, no esquivaba los lances de honor que presenciamos en sus comedias; adulto ya y sacerdote, todos alababan su vida ejemplar, la religiosidad de sus costumbres: llano y afectuoso en su trato, cumplidor celoso de sus deberes, nunca lisonjero, aunque agradecido, caritativo y hasta pródigo con los menesterosos, superior á todos, pero no presuntuoso ni desvanecido, fué objeto de universal admiracion, sin que se atreviese nadie á hacerle blanco de su envidia: tan grande era su talento, tan sólida y legítima su fortuna.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL PADRE JUAN DE MARIANA.

En la historia de las Letras se distingue tambien, como en la de las Artes, la época del llamado *Renacimiento*, es decir, de la restauracion del clasicismo helénico-romano. Hasta qué punto fué provechosa ó nociva aquella reaccion, que áun hoy califican muchos de progreso, no hemos de ventilarlo aquí, donde no caben discusiones de semejante índole; pero valga como advertencia, que despues tendrémos ocasion de amplificar.

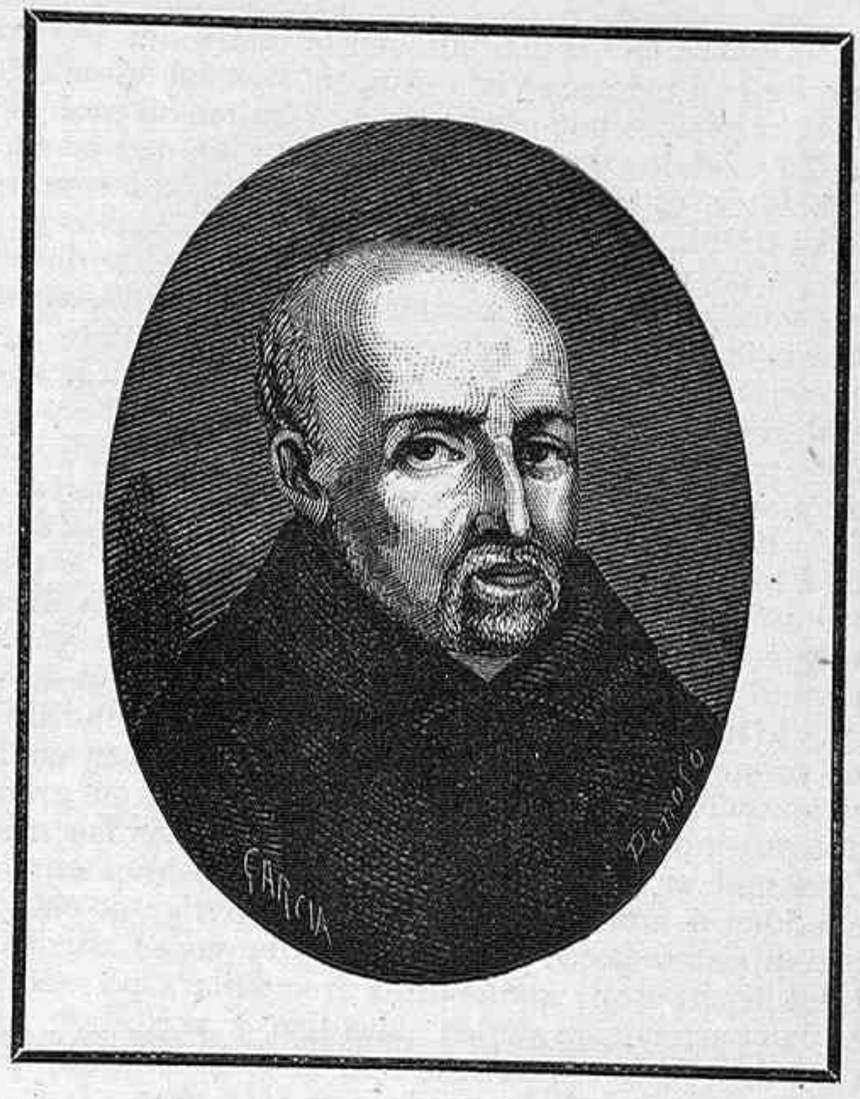
No apareció, sin embargo, tal reforma repentina ni simultáneamente en todas partes. Tampoco se manifestó por igual en todas las esferas de la inteligencia. En la literatura, primero alcanzó al lenguaje; hízose despues lugar en la poesía, y se comunicó por fin á la historia y á la ciencia en sus múltiples y várias derivaciones.

Esto por lo que respecta á España, donde la exposicion histórica durante los siglos medios ofrecia un carácter tan primitivo é inartificióso, que sólo puede considerarse como un registro cancilleresco, sin más utilidad ni aplicacion que la de servir de comprobante á la tradicion y á la cronología. Sobre esta base se trazaron posteriormente cuadros más ámplios y minuciosos, con pretensiones más literarias, llamados *crónicas;* hasta que, difundidos y secularizados, por decirlo así, los estudios de la antigüedad, reemplazaron á los *cronistas* los conocidos hoy con el nombre de *historiadores*. La misma progresion de ménos á más se observa en cuanto se refiere á la cultura humana, como en el trabajo individual el boceto, el modelo y el borrador preceden siempre á la obra definitiva.

Es preciso avanzar hasta la mitad ó fines del siglo XVI para que tropecemos en España con un verdadero monumento histórico. La historia general escrita mucho ántes por D. Alonso el Sabio era desconocida. Propúsose divulgarla Florian de Ocampo; hízolo infelizmente; y aunque la perfeccionó en gran parte Ambrosio de Morales con su gran erudicion é ingenio, dejó todavía mucho que desear. Aragon tenía un Zurita, infatigable y puntual expositor de las cosas de su nacion; Castilla necesitaba más desde que, enlazadas ambas coronas, cesaba la division de los reinos y se restablecia casi por completo la antigua unidad de España; necesitaba reproducir el pensamiento de Alonso el Sabio. La empresa era por demas ardua; pero no faltó quien la acometiese.

El año 1592 aparecieron los veinte primeros libros de una *Historia de España*, escrita por un jesuita, á quien habian dado ya celebridad en el mundo literario otros libros y opúsculos, no ménos que las vicisitudes de su vida. Contaba á la sazon cincuenta y seis años; llamábase *Juan de Mariana;* su patria, Talavera de la Reina; su nacimiento, misterioso en un principio. Bautizóle en el lugar de la Puebla-nueva, próximo á aquella villa, el bachiller Martin de Cervera, el dia 1.º de Abril de 1536, recibiéndole de manos de un paisano, cuyo nombre declaró ser Juan Salguero, pero advirtiendo que no era su verdadero padre. Por tal, sin embargo, pasó algun tiempo, hasta que de público se afirmó que habia nacido de Juan Martinez Mariana, canónigo de Talavera, y de Bernardina Rodriguez, vecina de la misma poblacion. La especie no se ha desvanecido hasta ahora, ni entónces maravillaria, recordando el ejemplo del célebre cardenal Mendoza.

Mostró desde luégo el niño Mariana tan felices disposiciones para el estudio, que, terminada su primera educacion, se le envió á Alcalá de Henáres, famosa ya por su Universidad. Entre todos se distinguia Mariana, que andaba ya en los diez y siete años, á tiempo que llegó á Alcalá el padre Jerónimo Nadal, enviado por San Ignacio de Loyola desde Roma á España para plantear el nuevo instituto de la Compañía. Prendóse el jesuita del estudiante, y éste, que veia ya alistados en las filas de aquella milicia religiosa á un



Juan de Mariana

Duque de Gandía, á los Rivadeneyras, Molinas, Perpiñanes, Esteves, Maldonados y otros, que despues tanto se distinguieron, trocó por la sotana, y abrazó la regla de Loyola el año 1554.

El tiempo de noviciado lo pasó en Simáncas, bajo la direccion del que en el siglo habia sido Duque de Gandía, y despues de su muerte fué San Francisco de Borja en los altares. Volvió á proseguir sus estudios en Alcalá; y como se hubiese organizado en Roma un colegio, especie de seminario, en que se educasen los que habian de difundir la enseñanza por los demas países, se eligió á Mariana, que á la sazon contaba veinticuatro años, para desempeñar primero una cátedra de Artes, y luégo otra de Teología, en que tuvo por discípulo al célebre Belarmino. De Roma pasó á Sicilia, y por último á París, donde recibió el grado de doctor, y explicó tambien Teología por espacio de cinco años. En 1574, cumplidos ya doce de magisterio, rodeado de aplausos y consideraciones, pero en muy mal estado de salud, regresó á España, estableciendo su residencia habitual en la casa profesa de Toledo el largo tiempo que aún gozó de vida.

Tranquilo ya allí su espíritu, y mejorado de sus dolencias, se determinó á añadir otros diez libros á los veinte que hemos mencionado, para dar por terminada la historia de España, segun su plan. No publicó éstos últimos hasta 1609; unos y otros los escribió en latin, con la idea de que circulasen tambien por el extranjero; pero ántes, fuese por designio propio, ó por consejo del cardenal Bembo, como otros dicen, comprendió que cuanto su obra, puesta en latin, ganaba en mérito, perdia en popularidad. Ademas, la lengua patria habia adquirido ya contextura tal, que bien podia, si no dar de mano, servir de intérprete á cualquiera de las antiguas; y así vertió al castellano su *Historia general de España*.

Esta es la que en 1601 se dió á luz por primera vez, y la que juzgada, no sólo como superior á las demas, sino como única, ha llegado en multiplicadas reimpresiones hasta nos-

(c) Ministerio de Cultura 2006

otros. No habrá lector medianamente instruido, que no descubra en ella á primera vista el propósito del autor de acercarse en lo posible por medio de una imitacion mal disimulada á los modelos de la antigüedad; y esto, que es su principal carácter, es tambien su mayor defecto. Hacerse traductor de su propia obra, indicaba de suyo un laudable empeño, no sólo el de rehacerla y purgarla de errores y descuidos, sino especialmente el de proceder con más libertad, ajustando á pauta más exacta sus proporciones, rectificando sus juicios, aclarando sus pensamientos, y poniendo al alcance de las inteligencias más vulgares lo que meramente era asequible á los pensadores y á los eruditos. Pero la influencia del Renacimiento se extendia, ya en el espíritu, ya en la forma, á toda la literatura: era preciso escribir la historia á lo Salustio, á lo Tito Livio ó á lo Tácito; de Suetonio se prescindia por estar fuera de la ley. Mariana, pues, era diserto y elegante como el autor de las *Décadas;* conciso y sentencioso como el de los *Anales;* los españoles habian de asimilarse por lo tanto á los romanos y cartagineses: caudillo ó rey que no pronunciase su correspondiente arenga en cualquier trance apurado, abdicaba de su dignidad y de su grandeza.

Anacronismos; credulidad infantil en absurdas tradiciones ó en mal urdidas consejas; reflexiones inoportunas por lo repetidas ó amaneradas, y en lo peculiar al estilo una afectacion sistemática, ya en el uso de voces arcáicas, ya en el del hipérbaton, á más de la frecuente aspereza y rigidez en la construccion de las cláusulas y períodos: estos y otros muchos defectos se echan en cara al autor, tenido, con razon, por uno de nuestros primeros clásicos.

Non paucis offendar maculis, pudiéramos decir aquí con el preceptista: á vueltas de esos defectos, hijos quizá del demasiado estudio, comunes á la mayor parte de los escritores de aquel tiempo, y que en el nuestro resaltan más por ser tan contrarios á los de que adolecemos, ¡qué de bellezas, qué rasgos tan magistrales brillan en aquellas páginas! El tono severo y noble de la narracion, la imparcialidad de los juicios, el sincero amor que se consagra al culto de la virtud y de la verdad, y en la materialidad y condiciones externas de la obra, la propiedad y esmero de la diccion, la pureza de la frase y la armónica trabazon de los incisos, dan á la historia de Mariana justa preferencia sobre todas las contemporáneas y las posteriores. Las censuras que de ella se han hecho no han logrado prevalecer sobre los elogios que todavía se la tributan, y que nos complacemos en repetir; y miéntras no aparezca un verdadero genio dotado de superior talento, de perspicaz penetracion, de erudicion vastísima, tan profundo en generalizar las ideas, como hábil en someterlas al más concienzudo análisis; miéntras no se extudien las vicisitudes de nuestra nacion á la luz de nuevas investigaciones, de nuevos documentos, con el conocimiento íntimo y completo del espíritu y estado social de cada generacion, de cada época, inútil será calificar de general de España una historia que, á lo sumo, se reducirá á una mera compilacion de sus anales. Por ser esto en último resultado la de Mariana, si hoy por primera vez se diera á luz, se juzgaria, como se juzgan otras, insuficientes é impropias de nuestros dias.

Para merecer, pues, el concepto de historiador, no basta hallarse familiarizado con los grandes modelos y poseer relevantes dotes de escritor: el que juzga de las cosas y de los hombres ha de conocer á fondo las leyes de la naturaleza y los resortes del corazon humano, distinguiéndose como filósofo y como político; y no es posible negar á Mariana ambas cualidades. Consultábasele por los tribunales y las personas que entendian de la gobernacion del Estado en todos los asuntos que requerian vasta instruccion y maduro juicio. En 1569 comenzó á publicar en Ambéres el sabio Arias Montano, á imitacion de la Complutense de Cisnéros, la Biblia políglota, que lleva su nombre, y la version latina al lado de los textos hebraico, caldaico y griego. Toda *Vulgata* ha tenido siempre fervientes opositores entre los teólogos y los poderes eclesiásticos: ¿qué no sucederia entónces, que tan implacable crujia el látigo de la Inquisicion? Unos por atemperar la violencia de los quejosos, otros por dar color de justicia á los rigores que se preparaban, resolvieron poner la cuestion en manos de un árbitro que diese su parecer. A instigacion de los jesuitas se nombró á Mariana, que á más de teólogo y consumado latino, era helenista y hebraizante; y ¿quién lo hubiera creido? Despues de largas é increibles tareas, el censor se cambió casi en panegirista, porque si bien confesó que el trabajo de Arias Montano no estaba exento de imperfecciones, afirmó asimismo que no eran tales que pudieran influir en menoscabo de su saber, ni afectar á la integridad ni exacta interpretacion del sagrado texto. Con esto se hizo ya sospechoso á la Compañía; pero su rectitud y el valor con que defendia sus convicciones le obligaban á prescindir de todo respeto humano.

Igual independencia mostró en la formacion del *Indice expurgatorio* de 1584, y no ménos profundidad de doctrina en el *Manual para la administracion de Sacramentos*, y en la redaccion de las *Actas del Concilio diocesano*, celebrado en Toledo el año 1582, escritos que le encomendó el cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo, muy apasionado suyo. Otros opúsculos, sin embargo, salieron de su pluma, que si no le granjearon mayor fama, permitieron adquirir ideas claras acerca de sus principios y opiniones filosóficas, políticas, económicas y religiosas. Formaban una coleccion áun hoy interesantísima, y tan trascendental para aquellos tiempos, que se vió precisado á remitirlos á su amigo Francisco Scoto para que se imprimiesen en Colonia, como se efectuó en 1609. Eran siete tratados en latin, de los cuales se han traducido algunos, y sus títulos los siguientes: 1.º, *De la venida de Santiago á España*, en que, contra la aseveracion de la crítica moderna, la admite como un verdadero acontecimiento histórico; 2.º, *Sobre la edicion de la Vulgata*, á su juicio no muy conforme con la traduccion de los Setenta y el texto hebreo; discordancia que se advierte tambien entre éste y los códices orientales; 3.º, *De los espectáculos*, en especial teatrales, que resueltamente proscribe como perjudiciales á la moral pública; 4.º, *De la alteracion de la moneda*, atentatoria á los intereses de la nacion é ilícita al poder del príncipe; 5.º, *Sobre el dia de la muerte de Cristo;* 6.º, *De los años de los árabes;* y 7.º, *De la muerte y la inmortalidad.* Las cuestiones de que en este último trata constituyen un verdadero tratado de Psicología y Metafísica general, que ha analizado con el más profundo criterio uno de nuestros publicistas contemporáneos. En Toledo dió asimismo á luz en 1599 una obrita sobre *pesos y medidas*, que contiene curiosas noticias acerca de lo que unos y otras eran en la antigüedad.

Terminarémos este sucinto resúmen mencionando los dos libros en que Mariana puso más de relieve sus teorías políticas y religiosas, la *Institucion de la dignidad Real* (*De Rege et Regis institutione*) y el de las *Enfermedades de la Compañía*. El abuso de la autoridad de los reyes le llevó en el primero hasta la defensa del *tiranicidio;* libro que se quemó en París por manos del verdugo como justificacion y causa eficiente que pudo ser á la vez de los atentados de Jacobo Clemente y de Ravaillac. El segundo no se publicó hasta despues de su muerte; pero el autor habia ya dado suficiente motivo al encono de sus perseguidores, y fué condenado á reclusion en el convento de San Francisco de Madrid, donde permaneció durante un año, volviendo á Toledo, repuesto, segun se dice, en su buena opinion y crédito.

Murió el padre Mariana el 16 de Febrero de 1623, á la edad de ochenta y siete años, cuando se ocupaba en escribir unos Escolios al Antiguo y Nuevo Testamento, y otros trabajos, que unidos á muchos inéditos y formando diez tomos voluminosos, parece se conservaban en la biblioteca toledana de los jesuitas: admirable laboriosidad en un hombre que tan fielmente cumplia ademas con sus deberes sacerdotales. Su enérgica voluntad respondia á la dureza de su carácter, y éste al desabrido ceño que muestra su fisonomía en el retrato que acompañamos.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL PADRE MAESTRO FR. GABRIEL TELLEZ.

(TIRSO DE MOLINA.)



Singular coincidencia es en nuestra historia literaria lo que acontece con el teatro: nace al abrigo de los templos, donde era, puede decirse, el espectáculo más extraño, y no se consigue proscribirle de ellos sino despues de grandes esfuerzos y de mucho tiempo. No es esto, sin embargo, tan de notar, como que los eclesiásticos fuesen los que mayor animadversion mostraban á las representaciones escénicas, y que nuestros principales dramáticos vistiesen hábito religioso. De muchos representantes, de actrices en especial, se sabe que se retiraban de las tablas para hacer una vida ejemplar, austera y casi claustral; los autores, por el contrario, aunque de seglares tambien se convertian en religiosos, no abandonaban la pluma, ántes parecia que tomaban aquel disfraz para esgrimirla más desembarazadamente.

Tan cierto es esto, que miéntras el Gobierno, las Córtes, por ejemplo, las de 1548, algunas juntas especiales, y escritores tan distinguidos como Mariana, Suarez Figueroa, Lupercio de Argensola, y últimamente D. Juan Antonio Pellicer—el primero por cierto con extremada violencia en su tratado de *Spectaculis*,—condenaban el teatro como escuela de corrupcion y escándalo, ruina de la moral y estrago de las conciencias, Lope y Mira de Amescua, Tárrega y Calderon, Valdivielso y Tirso de Molina eran, áun en vida, más conocidos por su jerarquía de escritores dramáticos, que por la dignidad de que respectivamente gozaban en el órden sacerdotal. Calderon, al fin, siempre grave, dogmático y moralizador, no rebajaba el sagrado concepto de su ministerio; pero el padre fray Gabriel Tellez, al encubrirse con el pseudónimo de *Tirso de Molina*, sobrado daba á entender que se dedicaba á una ocupacion profana, y que si alguna responsabilidad le cabia en aquellas licencias con que salpimentaba sus producciones, él implícitamente la confesaba, y de propósito la consentia.

Alguien ha dicho que las obras que dió al teatro debió de componerlas cuando seglar, como si de exhibirlas y autorizar su impresion, no le resultase un tanto de culpa bastante grave; pero no es éso: ni por su número ni por su especial condicion, pudieron escribirse todas ántes de profesar en el claustro; y esto de la condicion, despues verémos lo que significa. De manera que queda en pié nuestra observacion: frailes y clérigos eran muchos de los que negaban su absolucion á los que incurrian en semejantes liviandades; y clérigos y frailes los que de buena voluntad arrostraban el anatema.

El ejemplo más flagrante de esta especie de rebeldía era el conocido en los teatros de España con el nombre de *maestro Tirso de Molina*, y en la religion de los Mercenarios con el de *fray Gabriel Tellez*, que era el suyo verdadero. Cuanto se dice de las circunstancias de su vida, de su turbulenta mocedad, de sus viajes por varios países, de su residencia en Portugal, y áun de haber sido casado, no pasa de conjeturas. Lo averiguado es que nació en Madrid, en 1572; que hizo sus estudios en Alcalá; que en 1613 era fraile profeso en el convento de Mercenarios de Toledo, y en 1620 presentado, maestro en teología, predicador y definidor, dignidades todas de la misma Orden. Trasladóse á Sevilla en 1625, pero tardó poco en regresar á Madrid, donde prosiguió sus trabajos literarios y las tareas propias de su ministerio. No se menciona ningun otro pormenor de su vida hasta 1645, en que aparece como comendador, es decir, prelado ó jefe de su Religion, en Soria, y allí murió en 1648 á la edad de setenta y ocho años. Se ignora quiénes fueron sus padres, y por qué, en edad tan provecta ya, abrazó su estado definitivo. Mucha paciencia, mucha sagacidad serian menester para reunir datos completos sobre la vida de algunos de nuestros ingenios. No hemos sido los españoles muy solícitos en curiosear nuestros archivos; gran parte de éstos han perecido ya, pérdida irreparable; los explorados lo fueron sólo por los historiadores eclesiásticos ó por la interesada voracidad de los genealogistas. Los bienes de *manos muertas* pasaron á sus poseedores; los documentos referentes á ellos y á las personas á quienes pertenecieron, quedaron condenados á una verdadera *amortizacion*.

Pero la casualidad viene á aminorar un tanto nuestras quejas en la ocasion presente. Nada se ha descubierto respecto á la historia particular de Tirso, y, sin embargo, de poco acá presumimos haber hecho conocimiento con su persona. En el mismo convento de Soria, que le tuvo por superior, se halló un retrato de medio cuerpo, y del tamaño natural poco más ó ménos, con una suscripcion que, copiada á la letra, dice así: *El R. P. M. Fr. Gabriel Tellez, Comendador que fué de esta Provincia, hijo de este convento, varon de insigne prudencia, predicador y maestro en teología, definidor y cronista de la órden.—Fabricó el retablo principal, el camarin, los colaterales y todo el adorno que se ve en la nave de la iglesia. Dejando la sacristía llena de preciosas alhajas y ornamentos para el culto. Nació en Madrid en* 1572. *Murió en* 12 *de Marzo de* 1648, *á los* 76 *y* 5 *meses de edad.—Fr. Antonio Manuel de Hartalejo, maestro general de la Religion, hijo tambien de este convento, copió este retrato.* De él conserva un ejemplar el señor Marqués de Santa Marta, y no há mucho se sacó otra copia para la Biblioteca Nacional, hecha por D. Vicente Poleró y Toledo, á quien se debe tan interesante hallazgo. Reproduccion exacta de dicha copia es el grabado que figura á la cabeza del presente artículo.

¿Qué fe merece este documento? En nuestro concepto,

(c) Ministerio de Cultura 2006

toda la necesaria.—Algun célebre autor dramático de nuestros dias exclamó al verle por vez primera, que no podia ménos de ser verdadera imágen de nuestro mercenario. A traves de aquella mirada y de aquel semblantes en que se advierte cierta compostura, más calculada que natural, si no es antojo de la prevencion con que le miramos, se descubre un carácter malicioso, y un movimiento de contraccion en la boca, que corresponde á la sonrisa habitual del que se deja llevar de su humor festivo, satírico y maleante. Las fechas de su nacimiento y muerte difieren poco de las que ya sabiamos, dos años escasamente; pero concedemos mayor autenticidad á los datos consignados en la suscripcion susodicha que á las noticias recogidas hasta ahora, primero, porque nacen de fuente más inmediata, y segundo, por lo conformes que están con las demas circunstancias anteriormente averiguadas. Nombre, patria, época y particularidades del individuo son las mismas: ¿qué duda cabe en la identidad de la persona? Coincidencia increible sería que hubiese existido otro fray Gabriel Tellez á quien hubiera podido aplicarse tal conjunto de antecedentes. Verdad es que nada se indica allí de su renombre como autor dramático; pero precisamente esta omision hace más verídico el documento; porque si se hubiera intentado representar, amañar más bien, el retrato del escritor con preferencia al del fraile, no hubiera faltado el sospechoso aditamento de *conocido en el siglo por el nombre de* Tirso de Molina, ó cualquier otro equivalente. En cuanto á la ejecucion de la pintura, nada hay en ella de admirable, ni áun de plausible. Lo de que fray Antonio Hartalejo *copió* el retrato, tanto puede significar que es un traslado de otro, como del natural. La Academia dice que copiar es *imitar de la naturaleza*.

Mucho hemos hablado del hombre: poco espacio nos queda para discurrir sobre el escritor; aunque bien mirado, sería trabajo inútil cuando tantos lo han desempeñado cumplidamente. Miéntras el teatro español fué patrimonio de autores adocenados, y cuando despues quedó á merced de los aristotélicos y preceptistas, el nombre de Tirso apénas sonó en la escena; culpa que alcanza en gran parte á sus contemporáneos, enamorados exclusivamente de Lope, y posteriormente de Calderon. Mas con la rehabilitacion del arte antiguo, salieron á luz obras que estaban ignoradas ó sólo eran conocidas de los estudiosos, y este privilegio obtuvieron las de Tirso de Molina, hasta el punto de ser desde luégo incluidas en el número de las de primer órden.

Segun testimonio de un sobrino suyo, llamado Don Francisco Lúcas de Ávila, que tambien tenía sus puntas de autor dramático, por lo ménos como entremesista, y que intervino en la publicacion de muchas de sus comedias, pasaban de cuatrocientas las que habia escrito el tio en el trascurso de veinte años, hasta el de 1633. Imprimiéronse divididas en cinco partes, que formaban otros tantos tomos, de cuyas respectivas fechas, en que se notan algunas trabacuentas y anomalías, nada dirémos, contentándonos con remitir á nuestros lectores á los críticos y bibliógrafos que han tratado expresamente del particular, y andan en manos de todo el mundo. Es tambien Tirso autor de otras várias obras: *Los Cigarrales de Toledo*, miscelánea de novelas, cuentos y comedias, cuya primera parte se imprimió en 1624, con promesa de una segunda, que no llegó á publicarse. *Acto de contricion*, 1630; *Deleitar aprovechando*, floresta de novelas, poesías líricas, loas y autos sacramentales, la edicion príncipe, de 1635; *Genealogía del Conde de Sástago*, de 1640; una *Historia general de la Merced*, en dos tomos en fólio, mss., que se guardaban en el archivo del convento de la Órden, de Madrid, y han desaparecido; y quién sabe si alguna otra produccion de que no hay noticia. Sueltas, ó en colecciones más ó ménos completas, como las de los señores Durán y Hartzenbusch, se han reimpreso las mejores comedias de fray Gabriel; en la biblioteca del Duque de Osuna existen várias originales; la mayor parte de las que hoy se representan están refundidas al gusto de nuestros dias.

¡Con qué placer, que raya en admiracion, las oimos ó las leemos! ¿Quién no conoce *La Villana de Vallecas*, *la de la Sagra*, el *Don Gil de las calzas verdes*, *El Vergonzoso en Palacio*, *Por el sótano y el torno*, *Marta la Piadosa*, *Desde Toledo á Madrid*, *Privar contra su gusto*, *Pruebas de amor y amistad*, *Palabras y plumas*, *No hay peor sordo*..... y otras en que á falta de la pintura magistral de los caractéres ó de la habilidad en la contextura y marcha de la accion, se ve llevado el arte del escritor hasta el punto de convertir en bellezas sus mismas imperfecciones? Tirso completa á Lope, y anuncia á veces á Calderon. Si no admira por la profundidad de sus pensamientos, seduce por los recursos de que hace gala su ingenio, por su inagotable facundia, su natural gracejo, la facilidad de su diálogo y la fluidez y primores de su versificacion. Pinta á los hombres modestos, á las mujeres desenvueltas y procaces en demasía. No es esto de alabar en nadie, y en un religioso ménos; pero algunos lo explican y áun justifican, diciendo que tal era su condicion, de suyo maligna y epigramática; y otros dan en creer (quizá sea mera cavilosidad) que el confesonario, parte muy principal de su ministerio, debió sugerirle aquella idea, poco galante al ménos, de la mujer; si verdadera ó no, díganlo los calaveras de nuestro tiempo, y los pocos Macías con que sin duda cuenta esta sociedad.

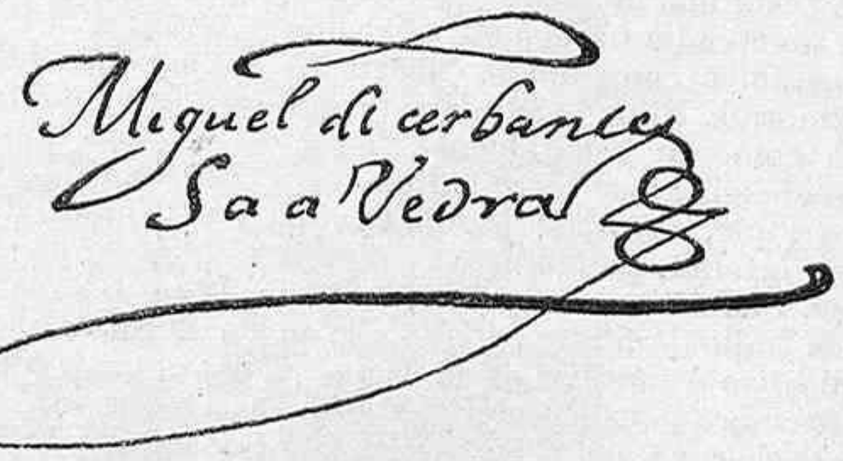
Dos composiciones entre las demas de Tirso, se distinguen por su valentía y originalidad. En *La Prudencia en la mujer* y en *Los Amantes de Teruel* se habia ya mostrado capaz de crear algo más sublime que intrigas palaciegas y contrariados amoríos. Propúsose, fuera de su costumbre, crear un carácter altamente dramático, y escribió su *Burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*, el famoso tipo de Don Juan Tenorio, imitado despues en Francia por Molière, Corneille y Alejandro Dumas; por lord Byron en Inglaterra; en la España de nuestros dias, por Zorrilla, Espronceda y Fernandez y Gonzalez; en Portugal, por Guerra Junqueiro; y para que nada faltase á su inmortalidad, traducido por último en Alemania al drama lírico que produjo el genio eminentísimo de Mozart. Recientemente, y con el designio de demostrar que el drama anónimo que corria con el título de *Tan largo me lo fiais*, es el mismo *Burlador* de Tirso, á pesar de las variantes, adiciones y supresiones que se observan en uno respecto á otro, ha probado el Sr. D. Francisco Pí y Margall al imprimirlo en la bella coleccion de *Libros raros y curiosos*, tomo duodécimo, que la obra de Tirso es, dramática y filosóficamente considerada, superior á la de todos sus imitadores.

La segunda composicion á que hemos aludido es la conocida con el título de *El Condenado por desconfiado*, drama religioso, mejor dicho, teológico, atribuido hasta ahora al célebre mercenario; pero el Sr. D. Manuel de la Revilla, en un artículo publicado por nuestra Ilustracion, el último mes de Junio, no sólo ha puesto en duda, sino negado, y creemos que con razones irrefutables, la mencionada paternidad. Unos versos copiados de *El Remedio en la desdicha*, de Lope de Vega, y la semejanza que se advierte entre algun pasaje de *El Condenado* y otros de *La Buena guarda*, drama tambien de Lope, cuyo asunto constituye un episodio del *Quijote* de Avellaneda y el argumento de la leyenda de Zorrilla, *Margarita la Tornera*, inducen á sospechar que el verdadero autor de *El Condenado* sea el *Fénix* de los ingenios. Y ¿por qué no? Suposiciones de éstas, casuales ó intencionadas, son muy comunes en nuestro teatro y en nuestra literatura. El autor de las *Ruinas de Itálica*, y segun otros, de la admirable *Epístola moral*, ya no es Rioja. Una hoja más ó ménos en la corona de laurel de Tirso ¿bastará para que se marchite? Seguramente que no. Fray Gabriel Tellez será siempre uno de nuestros primeros dramáticos del siglo XVII, comparable sólo con Lope y con Calderon.

(c) Ministerio de Cultura 2006

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.





En una casa de la antigua calle de Francos, de Madrid, esquina á la del Leon, y esculpida en una lápida de mármol de Carrara, se lee hoy la inscripcion siguiente: *Aquí vivió y murió* MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA *cuyo ingenio admira el mundo. Falleció en MDCXVI.*

No puntualiza la leyenda, atendiendo sin duda á la concision más epigráfica posible, que el fallecimiento ocurrió el sábado 23 de Abril. Bueno será añadirlo, con la circunstancia probable, porque no está averiguada, de que al siguiente dia salió sin acompañamiento alguno, y en hombros de cuatro hermanos de la Venerable Órden Tercera de San Francisco, el féretro humilde que encerraba aquel cadáver. Cubríale el hábito de Tercero, en cuya congregacion era profeso, y fué sepultado en la iglesia del próximo convento de monjas Trinitarias, situado donde hoy existe, aunque por estrechez ó mal estado de su fábrica, poco despues hubo de reedificarse. Con este motivo desaparecieron para siempre aquellos preciosos restos. La lápida de la casa, y la estatua erigida, ya muy entrado el presente siglo, frente al actual Congreso de los Diputados, fueron el desagravio más público con que condenó nuestra generacion la injusticia de aquella época desdeñosa ú olvidadiza.

Y, sin embargo, no es verdad, como han afirmado ó insinuado algunos, que la obra más inmortal del príncipe de nuestros ingenios pasára, al publicarse por vez primera, casi desatendida. Cinco ediciones sucesivas se hicieron de ella; quedaron desde luégo como tipos proverbiales los protagonistas de aquel delicioso libro; la popularidad que adquirió la primera parte determinó á su autor á segundarla; y él mismo se gloría en ésta de haber merecido ya andar en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo, añadiendo por boca de Don Quijote: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares.»

¿A qué, pues, debe atribuirse la ingratitud con que pagaron á Cervántes sus contemporáneos? Cada cual ha formado sus conjeturas, y la ha interpretado á su manera. Si el libro contenia alusiones no muy favorables á personas determinadas, claro es que los quejosos en secreto, en público se mostrarian malévolos; pero esto mismo hubiera empeñado doblemente el interes y gusto de los que estaban á salvo de sus censuras. Si por *imprudencias* pasadas, como él indica, cayó en la desgracia, que fué, al parecer, su único patrimonio, no era culpa de los demas la que como propia confesaba ingenuamente. En esto que se llama destino, suerte de las criaturas, hay algo de providencial. Cervántes afortunado, en el colmo de los honores y las riquezas, no hubiera echado probablemente por el camino de la inmortalidad. ¿Quién sabe si su infortunio, y no es nueva ni nuestra esta opinion, le sugirió el pensamiento de pintar al vivo el desvarío, casi siempre vano, cuando no contraproducente, de los que pretenden regenerar la sociedad humana? Pero no nos perdamos en discreteos impropios del lugar y de la ocasion. Su vida, que todos conocen, y que de algun tiempo á esta parte se ha ilustrado tan ámpliamente, nos ahorra asimismo de entrar en prolijas investigaciones. Compendiemos las de los demas.

De su verdadera patria se dudó al principio: disputábanse este honor várias poblaciones, como se disputó sobre la de Homero; un documento irrecusable, su partida de bautismo, decidió la contienda en favor de Alcalá de Henáres. Este documento lleva la fecha de 9 de Octubre de 1547; el nombre de Miguel parece indicar que nació el 29 de Setiembre; pero el testimonio citado no lo dice. Fueron sus padres Rodrigo de Cervántes y Doña Leonor de Cortinas; sus estudios, por lo visto, privados, pues no consta que los hiciese ni en Alcalá, ni en Salamanca, como algunos sospechaban; sábese únicamente que ya de granada edad fué discípulo en Madrid del humanista Juan Lopez de Hoyos, lo cual no contribuyó poco á la celebridad del maestro. Ni birrete ni borla llegaron á cubrir aquella cabeza privilegiada; estábale reservada otra corona que no se alcanza en las aulas ni en los liceos. De no ser nada, resultó que lo fuera todo; y así se le ha celebrado como teólogo, jurisperito, médico, marino, y otras cien cosas; dón propio de los genios, que adivinan lo que no saben.

Dióse desde muy temprano á la poesía, y se conservan algunas de sus principales composiciones; no era gran versificador, pero sabía como nadie poetizar en prosa. Poco más de veinte años tendria cuando se supone que de resultas de una pendencia en que hirió á su adversario, alguacil por más señas, si no mienten las conjeturas, fué condenado por la Sala de Alcaldes de Casa y Córte á perder la mano derecha, y á destierro de los reinos por tiempo de diez años. Ocurrió á esta sazon el regreso á Italia del cardenal Aquaviva, legado del pontífice Pio V, y muy aficionado á la gente de letras y á los jóvenes que despuntaban por su ingenio; y es de creer que para librarse de aquellas penas, rogó Cervántes al cardenal que le emplease en algo de su servicio. En efecto, á principios de Enero de 1569 se hallaba Miguel en Roma de camarero del cardenal; mas le duró poco esta ocupacion, alistándose no mucho despues en el ejército español de Italia, combatiendo gloriosamente en la expedicion de la Santa Liga, en la gran jornada de Lepanto, y en cuantas empresas se originaron por aquellas partes hasta 1575, en que se licenció.

(c) Ministerio de Cultura 2006

A España se encaminaba despues de doce años de expatriacion; mas la fortuna, que para mayores desgracias le tenía guardado, hizo que la galera en que iba embarcado tropezase con una escuadrilla de galeotas africanas, y que de resultas del combate que se trabó, tuviera que rendirse la galera de Cervántes, á pesar del denuedo y teson con que se habia defendido. No era dudosa la suerte de los vencidos: fueron llevados cautivos á Argel, quedándolo Cervántes del mismo que le habia apresado. Llamábase Alí Mamí; era un griego renegado, que de los tales se hacía más confianza, por ser los que mayor celo afectaban por el Coran, entre aquellos bárbaros. Éste, que al apoderarse de la persona del desgraciado Miguel, se enteró de los documentos y cartas de recomendacion que llevaba para obtener algun destino en la córte, le juzgó hombre de importancia y de valimiento, y determinó guardarle con más cuidado. El cuidado consistia en apretar más sus prisiones y en tratarle con más rigor que á los demas cautivos. Aquello mismo en que el infeliz cifraba sus esperanzas, fué la principal causa de su infortunio. Su vida y su suerte eran intolerables, tanto, que empezó á discurrir medios por donde conseguir su fuga y la libertad; y fueron tales, tan repetidos y tan arriesgados, que milagrosamente escapó con bien de sus desesperadas tentativas. Armó una verdadera conjuracion, en que se propuso nada ménos que alzarse con el señorío de Argel para traspasarlo al rey de España, temeridad que rayaba en insensatez; pero sólo consiguió empeorar su situacion y hacer más imposible el remedio.

Es ésta una de las más gloriosas páginas de su vida, porque no atendia tanto á su salvacion, cuanto á la de los innumerables compañeros encerrados en aquellas hediondas mazmorras. Ellos le ayudaban cuanto podian, contemplándole como un genio bienhechor que les habia deparado la Providencia; mas entre tantos desdichados no faltó un perverso, que, devorado de ruin envidia y valiéndose de un recurso infame, pretendiera congraciarse el favor de sus opresores. Fué éste un aragones, llamado Juan Blanco de Paz, ántes fraile dominico, y que á la sazon se intitulaba doctor y ministro ó familiar de la Inquisicion; el cual, convertido en enemigo personal del generoso esclavo, y no contento con desbaratar sus planes, le delató por medio de un renegado, y tuvo ademas la avilantez de presentarse á recibir el precio de su felonía. A este miserable se atribuyen las nuevas desgracias de que posteriormente fué víctima Cervántes, quien temeroso del daño que podia ocasionarle el encono de aquel malvado, se apresuró á obtener una informacion de su conducta, para que en todo tiempo constasen los méritos que habia contraido durante su cautiverio.

Vióse al fin libre de él, no por medio de la fuga, como tantas veces habia intentado, sino mediante las cantidades que para su rescate dieron su madre y hermana, los padres Trinitarios y algun otro bienhechor, que juntas sumaron ocho mil reales escasos, precio en que habia sido adquirido por su último comprador. Vuelto á España ¿quién no creeria que habian finalizado para siempre sus desventuras? El tambien lo esperaba así, pero tardó poco en desengañarse. Fueron inútiles sus gestiones; tuvo que abrazar de nuevo el servicio de las armas, alistándose otra vez en el famoso tercio de D. Lope de Figueroa, que formaba parte del ejército destinado á la ocupacion de Portugal. Dícese que en este reino tomó amores con una dama, y que de ellos provino la hija natural que tuvo y que más adelante figura como tal entre los individuos de su familia. De su vida de soldado poco podia esperar; determinóse, pues, á ejercitar la pluma, para la cual se sentia con aficion y espontáneo ingenio.

A fines de 1584, entrado ya en los treinta y siete años de edad, dió al público los seis libros de la *Galatea*, novela pastoral de que prometió una segunda parte, que probablemente no escribió nunca. Galatea, la protagonista de esta obra, era, segun conjeturas muy fundadas, Doña Catalina Palacios Salazar, descendiente de una casa solariega de la villa de Esquivias, en la provincia de Toledo; con quien, ó por lisonjearse de la fortuna que habia de hacer como escritor, ó por creerla así más asegurada, ó por razones, en fin, de intimidad entre las familias, contrajo Cervántes matrimonio en la misma época. El nuevo estado le obligó á residir largo tiempo en aquel pueblo; siendo de notar, circunstancia ignorada sin duda por la mayor parte de sus biógrafos, que la casa en que habitó allí con su esposa pertenecia á un D. Alonso Quijada, y áun hoy es conocida por el nombre de *casa de los Quijadas*. Otros dicen que se estableció en Madrid. Tratándose de puntos tan poco distantes, ambas especies pueden ser verdad, siéndolo á todas luces que venía frecuentemente á la Córte, donde trabó amistad con los escritores más distinguidos. Entónces fué cuando se dedicó á escribir para el teatro, y á este tiempo pueden referirse sus *Tratos de Argel* y su *Numancia*. De las veinte ó treinta comedias que se asegura escribió, parece que la más aplaudida fué la representada con el título de *La Confusa*. Tampoco salió airoso de aquella prueba.

Por el año 1588 se trasladó á Sevilla, y abrazó con el mayor ahinco el oficio de pretendiente. Ya ántes habia desempeñado comisiones importantes en la costa de África, y ahora consiguió por fin ser nombrado Comisario general de las armadas y fronteras. Habia solicitado un empleo en Indias, y recibió un desaire. Continuó en aquella y otras comisiones análogas, ya en Andalucía, ya con posterioridad en varios pueblos de la Mancha, como recaudador de los créditos que tenian éstos contra sí por el pago de tercias y alcabalas; mas como no ponia mano en cosa que no se le torciese ó le resultase perjudicial, de todos aquellos cargos no sacó más que penalidades y sinsabores. Parecia destinado á no gozar mucho tiempo de libertad, él, que tanto habia suspirado por ella; pues con motivo de resultar casi siempre alcanzado, aunque en pequeñas sumas, al rendir las cuentas de sus oficios, estuvo preso en Sevilla, preso en Argamasilla de Alba ó en el Toboso, y algunos años despues, cuando sonaba su nombre por toda España como autor del libro en que aseguró su inmortalidad, preso en Valladolid por la muerte que se dió á un caballero delante de la casa donde vivia.

Prescindimos de otras muchas circunstancias de su vida, fáciles de conocer, dado que tanto se ha escrito y discurrido sobre ella; y por razones semejantes, citarémos sólo su *Quijote* y sus *Novelas Ejemplares*, que de sus obras son las que más andan en manos de todo el mundo. Si las novelas son tan interesantes por la variedad de sus argumentos, por la belleza de su estilo y por el primor y tersura de la locucion, la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote* será siempre el primer monumento de nuestra literatura, único quizá en todas las demas, y eterna admiracion de cuantos, propios ó extraños, se deleitan en su lectura. Importa poco que se concibiese en una cárcel, y que ésta fuese la de Sevilla ó la de Argamasilla; no ménos inútiles contemplamos las polémicas tan empeñadas entre los eruditos sobre su verdadero objeto y el sentido que debe darse á sus invenciones. ¿Se escribió con el propósito único y exclusivo de desterrar para siempre los insulsos y perjudiciales libros de caballería? ¿Es una sátira agudísima y hábilmente embozada contra aquella sociedad hipócrita y corrompida, ó un libro profundamente filosófico en que un pobre iluso, que siente dentro de sí las inspiraciones de la virtud y el genio, se lanza á empresas atrevidas, persigue un bello ideal, y al chocar con la prosaica y grosera materialidad de la vida, pone de manifiesto lo ridículo de sus aspiraciones y lo irrealizable de sus desvaríos? En el hecho de atribuir al *Quijote* esas diversas tendencias, se prueba que las comprende y satisface todas.

Murió Cervántes, como queda dicho, el 23 de Abril de 1616, cuando iba á dar á la estampa los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, dedicados en aquella tiernísima y hasta alegre despedida que dirigió al conde de Lémos, su protector, tres dias ántes de su fallecimiento. Nunca se vió desdi-

(c) Ministerio de Cultura 2006

cha más constante, ni pobreza más sufrida. Si la Providencia compensó con ella el dón de talento tan maravilloso, ¿quién no desearia ser pobre? Los ricos no aceptarán alternativa tan degradante; por fortuna la resignacion es el caudal de los menesterosos.

El retrato que arriba reproducimos no es auténtico, pero se ha hecho tradicional. Lo conserva la Academia Española como regalo muy estimable que debió á la generosidad del Sr. Conde del Aguila, de Sevilla, en 1773. Por rara coincidencia, tiene parecido muy exacto con el que ideó el dibujante Kent para la edicion de Lóndres de 1738. Mr. Viardot publicó en *L' Illustration* del 8 de Febrero de 1851 otro que se dice sacado de un original de Velazquez de Silva. En 1854 se puso al frente de una traduccion inglesa del *Persiles*, publicada en Lóndres, una ridícula efigie de Cervántes, que ni siquiera mencion merece. El célebre del barquero, descubierto en Sevilla el año 1864, en el cuadro de la *Rendicion de Cautivos*, de Pacheco, es una bien intencionada suposicion: con aquella fisonomía *Cervántes* no hubiera sido desgraciado. De la multitud de grabados hechos en diferentes épocas, nada es necesario decir aquí: la verdadera imágen del autor del *Quijote* no se conocerá miéntras no parezca la que *Pacheco* incluyó en su precioso *álbum*, que hoy es propiedad del Sr. D. José María Asensio, docto sevillano y muy solícito investigador de cuanto se refiere á la vida y escritos del *Príncipe de nuestros ingenios*.



ESTÁTUA DE CERVÁNTES, EN LA PLAZA DE LAS CÓRTES.

(c) Ministerio de Cultura 2006



ARGAMASILLA DE ALBA. — CASA DEL ALCALDE MEDRANO, DONDE SE DICE QUE ESTUVO PRESO CERVÁNTES.

(c) Ministerio de Cultura 2006

DON LUIS DE GÓNGORA.

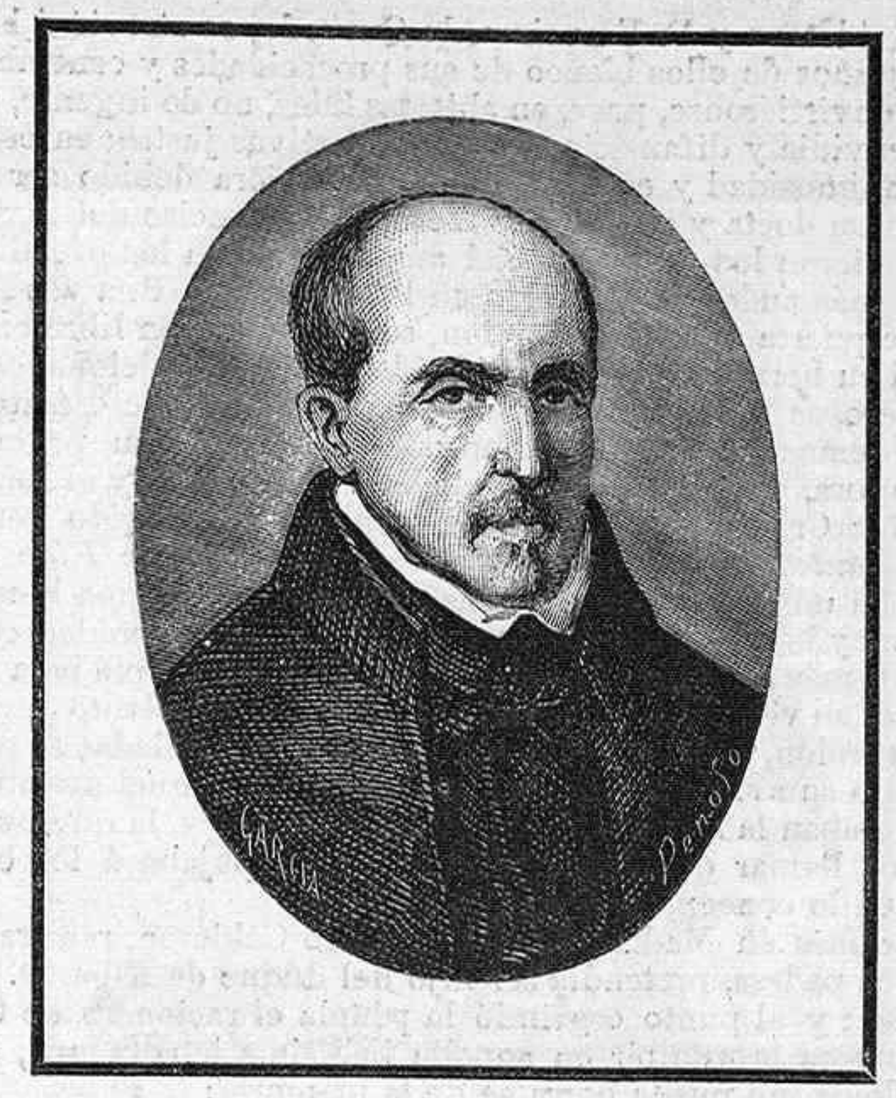
El *lirismo*, técnicamente hablando, de que adolecen en general nuestros dramáticos del siglo XVII, participa de los caractéres que distinguen á las dos escuelas, si no opuestas, diferentes entre sí, que tan pernicioso influjo ejercieron en la literatura de aquella época: por un lado los *conceptistas*, por otro los cultos ó *culteranos;* ramas que si al principio derivaban de distintos troncos, llegaron con el tiempo á unirse para formar—y perdónesenos la metáfora—el árbol de corrupcion y mal gusto que dió desde entónces frutos tan desabridos.

Si tratásemos de investigar el orígen de ambas sectas, que llegaron á adquirir la categoría de escuelas, tendriamos que remontarnos, hablando de los culteranos, que es lo que ahora hace á nuestro propósito, nada ménos que á la literatura romana, y á los cordobeses Lucano y Séneca, tildados ya en su tiempo de sutilizadores y cultiparlantes. Curioso sería demostrar que esta planta, meramente artificial, fuese indígena y privativa de nuestro suelo; pero nos saldrian al encuentro otros críticos, afirmando que procede de Italia, y que sus principales cultivadores fueron el caballero Marini, Virgilio Malvezzi y algunos de sus discípulos, y que fué trasplantada á España por medio del cordobés D. Luis Carrillo de Sotomayor, que la adquirió de ellos.

No nos incumbe á nosotros aclarar tales genealogías y grados de parentesco; tropezariamos quizá entre los que vivimos hoy, con algunos descendientes de aquellos maniáticos progenitores. Fijémonos, como dejamos insinuado, en el siglo XVII, y concedamos, pues de derecho les corresponde, la plaza de maestros de capilla en tan desconcertados coros, á dos ingenios sobresalientes: el uno, apénas conocido ahora, el segoviano *Alonso de Ledesma*, autor del *Monstruo imaginado* y de los *Conceptos Espirituales*, corifeo de los *conceptistas;* y el otro, el cordobés *D. Luis de Góngora y Argote*, jefe de la falange de los *culteranos*, que logró adjetivar su nombre, legando el de *gongorinos* á sus prosélitos é imitadores.

Si el semblante es espejo del alma é indicio del carácter de las personas, confesemos que el retrato que figura en esta página no excita grandes simpatías en favor del sujeto que representa. La aspereza del ceño, la severidad de la mirada, y la rigidez de la boca denotan condicion dura, génio adusto y desapacible, y cierta expresion de malquerencia y envidia, como de hombre que, descontento de sí, hace recaer su despecho en el crédito ó prendas de los demas. Así era D. Luis de Góngora, envidioso, maldiciente y calumniador; y respecto á su fisonomía, hay perfecta igualdad entre los retratos que se conservan de él, desde el lienzo que se atribuye al habilísimo pincel de Velazquez, hasta el trazado con sorprendente destreza á pluma y puesto al principio de un hermoso códice de sus poesías, que se destinó al Conde-duque de Olivares, su protector y amigo.

A pocas palabras pueden reducirse los pormenores que tenemos sobre su vida, y la mayor parte están sucintamente condensados en el párrafo que dedican á este asunto en sus *Principios de Literatura General é Historia de la Literatura Española* (tomo II, pág. 92) los señores D. Manuel de la Revilla y D. Pedro de Alcántara García. «Fué, dicen, D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE natural de Córdoba, donde nació el 11 de Julio de 1561, de una familia distinguida, y, segun parece, en la misma calle en que vió la luz primera el célebre Marcial. Tuvo por padres á D. Francisco Argote, corregidor de aquella ciudad y de alguna otra, y Doña Leonor de Góngora, y como se ve, antepuso al de su padre el apellido de su madre, sin duda porque el de ésta le pareció ménos vulgar y más sonoro. A la edad de quince años pasó á Salamanca, donde estudió, hasta el grado de bachiller, derecho, matemáticas, música y esgrima. Por causa de



Gongora

su carácter inquieto tuvo una pendencia con D. Rodrigo de Vargas; y despues de once años de pretensiones en la córte, y cuando contaba cuarenta y cinco de edad, se hizo eclesiástico, y obtuvo una plaza de racionero en la catedral de Córdoba. Por el favor del Duque de Lerma y del Marqués de Siete Iglesias, fué nombrado capellan de honor de Felipe III; por lo cual fué á residir en Madrid, donde vivió hasta que, á consecuencia de una enfermedad que adquirió acompañando á Felipe IV en su jornada á Aragon, de resultas de la cual perdió la memoria, los médicos le aconsejaron que mudase de aires. Con este motivo se volvió á Córdoba, en donde á poco de su llegada murió en la tarde del lúnes 23 de Mayo del año 1627.»

Este era el hombre cuyo trato, aparte de su natural despego, quién sabe si calculado ademas, nada podia tener de afable ni contemporizador, cuando, á pesar de sus activas y porfiadas solicitudes, no logró vivir desahogadamente, ni puesto alguno que realzára la nombradía y merecimientos á que aspiraba como escritor. No sería, por lo tanto, extraño que el móvil á que obedecia su pluma fuese el despecho de que ántes le hemos supuesto poseido, pues las composiciones de sus primeros tiempos, cuando vivia oscurecido en Córdoba, letrillas, romances, odas y canciones, se distinguian por su sencillez y espíritu poético, y no dejaban traslucir al futuro innovador que habia de hacer del lenguaje un instrumento tan disonante. La vanidad, más que la aficion, le llevó á las academias establecidas por entónces en la córte con los títulos sucesivos de *matritense*, *selvaje* y *poética*, que si bien fundadas por personas de poco viso y con el carácter de familiares, llegaron á atraerse la concurrencia de cuanto notable contenia Madrid en señores é ilustres damas, y áun del mismo Rey; y allí, hombreándose con los ingenios más distinguidos, como Lope de Vega, Calde-

(c) Ministerio de Cultura 2006

ron, Alarcon y D. Francisco de Quevedo, se atrevió á hacer á algunos de ellos blanco de sus procacidades y censuras.

Convirtiéronse, pues, en abiertas lides, no de ingenio, sino de envidia y difamacion, aquellas festivas justas; en centro de animosidad y escándalo lo que hubiera debido ser una reunion docta y pacífica; y á las competencias del ingenio sucedieron los despiques del amor propio en los ofendidos, y la más audaz provocacion en los ofensores. Una vez franca la puerta á la murmuracion, se daba tambien libre entrada á su hermana, la calumnia, á la cual eran aficionados los poderosos y los privilegiados, porque en el descrédito de los demas creian más afianzada y legítima su primacía. Góngora, el desgraciado conde de Villamediana y el famoso doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, envanecido con su *Constante Amarilis* y su traduccion del *Pastor Fido*, formaban un triunvirato que traian en contínua alarma la reputacion y honra, así de los personajes más encumbrados, como de los más humildes é inofensivos, si les daban pié para derramar su venenosa bílis. Dotados de superior talento y vasta instruccion, y de una funesta facilidad en trasladar al papel cuanto su aviesa intencion les sugeria, con igual desenfado manejaban la sátira política que la literaria y la que pudiéramos llamar doméstica. Góngora sobrepujaba á los otros dos en lo conceptuoso y en lo maligno.

Deciase en Madrid que D. Rodrigo Calderon, renegando de sus padres, pretendia ser hijo del duque de Alba, D. Fadrique; y al punto esgrimió la péñola el racionero de Córdoba para prorumpir en aquella bellísima letrilla que, una vez leida, no puede borrarse de la memoria:

Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir,
Tú por ser Gudalquivir,
Guadalquivir por ser mar?
. . . . . .

Y es notable el vaticinio encerrado en los siguientes versos:

Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
A dos pasos los desdeña
Tu mal nacida corriente...
Pésame que el desengaño
La vida te ha de costar.
Arroyo, ¿en qué ha de parar, etc.

No ha faltado quien, para justificar la feliz expresion de Cervántes al calificar á Lope de *monstruo de la naturaleza*, haya añadido que el *Fénix de los ingenios* nunca fué ni envidiado ni envidioso. Que este último defecto fuese uno de los del gran poeta, ocasion habrá de manifestarlo; que careciese de enemigos, y que nadie considerára como agravio propio la gloria y fortuna del gran dramático, Góngora está ahí para desmentirlo. Hiciéronse públicas las relaciones del primero con una señora llamada doña Marta de Neváres; y no contento Góngora con divulgar el caso, atribuyó tambien al satirizado el vicio de la embriaguez en la siguiente décima:

Dicho me han por una carta
Que es tu cómica persona,
Sobre los manteles, *mona*,
Y entre las sábanas, *marta*.
Agudeza tiene harta
Lo que me advierten despues:
Que tu nombre, del reves,
Siendo *Lope* de la haz,
En haz del mundo y en paz,
Pelo de esta *Marta* es.

Y para motejarle de vano, siendo de humilde orígen, le dedicaba aquel conocido soneto que empieza diciendo:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres de tu escudo,
Pues aunque tienes mucho viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres.

¡Qué prudencia y qué espíritu de caridad en un ministro de los altares! ¿Qué respeto guardaria á otros escritores quien se desataba así contra el más admirado y querido de grandes y de pequeños?

Su mordacidad se propasaba hasta el punto de suponer hipocresía la virtud de una honrada actriz, que rechazaba los galanteos de seductores encopetados, y quizá los suyos:

No llames castidad la que forzada,
Hipócrita, virtud se representa,
Saliendo con su capa disfrazada.
Jusepa, no eres casta; que si alienta
Contraria fuerza á tu virtud cansada,
Es fuerza la virtud cuando es violenta.

Tuvo Góngora muchos secuaces é imitadores, que lo mismo que al verso, llevaban sus dislates á la prosa, como el padre Fray Hortensio Félix Paravicino, predicador de Su Majestad, digno maestro de los futuros *gerundios*, que convirtieron la cátedra sagrada en locutorio de orates y de energúmenos. La novedad, siempre seductora; la imaginacion, que gusta de singularizarse, y propende de suyo á las ingeniosidades y discreteos; el aplauso por una parte, y por otra el afan de no hacer un papel desairado donde tan seguro era el lucimiento, comunicaron el contagio áun á aquellos mismos que más á salvo se contemplaban de su influencia. ¿Qué juicio podia haber firme, si vacilaba el de los más sensatos?

El *gongorismo* es una prueba de la facilidad con que se vicia una literatura; su síntoma más marcado es la perversion del lenguaje, inseparable de la confusion é inopia de las ideas: de aquí que tan fácilmente se agremiasen conceptistas y culteranos. La libertad, sin embargo, de aquella emancipacion del buen gusto era aparente; tenía su patron, al que no era difícil acomodarse. En la vida de *D. Juan Ruiz de Alarcon*, uno de los pocos escritores que supieron preservarse de tan funesta epidemia, incluye su eruditísimo autor, el señor D. Luis Fernandez-Guerra, la receta de la culta latini-parla, que recuerda al pensador más profundo del siglo XVII:

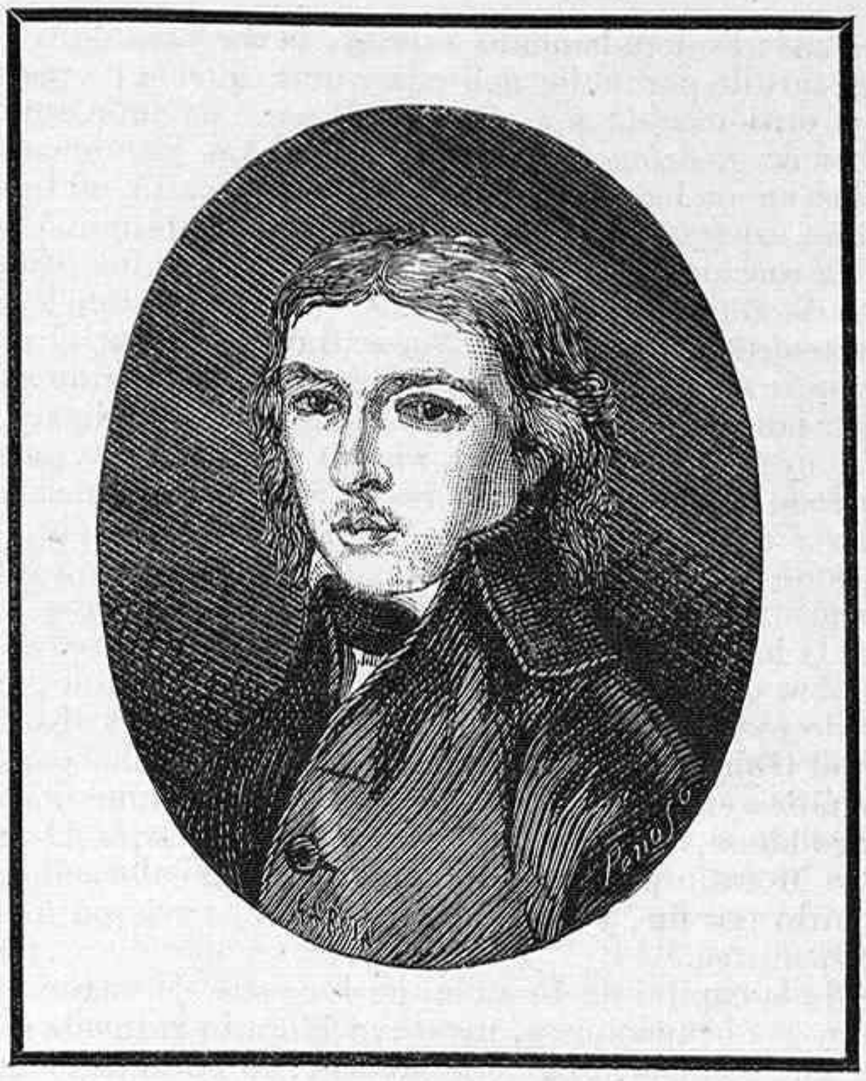
«Vana, tenebrosa y escondida locucion; diluvio de palabras forasteras; dos docenas de vocablos exóticos... y otros tantos de genialidad latina, diluidos en pueriles rumbos é hinchados giros de ambiciosa magnificencia; conceptos aguzados en el ocio; retruécanos, antítesis monótona y cansada, y afectadas y extravagantes figuras, más del caso, cuanto más se apartasen de la bella naturalidad... la gala de tan escabrosa germanía estaba ademas en poner el sustantivo dos leguas del adjetivo, y el nominativo á catorce renglones del verbo...» Y por vía de ejemplo y en són de chunga, se añade esta desatinada carta: *Los veinte que me pidió reales no tengo, si bien mi deseo con vuestra merced grande de servirle, los posibles pasa límites de gradisfacerle.*

¿Cómo se toleraba tan insoportable jerigonza, y cómo tan monstruosos engendros han llegado hasta nosotros? No hay que maravillarse: el estado social era lo mismo; la córte, una comedia; la religion, una ceremonia; la aristocracia, una turba de escuderos pomposamente ataviados; el pueblo... el pueblo celebraba las cosas más, cuanto ménos las entendia. Pero insensiblemente nos deslizamos tambien nosotros hácia la sátira malévola, aunque no envidiosa, dando lugar á que nos hieran por los mismos filos. El biógrafo ántes citado ha dicho que el culteranismo está en el hombre, y es un disfraz para encubrir la soberbia ó la pobreza del ingenio. A esta verdad nada hay que añadir.

Góngora era soberbio, porque confiaba en su grande ingenio; pecaba, no de ignorante, sino de desvanecido. Su *Polifemo* y sus *Soledades* muestran de qué modo malogró las singulares disposiciones con que le habia favorecido la naturaleza. Su perspicaz penetracion, la viveza de su fantasía, la exactitud en el discurrir, el primor de su locucion y la manera de versificar le hubieran dado el primer lugar entre los líricos de su época, si por no confundirse con ellos, no hubiera pretendido singularizarse marchando solo. Los que le han comparado con el Greco, no han necesitado añadir que fué admirable como él en sus principios, y como él digno de lástima y censura á la vez en sus postreros tiempos.

(c) Ministerio de Cultura 2006

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.



Leandro Fernandez de Moratin

A tal punto llegaron los extravíos del *culteranismo*, segun puede colegirse de lo que dejamos ya insinuado en la biografía de *Góngora*, que el exceso de aquella actividad febril degeneró en una atonía muy semejante á la imbecilidad. No se vive mucho tiempo en estado de decrepitud, ni tan de lleno se cae en el olvido de lo pasado, que no quede alguna vislumbre de más ó ménos cercano renacimiento. A una generacion sucede otra, animada de nuevas ideas é impelida por nuevas costumbres, deseos y necesidades; es la ley de continuidad de la vida, pero sujeta á trasformaciones nuevas tambien, que, si no alteran su esencia, modifican todo lo que hay en ella de mudable y de transitorio. El siglo XVII exageró la tendencia al conceptismo, iniciado ya anteriormente en España, y que no afectaba tanto á las doctrinas, como á la forma de expresion con que se enunciaban; en sentido contrario, hasta cierto punto, debia efectuarse el movimiento que al comenzar el siglo XVIII, ya espontánea, ya deliberadamente, se difundia entre las personas más ilustradas de la sociedad.

No era posible renovar en todas sus fases el espíritu del antiguo clasicismo, pero sí reproducir, en su parte formal al ménos, los caractéres de la literatura greco-romana. Francia habia ya dado el ejemplo, y la nueva dinastía que en nuestra patria se entronizaba, juntamente con su política, traia el despotismo literario producido por la sagaz tiranía de Luis XIV. El terreno, sin embargo, estaba tan bien dispuesto, que tardaron poco en arraigar y dar fruto las semillas que en él se echaron. Para contrarestar los esfuerzos del bando cultiparlante, se fundó en 1713, bajo los auspicios del trono, la Academia Española, que limitó su jurisdiccion á la parte mecánica del lenguaje; trasplantáronse á este suelo algunas producciones nacidas y sumamente estimadas á orillas del Sena; declaróse campeon de la reforma el periódico trimestral titulado *Diario de los Literatos;* y para que los adeptos al régimen traspirenáico no carecieran de código á que atenerse, escribió su *Poética* el famoso Luzan, que, como educado en Italia, diferia de Boileau en la aplicacion demasiado rigorosa de los preceptos, aunque se conformaba con él en el fondo de la doctrina. Pero la mayoría de los escritores afiliados en aquella escuela, tan indiferentes se mostraron á la tradicional de nuestro siglo de oro, que los mismos imitadores de Garcilaso, Fray Luis de Leon, Herrera, Balbuena y otros, consentian que se diese el nombre de *clásico-francesa* á aquella restauracion.

Dados estos precedentes, salvemos el espacio que media desde aquellos primeros ensayos al último tercio del postrer siglo. Conocidos son los nombres de Iriarte, Huerta, Porcel, Melendez, Cienfuegos, Quintana y muchos más, eminentes poetas unos, distinguidos hablistas otros, y todos recomendables por su saber, por su ingenio y por su buen gusto. Seguramente no damos pruebas de gran arte en la transicion; pero el tiempo nos apremia, y debemos consagrar siquiera una breve página á la vida y escritos de *D. Leandro Fernandez de Moratin*, que figuró entre aquellos ilustres varones, ya emancipados de toda servidumbre y tutela extrañas.

Es Moratin autor de gran celebridad en nuestro teatro contemporáneo. No lo fué tanto en sus dias, bien porque la gloria personal necesite para acrisolarse de la pátina del tiempo, como los monumentos y documentos históricos, ó porque el genio de los recalcitrantes y envidiosos le moviesen, como en efecto le movieron, implacable guerra. Nació en Madrid el 10 de Marzo de 1760. Era hijo de D. Nicolas, que, aunque ayuda de guardajoyas de la reina Isabel Farnesio, cultivaba las letras con afan, lograba reputacion de vigoroso poeta lírico, de muy español y nada amanerado en sus composiciones, y que, habiendo sustituido algun tiempo al poeta trágico Ayala en la cátedra de Poética de los Estudios del Colegio Imperial, reorganizó en cierto modo la antigua Academia llamada del *Buen Gusto*, formando en la fonda de San Sebastian una reunion de literatos y hombres científicos, que en sana paz discurrian sobre las materias propias de su profesion ó sus aficiones. Lo extraño era que este hombre tan ilustrado, que habia cursado jurisprudencia en la Universidad de Valladolid, no permitiese á su hijo seguir ninguna carrera literaria; únicamente se propuso enviarle á Roma, para que al lado de Mengs se perfeccionase en el dibujo, en que ya se ejercitaba; pero su esposa, doña Isidora Cabo Conde, contrarió á la vez este proyecto, por no querer separarse de un hijo á quien amaba con verdadera pasion de madre.

Y acertó quizás en aquella resolucion, porque Leandro era débil y delicado por naturaleza. A los cuatro años adoleció de unas viruelas que pusieron en riesgo su vida, y aunque salió de la enfermedad, quedó su semblante completamente desfigurado. Aventajóse presto en los estudios de la infancia: á los nueve años daba ya indicios de su talento poético; ántes de los veinte, tomando el nombre de D. Efren de Lardnaz y Morante, conquistó el *accésit* del premio ofrecido por la Academia Española al autor del mejor canto épico que se presentase sobre la *Toma de Granada*. Moratin sorprendió á su padre con este arrojo de su vena poética: el buen señor estuvo á punto de enloquecer de alegría; pero se cambió ésta pronto en indignacion viendo la injusticia de la Academia. Creyó superior la obra de su hijo á la de D. José María Vaca de Guzman, el autor premiado: vanidad paternal, pues si la de Moratin, en efecto,

(c) Ministerio de Cultura 2006

estaba más esmeradamente escrita, la de Vaca de Guzman era preferible por mejor pensada y más nutrida de poesía.

Con otro *accésit* premió la misma Academia tres años despues su *Leccion Poética*, sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana, que sometió al fallo de aquella Corporacion bajo el pseudónimo de Meliton Fernandez. Ya en aquel tiempo habia fallecido su padre, sin dejar bienes de fortuna, y para atender á su subsistencia y á la de su madre, hubo el jóven Moratin de dedicarse al arte de la joyería, entrando de oficial en un obrador, donde se hizo notable por su habilidad. Ganaba un jornal de diez y ocho reales, cantidad no excesiva ni áun para aquellos tiempos: así y todo, hubiera seguido resignado con su suerte, tan contraria á los impulsos que interiormente sentia, si la muerte de su madre y las excitaciones de sus amigos no le hubieran persuadido á mudar de vida. Acaloraba en su mente la idea de un *Diccionario de hombres ilustres* y alguna obra de instruccion para el bello sexo, cuando, informado de todas estas circunstancias el Conde de Cabarrús, á quien el Gobierno acababa de nombrar para una comision diplomática en París, y accediendo á las recomendaciones de Jovellános, no dudó en llevarle de secretario. Al pronto anduvo Moratin perplejo en aceptar aquella colocacion; mas la admitió por fin, y ni él ni su protector tuvieron motivos de arrepentirse.

Desde la capital de Francia, en los ratos de vagar que le dejaban sus ocupaciones, mantuvo Moratin animada correspondencia con sus amigos de Madrid; en París trató al gran dramático Goldoni, desterrado á la sazon de su patria, Venecia, por consideraciones políticas. Allí permaneció todo el año de 1787, tranquilo el ánimo, ocupada agradablemente la imaginacion en su estudio predilecto, el teatro, y muy ajeno quizá de las nuevas desventuras que le aguardaban. Perdió Cabarrús el favor de la córte de España; vióse perseguido y encarcelado; y temeroso, con razon, su secretario de quedar envuelto en aquella ruina, refugióse en casa de su tio, y se arrimó otra vez al oficio de joyero, para preservarse mejor de la misma desgracia que le acosaba.

Fué precaucion prudente, porque la tempestad no llegó á alcanzarle; y como dos años ántes hubiera dado al teatro su primera comedia, *El Viejo y la Niña*, que por quisquillas y desvanecimientos de una actriz, y posteriormente por ambiciones de otra, no llegó á representarse, pensó ofrecerla de nuevo, previos algunos retoques y correcciones; pero esta vez el *véto* partió de la vicaría eclesiástica, y la asendereada produccion volvió al cartapacio de donde habia salido. Enturbió esta contrariedad el humor de D. Leandro, que no solia tenerle bueno, y desahogó la bílis escribiendo la *Derrota de los pedantes*, segunda parte, aunque con distinta forma, de la *Leccion poética*, que siete años ántes habia merecido la benevolencia de la Academia. No la mereció ciertamente la nueva composicion de los que se creyeron aludidos. Llovieron sobre ella acerbas críticas y denuestos, con lo que la batalla, ya empeñada, se generalizó en uno y otro campo.

Corria el año 1789: frisaba Moratin en los treinta de su edad, y la fortuna seguia mirándole tan hosca como al principio. ¿Qué podia prometerse de su pluma, si para darla á conocer tenía que emponzoñarla? Preciso era variar de rumbo, y congraciarse la voluntad de los poderosos, no por medio de la lisonja, sino de la súplica. Cantó en una oda la exaltacion al trono de Cárlos IV; ningun resultado obtuvo; despues dirigió al ministro, Conde de Floridablanca, un romance pidiéndole un beneficio simple, la gracia de ser abate, y el Conde creyó servirle concediéndole una prestamera de trescientos ducados en el obispado de Búrgos, lo cual, sobre no sacarle de apuros, le imponia la obligacion de ordenarse de primera tonsura, como lo hizo. Pero esta mezquina subvencion fué un halago de la fortuna y anuncio de mayores prosperidades, porque de allí á poco se alzó con el favor de la córte el célebre D. Manuel de Godoy, el cual, deseoso de atraerse á los hombres de mérito con el cebo de las mercedes, puso los ojos en Moratin, y no contento con conferirle un beneficio en la iglesia de Montoro, que rentaba tres mil ducados, le asignó una pension de seiscientos sobre la mitra de Oviedo; prodigalidad que le compensaba de sobra las pasadas angustias y necesidades.

Hasta qué punto se ligó desde aquel dia la gratitud del escritor á la suerte del favorito, fácil es colegirlo. Moratin lo comprendió tambien, y se forjó la ilusion de que si la casualidad le llevaba á figurar en el número de los obligados, jamas le arrastraria á confundirse entre la turba de los aduladores. Resuelta y honradamente llevó á cabo este propósito, en términos de suscitar cierta prevencion enojosa en el ánimo del bienhechor; pero ¿quién enfrena las lenguas de la envidia, sobre todo cuando el envidiado da pretexto, aunque no dé causa, á la murmuracion? Lance habia de llegar en que no se computasen los favores por los merecimientos, porque al dichoso no se le pide la cuenta de su intencion, sino la de su fortuna. Veamos cuánto le duró la suya al que no queria lucir en el teatro del mundo, sino en los coliseos del Príncipe ó de la Cruz.

Con la recomendacion que le proporcionaba su valimiento, no hubo ya dificultad en que se representase su postergada comedia de *El Viejo y la Niña*. Se estrenó el 22 de Mayo de 1790, y fué recibida con aplauso. Libre de este cuidado, se encaminó á la Alcarria, con ánimo de apartarse del bullicio é intrigas de la córte, y allí dió la última mano á la que tituló *La Comedia nueva ó El Café*, galería de retratos muy parecidos á los ramplones autores que traian avasallados y como en volandas los teatros, y sabrosísima crítica del estado en que éstos se hallaban y de las obras con que se alimentaba la grosera voracidad del público. La obra estuvo á pique de naufragar en la marejada que se levantó contra ella; salváronla el ingenio, la viveza, propiedad y gracia con que estaba escrita. Esto acontecia el 7 de Febrero de 1792.

En el mismo año proyectó hacer un viaje por Europa con beneplácito de Godoy. Dirigióse á París, pero en tan mala ocasion, que coincidió su llegada con un suceso horrible: el pueblo sublevado llevaba enarbolada en una pica la cabeza de la princesa de Lamballe. Impensadamente se halló él en medio de aquel tumulto, y sin más reflexionar, tomó el camino de Lóndres. Un año permaneció en Inglaterra, hasta ya bien mediado el de 1793. Desde allí pasó á Flándes, recorrió varios puntos de Alemania, y habiendo obtenido licencia de su protector y un socorro de treinta mil reales para gastos de viaje, por Suiza se encaminó á Bolonia, donde estableció su residencia como punto de partida para los diversos Estados de Italia, que recorrió despues en todas direcciones.

Durante esta ausencia de cuatro años, tradujo en Lóndres el *Hamlet* de Shakespeare, con notas y observaciones críticas que revelan sus principios y escrúpulos literarios; escribió sus *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* y el *Viaje de Italia*, que, juntamente con la preciosísima coleccion de sus cartas familiares y algunos otros escritos, publicó bajo el título de *Obras Póstumas*, en tres tomos, la Biblioteca Nacional, el año 1867. *El Baron*, *La Mogigata* y *El Sí de las Niñas* pertenecen á época posterior: tan conocidas son de todo el mundo, que basta con recordarlas; en igual caso se hallan *La Escuela de los Maridos* y *El Médico á Palos*, magistrales é inimitables traducciones del teatro de Molière. El brillante y merecido éxito que obtuvo la representacion de *El Sí de las Niñas* en 1806, despertó nuevamente la saña de sus enemigos, que le delataron á la Inquisicion. Este golpe dió al traste con todas las esperanzas de nuestro autor, y á pesar de tener pensadas otras tres ó cuatro obras, resolvió abandonar para siempre la carrera de escritor dramático y consagrarse á ilustrar los *Orígenes del Teatro Español*, como lo realizó hasta donde le fué posible, con no ménos solicitud que saber y acierto.

No son para referidas aquí las restantes circunstancias de

(c) Ministerio de Cultura 2006

su vida. Hecho Godoy príncipe de la Paz, continuó dispensándole su amistad y su proteccion. Nombróle secretario de la Interpretacion de Lenguas, cargo que por dos veces desempeñó algun tiempo; vocal de una junta directiva de los teatros, que sirvió y hubo de abandonar; director de los mismos teatros, nombramiento que no aceptó; pero la desgracia del *favorito* le obligó á emigrar de España, y sin ser *afrancesado*, á servir á los invasores de su patria. José Bonaparte le nombró bibliotecario mayor de la que hoy es Nacional..... No pasemos adelante: no confundamos el crímen con la desventura, ni la desgracia con la traicion.

Despues de mil desventuras, tantas y tales que llegó dia en que formó la desesperada resolucion de dejarse morir de hambre, tuvo al fin que alejarse por siempre de su patria. Habia adquirido en sus buenos tiempos algunos bienes, que vendidos rindieron un pequeño capital, bastante para ir conllevando la frugalidad de su subsistencia. Aun así hubiera abreviado la soledad sus dias, á no hallar en los brazos de su cariñoso amigo D. Manuel Silvela, y en el seno de su ejemplar familia, primero en Burdeos y en París despues, amparo, hospitalidad, consuelo y todo el amor de que estaba necesitada aquella alma, que no habia experimentado las ternuras de una esposa ni recreádose en el corazon de un hijo. Murió en la capital de Francia el 21 de Junio de 1828. Así lo decia la lápida de su sepulcro. Hoy yacen sus restos en la bóveda de la iglesia de San Isidro de esta córte.

¿Qué añadirémos en elogio suyo? Que si como hombre, fué honrado y virtuoso; como ciudadano, amante de la libertad, pero sumiso á la autoridad constituida de hecho ó de derecho; como crítico, profesor de una escuela sobrado exclusiva é intransigente, severo con las obras ajenas y no más indulgente con las propias: como escritor llegó al punto más alto de la propiedad, de la correccion, de la verdadera cultura y del buen gusto. Repetirémos casi las palabras de un escritor contemporáneo, que en mucho se le asemeja, diciendo: «Para saborear en castellano la facilidad, la gracia, la pureza del lenguaje, hay que pasar de Cervántes á Moratin.»



PUERTA DEL SOL.

(c) Ministerio de Cultura 2006

DON ANTONIO DE SOLÍS.

Créese generalmente que la pluma ejercitada en las combinaciones y armonía del verso, difícilmente se acomoda á la regularidad y estructura de la prosa; y hay quien desdeña ésta como instrumento poco á propósito para expresar los pensamientos que exhala de su encendido volcan la imaginacion. Una, áun frenológicamente hablando, es la facultad que tenemos de emitir y comunicar á los demas por medio del lenguaje nuestras ideas, pues no ha de haber tambien en el cerebro humano un aposento exclusivamente destinado al dón de versificar, mayormente entre nosotros, que carecemos de verdadera lengua poética, supliéndola con la locucion figurada, la colocacion de los acentos tónicos, y la cadencia más ó ménos perfecta de la rima. El verso es una forma de hablar, y, si se quiere, hasta de discurrir, tan precisa y determinada como la prosa; el estudio, el hábito, las aficiones particulares hacen que cada cual prefiera una ú otra manera de expresion. Prosistas hay grandes poetas, y versificadores que son á despecho suyo traslados del villano de Molière; á más de que la prosa tiene tambien su medida, y las cláusulas y períodos obedecen á una ley de armonía métrica en su construccion. El asunto no es para tratado de ligero, ni propio de este lugar: basten las someras indicaciones que quedan hechas y que fácilmente pudieran explanarse con ejemplos sacados de la historia de nuestras letras: uno de ellos es el escritor que da asunto á la presente biografía.

Don Antonio de Solís y Rivadeneyra se distinguió en su tiempo como poeta lírico, como autor dramático, y más que todo, como cultísimo historiador. Pocas noticias tenemos de su vida. Don José de Goyeneche, que dió á luz sus poesías místicas y profanas en 1692, se cuidó más de lucir su ingenio, gongorino como él solo, en celebrar al autor, que en dar á conocer al hombre. Sabemos que nació en 1602, el 18 de Octubre, segun alguno que compiló los datos de su vida; segun los demas biógrafos, el 18 de Julio, por lo que le colocamos en este mes. Fué hijo de Alcalá de Henáres, donde residian sus padres D. Juan Jerónimo de Solís y Doña Mariana de Rivadeneyra, él natural de Albalate de las Nogueras, en la provincia de Cuenca, y ella de la ciudad de Toledo. En la Universidad de Cisnéros siguió sus primeros estudios, que amplió y terminó con grande aprovechamiento en la de Salamanca; pero desde luégo manifestó tan decidida aficion á la poesía, que á los diez y siete años escribió con el título de *Amor y obligacion* una comedia, que se representó y obtuvo éxito favorable. La opinion de estudioso y entendido que habia sabido granjearse decidió al Conde de Oropesa, D. Duarte de Toledo y Portugal, virey de Navarra, á nombrarle su secretario, sin que esto le impidiese seguir escribiendo para el teatro, pues con motivo de unas fiestas de la ciudad de Pamplona para celebrar el nacimiento de un hijo del mismo Conde, compuso la comedia *Orfeo y Euridice*, obra más de circunstancias que de inspiracion.

De aquel empleo particular pasó á otro análogo en la corte: Felipe IV le agració con una plaza de oficial de la Secretaría de Estado, y en igual puesto le confirmó años despues la reina gobernadora Doña Mariana de Austria. La amistad y trato que frecuentaba con los escritores más distinguidos de aquel tiempo, avivaba en él su aficion á la literatura escénica; colaboró con Calderon y otros autores en algunas de sus obras; y si no aventajó á los que ocupaban el primer lugar, no desmereció tampoco de los que podian airosamente alternar con ellos. Imprimióse coleccion particular de comedias suyas en 1681, que se repitió en 1716; otras se insertaron en las antologías y repertorios llamados de *las Partes;* á las cuales deben agregarse porcion de loas, entremeses, bailes y sainetes, que aumentan en no pequeña cantidad el número de sus composiciones. Posteriormente





(en el tomo XLVII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra) se han reproducido algunas, el *Amor al uso*, *Un Bobo hace ciento*, *El Doctor Carlino* y *La Gitanilla de Madrid*. El *Bobo* fué traducido al frances por Mr. Linguet con el título de *Le fou incommode*, y con el de *L'Amour à la mode*, por Scarron, *El Amor al uso*. De todas, la más celebrada es ésta; píntase en ella por el lado del ridículo el vicio de los que se fingen amantes apasionados sin sentir pasion alguna, y enamoran á todas por el mismo estilo; asunto desempeñado con tal gracia y maestria, tal galanura de versificacion y tan discreto y animado diálogo, como se colige de esta docena de versos, en que una dama resume así el argumento de la comedia:

Ya no hay quien no quiera así,
Y en lo más cierto se da,
Y todos lo afectan ya,
Y nadie llora por sí.
Y para con este aliento
No afligir el corazon,
Gastar la respiracion
En suspiros para el viento.
Perezca el genio confuso;
Falte el suspirar perplejo;
Muera el amor á lo viejo
Y viva el *amor al uso*.

Era Solís hombre de más meditacion que ingenio, de carácter tétrico, modesto en sus aspiraciones, y tan poco sensible á los halagos de la vanidad, que dió de mano á la carrera teatral, prefiriendo la oscuridad de la vida doméstica. Y fué en él tan sincera esta determinacion, que se negó á escribir los autos del dia del Córpus, que hasta entónces habian corrido casi exclusivamente á cargo de Calderon, y re-

(c) Ministerio de Cultura 2006

nunció á terminar una comedia que tenía empezada con el título de *Amor es arte de amar*. Con este retraimiento menguó considerablemente su fortuna, que no era grande; vióse en la precision de deshacerse del coche que gastaba, «comiéndose las mulas, á fuer de sitiado», como él decia, y temiendo estrenar zapatos, porque no reparasen en aquella gala sus acreedores. Si aquello era abnegacion ó poquedad de espíritu, no nos atrevemos á asegurarlo; sin embargo, nos inclinamos á lo primero, viendo la austera gravedad que toma en sus poesías líricas, y que se advierte ya habitual en él á la sazon que escribia este religioso soneto:

¿Hasta cuándo mi torpe desvarío
Abusará, Señor, de tu clemencia,
Que parece que aprendo en tu paciencia
Más libertad que diste á mi albedrío?
Juzga, corrige, enmienda el error mio,
Antes que se pronuncie la sentencia;
No llegue en mi postrera negligencia
La primera señal de su desvío.
Tú me diste tu imágen; mi pecado
La borró; mas ¡ay triste! no perezca
Tu retrato en mi ciega destemplanza.
Vuelva á imprimir tu sangre lo borrado;
Y para que la imágen permanezca,
Defiéndame de mí tu semejanza.

Quien de tales sentimientos estaba poseido, necesariamente habia de contemplar en el sacerdocio la satisfaccion más cumplida de sus deseos. Lo que en otros era arrepentimiento y desengaño de efímeras ilusiones, en él podia considerarse como galardon y corona de sus virtudes; hízose ministro del altar, y cantó misa á la edad de cincuenta y siete años, el 1667, viviendo hasta el 19 de Abril de 1686, en que de resultas de una enfermedad no larga, pero penosa, murió pacífica y cristianamente.

Ademas de la plaza de oficial de la Secretaría de Estado, el Gobierno de la Reina Madre le concedió la de Cronista de Indias, vacante por la muerte del consejero y fecundo escritor D. Antonio Leon Pinelo, de cuyos anales manuscritos de Madrid tanto se han aprovechado los eruditos. Los empleos de cronista solian ser para muchos de los agraciados beneficios simples, sinecuras honoríficas, que no llegaban á interrumpir un solo momento su venturosa ociosidad; pero Solís, al propio tiempo que el cargo, aceptó los deberes que le imponia, y se propuso justificar con nuevos merecimientos el acierto de su eleccion. Reunió libros, compulsó autores, registró Memorias y papeles en los archivos, y no halló asunto más á propósito para una historia que la *Conquista de Méjico*, referida tan sencilla y originalmente en las *Cartas de Relacion* de Hernan Cortés y en las curiosas páginas de Francisco López de Gomara; fiel y admirablemente pintada en la obra de Bernal Diaz del Castillo, soldado é historiador á un tiempo de aquella maravillosa expedicion, y celebrada por propios y extraños como una de las más insignes proezas que ha presenciado el mundo.

Parecido intento logró realizar un siglo ántes el contador Agustin de Zárate, dando á luz su *Historia de la Conquista del Perú*, en que dejó muy atras á todos los que habian procurado ilustrar aquel otro memorable acontecimiento, y no sabemos si decir que á cuantos se habian ocupado hasta entónces en trabajos de la misma índole. Este ejemplo era más para envidiado que para seguido; pero Solís no se proponia imitar ni tomar á nadie por modelo; léjos de intimidarse por la grandeza del asunto, hallaba en él el mayor aliciente que podia sentir, y su inclinacion era tan eficaz, que le aseguraba el feliz éxito de su empeño.

Discurriendo sobre éste en el prólogo que dirige á los lectores, dice: «Es la conquista de Nueva-España uno de los mayores argumentos que celebra el mundo en sus anales; pero esta grandeza pedia igual historiador..... contentaréme con que no pierdan lo admirable y heroico los sucesos.» Y más adelante, refiriéndose á la ejecucion, añade: «He deseado gobernarme por lo que observaron los autores de mayor nota, ciñéndome á los términos más rigurosos de la lengua castellana, capaz, en mi sentir, de toda la propiedad que corresponde á la esencia de las cosas, y de todo el ornato que alguna vez es necesario para endulzar lo útil de la oracion..... En el estilo, pues, que me señaló esta gran maestra (la naturaleza), escribí la historia que sale hoy á luz.»

Procedia por lo tanto con todo el estudio que el caso demandaba, y hasta parece indicar que de propósito habia elegido aquel asunto para dar á su cuadro la entonacion, el vigoroso color que le era propio. Los que juzgan que la historia ha de ser una fotografía en que la exactitud compita con la inmovilidad, ni ven ni sienten el *quid divinum*, la espiritualidad del arte. Tambien es artista el historiador: un hecho vulgar y ordinario de la vida no ha de representarlo como una catástrofe de la naturaleza, como un doloroso quejido ó un arranque sublime del corazon humano. Tan poeta es Herrera cuando canta como cuando refiere la batalla de Lepanto; y no hay pintura tan natural que no pida toques enérgicos, ya en las líneas del semblante, ya en la manera de las actitudes, ya en lo vivo é indefinible de la expresion. Desde Herodoto acá no ha habido historiador que no haya aprendido ántes á ser poeta.

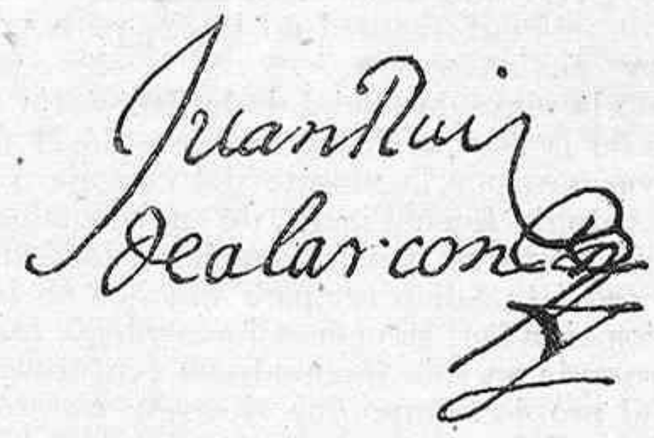
Y porque Solís lo era, acertó á dar á su cuadro la debida entonacion. Siempre se ve á su héroe en primer término; grandes son tambien los mejicanos, pero interesan ménos por su valor que por su desgracia. El lector presencia ansioso aquellas tremendas batallas, y participa, áun á pesar de lo injusto de su porfía, del júbilo, del inverosímil triunfo de los vencedores. La narracion siempre es grave y majestuosa, sin ser monótona: pocos escritores habrá que cuiden más de los accidentes del lenguaje, ni que por medio de la frase sentenciosa sepan animar artificiosamente su obra de espíritu más filosófico. Es discreto, no conceptuoso ni amanerado. Califica la demencia de Doña Juana de «accidente lastimoso que destempló la armonía de su entendimiento, y del sobrado aprender la trujo á no discurrir, ó á discurrir desconcertadamente en lo que aprendia.» Cuando Cortés quiere persuadir á su gente á que no desistan de su empresa, les dice que «no era de mucho garbo el desistir ántes de ver la cara del peligro; que las dificultades suelen parecer mayores desde léjos, y deshacerse luégo en las manos los encarecimientos de la imaginacion.» Estos primores de estilo alternan de vez en cuando con frases que suenan á hiperbólicas por lo concisas. Así en la batalla de Otumba «los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe.»

La *Historia de la Conquista de Méjico* abraza sólo tres años. Tradújose al frances, al italiano, al inglés. No hay libro en que con más habilidad se vean mezclados lo maravilloso y lo verdadero: en lo sustancial es una historia, en lo artificioso un poema, un drama en lo interesante. Drama, poema é historia tiene que ser todo cuadro en que se representen los hechos heroicos de la humanidad; y poeta, filósofo y consumado hablista, como Solís, el escritor que pretenda inmortalizarlos, y vincular para siempre en ellos su propia inmortalidad.

(c) Ministerio de Cultura 2006

DON JUAN RUIZ DE ALARCON.





Ese nombre, conocido hoy como el de uno de nuestros primeros poetas dramáticos, que si no eclipsó la gloria de Lope de Vega, Calderon ni Tirso de Molina, aventajó á otros muchos, no sólo en la parte formal, sino en la intrínseca y verdaderamente esencial de aquel género literario, vivió largo tiempo oscurecido, y gracias si logró por fin en su siglo una mediana reputacion. No se sabe á punto fijo la fecha de su nacimiento, pero conjeturamos con bastante probabilidad que debió ser por el año 1580. Fué natural de Méjico, no de Tasco, como hasta ahora se habia creido, poblacion de aquel reino, célebre por sus minas; circunstancia que con algunas otras de su vida consta oficialmente de un informe que acerca de su persona y méritos dió por mandato del Rey el Consejo de Indias, en 1.° de Julio de 1625, á consecuencia de haber él solicitado un empleo correspondiente á su carrera.

Resultaba, segun dicho informe, que estudió y se graduó en Salamanca de bachiller en cánones y leyes, el año 1602; y habiendo vuelto á Méjico, *su patria*, recibió en su universidad la licenciatura. Se opuso luégo á cátedras, leyendo de oposicion en diferentes ocasiones, y se le aprobaron los actos por su mucho lucimiento. Obtuvo la tenencia de corregidor en aquella ciudad; y ausente el propietario, vino á ejercer su oficio con aceptacion, sentenciando muchas causas y mereciendo se le diese por buen juez en la residencia. Abogado en la Audiencia Real de la ciudad de Méjico, ésta le ocupó en várias comisiones, de que dió buena cuenta. Su padre fué uno de los mineros de las de Tasco, de que resultó aumento á la Hacienda Real; y su abuelo, de los primeros pobladores de la de Nueva España.

«El Consejo, añadia éste, ha tenido siempre satisfaccion de sus letras, y conocido su talento; y aunque por sus partes era merecedor de que le propusiese á V. M. para una plaza de asiento de las audiencias menores, lo ha dejado de hacer por el *defecto corporal* que tiene, el cual es grande para la autoridad que há menester representar en cosa semejante; pero en otra cualquiera que sea, así de prebendas eclesiásticas en las Indias (si las quisiere) como de una de las relatorías de los Consejos de esta córte, le juzga éste por merecedor de ella, y que dará muy buena cuenta, porque su capacidad y letras son bastantes para que V. M. se sirva de ocuparle en cualquiera de las cosas que quedan dichas.»

Fué en efecto nombrado relator supernumerario de dicho Consejo en 17 de Junio de 1626, y en propiedad el 13 de Junio de 1633; mas á esta sazon hacía ya nueve años que, ó por cumplir mejor con las penosas tareas de su empleo, por cansancio, ó por no seguir viéndose expuesto á los azares no siempre prósperos del teatro, se divorció de su musa, contentándose con los frutos que habia ya dado su peregrino ingenio. La alusion que el Consejo hizo á la imperfeccion de su persona se referia á la doble joroba que afeaba su espalda y pecho, y que le suscitó insolentes zumbas y acerbos epigramas de émulos envidiosos y murmuradores. Hasta la debilidad, si tal debe juzgarse en aquella época, de anteponer un *don* á su nombre, y de añadir el apellido materno de Mendoza al Ruiz Alarcon de sus predecesores, pareció insufrible petulancia é inusitado desvanecimiento. No se mienta en parte alguna el nombre de su padre, pero consta que se distinguió por sus servicios al Estado, y por descender de personajes muy calificados desde los tiempos de Juan II y de Cárlos V. La madre descendia de Don Antonio de Mendoza, virey de Méjico en la primera mitad del siglo XVI, hijo del famoso Conde de Tendilla, el de la conquista de Granada, y hermano del no ménos célebre político, historiador y poeta Don Diego Hurtado de Mendoza. Disculpan algunos á los detractores diciendo que sus sátiras eran fingidas, como piés obligados de vejámenes y certámenes burlescos; pero Góngora, Quevedo y Figueroa no eran zoilos carnavalescos; y de la cordial enemistad de Lope con Alarcon es testimonio fehaciente la envidia que devoraba el corazon del *Fénix* de los ingenios.

Más noblemente latia el del advenedizo mejicano en aquel cuerpo raquítico y contrahecho; llevaba en paciencia los denuestos de sus enemigos; ¿cómo justificarse de un defecto que no era culpa suya, sino marca que habia en él puesto la naturaleza? Y ¿quién sabía si aquella misma fealdad exterior serviria para atraer más hácia sí las miradas de los indiferentes y de los extraños? Porque echando, como decia Lope, las cuentas con su humildad, algo sentia en lo interior de su alma que le alentaba á menospreciar semejantes mofas; la voz del genio resonaba en su alma, y haciéndose superior á la injuria y á su propia pequeñez, resolvió dejarse llevar en alas de su pensamiento.

Rivalizar con los eminentes escritores que á la sazon avasallaban la escena patria, sobre ser empresa temeraria, era del todo inútil. El *monstruo de la naturaleza*, como Cervántes llamaba á Lope, Tirso de Molina, Moreto, Rojas y Guillen de Castro, por el número y la calidad de sus obras, se contemplaban, y con razon, astros tan luminosos, que no era posible alzar la vista á ellos sin deslumbrarse. En esfera inferior lucian Mendoza, Montalban, Mira de Amescua y cien otros que, sin embargo, tenian seguros y como asalariados los aplausos de la muchedumbre; podian ser calificados, sobre todo en aquella época, si vale la metáfora, de asentistas del ingenio, con quienes en vano lograria compe-

(c) Ministerio de Cultura 2006

tir un autor novel, un aventurero, desvalido ademas y capaz de ahuyentar la fortuna sólo con su presencia.

Pero las obras que tal deleite producian en los espectadores de aquellos tiempos, y que áun hoy son para nosotros objeto de tanto asombro, estaban hasta cierto punto vaciadas en el mismo molde. Hablaban á la imaginacion; eran eco de los sentimientos heroicos que todos conocemos y de que quizá todavía participamos. El honor, el amor, el patriotismo y la religion formaban, con raras excepciones, el asunto y medios de accion de todas aquellas fábulas. —¿A qué repetir consideraciones que se han hecho vulgares despues de haberse expuesto con tanta doctrina y lucidez por antiguos y modernos críticos? Una sola debió ocurrirse á Alarcon, que por su novedad era la más exacta: si el teatro es escuela de costumbres, ¿cómo existia entónces sin ser cátedra de moral? Con razon ha observado un académico distinguido que jamas hace la madre papel en nuestro teatro antiguo; este dulcísimo sentimiento estaba reservado para nuestros dias; en aquellos no se lloraba de ternura; cuando más, se provocaba el llanto del entusiasmo.

Apartándose, pues, del idealismo de la fantasía, recurrió nuestro poeta filósofo al sentimiento del deber; y revistiéndolo de las formas conocidas, evitó producir una impresion *extraña*, como la produjo, aunque por fortuna singular y aislada, en el ánimo de Montalban. El fin filosófico quedaba así realizado; faltaba presentar bajo una nueva faz, por lo ménos sistemáticamente concebido, otro recurso estético, tambien moralizador, pero más apropiado al gusto superficial del público: la exhibicion y desarrollo de caractéres determinados, que en la sociedad son causa de vicios desastrosos, ó de virtudes modestas que labran insensiblemente la dicha de la vida humana. Inspirado en estos principios, contempló Alarcon el nuevo horizonte que á su vista se dilataba; no estimó ya competencia lo que era propia investigacion, y creó la comedia *moral* y la de *carácter*, que, aunque mermados al pronto por la pasion de sus rivales, tantos triunfos habian de granjearle en lo sucesivo.

No se distinguió como otros por su fecundidad. A veintiseis comedias reduce el Sr. Hartzenbusch, en la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, las que á ciencia cierta pueden llevar su nombre; otras muchas se le atribuyeron indebidamente; tomó parte en algunas de varios ingenios, y se conservan sonetos, décimas y otras composiciones suyas que escribió para justas literarias, por ejemplo, para la famosa gira campestre de San Juan de Alfarache en Sevilla, que inventó Cervántes, y de que tan donosamente hizo relacion en su *Carta á Don Diego Astudillo*, así como para recomendaciones de libros, y con otros motivos que no hay necesidad de expresar aquí. No se distinguió, repetimos, por el gran número de sus obras, pero sí por la feliz eleccion de los asuntos de muchas de ellas, por lo juicioso de sus planes, por la igualdad de su estilo, y, sobre todo, por la concision, propiedad y belleza de la diccion y la tersura y exactitud de su frase, en que se diferenció tanto de sus contemporáneos, y de tal modo se anticipó á su época, que muchas de sus producciones parecen escritas en nuestros dias; mérito que en los suyos se reputó defecto, y que, junto á no haber casi nunca incurrido en el gongorismo que contagió á los más, en vez de recomendacion, le sirvió sólo de descrédito y menosprecio.

Por cálculo, ó irresistible espíritu de imitacion, cierto que á veces buscó el aura de la popularidad, escribiendo comedias de enredo, heroicas, de mágia y aparatosas; pero áun en éstas se trasluce cierta tendencia moral, y abundan las máximas y advertencias encaminadas á mejorar la condicion del hombre. Por lo demas, el verdadero teatro de Alarcon, dice uno de sus más estudiosos admiradores, «forma un tratado de filosofía práctica donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo, y adquirir el amor y la consideracion de las gentes.» La injusticia de la suerte se ve en *Todo es ventura;* pero tambien se abre camino el mérito á despecho de ella, como se manifiesta en *La industria y la suerte.* La prosperidad, sin embargo, suele ser efímera, que no de otro modo deben calificarse los *Favores del Mundo;* bien que tampoco ha de desesperarse en la desgracia, porque *No hay mal que por bien no venga.* En *El Dueño de las estrellas*, en *Ganar amigos*, en *Los Pechos privilegiados*, y en la aplicacion del adagio que dice *Antes que te cases mira lo que haces*, se aprende la práctica de virtudes que llevan en sí la más grata y segura recompensa. El vicio, por el contrario, bajo cualquier forma que se considere, es odioso y perjudicial, lo cual se halla demostrado en *La Prueba de las promesas*, *El Desdichado en fingir*, *Mudarse por mejorarse*, *Las Paredes oyen*, *Los Empeños de un engaño* y *La Verdad sospechosa*, que reunidas constituyen un tratado de moral y filosofía práctica. Algunas de ellas, como asimismo el *Exámen de Maridos*, el *Tejedor de Segovia* y *Don Domingo de Don Blas* ofrecen al propio tiempo bellísimas pinturas de caractéres y situaciones eminentemente dramáticas; y sabido es que el teatro frances reconoce á Alarcon por maestro de sus dos insignes modelos, Corneille y Molière: ellos mismos lo confesaron.

Los aplausos del público pusieron por fin al autor de la *Verdad sospechosa* y *Las Paredes oyen* en el glorioso pedestal de su fama póstuma; su pluma voló á la altura desde donde con tan amargo desden le habian contemplado sus enemigos, y fué en adelante la mordaza que enfrenó la lengua de sus detractores. Ya entónces se le abrieron las puertas del regio alcázar, y vió representadas sus composiciones ante los reyes y su espléndida córte, encubriendo en parte su desairada figura con las galas y esmerado aliño de su persona. Entónces pudo tambien retratarse desenfadadamente en la escena, y contestar sin temor por boca de sus personajes á los que le habian hecho blanco de sus diatribas. Merecer es alcanzar, y tras tantas solicitudes, afanes y amarguras, consiguió verse elevado á un puesto, que si no era la cumbre de la fortuna, satisfacia completamente sus honradas y legítimas aspiraciones.

Dícese que su comedia titulada *Los Favores del Mundo*, fué presagio de los que logró con damas y hermosuras de ilustre estirpe. Pudo muy bien ser, dado que se conservó en el pleno goce de su libertad, y que aparte de toda mira singular ó caprichosa, nada de imposible tiene que interesára á corazones tan sensibles, tan reservados, tan tiernos y poéticos como el suyo. —Murió próximamente á la edad de sesenta años, el 4 de Agosto de 1639. —Su retrato, del que damos muestra, advirtiendo que el original se pintó de cuerpo entero, pero mal proporcionado, no há muchos años fué descubierto en la iglesia parroquial de Tasco. De él se sacó una copia fotográfica que aprovechó el Sr. D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe para el grabado que puso al frente de la vida de *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, obra premiada en público certámen por la Real Academia Española, é impresa en 1871; libro que no dudamos calificar de admirable, porque no sólo sigue paso á paso los dias de aquel privilegiado ingenio, sino que apura la historia literaria de aquella fecunda y enmarañada época, pero con tan consumada erudicion y tan gallardo estilo, que no conocemos en nuestro tiempo trabajo de esta índole que se le iguale.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

EXORCISMO.

CUADRO DE D. SERAFIN MARTINEZ DEL RINCON, PREMIADO CON MEDALLA DE TERCERA CLASE.—(DIBUJO DEL MISMO AUTOR.)



DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.



Escribimos estas líneas delante del busto que representa al famoso escritor á quien se refieren, y que se conserva en la Biblioteca Nacional. Copia de esta imágen es el retrato que estampamos, al que nos hemos permitido añadir los anteojos que usaba de contínuo y con que es de rigor pintarle, como una de las señales que más le caracterizan.

Rara vez deja de declarar el semblante la especial condicion de cada hombre: la costumbre de pelear sale al rostro en la dureza de las facciones y en la altivez y amenaza de la mirada; el hábito de pensar, en el rugoso desembarazo de la frente y en la reconcentrada penetracion de los ojos; y nadie que fije su atencion en esa fisonomía dudará de que revela un ánimo resuelto, un carácter enérgico y varonil, un talento perspicaz y una reflexion profunda. Estos preeminentes rasgos debieran desprenderse de las particularidades de su vida, que ni espacio ni suficiencia tenemos nosotros siquiera para bosquejar; pero el que desee conocer á fondo al hombre y al escritor, estudie la que inimitablemente trazó para la edicion de sus obras en la *Biblioteca de Rivadeneyra* la docta y elegante pluma de D. Aureliano Fernandez-Guerra, tan puntual, minuciosa y completa, que no parece sino dictada por el propio autor y escrita por uno de aquella época.

Con más propiedad que á Lope, pudiera llamarse á Quevedo *monstruo de la Naturaleza*, porque si el uno fué portento de fecundidad, el otro lo era de erudicion. Poseia todos los conocimientos de su tiempo, desde las lenguas vulgares á la teología, desde el derecho á las matemáticas y la astronomía, desde la medicina á la política; gran humanista, filósofo eminente, inspirado poeta, fácil en la sátira, en el chiste incomparable, famoso esgrimidor; y á no habérselo impedido la viciosa conformacion de sus piés, se hubiera señalado asimismo como hábil en la danza y perito en el arte de la jineta: nada le era desconocido. De esta vasta capacidad de su entendimiento, que á todo se acomodaba tan fácilmente, sin duda hubo de nacer en su espíritu un sentimiento igualmente dócil al menor impulso de la voluntad, que así como encaminaba sus acciones á lo bueno, generoso y noble, así le arrastraba al mal, poniendo en su corazon torpes deseos, y en sus manos la pluma de la maledicencia ó la espada iracunda de la venganza. Amaba la virtud y practicaba el vicio; predicaba las más puras máximas de moral, condenando los yerros y extravíos del alma humana, y ofrecia en sus costumbres un ejemplo flagrante de corrupcion. No hay fama de hombre que más por igual se preste á la censura y á la alabanza.

Tuvo Madrid, afortunada ya en hijos, la gloria de darle cuna. Su padre, Pedro Gomez de Quevedo, natural del valle de Toranzo, ~~en las montañas de Búrgos~~ (Santander), secretario de la reina doña Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II, y su madre, doña María de Santibañez, que formaba parte de la servidumbre de la infanta Doña Isabel Clara Eugenia, eran feligreses de la parroquia de San Gines, y allí bautizaron al hijo, el 26 de Setiembre de 1580. Murieron ambos, dejándole en menor edad bajo la tutela de Agustin de Villanueva, protonotario de Aragon; y matriculado en la Universidad de Alcalá de Henáres, adelantó tan rápidamente en sus estudios, que á los veintitres años era ya conocido por su instruccion en varias facultades, como poeta cuyas composiciones figuraban entre las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa, y por las correspondencias que sostenia con distinguidos ingenios de España y del extranjero.

No hay hombre sin hombre; máxima que en ocasiones lo mismo puede aplicarse á los protectores que á los protegidos. El Duque de Lerma, aficionado á los que brillaban por su talento, comprendió, como su yerno el Conde de Lémos, cuán útil podia serle el de Quevedo, y llevándole á Palacio, dejó desde luégo empeñada su gratitud. Siguió nuestro autor á la Córte en su traslacion á Valladolid, y regresó con ella á Madrid en 1606. Al año siguiente dedicó á Lémos el primero de sus *Sueños*, que lo fué el de las *Calaveras*, dando así principio á la serie de ellos, en número de ocho, que abarcan un período de quince años. A aquella fecha, poco más ó ménos, corresponde la *Casa de los locos de amor*, discurso satírico-moral, que fué el que en cierto modo señaló el rumbo que habia de seguir en este género su estilo. Por esto hacemos mencion de él, pues no es posible citar la multitud de escritos que salieron de su pluma. El Sr. Guerra los ha catalogado con mucho acierto, dividiéndolos en *políticos, satírico-morales* y *festivos;* en *ascéticos* y *filosóficos;* en *crítico-literarios;* en *referentes á su vida pública* y *privada*, y finalmente en *poéticos;* y no contento con tan ímproba tarea, ha añadido un índice metódico, bibliográfico é histórico á la vez, de todas las obras impresas y manuscritas, auténticas y apócrifas; de sus numerosísimas ediciones; los opúsculos forjados contra Quevedo; un copioso glosario de voces raras y desusadas, y cuantos datos y noticias pueden ilustrar la vida y obras del polígrafo y enciclopedista más digno de estudio y admiracion en el siglo XVII.

Habia contraido íntima amistad, por ser ambos de las mismas ideas y temperamento, con D. Pedro Tellez Giron, el *gran Duque* de Osuna, nombrado entónces virey de Sicilia, que no pudo elegirse gobernador más á propósito para

(c) Ministerio de Cultura 2006

conjurar los peligros que amenazaban á España por aquella parte. Partió el Duque á su gobierno; D. Francisco se quedó en Madrid, pero una casualidad los unió de nuevo. Asistia Quevedo al oficio de tinieblas en la parroquia de San Martin, el Juéves Santo del año 611, y cerca de él una mujer que parecia jóven y de buen aspecto. Llegóse de pronto un hombre, y sin duda con designio premeditado, dió un bofeton á la desconocida. Tamaño escándalo encendió en cólera á D. Francisco: asió del brazo al agresor; sacóle al atrio de la iglesia, y empuñando ambos las tizonas, al primer quite cayó muerto el de la bofetada. Era, segun despues se supo, persona no despreciable, y tenía algunas de valía entre sus parientes; huyendo de la persecucion de la justicia, púsose en salvo Quevedo, pero no hallándose seguro en parte alguna del reino, tomó el camino de Italia y acogióse al amparo del virey Osuna, que con húesped tal, vió entrársele por las puertas la mayor fortuna que podia caberle.

No quiso abusar Quevedo de las finezas con que el Duque le agasajaba, ni éste valerse todavía de sus servicios, por no dar visos de interesada á su proteccion. Fué poco á poco entibiándose el encono de los agraviados de Madrid; y deseoso don Francisco de ocuparse en trabajos que hiciesen fructíferos sus estudios, determinó regresar á España y retirarse á un punto donde estuviese libre de riesgos y distracciones. Hallólo cual lo apetecia en la torre de Juan Abad, situada en los campos de Montiel, y de que más adelante se tituló señor, por ser herencia de su familia. Allí debió ejercitar su pluma en algunas traducciones de poetas y filósofos antiguos y en obras de propia invencion, que no dió sin embargo á la estampa, pues nada publicó con anterioridad al año 1620.

Encrespábanse más cada dia los asuntos de Italia, y toda la actividad, valor y prevision del Duque de Osuna no eran suficientes á tener á raya al Duque de Saboya, Cárlos Emmanuel, que ayudado por venecianos y franceses, y olvidando los beneficios que debia al monarca español, codiciaba no sólo ensanchar sus Estados, sino tomarlos por cimiento de una nueva y poderosa soberanía. Sicilia y su virey imposibilitaban todas sus pretensiones; pero más que á las armas debia el Duque recurrir á las artes diplomáticas para frustrar las intrigas del Saboyano. Tenía Osuna formado gran concepto de la sagacidad política de D. Francisco, mostrada no solamente en los escritos que le habia comunicado, sino en las conversaciones que habian tenido sobre los asuntos que con tanto calor se ventilaban, y en especial sobre la guerra inevitable de Lombardía. No vaciló un momento, y escribió á Quevedo que necesitaba le auxiliase en sus cuidados y negociaciones; acudió él al punto, y desde aquel momento fué su consejero más íntimo y el amigo de toda su confianza.

Imposible es ya seguir á nuestro gran político y escritor en los asendereados trances de su vida, y asombra ciertamente cómo en medio de tantas y tan complicadas atenciones, concebia y elaboraba en su imaginacion la *Política de Dios*, la *Vida de San Pablo*, el *Buscon*, ó *Vida del gran Tacaño*, las *Cartas del caballero de la Tenaza*, el *Memorial por el patronato de Santiago*, con preferencia al de Santa Teresa, que encendió tantas polémicas y tan acerbas, y otra multitud de obras literarias, filosóficas, morales, ascéticas, satíricas, dramáticas é históricas, unas voluminosas, otras volanderas y de circunstancias, en cuya lectura solamente emplearíamos más tiempo que el que invirtió él quizás en escribirlas; y eso que las perdidas igualan acaso en número á las publicadas.

Cuando el Duque de Osuna trasladó á Nápoles su vireinato, le acompañó Quevedo, que se habia dirigido con una mision importante á Roma. Agraváronse los sucesos; Venecia, que veia en el ínclito virey el enemigo más implacable de su ya decrépita grandeza, se propuso hacerle sospechoso á la córte de España, como lo consiguió por medio de la calumnia. Vino Quevedo como embajador del Parlamento siciliano; de nada sirvieron sus gestiones; y aunque mejoró su fortuna, primero con las mercedes y pensiones que le concedieron, y posteriormente con la gracia de la cruz y hábito de Santiago, sobrado debió adivinar que su talento no habia nacido para dichoso. Al regresar á Nápoles en 1618, halló tal mudanza en el ánimo del de Osuna, que se despidió cortésmente de él y regresó á España. En breve le siguió el Duque, ya desmoronado el edificio de su grandeza. Acusáronle de gravísimas culpas, y paró en una prision, donde acabó sus dias. En la causa se complicó á Quevedo, que fué tambien preso y nuevamente desterrado, hasta que á los dos años, en fin de 1622, recobró, absuelto por los jueces, su libertad.

Con la exaltacion de Felipe IV al trono coincidió, como es sabido, la privanza del Conde-Duque de Olivares, templada y cuerda al principio, rigorosa despues y desaforada. Al compas de aquellas alternativas corrió la suerte de don Francisco, que favorecido por aquella córte esencialmente literaria, la acompañó en sus viajes de Andalucía y Aragon, tomando parte en las fiestas poéticas que á cada paso se celebraban; pero creyóse Olivares vituperado por su gobierno en la *Política de Dios*, y le desterró á la torre de Juan Abad, donde permaneció desde Abril á fin de Diciembre de 1628, en que se le permitió volver á Madrid. Siete años gozó de fecundo sosiego, aunque zaherido y hostigado por la envidia de sus émulos. El hijo del librero Alonso Perez, el doctor Juan Perez de Montalban, retazo y correveidile de Lope, dió á luz su insulso *Para todos*, que tuvo la desgracia de disgustar á Quevedo, á pesar de los elogios que en él se le dirigian. No ocultó su parecer, y soltó la rienda á la censura en su célebre *Perinola*. Tea más incendiaria no se fulminó jamas. Bramó de ira el doctorzuelo; juntáronse en conciliábulo sus paniaguados, el padre Niseno, monje y provincial de los Basilios, el diestro D. Luis Pacheco, y otros cuatro flamantes culteranos, y escribieron una violenta diatriba, que para más disimulo imprimieron en Valencia, con el título de *Tribunal de la Justa venganza*, etc., en que calificaban á Quevedo de gloton y beodo, ladron y otras lisonjas por el estilo, y pedian á la Inquisicion que hiciese con él un escarmiento, condenándole á muerte en un patíbulo. El caritativo Consejo de la Suprema prohibió de sus resultas la reimpresion de las obras de Quevedo miéntras no se reformasen, y él las reformó en efecto; pero la prohibicion las hizo doblemente populares. La ojeriza de aquellos escritores era ridícula é inofensiva; pero, ¿quién diria que hombres como Lope, Góngora y Alarcon hiciesen coro á los envidiosos?

El año 1633 contrajo Quevedo matrimonio con Doña Esperanza de Aragon y Lacabra, señora de Cetina. Duróle poco la felicidad que le proporcionó aquel enlace, pues quedó viudo á los ocho meses; pero mayor desgracia le amenazaba por otro lado. Años despues se enemistó con Olivares, censurando, como censuraba toda España, los actos de su Gobierno. Cierto dia se introdujo subrepticiamente en la mesa del Rey un *Memorial* en verso, en que se pintaba tan al vivo el miserable estado de la nacion, que se creyó obra de D. Francisco. Confirmólo ademas la delacion de una mujer, y sin más pruebas, se condujo á Quevedo á San Márcos de Leon, donde sumido en un oscuro y húmedo calabozo, cerrado con tres llaves, sujetos los piés con grillos, vivió, si aquella era vida, cuatro mortales años, el cuerpo enfermo y cubierto de llagas, el alma en contínua zozobra y pena: terrible expiacion de sus culpas pasadas. Y fué menester que el valido dejase de serlo, para que su víctima volviese á respirar el aire de la libertad; pero íbale ya abandonando la vida; y á los sesenta y cinco años de edad, el 8 de Setiembre de 1645, feneció en Villanueva de los Infantes, donde se prometió hallar algun alivio á sus dolencias y melancolía. Grande fué su talento, el más vasto y profundo de su siglo. «Si no fué ejemplar su vida, dice su biógrafo Fernandez-Guerra, lo fué su muerte, resplandeciendo en ella la fe y la piedad cristianas.»

(c) Ministerio de Cultura 2006

SANTA TERESA DE JESUS.

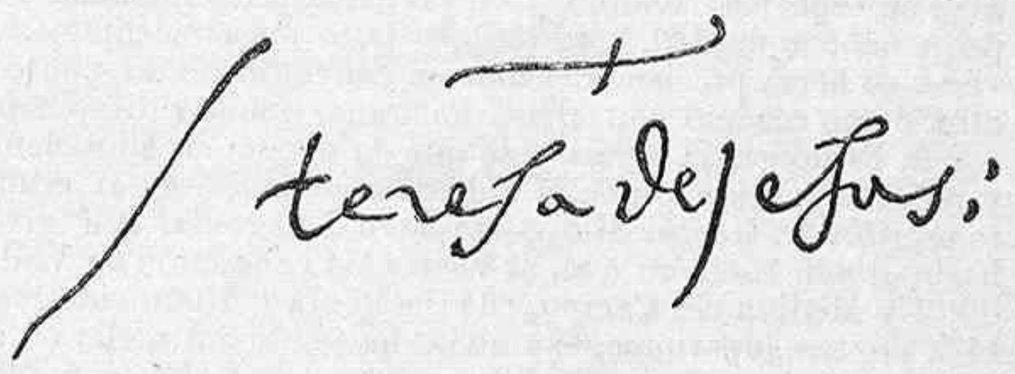
Con el título de *Recuerdos del país de Santa Teresa* publicó en frances, en 1875, una descripcion de los lugares ilustrados en vida por la Santa, el canónigo Mr. Plasse, profesor de Historia en el seminario de Clermont-Ferrand, comenzando el prólogo de su obra con estas palabras: «Difícilmente se hallará alma más grande ni más generalmente admirada que la de *Santa Teresa de Jesus*. Bossuet advierte que la Iglesia casi la incluye en el número de sus doctores; Leibnitz confiesa haber tomado de ella los principios de la filosofía más sublime; y un profesor muy conocido del colegio de Francia no ha tenido reparo en afirmar, en una de sus lecciones, que Santa Teresa evitó la propagacion de la Reforma protestante más que San Ignacio de Loyola y Felipe II.»

Para probar esta última asercion sería menester entrar en largas consideraciones; no es éste nuestro objeto, ni á tanto nos atreveriamos. Hasta el reducir á una mera compilacion los sucesos de su vida, es empeño difícil. Un escritor muy distinguido, desgraciadamente malogrado en lo mejor de su edad, se propuso llevar á cabo esta tarea, y hubo de desistir de ella, por considerarla superior á sus fuerzas, medidas no por los escrúpulos de su vanidad, sino de su modestia. En la coleccion de los *Escritos de Santa Teresa*, que forma parte de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, dice él Señor D. Vicente de la Fuente, que ilustró completísimamente aquélla, hablando de este particular: «La vida de esta célebre escritora está redactada por ella misma, y esto me dispensa de escribirla. Ninguno mejor que el autor mismo puede dar cuenta exacta de sus pensamientos y conatos, mucho más en materia tan delicada como es la vida interior, la vida del espíritu propio, materia sobre la cual giran los escritos de Santa Teresa casi en su totalidad. ¿Qué literato se aventuraria á seguirla en esta senda y sorprender los secretos de su corazon y su existencia, si ella no los hubiera revelado? No teniendo ni áun sombra de sus virtudes, ni comprendiendo apénas el lenguaje de su alma cándida y sublime, ¿cómo pudiéramos los profanos hacer la descripcion de su vida espiritual, por nosotros apénas comprendida?»

Así es: hay que considerar á Santa Teresa como religiosa y como escritora, ó por mejor decir, en el concepto que establecen á la vez estas dos relaciones entre sí, esto es, como escritora mística, pues sus discursos, razonamientos y palabras están tan identificados con el espiritualismo de sus sentimientos, que no hay criterio ni términos humanos para juzgarlos ni comprenderlos. El padre Francisco Rivera, fray Diego de Yepes, Fr. Jerónimo Gracian, Fr. Roque Faci y otros muchos directamente, quién sabe cuántos por incidencia, y entre los extranjeros, Emery, Villefore, Boucher, y sobre todos los Bolandos en su *Acta Sanctorum*, y en un tomo tan voluminoso como los demas que componen aquel inmenso repertorio, todos, al escribir la biografía de la Santa, se postran ante sus altares, y más que los frutos de un ingenio maravilloso, recogen en sus libros el celestial aroma de un purísimo corazon.

No hay que buscar en ellos plan preconcebido, estilo artificioso ni una diccion estudiada; encantan por su espontaneidad y sencillez, y son más naturales y verdaderos, cuanto expresan afectos ménos humanos, deliquios más intensos y fenómenos más inexplicables y maravillosos. No convencen á la razon, y mueven con poderosa eficacia al alma, verificándose esta paradoja psicológica en fuerza de la ingenuidad con que comunican el entusiasmo del sentimiento. Ni puede calificarse de visionario espíritu que llega á tal grado de misticismo; lo admite la filosofía, lo sanciona la historia y lo consagra la religion. Si es privilegio ó desvarío de imaginaciones sobreexcitadas por una luz vivísima, que los ojos no ven, pero que penetra en lo más íntimo de nuestro sér, misterios son de la fe, inescrutables para el que no la





siente, visibles quizá para el que goza de este divino dón. Y que en Teresa no era fingimiento, sino realidad todo lo que afirmaba, lo muestra la candidez de su carácter y la sinceridad con que refiere, así sus debilidades pecaminosas, como sus visiones y raptos, los tormentos del infierno que personalmente padece, el indecible amor que con Dios la une, y aquella ciencia infusa de que está poseida, siendo de suyo ignorante y falta de toda cultura científica ó literaria. Su elocuencia no nace de las palabras, pues emplea en lo general las más llanas y vulgares; nace de la efusion de sus sentimientos, acrisolados en la llama del fuego voraz que los purifica y que eleva su espíritu á la region de lo ideal y lo sobrehumano. Su vida fué larga y laboriosísima. La reduciremos á breves términos.

Nació en la ciudad de Avila de los Caballeros el dia 28 de Marzo de 1515. Su padre Alonso Sanchez de Cepeda, persona muy distinguida por su talento é ilustracion, la hubo en segundas nupcias de Beatriz Dávila y Ahumada. De este segundo matrimonio logró nueve hijos: Teresa fué la tercera.

Desde sus primeros años mostró vehemente imaginacion. Soñó en huir á tierra de moros con un hermanito suyo para padecer martirio por la fe; á los catorce era, como su madre, muy aficionada á la lectura de libros de caballerías, y áun se dice que escribió alguno. Esto último no lo declara ella, pero sí que gustaba de lucir galas y parecer bien, poniéndose olores en las manos y los cabellos. De estas y otras vanidades se curó en breve; y dándose á la oracion y prácticas piadosas en un monasterio donde entró á educarse, determinó tomar el hábito de religiosa en el convento de la Encarnacion de Avila, y en él profesó el año 1534.

No parecia al principio perfecta su vocacion: luchaban

(c) Ministerio de Cultura 2006

en su ánimo afectos contrapuestos que entibiaban el fervor de su espíritu religioso; triunfó por fin de sí misma, y se consagró del todo á la contemplacion de las cosas divinas, á consignar por escrito sus inspiraciones y sentimientos, y á realizar el designio, que era su mayor anhelo, de fundar nuevas casas de su Órden y reformar la institucion de los carmelitas, estragada por el tiempo y los abusos que en ella se habian introducido.

Grandes fueron las contradicciones que experimentó, las penalidades que hubo de arrastrar, la carencia de medios, y la incesante solicitud con que acudia á todo, viéndose á menudo enferma de gravedad, en peligro de muerte, calumniada, perseguida y expuesta por sus escritos á los rigores de la Inquisicion. A todo se sobreponia su ánimo varonil, desarmando con su humildad la altivez de sus enemigos, con su humor afable y festivo á los detractores, y con su tenaz energía á los poderosos. Calificábala el nuncio pontificio, monseñor Sega, de *fémina inquieta y andariega:* la confina á Toledo; y con el fin de destruir la Reforma de los Carmelitas Descalzos, que era su obra, destierra á los que habian aceptado aquella regla; pero la madre Teresa consigue al cabo que el Nuncio y los adjuntos que se le habian nombrado concluyan su comision, proponiendo al Rey que favorezca á los Descalzos é interponga su valimiento con el Papa para que se les permita formar provincia aparte.

Diez y siete conventos de Carmelitas fundó en diferentes puntos de España; donde ponia los ojos se alzaba un nuevo edificio, una modesta capilla, la cual solia despues convertirse en espacioso templo y en vivienda proporcionada á la pequeña comunidad, que tardaba poco en acrecentarse. A veces se hacía preciso trasladar un convento de un punto á otro, como acaeció con el de Pastrana, que por diferencias con la Princesa de Éboli,—de que da cuenta en su reciente y notable publicacion de la vida de aquella señora el erudito escritor D. Gaspar Muro,—se llevó á Segovia. Así vivió hasta el año 1582, en que, al visitar los conventos de Valladolid y Medina del Campo, fué desatenta y duramente recibida por las superioras de ambos, haciendo tal mella en su ánimo semejante ingratitud, que apénas pudo llegar á Alba de Tormes, donde la aguardaba la Duquesa, y donde acometida de su última enfermedad, el dia 4 de Octubre exhaló su alma, á la edad de sesenta y siete años cumplidos. Fué beatificada por Paulo V en 1614, y canonizada en 1622 por Gregorio XV.

Las obras que se conservan de su pluma, impresas repetidas veces y traducidas á todos los idiomas extranjeros, son: *Su vida*, autógrafa; *Relaciones espirituales;* el libro de las *Fundaciones;* el de las *Constituciones;* los *Avisos;* la *Visita de Conventos;* el *Camino de Perfeccion;* los *Conceptos del Amor Divino; El Castillo interior ó las Moradas*, los tres últimos célebres sobre todos; las *Poesias*, que pueden dividirse en exclamaciones, glosas sobre su ánsia de ver á Dios, y canciones y villancicos; varios *escritos sueltos*, y una numerosa coleccion de *cartas* á toda clase de personas, sin otras muchas que se han perdido.

El retrato que ofrecemos está sacado de la magnífica *Iconografía española* de D. Valentin Carderera, que se dió á luz el año 1861. Éste á su vez lo tomó de una antigua tabla coetánea, en que, como se ve, se representa á la Santa todavía sin aureola, y de otro cuyo original, aunque antiguo tambien, no carece de este distintivo. Porque, sin embargo de ser muchas las imágenes que se suponen de la *extática doctora*, sólo una vez dejó retratarse en vida, y eso ya sexagenaria, y por mandato de su provincial el padre maestro Fray Jerónimo Gracian. Encargóse de *manchar el lienzo* ó tabla un lego de la Órden, discípulo de Alonso Sanchez Coello, napolitano, llamado en el siglo Juan Narduck, y en la religion Fray Juan de la Miseria. No parece que en la empresa se excedió á sí mismo, ni el buen padre Gracian quiso fiarla á pincel profano.

Mas para contemplar la verdadera efigie de la ilustre Santa, oigamos á su confesor D. Francisco de Ribera, que la pinta así:

«Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y áun despues de vieja parecia harto bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de buen tamaño y proporcion; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oracion se le encendia y se ponia hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello, negro y crespo, y frente ancha, igual y hermosa; las cejas, de un color rubio que tiraba algo á negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llanas; los ojos, negros y redondos y un poco carnosos; no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que en riéndose se reian todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella queria mostrar en el rostro gravedad; la nariz, pequeña y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas de ella, arqueadas y pequeñas; la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba, delgado y derecho; el de abajo, grueso y un poco caido, de muy buena gracia y color; los dientes, muy buenos; la barba, bien hecha; las orejas, ni chicas ni grandes; la garganta, ancha y no alta, sino ántes metida un poco; las manos, pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que le daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Toda junta parecia muy bien, y de muy buen aire en el andar, y era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban comunmente aplacia mucho.»

Fué su cuerpo enterrado al pié del coro inferior de la capilla que servia de iglesia al convento de Alba, de donde al año siguiente, 1583, el dia del aniversario de su fallecimiento, lo desenterró el padre Gracian para darle más noble sepultura. Posteriormente, por mandato del Capítulo provincial de Pastrana, y segun lo pactado con el Obispo de Palencia, fué exhumado de nuevo para trasladarlo al convento de Avila, lo cual se verificó el 25 de Noviembre de 1585; mas oponiéndose los Duques á lo que consideraban como un despojo, convínose al fin en qué quedase en Alba por lo ménos un brazo del cadáver. En la sala capitular del convento de Avila subsistió, en efecto, por breve tiempo, pues movido el Duque de los ruegos de su esposa, acudió al Papa en solicitud de que se devolviese á su monasterio el cuerpo de la Santa, y así lo decretó el Pontífice, verificándose esta otra traslacion el 23 de Agosto de 1586. Tres años despues la ratificó Sixto V, mandando que el cuerpo de Santa Teresa permaneciese definitivamente en Alba, á pesar de las repetidas gestiones que se hicieron por parte de Avila; y no hay que admirarse de tan pertinaz litigio, porque se consideraban aquellos preciosos restos, más que como un tesoro, como una gloria nacional, y eterno testimonio de la vivísima fe en que estaban como vinculadas las proezas de nuestros mayores.

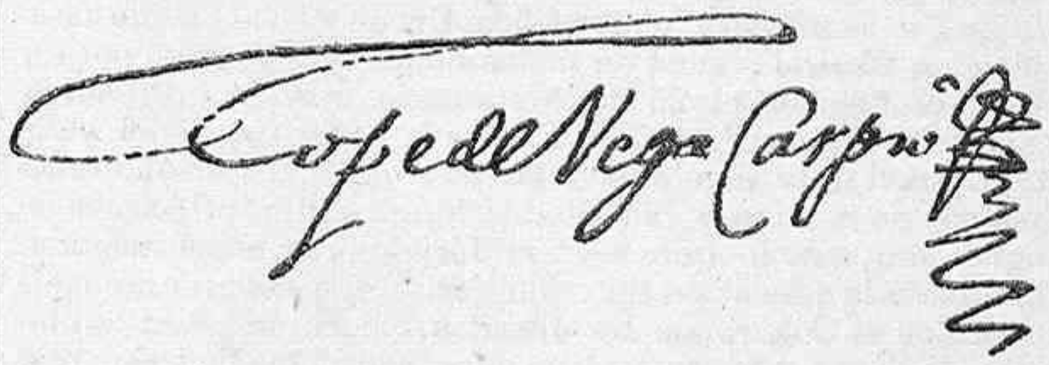
En esta razon, sin duda, se apoyaban los que en el primer tercio del siguiente siglo, y azuzados por los religiosos carmelitas, solicitaban el patronato de España en favor de Santa Teresa, privando al apóstol Santiago de este privilegio exclusivo que por tantos siglos habia gozado. Mediaron consultas, disputas, libelos é informaciones; faltó poco para que vinieran á las manos unos y otros contendientes; y ya hemos indicado que Quevedo, celoso santiaguista, defendió tan resuelta y agudamente como él sabía hacerlo la causa de su patrono, lo cual le atrajo gran parte de su desgracia y persecuciones. Para resolver aquel asunto, que llegó á serlo de Estado, pronunció su fallo la Santa Sede, oponiéndose á toda innovacion en lo establecido por la costumbre, y las cosas quedaron como se estaban.

Doctora se llama comunmente á Santa Teresa; pero adviértase que ni la Iglesia ni universidad alguna la confirieron semejante título: es una calificacion enfática, hija de la admiracion que producen sus escritos y sus virtudes. La que tan gloriosamente armonizó la religion con las letras, el ingenio con la sensibilidad, la virtud con la filosofía ¿qué más necesita para obtener el grado supremo en el empíreo de la santidad y en el pináculo de la ciencia?

(c) Ministerio de Cultura 2006

FREY FÉLIX LOPE DE VEGA CARPIO.





Hasta hace poco tiempo, de todo el mundo eran conocidas la vida y obras de este escritor incomparable, por lo ménos de las unas, las que han llegado hasta nosotros, que, con exceder en número á todo lo creible é imaginado, forman una pequeña parte de la verdadera suma; y de la otra, cuantas noticias nos dejó en su *Fama póstuma* su íntimo amigo y primer biógrafo Montalban, y cuantas posteriormente habia podido rastrear la solícita curiosidad de sus críticos y admiradores. Con esto nos dábamos por satisfechos, sin que rebajáran un ápice de nuestra estimacion y asombro las hablillas y embestidas más ó ménos embozadas con que Góngora, el buen Cervántes y algunos otros de inferior valía trataban de desenmascarar al ídolo de la muchedumbre, apellidado por ella *el fénix de los ingenios*.

Conociamos, pues, al escritor, no tanto al hombre, porque, si bien se sospechaba que su resolucion de hacerse, ya en edad muy madura, sacerdote, provenia, no tanto de un fervoroso espíritu de devocion, cuanto de la necesidad de vivir tranquilamente, renunciando á pasados devaneos, no podiamos presumir que, fundándose en documentos auténticos, hubiese escudriñadores implacables que se complacieran en recoger y publicar debilidades que perjudican á la memoria de un grande hombre. Los documentos eran una multitud de cartas originales de Lope, halladas en un archivo particular, lastimosamente destrozado; cartas confidenciales, cuyo sentido es á veces difícil de interpretar. No lo intentarémos nosotros, que ignoramos á qué conduzca una ociosa y mal empleada curiosidad que se ocupa en desentrañar las acciones más recónditas de los que han pasado, penetrando hasta en lo más inescrutable y vedado de sus conciencias, cuando semejante revelacion no puede servir de leccion ni ejemplo á los venideros.

Mas para que lo malicioso del silencio no dé lugar á suposiciones exageradas, indicarémos el juicio que puede formarse de *Lope de Vega* como hombre, por los dos defectos de que, á nuestro modo de ver, principalmente adolecia: de una parte, el exceso de amor propio, que le sugeria el universal aplauso de que era objeto, y que fomentaba en su ánimo la comezon de pueril envidia hácia todo el que temia le hiciese la menor sombra; y de otra, su natural por demas impresionable, el ascendiente que ejercia sobre él el sentimiento de la belleza, la cual, dominándole como pasion ciega é irresistible, al paso que exaltaba su imaginacion, manteniéndola en contínua actividad, producia en su alma una inquietud, una volubilidad de afectos que le llevaba á los más inconscientes extravíos de la razon.

El hombre, pues, era pequeño; el poeta, tan grande, que áun cuando careciera de otros méritos, asombrará siempre por una fecundidad que raya en lo inverosímil. Porque si el número de sus composiciones teatrales, por confesion propia, que nadie desmintió ni se ha puesto jamas en duda, entre profanas y sagradas se acercan á dos mil, las líricas que fluyeron de su inagotable vena ocupan más de veinte volúmenes en 4.°; que publicó Sancha en Madrid entre 1776 y 1779, y ademas presentan tal variedad de géneros y de asuntos, que equivalen por sí solos á una copiosa biblioteca. Y no se diga que eran engendros monstruosos abortados por una frenética fantasía: hay en todas, breves y prolijas, cultas y vulgares, cierta regularidad, cierta posesion de recursos propios, una frescura de colorido y una propiedad de expresion tan natural, y al mismo tiempo tan ingeniosa, que parecen frutos sazonados, no al fuego de hirviente inspiracion, sino al influjo de benigna, constante y primaveral temperatura. De un madrigal salta á un poema; de una epístola razonada y filosófica, á un soneto ó á un romance sentencioso, improvisado con el mayor desenfado y gallardía. Ensaya tambien sus fuerzas en prosaicas narraciones, aunque sólo acierte á pintar con desembarazo los cuadros de la *Dorotea*, reminiscencias de la *Celestina*, traidas á su imaginacion por el recuerdo de sus aventuras y sus amores; y entre el desasosiego de éstos y la turbulenta agitacion de aquéllas, soldado, cortesano y clérigo, cercado de cuidados domésticos, de prole heterogénea, procesado unas veces, proscrito otras, hoy secretario de un magnate, mañana servidor de un pródigo, y siempre incierto de su suerte, siempre solícito y afanoso, halla espacio y ocasion para escribir ocho páginas diarias, ciento treinta y seis mil en su vida, y veintiun millones de versos, cual si no hubiese reposado un punto desde su infancia á su postrer aliento.

Admiremos al genio; compadezcamos al mortal á quien en el apogeo de su gloria sorprende este lamento de su corazon:

De mal correspondiente me dan fama,
Porque como la ausencia causa olvido,
No ha de olvidarse de escribir quien ama.
No ha sido ingratitud, desdicha ha sido,
Que nunca á mí me falta alguna pena
Entre las pajas de mi pobre nido.

Este suspiro se exhala de lo más íntimo de su pecho. En su idealismo se habia forjado un mundo de mágicas ilusiones, todas desvanecidas ante la realidad de la vida humana. Las flores que creia perpétuas se marchitaban á su contacto ó al frio aliento del tedio, compañero inseparable de sus placeres. Entónces abria sus ojos á la verdad, sus oidos á la virtud, su mente á la inspiracion, y lo real se idealizaba de nuevo en la region de su fantasía, que, llena de imágenes celestiales, ascendia al trono de Dios, y poseida de fervores místicos, exclamaba:

(c) Ministerio de Cultura 2006

¡Ay de mí, que sin razon
Pasé la flor de mis años
Enmedio de los engaños
De aquella loca aficion!
¡Qué de locos desatinos
Por mis sentidos pasaron,
Miéntras que no me miraron,
Sol, vuestros ojos divinos!
. . . . . .
Yo os amo, Dios soberano,
No como vos mereceis,
Pero cuanto Vos sabeis
Que cabe en sentido humano.
. . . . . .
Toda el alma de Vos llena
Me saca de mí, Señor.

Dejadme llorar de amor,
Como otras veces de pena.
. . . . . .
Dulcísima vida mia,
En quien lo inmortal está,
Por quien vivo, y por quien ya
Morir mil veces querria:
Cuando en esa cruz os miro,
Puesto que tantas se os ven,
No teneis llaga, mi bien,
Que no me cueste un suspiro.
Queda el sentimiento en calma
Del consuelo que procuro,
Porque pienso que las curo
Con el aliento del alma.

A cada paso se encuentran en sus composiciones y en los diálogos de sus comedias rasgos de suavísima ternura, expresada con la naturalidad más encantadora. Así pinta un amante su confianza y felicidad en esta bella estrofa que San Juan de la Cruz envidiaria:

Daré un golpe á tu puerta,
Y tú, que velarás por aguardarme
Con una fe despierta,
Llegarás á abrazarme,
Y dirás, como amas:
«No des tan recio, que en el alma llamas.»

Inútil es referir las circunstancias de su vida, que nadie ignora, y por lo tanto, nos limitarémos á extractar meramente las más notables. *Frey Lope Félix de Vega Carpio* (frey, por la cruz de San Juan que llevaba al pecho, y con la que le condecoró el pontífice Urbano VIII) nació tambien en Madrid, cuna de tantos hombres célebres, por ser córte de España, el 25 de Noviembre de 1562. Sus padres, Félix de Vega y Francisca Fernandez, naturales del valle de Carriedo, de donde recordarémos que eran oriundos los padres de Calderon, se establecieron aquí á principios de aquel año, con lo que les fué fácil cuidar más esmeradamente de la educacion de sus hijos. Lope estudió humanidades en el Colegio de los Jesuitas, y se ejercitó en la música, la danza y la esgrima, como quien habia de hacer profesion de caballero. Desde muy temprano se mostró poeta; ántes de saber escribir, todavía en la infancia, improvisaba y dictaba versos; á los catorce años, aguijado ya por su espíritu aventurero, y reciente aún la muerte de su padre, se fugó con otro compañero de su edad, deseoso de correr mundo. Llegaron á pié hasta Astorga; allí los detuvo un juez, y custodiados por un alguacil, regresaron á su casa. Afírmase, y parece indicarlo él mismo en una de sus composiciones, que á la edad de quince años (1577) se hallaba en las islas Terceras militando bajo las banderas de España; pero ¿cómo se concilia esto con su colocacion en casa del obispo de Ávila, D. Jerónimo Manrique, y con haber vuelto á seguir sus estudios en Alcalá, donde se graduó de bachiller en filosofía y estuvo á punto de hacerse clérigo? Sus palabras, algo oscuras, deben de haber sido mal comprendidas por los biógrafos.

Lo indudable es que, vuelto á Madrid en 1582, sirvió de secretario al Duque de Alba, nieto del famoso general de Felipe II, y que por complacerle escribió *La Arcadia*, poema pastoril imitado del de Sannázaro, de *La Diana* de Montemayor, de *La Galatea* de Cervántes, ó de todos ellos, que estaba este género muy en boga á la sazon. Si los nombres de los personajes que allí figuran son seudónimos de otros verdaderos, como se cree, ó completamente ideales, no hay para qué averiguarlo. Entraba Lope en los veintidos años de edad, y como en todo era precoz, contrajo matrimonio con doña Isabel de Urbina, hija de un rey de armas, y de doña Magdalena de Cortinas, parienta de la madre de Cervántes. A poco, con motivo de haber herido en desafío á un caballero que se complacia en satirizarle, fué preso; y declarado libre, marchó á Valencia en compañía de su amigo y favorecedor Claudio Conde. Regresó á la córte en 1587; vióse procesado por una sátira que escribió; tuvo una hija, que murió al año siguiente; en el mismo perdió tambien á su esposa, y para consolarse de esta desgracia, ó mejorar de fortuna, se alistó de soldado en la *Invencible;* embarcóse para Inglaterra, y desgraciada aquella expedicion, en que murió un hermano suyo, alférez, de un arcabuzazo, volvió á España y á Madrid el año 1590.

Conservaba agradables recuerdos de la modesta vida de otros tiempos, y aunque se habia ya distinguido como poeta y autor dramático, obtuvo nueva colocacion de secretario en casa del Marqués de Sarriá, tan célebre despues con el título de Conde de Lémos; y nuevamente contrajo nupcias en 1597, ó, segun otros, algunos años despues, con doña Juana de Guardio, hija de un rico tratante en carnes, que le llevó una regular dote. De ella tuvo dos hijos, Cárlos y Feliciana: el primero vivió siete años; la segunda nació á costa de la vida de su madre, y en edad competente casó con Luis de Usátegui, noble y bien acomodado. Tuvo al propio tiempo otros dos hijos naturales de una señora llamada doña María de Lujan: Marcela, que llegó á ser monja en las Trinitarias, como lo era ya allí mismo una hija de Cervántes, y Lope Félix, que á los quince años de edad pereció en un naufragio, sirviendo en la armada del Marqués de Santa-Cruz.

Cansado de tantos afanes y vicisitudes, rayando ya, poco más ó ménos, en los cincuenta años, se determinó á abrazar el estado eclesiástico, y recibiendo en Toledo las sagradas órdenes, cantó misa en la iglesia del Cármen Calzado de Madrid. No era esto retirarse del mundo, sino vivir más pacíficamente en él. Ni las ocupaciones de su nuevo estado enfriaron el ardor con que se dedicaba á sus trabajos literarios; deslizábase su pluma por el papel tan veloz como las ideas que cruzaban por su pensamiento. ¡Qué raudal de inspiracion tan inagotable! ¡Qué abstraccion de todo cuanto le rodeaba, de sus cuidados, de sus disgustos, de sus pasiones, para recogerse dentro de su espíritu siempre que necesitaba poner en conmocion las fibras de su entendimiento!

Para dar una idea de tan portentosa organizacion, y áun á riesgo de apurar la indulgencia de nuestros lectores, pondrémos aquí por órden cronológico el catálogo, ó mejor dicho, una lista de sus obras sueltas: *La Arcadia*, novela pastoril en prosa y versos, un tomo, 1598.—*El Isidro*, poema de la vida del Santo, en quintillas, que consta de diez libros y diez mil versos, 1599.—*La Hermosura de Angélica*, en veinte cantos en octavas, con más de once mil versos, 1602.—*La Dragontea*, en diez cantos, tambien en octava rima, idem.—*Rimas sueltas* y *Arte de hacer comedias*, el mismo año.—*El Peregrino en su patria*, novela en prosa, 1603.—*La Jerusalen conquistada*, poema en veinte libros, en octavas reales y en veinte mil versos próximamente, 1609.—*Los Pastores de Belen*, novela pastoril en verso y prosa, dividida en cinco libros, 1612.—*Soliloquios divinos* y *Rimas sacras*, 1612 y 1614.—*Triunfo de la Fe en los reinos del Japon*, en prosa, 1618.—*Justa poética en la beatificacion de San Isidro*, 1620.—*La Filomena*, *La Andrómeda*, *Las Fortunas de Diana*, novela en prosa, y otras composiciones, 1621.—*Fiestas de la canonizacion de San Isidro*, 1622.—*La Circe*, *La Mañana de San Juan* y *La Rosa blanca*, poemas, 1624.—*Triunfos Divinos*, poema en cinco cantos, 1625.—*Romancero espiritual*, el mismo año.—*Poema trágico de la reina María Estuarda*, en cinco libros, 1627.—*Laurel de Apolo*, 1630. *La Dorotea*, novela dialogada en prosa, 1632.—*Rimas del licenciado Tomé de Burguillos*, nombre con que se encubrió Lope, y entre las que se incluye *La Gatomaquia*, poema burlesco, 1634.

El teatro impreso de nuestro autor, dividido en tomos ó *Partes*, comprende 290 comedias, que, con las publicadas sueltas y en colecciones de varios autores, suman 608, sin contar el gran número de autos, loas, entremeses, etc., que salieron de su pluma. Lo inédito no puede calcularse con exactitud: á los once años habia escrito su primera composicion dramática, *El Verdadero amante;* á los

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuarenta y uno llevaba 230; seis años despues, 483; á los cincuenta y seis años, 800; 900, dos años más tarde; á los setenta años, 1.500: en veinticuatro horas forjaba una composicion de 2.400 versos, poco más ó ménos. La historia bibliográfica de su teatro se halla minuciosa y puntualísimamente escrita en el *Catálogo del Teatro antiguo español*, por D. Cayetano A. de la Barrera; Madrid, 1860.

Dejemos reponerse de su asombro á nuestros lectores.—Y despidámonos del ingenio más portentoso que han visto los siglos, y que muere tranquilo, al fin, en su casa de la calle de Francos (de Cervántes hoy) en brazos de sus amigos y admiradores, el 27 de Agosto de 1635, á la edad de setenta y tres años. Su entierro fué una solemnidad pública. Presidido por su favorecedor el Duque de Sesa, de quien fué íntimo compañero, y celebrado con régia pompa, que no nos es dado describir, fué sepultado su cadáver en la bóveda de la parroquia de San Sebastian, pero sus restos han desaparecido. Los fisiólogos se complacerian hoy en examinar aquella cabeza privilegiada; nosotros hemos preferido á todos sus retratos el pintado por Luis de Tristan, existente en el museo de *L'Hermitage*, de San Petersburgo, del cual sacó años pasados una fotografía el Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri. La patria no ha consagrado aún recuerdo ni testimonio alguno de su gratitud al que la ilustró tanto; pero sus obras vivirán eternamente en la memoria y en el corazon de todos los españoles.



MATILDE DIEZ,

DISTINGUIDA INTÉRPRETE DE LAS MEJORES OBRAS DEL TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

(c) Ministerio de Cultura 2006



RETRATO AUTÓGRAFO DEL PINTOR DIEGO VELAZQUEZ, DIBUJADO POR F. DOMINGO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

JERÓNIMO ZURITA.



Habrá llegado sin duda este nombre á oidos de muchos de nuestros lectores, que, sin embargo, ni conocerán los escritos que le hicieron célebre, ni acaso tendrán idea del género á que pertenecen. No es suya la culpa, ni de su ignorancia en este punto tienen por qué sentirse. Trátase de un escritor que empleó su talento y su vida toda en estudios de erudicion; que no lució su ingenio en peregrinas invenciones, ni se valió del lenguaje poético para desahogar los afectos de su alma, ó encarecer las maravillas de la naturaleza; porque si alguna vez ensayó su númen en composiciones de poca extension y no mucho artificio, hízolo en versos latinos, como entretenimiento de su mocedad y recuerdo de los clásicos con quienes estaba familiarizado. Aventajóse en el profundo conocimiento de las lenguas latina y griega, y en el de las modernas que habian de serle necesarias en sus ulteriores investigaciones; por algun tiempo se ejercitó en la crítica; pero su espíritu naturalmente analítico y observador le inclinó con preferencia á los estudios históricos, tales como entónces se comprendian.

Y al referirnos á los de aquella época, no pretendemos limitar su alcance, ni prejuzgar en sentido desfavorable su importancia. La civilizacion se impone por sí misma, y los que contribuyen á ella obran á veces por sentimiento instintivo, más bien que con propósito de mejorarla. Era llegado el caso de reconstruir la historia *à priori*, no fundándola en los principios de la tradicion y la autoridad, sino en la base primitiva de los testimonios originales. La narracion más ó ménos diserta de los hechos ya no satisfacia; exigíase deducirlos de los documentos, que eran á la vez su propia y más legítima confirmacion. Prescindióse pues de los *cronistas*, y aparecieron los *compiladores*, dotados de infatigable celo, de sagaz criterio, de vasta instruccion, y de otras muchas cualidades, como el sincero amor de la verdad, y la más severa imparcialidad en la exposicion, cuidadosamente preparada y conducida hasta sus últimos pormenores.

Tal era *Zurita*, que con Ambrosio de Morales, D. Antonio Agustin y otros hombres eminentísimos por su erudicion, formaban la escuela diplomática española del siglo XVI. Bastan estos antecedentes para pasar á referir en breves palabras algunas de las circunstancias de su vida, que es nuestro principal objeto.

Miguel Zurita, médico de Cámara de D. Fernando el Católico, y despues protomédico de Cárlos V, casó dos veces, y de su segundo matrimonio, efectuado con Ana de Castro, tuvo dos hijos, Jerónimo é Isabel, ésta, que murió soltera, y el primero, asunto de este artículo, que nació en Zaragoza el 4 de Diciembre de 1512. Poco más de nueve años tendria, cuando su padre le hizo tomar las órdenes menores, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, en que los padres cuidaban de ordenar á sus hijos para la Iglesia, á fin de que con las prebendas que obtenian, sufragasen en parte ó en todo los gastos de sus estudios. Siguió el jóven Zurita los suyos en la Universidad de Alcalá de Henares, que compartia su fama con la de Salamanca, y de donde, como hemos visto, salieron á la luz de la celebridad tantos ingenios privilegiados. Fué discípulo, y muy amigo despues, del insigne Hernan Nuñez de Guzman, llamado el *Comendador griego*; el Comendador, que así solia firmarse, por serlo de la Orden de Santiago, y lo de griego, por gozar de universal aplauso como helenista.

Nunca abandonó á Zurita la buena estrella que presidió á su nacimiento. En 1530, bien por haberse ya labrado distinguida reputacion, ó en memoria de los méritos de su padre, nombróle el Emperador merino ó juez de la ciudad de Barbastro y de la villa de Almudévar; á poco continuo de la casa Real, como si dijéramos uno de los cien guardias de su persona; baile, esto es, juez ordinario, de la ciudad de Huesca, y escribano de la Real Cámara. Asegurado ya, en cuanto podia precaverse, su porvenir, contrajo en 1537 matrimonio en Valladolid con Doña Juana García de Olivan, hija de Mosen Juan García, secretario del Tribunal de la Inquisicion. Era coadjutor suyo Zurita en el oficio, y por este medio se hizo individuo de su familia.

Comisionado por el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, para negociar con el Emperador varios asuntos del Santo Oficio, desempeñó el encargo tan cumplidamente, que fué elegido por el Inquisidor General Valdés, en 1547, para recoger y juntar los papeles de la Inquisicion que andaban esparcidos por varios puntos. La solicitud con que emprendió este trabajo, sólo fué comparable á la inteligencia con que lo llevó á cabo. Ordenó los documentos; formó de ellos un registro metódico y completo, y mereció en premio de este servicio la plaza de Contador General de las Inquisiciones de la corona de Aragon, con que se le agració al año siguiente.

Ibansele eslabonando las prosperidades. Reunidas las córtes de Aragon en 1548, tratóse de crear por primera vez el oficio de cronista; necesidad tanto más urgente, cuanto que al paso que se multiplicaban los acontecimientos, que no por ser de actualidad eran ménos dignos de perpetuarse, perdíanse en el olvido las memorias de lo pasado. Eligió pues el reino cronista de Aragon á Jerónimo Zurita, entre muchos que con vivas gestiones lo solicitaban; él admi-

(c) Ministerio de Cultura 2006

tió el nuevo cargo con gran satisfaccion, proponiéndose no perdonar desvelo ni fatiga para desempeñarlo acertadamente. Sólo una desgracia doméstica le acibaró el contento de aquellos dias: perdió inopinadamente á su buena esposa, lo cual, aparte de la afliccion que debia embargar su ánimo, viéndose privado de tan grata compañía, era para su vida una verdadera contrariedad. Quedábanle cinco hijos menores; y á la edad de treinta y seis años en que se hallaba, aquel nuevo cuidado no podia ménos de agravar su situacion. Sufrió, sin embargo, el golpe con entereza digna de un espíritu varonil; y para honrar más la memoria de la que tanto habia amado, permaneció viudo el resto de sus dias.

Repuesto de su quebranto, su primera diligencia fué pedir permiso para examinar los archivos del reino y de los demas países dependientes de la corona de Aragon, que debian suministrarle materiales para la grande obra que proyectaba y en que habia ya comenzado á ocuparse. La historia del reino aragonés estaba en la actualidad reducida á la antigua que existia del monasterio de San Juan de la Peña, y á los estimables pero insuficientes trabajos consignados en las crónicas de Fr. Gauberto Fabricio de Vagad y Lucio Marineo Sículo. Zurita ambicionaba más: se proponia recoger, compulsar y reducir, digámoslo así, á un solo cuerpo, por más que resultase compuesto de vastos y complicados miembros, cuantos libros, memorias y papeles existiesen esparcidos por los depósitos monásticos, eclesiásticos y oficiales, donde el celo de ilustradas comunidades habia preservado del furor de las guerras y de los estragos del tiempo, los venerables restos de la antigüedad. Comprendia, pues no podia ménos de hacerse esta reflexion quien tan á la vista tenía el ejemplo de los clásicos, que una historia sintética era tan inútil como irrealizable, sin la serie de estudios parciales que habian de prepararla; y se determinó á redactarla en forma de anales, como más adecuada á su pensamiento y á la extension que necesariamente requeria. Esta resolucion prueba la enérgica voluntad con que acometió tan árdua empresa, de que otro cualquiera se hubiera retraido por considerarla superior á sus fuerzas y á sus deseos; era de tal naturaleza, y tampoco esto podia ocultársele, que para ponderarla, basta anticipar la indicacion de que en ella invirtió treinta años.

Autorizado oficialmente para proceder á sus investigaciones, tomó el camino de Italia; visitó los archivos de Sicilia, de Roma y Nápoles, recorriendo y estudiando detenidamente cuantos documentos en ellos se encontraban, y de vuelta á España, concluidas sus tareas, hizo asiento en Barcelona, y reconoció las escrituras que atesoraba el archivo de la ciudad, que probablemente sería entónces, como ahora, general de la corona de Aragon. Durante su estancia en la capital del Principado, recibió encargo del príncipe don Felipe para investigar allí los documentos en que constasen las rentas y derechos del Real Patrimonio, y la causa que se formó á D. Antonio de Luna, de cuyas resultas se le confiscaron sus bienes por sentencia dada el 13 de Octubre de 1412. Siguióse la recompensa á estos servicios: por muerte del secretario Lopez Diaz de Zárate se confirió su empleo á Zurita, dándole facultad para que, como escribano de cámara, refrendase las provisiones y patentes que se expidieran en el Real nombre por el Consejo de la Suprema Inquisicion; nombramiento que le confirmó el cardenal D. Diego de Espinosa, inquisidor general, el 17 de Setiembre de 1568.

Era incalculable el número de expedientes y papeles acumulados á la sazon en todas las oficinas del Estado. La conquista de Granada, la incorporacion de los maestrazgos á la Corona, el descubrimiento de las Indias, la paz que en España se disfrutaba y otra multitud de causas, habian creado nuevos derechos, empleos, intereses y beneficios, que daban orígen á una multiplicacion de escrituras y documentos ántes desconocidos. Esto por una parte; por otra, las juntas especiales y los centros administrativos, que para el despacho de los negocios reclamaban sin cesar los antecedentes necesarios, introducian tal perturbacion en el manejo y órden de los papeles, que cada dia se hacía más imposible una buena organizacion en este ramo. Ya el cardenal Cisnéros, durante su regencia, habia mandado establecer en la Mota de Medina un archivo general de Castilla, que se destruyó cuando la guerra de las comunidades. Reprodujo este intento Felipe II, eligiendo para ello la fortaleza de Simáncas, villa distante dos leguas de Valladolid, en la márgen del rio Pisuerga, edificio entónces muy apropiado para su objeto; y sin embargo de haber confiado su custodia y régimen á personas de suficiencia, quiso que Zurita se encargase, no sólo de recoger los papeles que allí habian de depositarse, sino de ordenarlos y catalogarlos para su mejor servicio.

Correspondió Zurita á la confianza con que se le honró, como él sabía hacerlo, y satisfecho el Rey de sus trabajos, no bien vacó el oficio de maestro racional ó contador mayor de hacienda de Zaragoza, en 1571, mandó extender en su favor el correspondiente nombramiento. Pero tantas atenciones distraian al cronista de sus tareas literarias, y hubo de retirarse, por algun tiempo, al monasterio de Santa Engracia, como se habia retirado ántes al lugar de Arpartil, de donde al año siguiente volvió á Zaragoza para cuidar de la impresion de sus *Anales* y otros escritos; y en 1580, en la misma ciudad, el dia 3 de Noviembre, á consecuencia de un catarro maligno, descansó para siempre en paz, teniendo sesenta y siete años cumplidos.

De la coleccion de retratos grabados en la Calcografía Nacional de esta córte, hemos tomado el que nuestros lectores verán aquí; mas es de pura invencion, porque Zurita, llevado de su excesiva modestia y de sus escrúpulos religiosos, no consintió ser retratado nunca. Era, segun su biógrafo, el doctor Diego José Dormer (*Progresos de la Historia de Aragon*, Zaragoza, 1680), y con relacion á persona que le habia tratado, «de mediana estatura; rostro largo y algo moreno; frente espaciosa; nariz regular y en buena proporcion; ojos negros y muy vivos, pero graves; barba ancha; la arquitectura del cuerpo bien trabada, y las acciones sueltas, porque no era grueso.»

Sus célebres *Anales de Aragon* ocupan seis gruesos tomos en fólio, divididos en tres partes, y sucesivamente impresos por las Córtes de aquel reino desde 1562 á 1580. La tercera parte es la historia de Don Fernando el Católico. Hiciéronse de ellos várias ediciones, agregándose un tomo de índices publicados en 1604. La que se dió á luz de 1610 á 1621 es la más estimada.

Acerca del mérito literario de esta obra, oigamos el juicio de un crítico extranjero, M. G. Ticknor, emitido en estas breves palabras: «Es la más importante de cuantas hasta entónces habian visto la luz pública para la historia general de España... Revela un espíritu admirable de independencia, grande amor á los antiguos privilegios del reino, así como opiniones bastante libres en política: cualidades todas muy atendibles en un historiador que sabía muy bien que su obra, ántes de publicarse, habia de sufrir la censura de celosos rivales, como tambien el exámen del sagaz y severo monarca de quien dependia su fortuna. Sus únicos defectos son la desmesurada extension y lo desaliñado del estilo, defectos que apénas se consideraban tales en la época en que él escribia.»

Los *Anales* que abrazan la historia de aquel país desde la invasion sarracena hasta el año 1516, tuvieron varios continuadores, entre otros el insigne poeta Bartolomé Leonardo de Argensola.

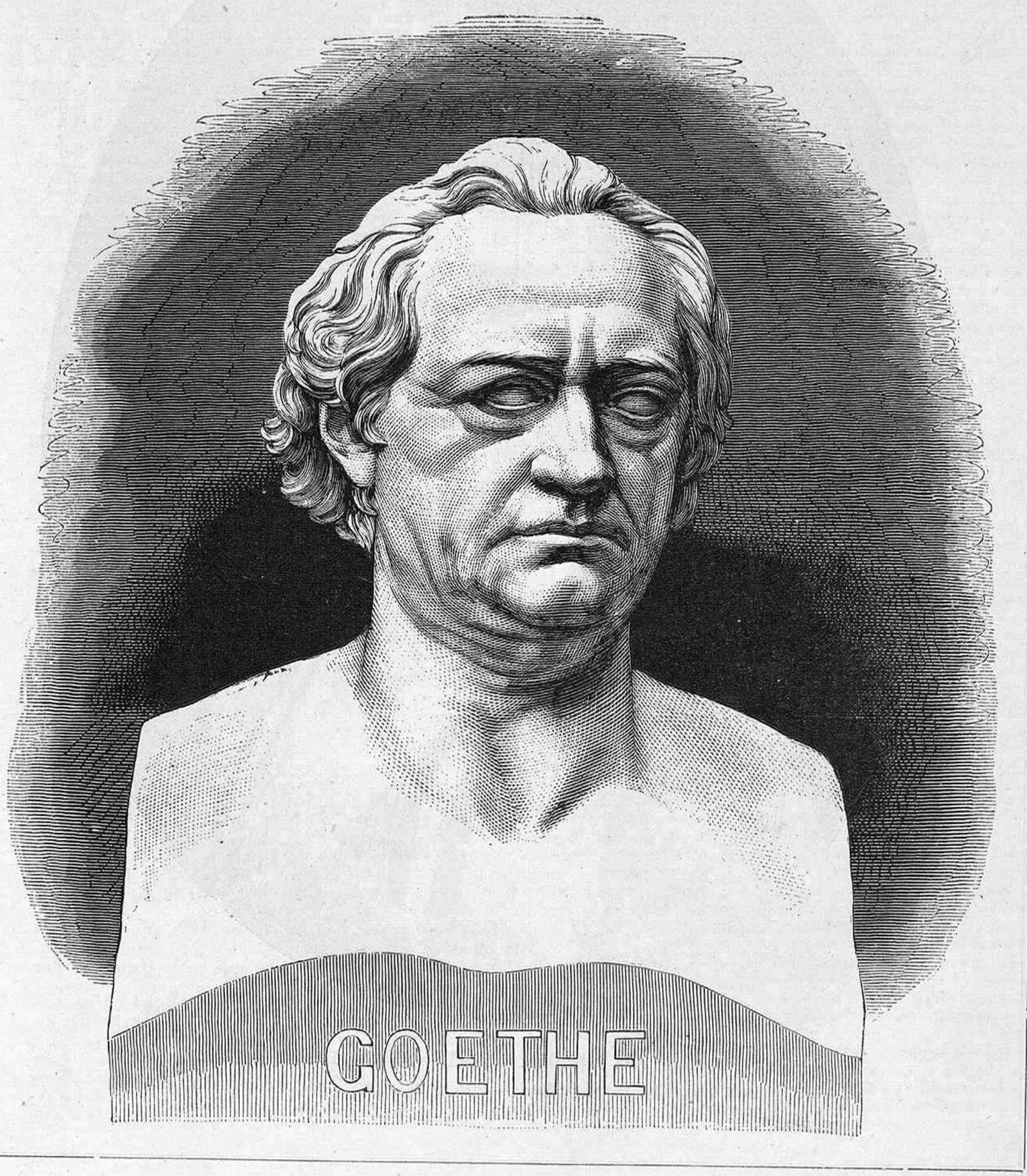
Escribió ademas Zurita otras muchas obras, que alguno hace subir al número de cuarenta; y entre ellas pueden citarse: Enmiendas y notas á los *Comentarios de César* y su continuacion; anotaciones y enmiendas sobre *Claudiano;* observaciones á *Plinio;* anotaciones al *Nobiliario de D. Pedro de Portugal;* una traduccion del *Consuelo de la Filosofia de Severino Boecio;* la *Descripcion de la Cantabria;* un

(c) Ministerio de Cultura 2006

discurso en latin de los *Reyes de Portugal;* Memorial de las *Casas antiguas de Aragon;* ilustraciones á las *Crónicas de D. Pedro Lopez de Ayala*, y á otros historiadores; adiciones á los índices latinos de las *Cosas y hechos gloriosos de los reyes de Aragon;* y sus largas correspondencias con los personajes y eruditos más notables de su tiempo: singular laboriosidad en un hombre cuyos empleos y oficios bastaban para dar contínua ocupacion á los más aplicados y diligentes.

Con esto damos fin á nuestra tarea, temerosos de haber abusado inconsideradamente de la paciencia de nuestros lectores.

CAYETANO ROSELL.



(c) Ministerio de Cultura 2006



S. M. LA REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORBON.

NACIÓ EN MADRID EL 24 DE JUNIO DE 1860. — MURIÓ EN MADRID EL 26 DE JUNIO DE 1878.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL AÑO PASADO Y EL AÑO QUE VIENE.

Entre el año pasado y el que viene suelen colocar los hombres el presente, como si lo presente pudiera durar un año. Imaginémonos la media noche del 31 de Diciembre y la línea divisoria del año que acabó y el que está por empezar: ¿puede haber allí un año prensado y encogido? ¿Cómo desaparece ese año presente que suponiamos en correcta formacion con los demas? Es que no existe: lo presente es la molécula del tiempo: una serie de puntos suspensivos entre lo que fué y está por ser: las paradas imperceptibles, pero contínuas, del tren que rueda á toda máquina.

El hilo de instantes que cae sin cesar hácia el pasado forma esas montañas que llamamos edades, cuya extension equivale á la extension del porvenir; porque el tiempo corre incesantemente y siempre está á la mitad de su camino.

El infinito no es sino un instante repetido eternamente, y en su aparente monotonía se encierra toda la variedad de las edades pasadas y futuras, en que no hay dos años iguales, pues los más próximos, el pasado y el que viene, difieren entre sí como lo ajeno y lo propio, lo nominal y lo efectivo. El que viene es el año que quisiéramos: el pasado es el año que nos dan.

Decia un amigo nuestro:

—¡Cuánta felicidad parece que niega la mujer con sus desdenes! ¡Qué poca puede conceder con su cariño!

El tiempo es como la mujer, misterioso; poético, cuando le seguimos de léjos; prosaico y desagradable, cuando nos persigue de cerca.

El año pasado se parece á la mujer de quien quisiéramos alejarnos y que nos molesta con la monótona repeticion de sus lamentos: es la realidad sin arte palpitante de vida; el domingo del estudiante recordado en la mañana del lúnes; la penosa vibracion de los dolores terminados, el hastío de los placeres más recientes y la parte equitativa, pero escasa, que nos ha correspondido en la económica distribucion de lo real. Acaso seamos injustos con el año pasado: ¿no lo somos siempre con la última mujer abandonada?

Tal vez crean algunos que no hallo poesía en lo pasado.

Sí: la tiene el pasado que se desvanece en la niebla del tiempo, el que se hunde en lo desconocido, acaso para convertirse en porvenir, como hay poesía en la inscripcion ya borrada de una tumba, y no en el cadáver fresco y amarillo vestido con su traje más flamante.

Cuando hacemos el balance del año pasado, el libro Mayor de nuestra vida se cierra siempre con un déficit ruinoso, y se ve claramente que el vivir no tiene cuenta. Cartas de amor protestadas, corazones insolventes, créditos venidos á tierra, pérdidas de ilusiones y de tiempo; apénas si se realizan algunos desengaños, y sólo breves momentos de felicidad figuran en la cuenta de ganancias.

Y sin embargo, el año pasado podria ser peor con sólo ser inmejorable; es decir, habiendo sido un año tan feliz que no nos dejase el desahogo principal del corazon humano: el placer inmenso de la queja.

Desgraciados los venturosos que tienen el deber de sonreir; felices los desdichados que tienen el derecho de llorar.

Pero, bueno ó malo, el año pasado es al fin un año de vida. ¿Tiene álguien seguridad de que lo será el año que viene?

Hubo un año pasado, en tiempos muy remotos, que las gentes recordaban con terror.

—¡Tengo miedo!—decian á sus maridos las mujeres cuando cerraba la noche.

—¿De qué?

—La oscuridad me trae la idea de lo del año pasado.

Apénas asomaba por el horizonte un nubarron, hombres y mujeres temblaban y caian de rodillas, diciendo con espanto:

—¡Oh, señor! Así empezó el año pasado.

Aquel año pasado fué el Diluvio, el más funesto para la vida humana despues del año del pecado original. Allí acabó la época en que el anciano más anciano de nuestros tiempos hubiera parecido al morir un jóven malogrado; la época que ilustró Matusalen, el primer coleccionista de años pasados de que hablan las historias.

He podido apreciar el valor de lo que se llama año pasado oyendo la conversacion de dos señoras.

—Amelia, tienes un cuerpo muy bonito—decia una:—estás en la flor de tu edad; sólo te aconsejo que cambies de modista.

—¿No te gusta mi traje, Petra?

—Está bien hecho y te sienta bien, como todo lo que te pones; pero el año pasado se usó mucho esa forma.

—Ha sido eleccion mia, porque no todo lo antiguo es cursi; siendo yo niña usaba mi mamá una tela enteramente igual á la de tu vestido, y sin embargo, es elegante.

—Las modas vuelven indultadas por el tiempo; sólo no es lícito á quien viste bien usar lo que se llevó el año pasado.

Puede aplicarse al tiempo esta sentencia femenina: lo que se lleva el año pasado es la parte más vulgar y prosaica de la vida.

* * *

En el mar de las ilusiones todos esperamos una flota en la que ondea el pabellon de la esperanza, esa bandera que jamas arria el hombre.

Año risueño por venir, ¡cómo te enriquece la imaginacion con el espléndido cargamento de esas naves tripuladas por amigos, y cuyos pasajeros son el hijo ausente, el amante infiel, la mujer soñada y el poderoso protector, que saludan desde léjos, aplauden y sonrien; en aquellos buques hacen de grumetes graciosos amorcillos; son onzas de oro la metralla con que se cargan sus cañones, y entre el humo de sus plateadas chimeneas flotan, como en los cielos de Murillo, los cuadros alegres que improvisa el pensamiento!

¡Oh! Si ese año ideal se cumpliese conforme el programa del deseo..... ¡No era así!—responderia la imaginacion desconsolada; y es que las vaguedades del espíritu no se traducen á los hechos, como la figura que concibe el escultor jamas se copia en barro, como no pueden dar idea exacta del amor las palabras más dulces ni las caricias más ardientes. El año que viene es de la naturaleza de los sueños: se siente y no puede explicarse; es el éxtasis del enamorado: lo que se vive traspasando los límites de la vida é invadiendo la region de lo inmortal.

Ingrata y tosca realidad; tú rechazas de este mundo esas bellas creaciones del alma que no caben en la esfera material, como el lenguaje humano, inútil para expresar los grandes sentimientos é ideas, aisla á los hombres entre sí. ¿Qué sabemos de lo que piensan los demas? Lo que quieren confesarnos. Los enamorados más tiernos son dos extraños que se codean en la tierra.

¿En qué horizontes descubrimos esas perspectivas que son algo, puesto que las vemos y sentimos, y no son nada en la realidad? Esa decoracion escenográfica reside en nosotros mismos, y la buscamos fuera por una inversion absurda. El año que viene no está dentro del tiempo, sino en ese

(c) Ministerio de Cultura 2006

abismo de pensamientos que no podemos agotar; en el mundo invisible del cerebro, en esa ventana interior que mira al infinito.

¿No ha de ser risueño el año que cada cual forja á su gusto? ¿Qué importa que no se realice? Las ideas realizadas son vagas sombras de lo que fueron ántes. El mérito del año que viene consiste en que no viene jamas.

Hay niños que meditan como hombres; jóvenes cuya frente surcan arrugas muy tempranas; vemos canas prematuras que brotan en sedosas cabelleras.

¿Qué edad tienen esos niños y esos jóvenes?

Contando el tiempo pasado, están al principio de la vida. Penetrando en el secreto de su alma, acaso han vivido hasta el borde de la tumba.

El año que viene es para ellos quizás tiempo pasado.

Niñas sonrosadas y rubias que calculais como un avaro, no me engañais con esa apariencia infantil; no os basta el año que todos vivimos anticipado, y habeis adelantado un siglo. Os conozco, viejecillas disfrazadas, y sé que vuestra alma tiene nietos.

En cambio todos hemos visto ancianos llenos de ilusiones, alegres y confiados como niños. Es que los años no pasaron para ellos, ó pasaron como el viento por la frente, resbalando.

No somos nosotros mismos quienes gastamos nuestra vida: la mayor parte de ella nos la gastan los demas. ¡Cuánto vive quien sabe vivir en lo bueno y en lo bello volviendo la espalda á lo real! Llenad de virtud y de ilusiones vuestra alma, y os comunicarán su frescura y juventud; introducid un malvado en vuestro corazon, y le desgarrará sin miramiento.

Esos ancianos cuyo corazon no tiene arrugas, han idealizado la existencia convirtiendo cada año pasado en un año por venir. La muerte les sorprende, como el alba á las criaturas en la cuna, sonriendo.

No se debe confundir esa cándida juventud con la indiferencia glacial del egoista: para éstos el año pasado no pasó, como el año que viene no vendrá.

El año que viene es la primavera de los años: todo florece en lontananza; es una brisa que llega de la eternidad para reanimar el alma triste.

Por un fenómeno extraño, en vez de alejarnos de las personas queridas que pasaron, parece que nos las pone por delante. ¿Será, en efecto, una brisa ideal que lleva á los que fueron recuerdos de los que son?

El tiempo es triste casi siempre, y sólo cuando se nos acerca parece que viene lanzando carcajadas.

¡Año hermoso por venir! Que siempre te vean mis ojos del color de mi esperanza; sea la realidad tan sombría como quiera, yo viviré satisfecho en el mundo ideal que creas exclusivamente para mí.

Reconcentrándome en la profundidad del pensamiento, me encontré un dia en el palacio de un mago, cuya magnificencia es imposible describir.

Los cuadros de sus galerías eran cuadros vivos; en espejos convexos se veia en miniatura lo pasado, y en espejos cóncavos el ancho porvenir; el techo de los salones parecia la bóveda del cielo; las arañas tejian hilillo de oro en los rincones; manos con guante blanco saliendo de las paredes sostenian luces de colores, y enanitos blancos y negros, vestidos como las piezas de ajedrez, jugaban en magníficos tableros.

—Baje V. al jardin—me dijo el mago;—tengo muy buena fruta, y puede V. tomar algo si gusta.

Jamas habia visto fruta tan hermosa como aquélla: pendian de los árboles gallardos racimos de mujeres que me miraban extendiendo sus brazos hácia mí. Las del primer árbol tendrian cincuenta años, pero conservaban grandes rasgos de hermosura, y las hojas en que descansaban eran anchas como lechos.

El jardinero me llevó hácia otro árbol, despues de haberme dicho con desden:

—Esas están algo pasadas.

Las que acababa de enseñarme debian ser flamencas, y las habia tan gordas, que las ramas se inclinaban á su peso; algunas habian caido al suelo y dormian junto al tronco.

—¿Esa fruta es silvestre?—pregunté.

—No, señor—contestó el guardian;—para hacer nacer aquel árbol sembré un cuadro de Rubens.

Habia más allá un árbol de negras, y el viento las hacia cantar un tango entre las hojas.

—Son frutas tropicales—me dijo el jardinero.

El árbol del centro era el más bello, y el céfiro jugaba alegremente entre sus ramas; nunca he visto caras tan lindas y risueñas; nunca escuché gorjeos tan suaves como las risas de aquellos labios hechiceros: la niña de más edad tendria quince años.

—¡Jardinero!—grité.—Córteme V. aquella rubia, ó si no, la trigueñita que está al lado; aunque mejor será que suba yo con la escalera.

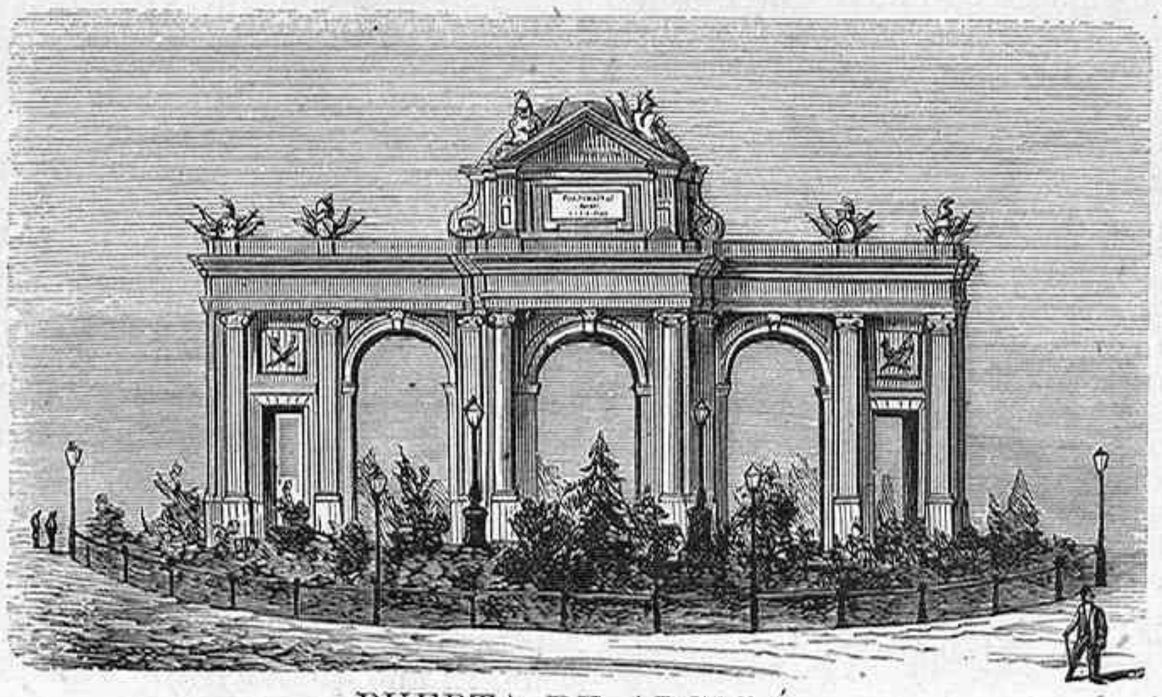
Pero el guarda del jardin, deteniéndome bruscamente y alejándome del árbol, me dijo con ironía:

—Caballero, esas..... están verdes.

—Bueno—respondí con resignacion dando un suspiro; pero recordando *El Hombre de Mundo*, me dije interiormente algo consolado:

—Volveré el año que viene.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.



PUERTA DE ALCALÁ.

(c) Ministerio de Cultura 2006

PENSAMIENTOS SUELTOS.

Es verdad, en el mundo no hay nada más alegre que la vida.

Todo parece que está dispuesto para que encontremos, digámoslo así, sembrado de flores nuestro camino por la tierra.

La naturaleza se multiplica por acudir á nuestras necesidades.

La sociedad se apresura á satisfacer nuestros apetitos.

Apénas abrimos los ojos, se nos presenta por todas partes el magnífico espectáculo del Universo.

El sol ilumina nuestros dias como una antorcha inagotable.

La luna embellece las noches luciendo como una lámpara inextinguible.

La tierra se alfombra para que la pisemos.

El aire se purifica en las soledades de los bosques para hacernos más dulce el aliento de la vida.

Vamos... vivir es coser y cantar.

La ciencia humana no quiere ser ménos que la Providencia divina, y hé aquí que, sorprendiendo á la naturaleza, le ha arrancado sus secretos y nos ha hecho poderosos.

El vapor... ¡oh, qué prodigio!

La electricidad... ¡ah, qué maravilla!

La industria... ¡cómo nos deleita!

El comercio... ¡cómo nos adula!

Tenemos la riqueza permanente, la sabiduría inagotable, la belleza eterna, la juventud contínua, la salud perpétua; hasta la inmortalidad misma se nos ha prometido.

¡La vida...! ¡Ah, cuán tristes deben estar los que no han nacido!

Nacemos y todo se alegra; la casa se engalana y la familia se regocija.

El dia de nuestro nacimiento es un dia de verdadera fiesta.

Muy bien; pero entónces, decidme, ¿por qué nacemos llorando?

Es verdad, no hay nada más alegre que un niño.

¡Con qué candorosa impaciencia tiende sus pequeñas manos hácia todo lo que se presenta delante de sus ojos!

Aun no sabe nada y todo lo desea; nada puede y ya lo quiere todo.

Todavía no es dueño de sí mismo, y hélo ahí empeñado en que todo es suyo.

En este punto, ¡oh triste infancia del género humano!, bien puede decirse que el hombre no deja nunca de ser niño.

Para él se han hecho los halagos, las caricias, los besos, los cuidados y las bendiciones.

Todo cae bajo el dulce imperio de su tiranía.

¡Chist!... silencio... hablad en voz baja que el niño está dormido.

Venid todos... todos... cercad la cuna... ved, ved... el niño sonrie.

¿Qué fausto acontecimiento celebra la familia? ¿Qué novedad imprevista trae revuelta la casa? La admiracion se pinta en los semblantes, la ansiedad en los ojos y la sonrisa en los labios. Todos los brazos están extendidos, como si quisieran detener algo que se escapa... ¿Qué sucede? ¡Oh, un prodigio, que el niño ya anda!

De un dia á otro cambia la escena. ¡Qué desolacion! ¡Qué espanto! Reina en la casa angustioso silencio; la familia habla en voz baja; se miran unos á otros, cruzan las manos y levantan los ojos al cielo... ¿Qué ocurre? ¿qué pasa? ¡Ah... que el niño está enfermo!

Un niño es una esperanza, y la esperanza es la alegría anticipada de dichas que suelen no realizarse.

Antes que á los niños, á nadie se le confiere en el mundo el honor de las más altas dignidades del cielo y de la tierra. Un niño es siempre un ángel en todas las bocas. Angel por sufragio universal, por consentimiento unánime de todos los corazones.

La madre, en los arrebatos de su cariño, lo nombra todos los dias cien veces rey, príncipe, emperador, obispo. No hay jerarquía humana ni divina que no le confiera su munificencia.

El es el regocijo de la familia y la alegría de la casa. Todos están pendientes de su boca, que todavía no habla, y de sus ojos, que áun no sabe ver el mundo á que ha venido.

Y... ¡cuántas angustias cuesta! ¡Qué tristes reflexiones despierta en el fondo del pensamiento humano la presencia de un niño!

Y él... ¿podrá saberse qué extraño pesar se esconde en su corazon, que siempre tiene las lágrimas en los ojos?

Y bien, yo pregunto: ¿por qué, Dios mio, el sér más feliz de la tierra ha de ser aquél que llora más veces al dia?

Los años son, por lo visto, unidades de un órden particular, porque la cuenta de la vida suele hacerse por medio de operaciones cuya aritmética no se enseña en ninguna escuela conocida.

Decimos: yo tengo ya cincuenta años. ¡Tengo...! ¿y dónde están? ¿Por ventura se puede decir que poseemos lo que hemos disipado? Tener cincuenta años, ¿no es en realidad haberlos perdido?

De cualquier modo que se mire el caso de esta liquidacion contínua es, en último resultado, una suma que al mismo tiempo se resta; cantidad increible que es á la vez *más* y *ménos*, porque échese como se quiera la cuenta, siempre tendrémos lo mismo: diez años *más* de vida, serán necesariamente, por la ley fatal de una aritmética absurda, diez años *ménos* de esa misma vida.

No hay mujer de cincuenta años que no esté dispuesta á dar veinticinco sólo por quedarse con quince.

La operacion es sumamente sencilla: da años para ganar tiempo.

¡Quince años! Hé ahí la flor de la edad, la primavera de la vida.

Edad risueña en que todo se ve de color de rosa.

Cualquiera hija de Eva cree á esa edad que todavía vive en el paraíso.

Ya se ve, es precisamente el momento en que empieza á sentir las primeras tentaciones de la serpiente.

Vedla: sus ojos están llenos de luz, su boca de sonrisas, sus pensamientos vuelan ufanos, como mariposas que buscan la flor en que han de posarse; en su corazon hay un mundo de esperanzas.

El árbol de la vida tiende ante sus ojos pomposos ramos y dorados frutos; no falta más que alargar la mano y cogerlos.

Perfectamente, pero á lo mejor se oscurece el alegre cielo de su semblante con nubes repentinas; baja los párpados

(c) Ministerio de Cultura 2006

para ocultar dos lágrimas inesperadas que asoman á sus ojos.

Aun sonrie, porque es la única manera que tiene de esconder los suspiros que acuden á sus labios.

Palidece, llora, suspira.

¿Por qué?

Si todo la alegra, ¿por qué se entristece? Si todo la halaga, ¿por qué se aflige? Si todo lo espera, ¿por qué suspira?

¡Oh tristeza inexplicable! Ella misma lo ignora.

La primavera... ¡qué alegría! La naturaleza se regocija, y en celebridad de tan fausto suceso, echa la casa por la ventana.

Yo no sé cuántos artífices misteriosos emplea en restaurar nuevamente el encanto ya antiguo de sus espléndidas galas.

Ello es que los montes se alfombran, y los prados se esmaltan, y los árboles se engalanan.

El aire va y viene como si le faltára tiempo para todo; el el agua sube y baja como si no pudiera estarse quieta en ninguna parte.

La tierra se cubre con nuevas generaciones de flores; de los nidos se escapan nuevas generaciones de pájaros; de las rudas cortezas de los troncos brotan nuevas generaciones de vástagos.

Es la gran fiesta de la naturaleza.

Todo brilla, todo canta, todo renace, todo se renueva, todo se ilumina, todo se fecunda.

La cosa es clara: la tierra cree que acaba de nacer, y celebra con toda la pompa de sus galas la fiesta de su nacimiento.

¡Qué bella perspectiva!

Pero ¿qué hay en el fondo?

¡Ah! el fondo es el abismo de todas las cosas.

Mirad bien y veréis que el aire está lleno de suspiros, el agua de sollozos, en cada hoja hay una lágrima.

Bien podemos exclamar: ¡qué alegría tan triste!

Desde la cumbre de la sierra baja en impetuosa carrera el alegre manantial que riega la llanura.

Parece una cinta de plata que serpentea por los recodos de las vertientes, bordando la falda de la montaña.

Allá va; no hay quien lo detenga, con loca alegría salta sobre los peñascos que quieren cerrarle el paso, y al precipitarse ufano por las revueltas de los peñascales, parece que se rie á carcajadas.

Allá abajo la llanura lo espera con los brazos abiertos.

¿Dónde va? No lo sabe. El cauce que se abre delante de sus pasos no lo deja detenerse; una fuerza desconocida lo empuja; sus ondas mismas lo precipitan. «Anda», «anda» le dice una voz misteriosa, y huye sin descanso.

Apénas se le permite besar la tierra que fecunda.

Ved si puede ser más triste su destino.

La vida se nos presenta coronada de flores.

Las flores son la alegría de la naturaleza.

Una flor que se abre es una boca que sonrie.

Pero bien; apénas se entreabre, cuando un soplo abrasador la consume y una mano inexorable la deshoja.

¿Y hay en el mundo nada más triste que una esperanza perdida ó una flor deshojada?

¡Qué magnífico es el paisaje iluminado por el sol ardiente del mediodía! A lo léjos, el horizonte teñido por nubes resplandecientes, donde la luz hace brillar sus más vivos colores; más acá, la cima de las montañas cortando airosamente con sus oscuros contornos la claridad del cielo; despues, el valle que se esconde, la llanura que se extiende, el cielo que se aleja.

Pero ¡qué profundo contraste!

Las sombras de las nubes se reflejan sobre la montaña; la sombra de la montaña cae sobre la llanura; la sombra de la llanura oscurece el bosque, y el valle es todo sombra.

La sombra aquí, allá, más léjos, más cerca; donde quiera que la luz se refleja, allí nace la sombra; la sombra siempre.

Y bien; ¿sabeis lo que es la sombra?

Meditadlo bien; es el luto de la naturaleza.

La vida es la alegría.

¿Quién lo duda?

Pero ¡ay! detras de los ojos están las lágrimas; detras de la alegría, la tristeza; detras de la vida está la muerte.

La juventud es una locura de tal manera, que salir de la juventud es casi ir entrando en razon.

Ó de otro modo; ir entrando en años es como ir saliendo de un manicomio.

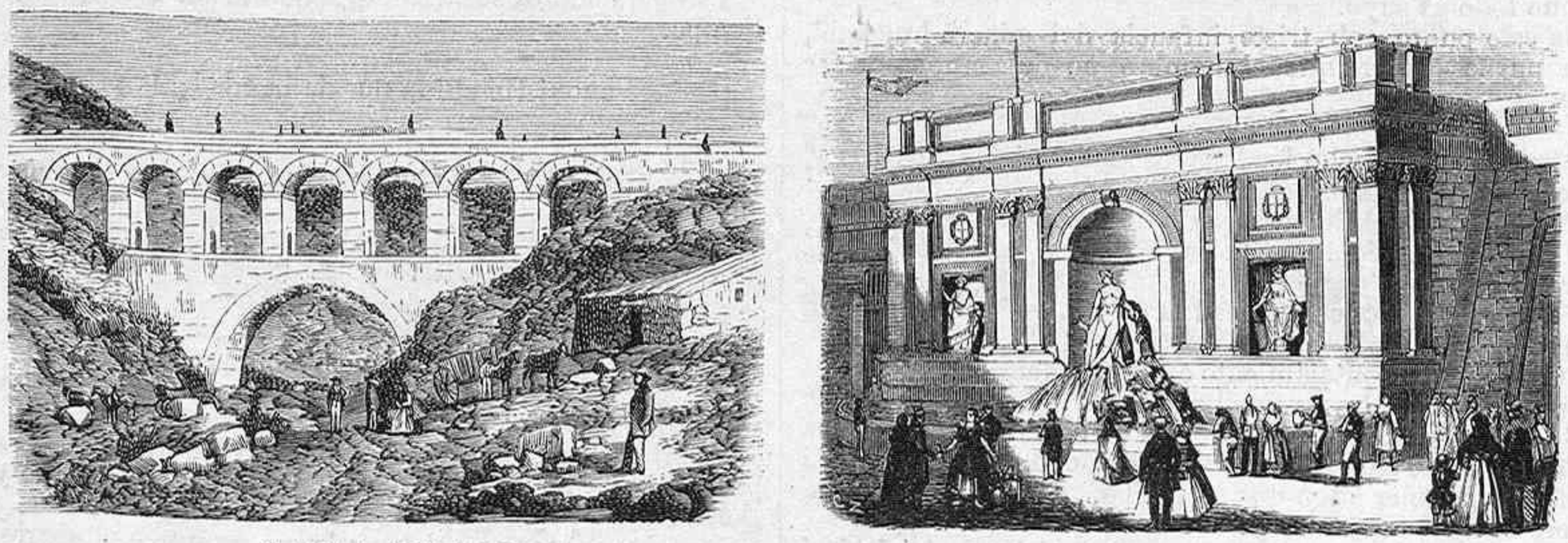
Decididamente el hombre es fruta de invierno, en atencion á que sólo madura con el frio de la edad.

Así es que en el otoño de la vida es cuando realmente las mujeres dicen «comedme.»

El invierno es la época en que la naturaleza se desnuda y el hombre se abriga; la estacion en que caen las hojas de los árboles, y la edad en que el hombre se despoja de la pompa de sus vanas quimeras.

Toda la vida del hombre no es más que un año.

J. Selgas.



CANAL DE LOZOYA. — ACUEDUCTO DE LA SIMA Y FUENTE DEL DEPÓSITO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

SANCHO GIL.

(CUENTO.)

I.

Por los años de 1589 vivia en Buenache de la Sierra una mujer de edad avanzadísima, acerca de la cual corrian en el pueblo los más singulares rumores, pues se susurraba que se habia entregado en cuerpo y alma al diablo, ó lo que es lo mismo, que pertenecia al gremio nefando de las brujas y hechiceros. Ciertamente el aspecto asqueroso de esta vieja, llamada Aldonza Rodriguez, prevenia en contra suya, y si no justificaba, por lo ménos explicaba las hablillas del vulgo, siempre inclinado á pensar mal de todo aquello que, como él mismo dice, no le entra por los ojos.

Frisaba la tal Aldonza en los ochenta años. Era baja, enjuta y contrahecha, como agobiada ya por el peso abrumador del tiempo, que todo lo modifica, desfigura y destruye. Ralos mechones de cabellos grises, ni bien ni mal peinados, porque nunca se los peinaba, servian de marco á un rostro seco, apergaminado, surcado de profundísimas arrugas, en cuyas sinuosidades y revueltas, que parecian trazadas con tinta, jamas habia penetrado el agua, ni siquiera en dias de lluvia. Frente estrecha y deprimida como la de un reptil; ojillos garzos y sanguinolentos, que cuando se encandilaban despedian relámpagos de ira, y que yacian casi ocultos en sus hondas cuencas, bajo espesísimas cejas, como animales dañinos á la entrada de sus madrigueras guardadas por ásperos matorrales; nariz corva á guisa de pico de águila, y barbilla puntiaguda, salpicada de pelos largos y retorcidos, formaban la inverosímil fisonomía de la vieja, que en sus verdes años debió de ser horrible y en su edad provecta era espantosa.

Cuando llena de andrajos, apoyándose en su báculo, y con paso remiso y torpe, andaba renqueando por las callejuelas del pueblo, los chicos huian recelosos, cerrábanse de golpe puertas y ventanas, las madres amedrentadas estrechaban contra el séno á los hijos de sus entrañas, como queriendo sustraerlos á las miradas maléficas de la tia Aldonza, y hasta los mismos hombres, más resueltos y atrevidos, hacian temerosamente al verla pasar el signo de la cruz.

Relatábanse de ella cosas estupendas. El sacristan Diego Ortega contaba, á quien queria oirle, cómo en noche de tempestad la habia visto en la iglesia, acurrucada al borde de una sepultura que acababa de abrir y entretenida en desgarrar con aceradas uñas las entrañas de un cadáver para recoger en un bote las enjundias del muerto, y juraba por todos los santos de la córte celestial, que al pronunciar horripilado ante tan abominable espectáculo el sagrado nombre de Jesus, el bote, la vieja y el difunto habian desaparecido como por ensalmo al amarillento resplandor de una centella, cayendo por sí misma la piedra sepulcral sobre la profanada fosa con el estrépito de un trueno.

Las comadres del lugar se referian unas á otras en voz baja casos verdaderamente pavorosos, cuyos espeluznantes pormenores se habrian tenido por increibles, á no atestiguar su exactitud los mismos sujetos que, segun confesion propia, los presenciaron ó sufrieron. Estaba plenamente probado el hecho de haber encontrado muerto repentinamente en su cuna al hijo de Cosme *el Zurdo*, sin que ántes presentára síntoma alguno de enfermedad, y se sabía además, que cuando el cirujano acudió á examinar el cuerpo de la malograda criatura, se halló con que una bruja, á juzgar por señales evidentes, habia chupado la sangre del niño, hiriéndole con un ahujon, miéntras dormia, por debajo de las uñas en los dedos de la mano siniestra, que es la que corresponde al corazon. Y que la autora de tan execrable crímen era la tia Aldonza, se demostraba con el dicho de un vecino honrado, el cual, pasando casualmente la noche misma en que ocurria el trágico y lamentable suceso por el callejon donde Cosme *el Zurdo* tenía su vivienda, habia visto á la luz de la luna salir por la chimenea de la casa, á modo de humo negruzco y pestilente, la sombría figura de la vieja, á horcajadas en un macho cabrío: por más señas, que los ojos la relucian como carbones encendidos, y que al ponerse ella y su diabólica cabalgadura en contacto con el aire exterior, ambas, conservando su forma corpórea, se ensancharon, crecieron, tomaron proporciones desmesuradas y oscurecieron el espacio como denso nublado.

Era tambien público y notorio que, habiendo reñido en cierta ocasion con Pedro Peralvillo, le dijo donde muchos la oyeron, que se acordaria de ella por todos los años de su vida; y en efecto, dos semanas despues de proferida la amenaza, un tremendo pedrisco, precedido de truenos y rayos, arrasó los campos del pobre Peralvillo, mató su ganado de labor y le dejó á pedir limosna, sin que pudiese apénas recoger el grano preciso para la inmediata sementera. Un chicuelo, que andaba á caza de cigarrones y saltamontes, vió, poco ántes de la catástrofe, á la tia Aldonza de pié en medio de la heredad, trazando en el aire círculos simbólicos con una varilla de avellano y pronunciando palabras cabalísticas, y afirmó que, lleno de inquietud se escondió detrás de un zarzal de la linde, desde donde pudo observar, sin ser notado, la aparicion de un monstruo en figura de hombre, todo compuesto de fuego, con dos cuernecillos en la frente y los piés de ganso. El chico no llegó á comprender lo que la tia Aldonza decia al monstruo, el cual no debia ser otro que Satanás; pero declaró delante de personas graves y abonadas, tales como el susodicho sacristan Diego Ortega, el albéitar y el cirujano, que cuando con más calor hablaban, se inflamó el aire, se ennegreció el cielo y comenzaron las nubes á despedir granizo sobre las rozagantes mieses, con desatada y arrolladora furia.

Con tantos datos, todos fehacientes, y otros muchos que nō cito, porque si lo hiciera sería el cuento de nunca acabar, no es maravilla que la tia Aldonza tuviese la reputacion de bruja sólidamente asentada en diez leguas á la redonda, ni que las gentes dijeran que por ménos motivo habian sido quemadas públicamente en los *autos de fe* de Cuenca y Toledo otras mujeres, cuyos sortilegios, hechicerías y delitos jamás llegaron á la enormidad de aquellos que se imputaban á la repugnante vieja de mi historia. Pero á bien que la Santa Inquisicion no se dormia sobre sus laureles, y ya habia indicios de que andaban sus sabuesos á la husma de lo que en el pueblo acontecia, siendo de esperar que al cabo purgase la tia Aldonza en la hoguera, como merecia, para desagravio del cielo, la perversidad de su vida, sus pactos

(c) Ministerio de Cultura 2006

con el demonio y la torpeza de sus costumbres, no por oculta ménos cierta.

II.

Odiada de todos, de todos temida, la tia Aldonza vivia en el lugar, apartada, como leprosa, del trato humano, sin más compaña que la de una sobrina de diez y siete abriles, hermosa como un sol é inocente como una paloma, á quien seis años atrás habia recogido en su casa. Llamábase Catalina, y era, sin disputa, la doncella más garrida, no sólo de Buenache de la Sierra, sino de todos los pueblos del contorno. Rubia y sedosa cabellera, como la de un ángel, adornaba el óvalo perfecto de su cara blanca y sonrosada, que no habia podido curtir la intemperie, y que animaban una nariz de perfil purísimo, casi griego, una boca pequeña y encarnada parecida á entreabierto capullo, y dos ojos claros y trasparentes, que chispeaban entre sus largas pestañas como astros en serena noche de estío. Vestia tosca y miserablemente, segun correspondia á su condicion y estado; pero era tal su donosura, y habia tanta gracia natural en sus movimientos, que, á pesar de la humilde saya de remendada estameña con que encubria la esbeltez y correccion de sus formas, habria podido tomársela por alguna de aquellas princesas disfrazadas de pastoras, algo montaraces y redichas, de que estaban atestadas las églogas y novelas bucólicas del siglo XVI. Para que el parecido resultára mayor, conviene hacer constar que tambien en instruccion, aunque la suya no fuese mucha, sobrepujaba á las demás muchachas del pueblo, áun á las más hidalgas. Habíase criado hasta los once años bajo la tutela y direccion de otra tia suya, organista de un convento de monjas en Cuenca, donde con su despejo natural y vivo, recogió provechosas enseñanzas. Aprendió á leer de corrido, á escribir no tan bien, algo de latin y un poco de música, con lo cual, si no hubiese muerto la buena madre, Catalina habria profesado al cumplir la edad, y quizás, andando el tiempo, reemplazado á su tia en el coro.

Y ojalá nunca hubiese salido de las cuatro paredes del claustro; porque ¿de qué le valia en el siglo ser hermosa y discreta? La vergonzosa fama de su tia pesaba sobre ella como losa de plomo, y sentia trascurrir sola, triste y abandonada de todos las mejores horas de su juventud, sin una amiga, ni un amante, ni un piadoso confidente de sus penas. Huíanla las jóvenes de sus años con desden y desabrimiento, tal vez más celosas de su peregrina y envidiada belleza que asustadas de lo que en el pueblo se decia, y los mozos, que, donde no podian ser vistos ni censurados, la acosaban con miradas ávidas y pecaminosas, no se atrevian, sin embargo, á danzar con ella en el corro de los domingos. Cierto dia un mal aconsejado forastero tuvo el descaro de sacarla á bailar; pero no se hizo esperar el castigo, porque al punto se interrumpió la comenzada rueda, alejáronse de allí las demás parejas, cuchicheando indignadas unas con otras, y hasta el gaitero y el tamborilero suspendieron la música, como si creyesen rebajados sus oficios concejiles tocando para solaz y entretenimiento de aquella desvalida niña, unida por tan estrechos vínculos á la mal encarada bruja, terror y escándalo de la comarca. Catalina se alejó silenciosa, sin poder apénas reprimir las lágrimas, de un sitio en donde con tan injusta dureza se la trataba, y resignándose desde aquel momento con todas las consecuencias de su mala suerte, no volvió á mezclarse en los alegres juegos de sus compañeras, ni á turbar con su presencia los goces de la juventud de que á ella, pobre huérfana sin defensa ni amparo, con tanta crueldad se la desposeia.

Pero como dice un antiguo refran castellano, todo tiene remedio en el mundo, si no es la muerte, y ninguno puede llamarse hasta el fin dichoso, ni desdichado. Fué el caso que por aquellos dias llegó á Buenache de la Sierra, de donde era natural, un soldado de los tercios de Flándes que habia regresado á España para asuntos del servicio. Rayaba Sancho Gil, que por este nombre respondia, en los veintisiete años, y era tan ágil y fornido como de apuesto y airoso continente. Su rostro, tostado por el sol de los campamentos, revelaba desde luégo resolucion y audacia, no exentas de hidalga generosidad: tenía la frente despejada; la mirada viva y penetrante, pero tranquila; la nariz grande, y emboscada en ancho y retorcido mostacho á la borgoñona, la boca desdeñosa y algun tanto provocativa. Parco en palabras, pronto de genio y más pronto todavía de manos, gozaba de bien adquirido crédito de valiente en su tercio, con el cual habia asistido á la heroica, aunque no siempre afortunada campaña de la Frisia, á las órdenes del ilustre capitan de lanzas D. Luis de Benavides y Sotomayor. Honroso testimonio de su esfuerzo varonil y de las empresas en que se habia encontrado, eran las innumerables cicatrices que señalaban su cuerpo, todas alcanzadas en defensa de su rey, de su patria y de su Dios contra los rebeldes luteranos, á quienes aborrecia cada vez con mayor saña, como español y como católico. Pródigo de su vida y de su bolsa, jamás contaba ni las cuchilladas ni el dinero que alternativamente daba ó recibia; pendenciero con los pendencieros, noble con los vencidos, y si bien osado, nunca procaz con las mujeres, supo granjearse en los cinco años que estuvo fuera de España el aprecio de sus cabos, la cordial estimacion de sus camaradas, el respeto de sus enemigos y el amor de muchas flemáticas holandesas, cuya sangre habia encendido con su discrecion y gallardía.

Dicho se está que la presencia de Sancho Gil en Buenache de la Sierra produjo alboroto verdadero entre las mozas del pueblo. La reputacion de arrojado, que le habia precedido, su gentileza, abierto carácter y buen porte eran prendas más que sobradas para que palpitáran á su paso no pocos corazones femeninos, ardiendo en deseos de asaltar en buena guerra la voluntad del soldado, que no creian fortaleza inexpugnable. De la noche á la mañana, sin que se coligiera la razon, más de un favorecido mancebo vióse desdeñado por la señora de sus pensamientos, y hubo en Buenache de de la Sierra durante unos cuantos dias, muchos juramentos de amor olvidados, muchas bodas apalabradas sin causa conocida deshechas, grandes disensiones en el seno de las familias, y áun algunas palizas nocturnas con que desfogaban, sin duda su mal humor los desesperados, los ofendidos y los celosos.

No era Sancho Gil hombre que desaprovechára tan favorable coyuntura, ni el interés que entre las hijas de Eva habia despertado, y con la libertad de trato que engendran las costumbres militares, disparaba al soslayo requiebros á las unas, ojeadas subversivas á las otras, y abrazos á las que se descuidaban ó lo fingian, que cada vez iban siendo en mayor número. De esta suerte estimulaba las nacientes esperanzas y ocultas ilusiones de las muchachas casaderas ó no casaderas del pueblo, que forjándose cada dia nuevos castillos en el aire, se preguntaban á sus solas con creciente afan y viva complacencia:—¿Quién será la preferida?—Y claro es que todas se contestaban en secreto, de modo que sólo su corazon las oyera:—¡De fijo yo!—Sería el primero que se me escapára.—

¡Pobres é incautas criaturas! Á más de una perdióla esta confianza excesiva en sus propias fuerzas, porque Sancho Gil era diestro en emboscadas y ardides, sabía hurtar el bulto para no caer en las celadas que le tendian las dulces enemigas de su reposo, y como buen cazador, no le agradaba gastar la pólvora en salvas. Bien puede decirse que siempre iba á tiro hecho y pieza segura.

La oscuridad y aislamiento en que Catalina vivia preservároнla por entónces de la especie de vértigo amoroso que parecia haber contagiado á todas las mozas del lugar. Por otra parte, habituada, como estaba desde que la recogió su tia Aldonza, al menosprecio de sus convecinos, tenía la infeliz tan desventajosa opinion de sí misma, que si alguna vez, cediendo á los irresistibles estímulos de la naturaleza, le habia aquejado el deseo imperioso de amar, jamás en su

(c) Ministerio de Cultura 2006

abatimiento se juzgó digna de ser amada. ¿Qué sentimiento de compasion y cariño podia inspirar ella, á quien todos rechazaban y aborrecian? ¿Quién habia de fijar su atencion en un sér tan insignificante, miserable y humillado?

Esto creia de buena fe; pero se engañaba. A pesar de su forzado apartamiento del mundo, Sancho la vió un dia en que, sola como de costumbre y á las horas en que las demás jóvenes de su edad no concurrian á la fuente, llenaba su cántaro en el único manantial de agua potable que, no léjos del pueblo, en pintoresca alameda brotaba; y al encontrarse con ella, deslumbróle su incomparable belleza, sintiendo nacer en él no vano y efímero capricho, sino una pasion sincera y profunda. Acercóse á la doncella, tímido y alterado, no obstante su proverbial desenvoltura, y Catalina oyó estremecida, como la hoja en el árbol, las primeras palabras de amor que con balbuciente labio Sancho Gil le dirigia. Aquel lenguaje de fuego, cuya regalada música nunca habia resonado en sus oidos, sacudió el corazon de la pobre niña, que estaba paralizado, mas no muerto, haciéndole despertar con el vigor del gérmen en el surco cuando le penetra el calor del sol; enardecióse la sangre en sus venas; bulleron en su vírgen fantasía, como evocados por la varilla de un mágico, mil sueños de ventura, y á medida que el soldado se explicaba, todo se engrandecia y trasformaba á los ojos de Catalina, pareciéndola más hospitalaria la tierra, ménos cruel su sino y más hermosa la vida. ¿Qué más he de decir? A las pocas horas de haberse conocido aquellas dos almas, hasta entónces tan separadas y extrañas, se comprendieron y se amaron.

No tardó en divulgarse por el pueblo la que podria llamar infausta nueva. Sancho cayó como ídolo vencido del pedestal en que el entusiasmo femenino le habia colocado, siendo las mujeres que más le ensalzaron, miéntras abrigaron la esperanza de atraerle y fijar su veleidosa atencion, las que con más iracundo encono despues le zaherian. Tampoco fué más dichosa Catalina, pues la levadura de envidia que contra ella fermentaba de antiguo en los corazones de sus compañeras, se convirtió súbitamente, como se convierte la chispa en hoguera, cuando encuentra combustible y el viento la atiza, en ódio envenenado y mortal. Pero ¿qué les importaban á los dos amantes los rencores y murmuraciones del mundo?

Todas las tardes, sobre poco más ó ménos á la misma hora, encontrábanse á la mitad del camino que desde el lugar conducia á la alameda, donde Sancho esperaba á la elegida de su alma para acompañarla hasta la cercana fuente, llevándola el cántaro; allí se deslizaba para ambos el tiempo sin medida, entretenidos en sabrosas pláticas, y cuando el sol empezaba á trasponer las cumbres comarcanas tornaban al pueblo, ella radiante de felicidad y él cada vez más enamorado y rendido.

Una viejecilla, maliciosa y murmuradora, que pedia limosna á la entrada del lugar, de donde era vecina, refunfuñaba todas las tardes al verlos volver risueños, descuidados y dichosos:—¡Hum! ¡Milagro será que con tantas idas y venidas el cántaro no se rompa!

III.

Plácidamente trascurrian las horas para los dos amantes, sin que se dieran cuenta de la veloz carrera del tiempo, hasta que al fin, como sucede siempre, ligera nube empañó el diáfano cielo de sus alegrías. Sin que Sancho Gil pudiera explicarse el motivo, Catalina cayó de pronto en honda é incurable tristeza, cuyos efectos procuraba disimular en vano, porque muchas veces, en medio de las más vivas expansiones de su cariño, arrasábansela de lágrimas los ojos, é inclinaba la frente meditabunda y mustia como flor que se dobla sobre su tallo. Cuantos esfuerzos hizo el suspicaz soldado para averiguar la causa del secreto é imprevisto dolor que laceraba el corazon de su novia, fueron inútiles; á sus reiteradas indagaciones y pesquisas contestábale siempre negándolo todo y burlándose con forzada risa de las inquietudes de Sancho, las cuales calificaba de locas é infundadas cavilosidades.

¿Es extraño que despertase en él grandes sospechas y temores la rara tenacidad con que la melancólica doncella pretendia encubrir el misterioso pesar que la abrumaba? ¿Por qué se aflige? ¿Por qué llora? pensaba Sancho, y no pudiendo hallar satisfactoria respuesta á sus dudas, daba libre rienda á la imaginacion, siempre propensa á creer en lo más malo, creyéndose vilmente vendido por la mujer á quien habia consagrado la única pasion verdadera de su vida.

Tan angustioso estado no podia prolongarse muchos dias, y como era de esperar, estalló al cabo el volcan que dormia en el pecho del amante celoso. Una tarde, poco ántes de la puesta del sol, Catalina y él, sentados á la vera del fresco manantial, medio escondido entre el espeso ramaje de los árboles á cuya sombra nacia, seguian con mirada absorta el rápido curso del hilo de plata, que escapándose del remanso, iba á perderse murmurando en lo más hondo y apartado del valle. Bajo la penosa impresion de sus encontrados pensamientos ambos estaban tristes, abstraidos y mudos, hasta que de improviso, desviando Sancho la vista de la fugitiva corriente y clavándola en su novia, exclamó con voz sorda y ahogada:

—¡Tú me haces traicion, Catalina!

—¿Yo?—repuso la jóven sorprendida.—¿Qué estás diciendo?

—¡La verdad! repuso él con mal disimulado enojo. ¡Basta de engaños y mentiras! ¿No son, por ventura, claras pruebas de tu falsía el hondo abatimiento en que á menudo caes, las lágrimas que viertes, los gemidos que, cuando más contenta finges estar, pugnan por salir atropelladamente de tu seno, y el obstinado silencio en que te encierras á pesar de mis súplicas? Es en vano, fementida, que niegues tu culpa. ¿Por quién puedes llorar como lloras, sino por algun rival mio, quizás ausente, quizás muerto, mas no olvidado?

Catalina nada contestó; bajó la cabeza y permaneció por breves momentos ensimismada. Notábase que en lo más recóndito de su pecho reñian en aquel instante ruda batalla, de un lado el deseo de desvanecer los ofensivos recelos de Sancho, y de otro, el espanto que le inspiraba la penosa confesion de un secreto, acaso horrible, hasta entónces con tanto empeño guardado. Resolvióse, por último, á hablar, y fijando con indefinible angustia las humedecidas pupilas en su amante, exclamó haciendo un supremo esfuerzo:

—¡Puesto que lo quieres, sea! Todo lo sabrás, aunque me cueste la vida. Pero ántes júrame por la santa memoria de tu madre que á nadie revelarás, ni siquiera en el trance de la muerte, lo que voy á decirte.

—¡Te lo juro!—dijo Sancho con acento grave y solemne.

—¿Ni al alcalde del lugar?—preguntó Catalina.

—¿Al alcalde? ¡Bah!.....—respondió con desdeñosa sonrisa el soldado.

—¿Ni al señor cura?—volvió á preguntar la jóven con viva ansiedad.

—Pero ¿qué tiene que ver el señor cura con todo esto?—replicó Sancho poniéndose serio, y no poco maravillado de lo que oia.

—¿Es que te arrepientes de tus juramentos?—repuso Catalina impacientándose.

Sancho quedó un punto perplejo sin saber qué decir; rascóse la oreja con aire distraido, y luégo, venciendo sus escrúpulos, contestó resueltamente:

—Pues no me vuelvo atras. ¡Ni al señor cura!

—Entónces acércate y escucha,—añadió Catalina en voz baja, no sin mirar azorada é inquieta alrededor suyo,

(c) Ministerio de Cultura 2006

como si temiese ser oida. Desde que vine al pueblo, claro es que llegaron á mi noticia, siquiera fuese vaga y confusamente, los rumores de que mi tia Aldonza tenía hecho pacto con el demonio; pero siempre me resistí á creerlos. Rebelábame hasta hace poco en silencio contra las malévolas acusaciones que se la dirigian, considerándola víctima, como yo, de los chismes y malquerencias del lugar. Nada, por otra parte, habia observado en mi tia que justificára la opinion de las gentes: asistia puntualmente conmigo á misa los domingos y demás fiestas de guardar, edificándome con su devocion; íbamos por la tarde al santo rosario; se confesaba á menudo, y era de las beatas que, como dice el sacristan, se llevan todos los dias las llaves de la iglesia. Verdad es que constantemente me trataba con despego, como si se gozára en hacerme padecer; pero yo perdonaba la aspereza de su carácter, y la atribuia, no sólo á las naturales impertinencias de su edad avanzada, sino á lo mucho que debian haberla agriado las calumnias é injusticias de sus convecinos. Mas ¡ay! veinte dias hace que ha caido la venda de mis ojos. Llamóme un sábado á su alcoba, donde con gran solemnidad y misterio me confesó que en efecto era bruja, pintándome con los más vivos colores las alegrías y placeres que le proporcionaban sus añejas relaciones con el diablo, y proponiéndome que la acompañára aquella misma noche á una de sus sacrílegas rondas. Yo la escuchaba atónita; neguéme horrorizada á seguirla: instó, suplicó, porfió, lloró, pero todo fué en vano, y jamas pudo vencer mi repugnancia. Entónces, vomitando maldiciones y blasfemias, arrojóse sobre mí como enfurecida loba, y arrastrándome por el pelo, me golpeó sin piedad, diciéndome con voz ronca, semejante á un aullido: «—¡Ya cambiarás de idea, víbora, ya cambiarás! Satanás, mi señor y dueño, está enamorado de tí, y es forzoso que seas suya. Se lo he prometido, y lo serás, porque yo lo quiero.»

—¡Ira de Dios!—exclamó Sancho, poniéndose en pié de un salto, como tigre herido y echando mano á la empuñadura de su espada.

—Desde aquel instante,—prosiguió diciendo Catalina entre mal reprimidos suspiros,—mi vida es contínuo tormento. Todos los dias, con palabras melosas, blandos halagos y tentadoras promesas, procura convencerme, y cuando ve que no puede conseguirlo, se lanza frenética sobre mí, pellizcándome, arañándome y atarazándome con bárbara crueldad.«—¡Mira!—añadió mostrando sus hermosos y redondeados brazos, cubiertos de mordiscos, rasguños y cardenales;—así está todo mi cuerpo. ¡Y si no fuera más que esto! Pero terribles visiones me persiguen en sueños, y tengo miedo de quedarme dormida. Aparéceseme el diablo bajo distintas formas, y me asedia, y me acosa, y me hostiga sin cesar, á veces risueño y á veces sombrío. Lucho con él en las tinieblas, invocando el nombre de la Vírgen María y repitiendo las oraciones que aprendí en el convento, hasta que la fatiga me rinde, y entónces, para librarme de las tenaces embestidas del demonio, tengo la precaucion, ántes de cerrar los ojos, de poner las manos en cruz sobre mi pecho, como si estuviera muerta.

Sancho escuchaba el relato de Catalina lívido y desencajado, conteniendo apénas su cólera, que habia llegado al colmo.

—¡Ay de mí!—continuó la infeliz criatura con la elocuencia que da el dolor verdadero.—¡Si hay ocasiones en que pienso volverme loca! Enmedio de la oscuridad veo fantasmas aterradores que me espian con incansable insistencia, y oigo en el silencio de mis noches sin sueño ásperas carcajadas y gritos inarticulados, que parecen decirme: «—¡Tú serás mia! ¡Tú serás mia! ¡Tú serás mia!»

Guardó una breve pausa, y exclamó despues con la más profunda desesperacion, mesándose los cabellos:

—¡Oh, Santa Madre de Dios, consuelo de los afligidos! ¿Qué he hecho yo para ser tan desgraciada?

Luégo, cayendo casi sin sentido á los piés de su conmovido amante, abrazándose á sus rodillas con crispadas manos y volviendo hácia él sus miradas suplicantes y despavoridas, añadió entre lágrimas y sollozos:

—¡Sálvame, Sancho mio, sálvame!

—¡Ira del cielo! ¡Ten ánimo, y no temas, que desde hoy te defiendo yo!—gritó el soldado, levantando á Catalina del suelo.—Porque has de saber que te quiero como jamás mujer alguna ha sido querida, y estoy resuelto á luchar por tí, no sólo con todas las brujas de la tierra habidas y por haber, sino con el cornudo rival que me ha deparado mi mala fortuna. ¿Tienes confianza en mí?

—¿Lo dudas acaso?—respondió Catalina llorando y riendo al mismo tiempo.

—Pues bien,—prosiguió el soldado.—Pruébamelo. El sábado próximo, cuando tu condenada tia, que mil rayos confundan, acuda, como de costumbre, á su nocturno aquelarre, me abrirás la puerta de tu casa.

—Pero ¿cómo quieres?.....—replicó la jóven bajando los ojos y poniéndose más encarnada que una cereza.

—Abre, y no tengas cuidado,—repuso Sancho sin dejarla acabar la comenzada frase.—Pues juro delante de Dios, que nos ve, hacerte mi mujer al pié de los altares en cuanto salgamos de esta singular aventura.

Catalina, trastornada por la alegría al oir la formal promesa de Sancho, no pudo conternerse, y se precipitó en los brazos del generoso mancebo, que la estrechó violentamente contra su corazon, colmándola de tiernas caricias. En el exceso de su felicidad no vieron en aquel momento á un enorme gato negro, de piel erizada y ojos centellantes, el cual atravesó de un salto el remanso de la fuente, y fué á esconderse bufando entre los espinos y zarzales que cerraban las heredades vecinas. La noche habia extendido ya su estrellado manto sobre el mundo cuando los novios emprendieron apresuradamente la vuelta al pueblo, tomando por un atajo para llegar más pronto. Sentada, como siempre, en el umbral de su miserable casucha estaba la vieja pordiosera, que, al verlos pasar á deshora, cabizbajos y pensativos, farfulló entre dientes, guiñando con maligna intencion sus ribeteados y penetrantes ojuelos:

—El cántaro no se ha roto todavía; pero ya está cascado, y se romperá.

IV.

Llegó la esperada noche del sábado. Áun no se habian apagado las últimas vibraciones de la campana que acababa de dar las doce en el reloj del pueblo, cuando Catalina, despues de haberse cerciorado de que su tia habia tomado el camino del humo para asistir á su conciliábulo semanal, abria con el mayor sigilo la puerta de la casa á su rendido galan, segun lo concertado con él dias atras en la fuente.

—¿Voló la bruja?—preguntó Sancho al entrar.

—Hace poco,—respondió Catalina trémula y avergonzada al verse sola con su amante.

—Pues guíame á su cuarto,—repuso el soldado sin notar su turbacion,—y búscame al punto la escoba más inútil y vieja que haya en la casa.

—¿Qué piensas hacer?—exclamó la jóven maravillada.

—Allá verémos,—contestó Sancho, como quien no quiere comprometerse demasiado con la respuesta.

Y esto diciendo, avanzaron por estrecha y escurridiza escalera, cuyos desiguales peldaños y negras paredes apénas lograba alumbrar la dudosa luz del candil que Catalina resguardaba con el hueco de una mano para que no la apagase el aire, el cual, por las rendijas de ventanas y puertas, sutilmente se colaba.

Subieron, por fin, no sin que Sancho tropezára várias veces, al oscuro y desguarnecido camaranchon donde la tia Aldonza tenía su cama. Consistia ésta en miserable jergon de tela burda, por cuyos agujeros se salia la paja, tendido en-

(c) Ministerio de Cultura 2006

medio del cuarto, y sobre el cual veíase arrebujado un raido y mugriento cobertor de lana que habia perdido ya, á fuerza de años, sus primitivos colores. La tia Aldonza nunca habia consentido que su sobrina entrára sola en aquella especie de antro en que dormia, ni siquiera para limpiar las telarañas, que ámplia y holgadamente colgaban del techo como las mallas de espesa red. Ni mesa, ni banquillo, ni arcon, ni anafe habia en aquella desmantelada estancia, cuya desnudez daba frio, como no fuese otro candil, que, pendiente de un clavo, despedia á intervalos sus últimas y vacilantes llamaradas.

—¡Valiente leonera!—dijo Sancho paseando la vista en torno suyo.

Y despues, volviéndose hácia Catalina, añadió:

—Anda, hija, anda, y traéme la escoba que te he pedido.

No bien estuvo solo, descolgó el candil, atizó su amortiguado pábilo, miró á un lado y otro, como quien busca algo que no encuentra, paróse á meditar un instante, y exclamó despues lleno de confusiones:

—¿Dónde tendrá la vieja sus maldecidos untos? ¡Ah, necio de mí!—dijo de pronto, dándose una palmada en la frente,—ó se los ha llevado consigo, lo cual no es probable, ó están guardados en el jergon.

Dobló, al decir esto, la rodilla en tierra, y alzando el candil para alumbrar de lleno el campo de sus maniobras, empezó á palpar en la paja, casi deshecha en menudas briznas, hasta que tropezó con un cuerpo duro y compacto que en una de las puntas del jergon estaba oculto.

—¡Hélo aquí!—gritó alegremente como si se hubiera hallado un tesoro; y metiendo el brazo por los desgarrones de la tela, sacó un sucio lio de trapos de distintos tiempos, clases, procedencias y colores. Deshízole lúégo pingajo por pingajo, no sin mal disimulada repugnancia, y descubrió al fin en las entrañas del hediondo envoltorio una desportillada jícara, tapada con papel de estraza, en la misma forma usada por los boticarios. Rompió aceleradamente el papel para examinar á sus anchas el nauseabundo ungüento que el tarro contenia, y dijo al verlo, echándose hácia atras casi desvanecido:—¡Uf, qué asco; si hiede á sepultura!

Pero reponiéndose en seguida de la desagradable impresion que el diabólico unto habia producido en su olfato, guardó cuidadosamente jícara y trapos debajo del jergon, temeroso sin duda de que Catalina le sorprendiera y tratára de impedir la realizacion del plan que habia concebido, si llegaba á enterarse de él. Seguro ya por esta parte de no ser descubierto, y miéntras su novia llegaba, púsose á dar vueltas como leon enjaulado por el reducido zaquizamí, y poco á poco, arrastrado por la impetuosa corriente de sus ideas, comenzó á hablar solo, distraido y sin saber lo que se hacía.

—Vamos á cuentas, Sancho amigo—decia paseándose—y piensa bien cómo saldrás del apretado lance en que te has metido. Quizás sería mejor y más acertado que dieses cuenta á la Santa Inquisicion de lo que aquí pasa; pero has jurado callar, y un hombre como tú no vuelve tan aína sobre un juramento libremente y con plena voluntad prestado. Ahora bien; ¿puedes consentir, como español y como católico, que el demonio te birle la novia y se lleve un alma cristiana al infierno? Eso no, ¡voto á brios! aunque pierdas la vida; y puesto que no hay otro camino que éste que has imaginado para salvar á Catalina de las garras de su astuto perseguidor, y la quieres bien, y no puedes contar con humano auxilio, so pena de vender un secreto que has prometido guardar, y la farandulera de la bruja anda en tratos para entregar á Satanás lo que no es suyo, ¡adelante! y salga el sol por Antequera, que dispuesto estoy á habérmelas, si Dios me favorece, como espero, con el mismísimo Satanás en persona. Contra sus malas artes tengo yo mi fe, y contra sus cuernos, mi espada.

En esto entró de vuelta Catalina, impaciente por saber para qué necesitaba Sancho en aquella ocasion la escoba que con tanta insistencia le habia pedido, y que, en efecto, le traia. Pero el soldado, firme en su propósito, no satisfizo la curiosidad de su novia; ántes bien, dirigiéndose á la jóven con tono de autoridad, puso fin á sus reiteradas preguntas, súplicas y lamentos, diciendo:

—Basta de lloriqueos. Si, como dices, tienes confianza en mí, no pretendas conocer lo que no he de contarte, así me trague la tierra, hasta que haya salido airoso de mi empeño. Sólo te encargo y exijo que á nadie reveles nada de cuanto aquí suceda, ni te asustes si ves que desaparezco, como tu tia, sin saber por dónde, ni dudes de mi cariño si observas que tardo en volver, porque, pese á quien pese, tuyo he de ser en esta vida y en la otra. Por lo demás, ten como cosa cierta que con el auxilio de Dios he de librarte para siempre de las asechanzas del diablo; aunque por si acaso, bueno será que no te descuides, porque el demonio hila delgado, es muy travieso, y muy capaz de hacernos en un abrir y cerrar de ojos la más mala pasada del mundo. Con que, prenda mia, ya que sabes lo que puedes saber, dame un abrazo y véte.

La jóven, acongojada y recelosa, quiso replicar; pero Sancho, cubriendo su frente de apasionados besos, empujóla fuera del cuarto, á pesar de la resistencia que ella, deshecha en lágrimas, oponia, y exclamó con voz solemne al cerrar tras de su amada la puerta de la habitacion:

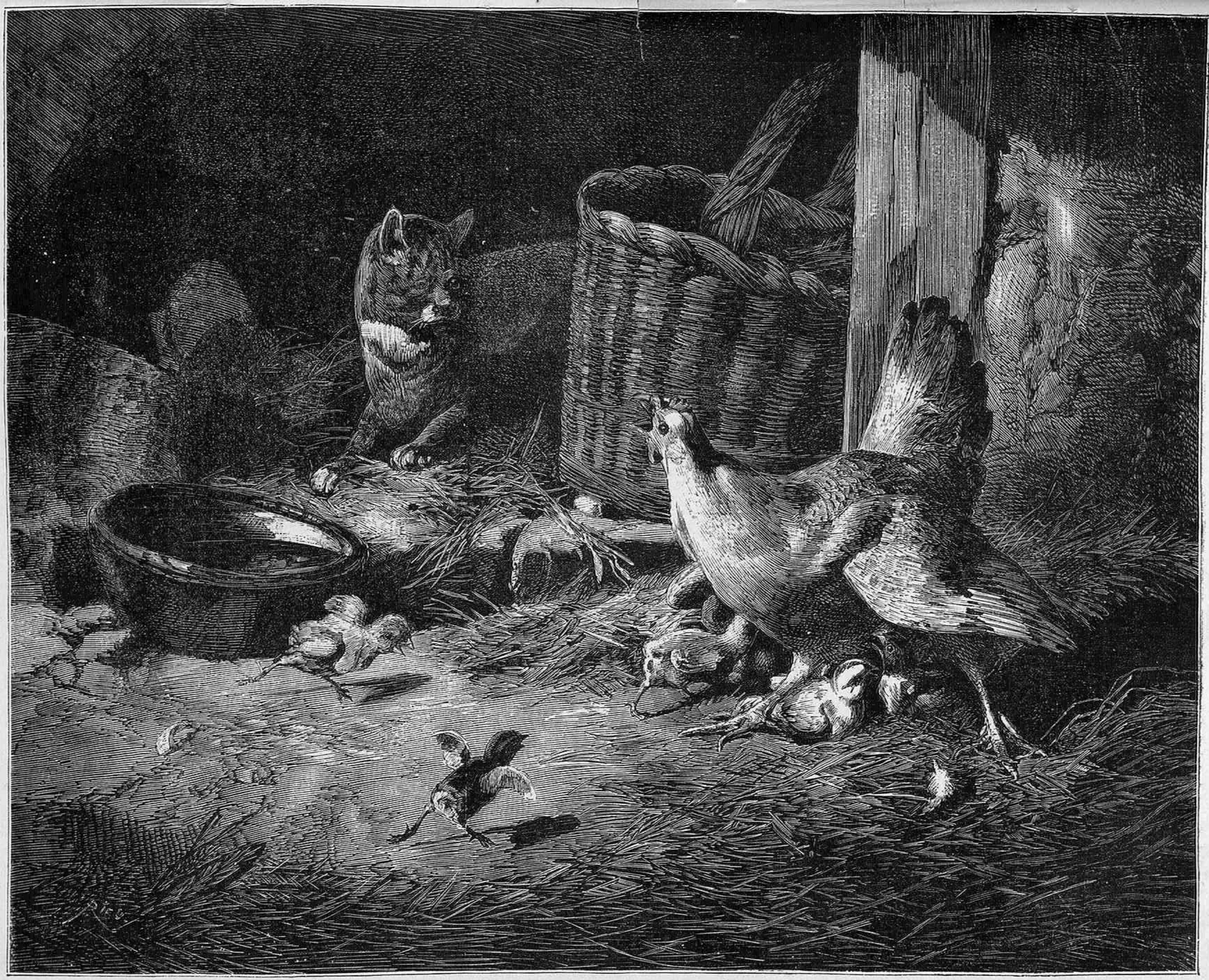
—Catalina, no lo olvides: ¡reza por tí y por mí, y confia, que pronto nos verémos!

Despues, cuando se halló otra vez solo, volvió á sacar de debajo del jergon la inmunda jícara, examinó con delectacion la templada hoja de su espada de Toledo, que aquella misma tarde tuvo la feliz idea de rociar con agua bendita, y encomendándose á Dios con toda su alma, se dispuso á emprender su extraordinaria y arriesgada expedicion en busca del diablo.

La noche, hasta entónces clara y serena, se habia tornado lóbrega y tormentosa; densos nubarrones cubrian el cielo, y empezaban á oirse distantes y confusos los bramidos del viento que sacudia los pinos seculares y azotaba las rocas de la vecina sierra. Sancho, ocupado en hacer sus aprestos de viaje, no levantó una sola vez la cabeza, ni se le ocurrió siquiera mirar el espacio al traves del estrecho tragaluz por donde recibia el aire el infecto chiribitil de la bruja, porque si lo hubiera hecho, habria visto asomado al agujero y fijo en él con sarcástica risa el más horrendo rostro que en enferma imaginacion puede engendrar la calentura. Era aquel rostro anguloso, cetrino, duro, y aunque aisladamente consideradas sus facciones aparecian regulares, casi podia decirse que hermosas, el conjunto resultaba tan monstruoso, que no podia mirársele sin espanto. Sus ojos, profundos como el mar y como él tempestuosos, fulguraban de vez en cuando del mismo modo que las olas sacudidas por el remo en las noches de verano. Su nariz prominente y encorvada daba sombra á unos labios delgados, reprimidos y burlones, en los cuales erraba la sonrisa á la vez más irónica, doliente y amenazadora que hombre nacido de mujer ha visto ni verá. Negras, abundantes y crespas guedejas, enmarañadas como selva vírgen, por donde, á semejanza de sierpes de fuego, circulaban ensortijándose con rápido movimiento extrañas fosforescencias, coronaban la alta y espaciosa frente, llena de pensamientos sombríos, de la siniestra vision que con tan vivo interes atisbaba desde fuera todo cuanto Sancho Gil hacía. A medida que éste adelantaba en sus preparativos, el fantasma se frotaba alegremente las manos, de las cuales saltaban chispas, y su odiosa fisonomía, dónde todas las malas pasiones desbocadas y sueltas parecian haber estampado su huella, se animaba con un gesto, que sin ningun género de duda queria decir:—¡Diviértete enhorabuena, malsin, que ya me las pagarás todas juntas!

Llegó el momento decisivo. Ungió Sancho algunas partes de su cuerpo con el unto infernal, aseguróse la espada, y montando en el palo de la escoba que Catalina le habia traido, salió de improviso por el tragaluz, disparado como una flecha. La sacudida que sufrió al elevarse fué tan ruda y hasta cierto punto tan inesperada, que casi le privó del

(c) Ministerio de Cultura 2006



SOBRESALTO DE UNA MADRE.

COPIA DEL CUADRO DE D. FEDERICO JIMENEZ Y FERNANDEZ.

(c) Ministerio de Cultura 2006

conocimiento; asióse á la escoba con el afan del jinete que habiendo perdido los estribos y la silla se abraza al cuello de su indómita cabalgadura, cerró los ojos medio trastornado, y se dejó llevar al traves del espacio, diciendo para sus adentros: —¡Mal empieza la jornada! ¿A que todavía me rompo la crisma?

V.

Pero ¡oh extraño prodigio! No bien acababa de salir Sancho por el angosto tragaluz con el ímpetu de que he hablado, cuando por el mismo respiradero penetró en el camaranchon de la bruja una humareda densa, que como niebla opaca envolvió y oscureció momentáneamente la moribunda luz del candil. Poco á poco el negro vapor que se habia esparcido por toda la estancia fué reconcentrándose en un punto, y del fondo de aquella espesa aglomeracion de humo empezaron á destacarse gradualmente los indecisos contornos de un sér humano, hasta que clara y distinta apareció al cabo de algunos segundos la marcial y arrogante figura de Sancho Gil. Pero ¿cómo se encontraba allí? ¿Cuándo y por dónde habia vuelto? ¿Por qué arte misterioso hallábase otra vez en aquel lugar, calzado, vestido y como estaba ántes de que emprendiera su aérea peregrinacion, tan de improviso interrumpida? Qué significaba la nube de humo de cuyo seno habia surgido? Ya no podia abrigarse sobre la realidad de su presencia la menor duda; él era: aquel era su rostro, aquel su gallardo continente, aquel su militar arreo, aquel su bien templado acero, en que tanta confianza tenía, hasta para habérselas con el diablo. Mas ¿cómo habia llegado? ¿Quién le habia traido?

La proverbial perspicacia del curioso lector habrá comprendido el secreto de esta súbita aparicion, si no ha olvidado, como creo, la medrosa catadura de aquel sobrenatural personaje que al traves del tragaluz habia estado observando hasta el último instante, con mal reprimido regocijo, los preparativos de marcha de Sancho, y sin necesidad de que yo me esfuerce en contárselo menudamente, se pondrá de seguro al tanto de todo. Es el caso que el diablo, ofendido de la treta con que el soldado aventurero le amagaba, habia resuelto tomar de él ámplia venganza y cumplido desquite. Para lo cual, miéntras el temerario mozo iba por los aires en busca suya, Satanás, revistiendo la forma corpórea de su enemigo, trataba, con la más perversa intencion que puede caber en demonio resentido, de escamotearle á mansalva la novia, y se relamia de gusto el muy taimado ante la golosa perspectiva de matar dos pájaros de un golpe; ó hablando sin rodeos, ante la idea de manchar con engaño el virginal candor de Catalina y hacer una morisqueta de los infiernos á su atrevido, pero imprevisor rival. Queria dar, como vulgarmente se dice, al maestro, cuchillada.

Refocilándose de antemano con la certeza del exito, descendió con paso firme los peldaños de la empinada escalera por donde se llegaba desde el chiribitil de la bruja hasta la alcoba de Catalina, situada en el piso bajo de la casa. La puerta del cuarto en que la jóven se recogia durante la noche, se abrió por sí sola delante de él, obediente y sin ruido; acercóse Satanás de puntillas, asomando maliciosamente la cabeza para oliscar, sin ser visto, lo que pasaba dentro; pero de pronto retrocedió azorado y tembloroso: descompúsose su fisonomía, empezó á dar diente con diente, y volviéndose de espaldas á la alcoba, quedó por algunos momentos como petrificado. ¿Qué habia visto, que así le imponia? Habia visto á Catalina orando arrodillada, con la expresion de la fe más viva y del dolor más intenso, á los piés de un tosco crucifijo de madera que en dias más bonancibles y serenos le habia regalado su tia, la bienaventurada monja de Cuenca, como único escudo contra las tribulaciones de la vida. Oraba por el hombre á quien tiernamente preferia, tal vez expuesto en aquella hora á los mayores riesgos, y al orar por él, rezaba tambien por sí misma, que habia cifrado en el amor de Sancho su única esperanza.

El diablo, todo desconcertado y confuso, fué retirándose por el mismo camino que habia traido hasta el primer tramo de la escalera, donde el recodo que la pared formaba, se interponia entre él y la religiosa escena que habia excitado su terror. Permaneció en aquel lugar, siempre vuelto de espaldas á la alcoba de Catalina, todo el tiempo necesario para recobrar la calma que habia perdido, y luégo, haciendo un esfuerzo desesperado, exclamó con voz doliente y compungida:

—¡Catalina, bien mio, vén! ¡vén pronto!

La jóven se levantó entre sobresaltada y sorprendida, creyendo haber oido la voz de Sancho. Detúvose suspensa, prestó de nuevo atencion, queriendo ahogar, para no perder el rumor más leve, hasta los acelerados latidos de su corazon, y esperó en silencio. Poco despues, la misma voz quejumbrosa, que reconoció ya por la de su amante, volvió á decirla con tono melífluo y blando:

—¡Catalina, bien mio, vén! ¡Te espero!

No dudó más. Subió ligera, como corza perseguida, la pendiente escalera, y entró rebosando de alegría en el cuchitril de la tia Aldonza, donde el diablo, repuesto por completo de su anterior susto, esperábala confiado y risueño, bajo la mentida apariencia de Sancho.

—¡Loado sea el Señor! —dijo la enamorada doncella, no sin que su maligno interlocutor hiciera al oirla un mohin de enojo. —¡Loado sea el Señor, que te ha apartado, Sancho mio, de tus malos propósitos y vanas tentativas.

—¿Qué es apartar? —replicó el diablo copiando fielmente, no sólo las inflexiones de voz, sino el gesto provocativo y el ademan determinado de su rival. —¿Por ventura, cuando acometo una empresa, soy hombre de cejar en ella sin más ni más? No me conoces. En seguimiento de mi enemigo iré aunque sea al fondo mismo del infierno; pero como el viaje puede ser azaroso y quizás largo, quiero, vida de mi vida, despedirme solemnemente de tí.

Y ántes de que la descuidada niña pudiera defenderse del imprevisto ataque, atrájola arrebatadamente hácia sí, estrechóla con frenesí amoroso entre sus brazos membrudos é imprimió en los castos labios de Catalina un ósculo frio como el soplo de la muerte. Al contacto glacial de aquel beso, la jóven sintió circular por sus venas devoradora llama y ascender tumultuosamente desde su corazon á su cerebro, como sube el fuego desde el fondo hasta la boca del cráter, oleadas de deseos abrasadores que nunca, hasta entónces, habia conocido. Convulsa, extraviada, loca, con las mejillas encendidas, los labios trémulos y la mirada incierta, dejóse aprisionar por el diablo, el cual, fascinándola con sus ardientes pupilas en que hervian los más groseros y desordenados apetitos, presenciaba como en triunfo los últimos sacudimientos de aquella virtud agonizante, próxima á sucumbir en tan terrible lucha, no por la torpeza del alma, sino por la insidiosa rebelion de los sentidos. Ya el enemigo malo, redoblando sus torpes caricias, se gozaba con la idea de su fácil victoria, cuando la desdichada vírgen pudo escaparse, no sin violencia, de los libidinosos brazos que la apretaban á modo de férreas tenazas, y postrándose de rodillas á los piés de su tentador, balbució trastornada, haciendo con el pulgar y el índice de la mano derecha la señal de la cruz.

—¡Jura, jura otra vez por este bendito signo que serás mi esposo!

Satanás dió un rugido de cólera. La ira y el miedo se retrataron de nuevo en su semblante desencajado; erizósele el cabello, saltábansele los ojos de las órbitas, y como si le ofuscára irresistible resplandor, cubrióse el rostro con las manos, marchando hácia atras con paso vacilante é inseguro. Un rayo de la luz del cielo penetró entónces en el alma de Catalina: todo lo comprendió; la causa del febril ardor que la consumia, la aviesa intencion del diablo, el dis-

(c) Ministerio de Cultura 2006

fraz con que éste se habia presentado, el peligro que la amenazaba, y sacando fuerzas de su propia debilidad, avanzó valerosamente hácia el demonio, que seguia retrocediendo amedrentado, como acometido de atroces dolores, mostrándole siempre el sagrado símbolo de la humana redencion.

—¡Ah, maldito, maldito!—exclamó al reconocerle, con voz penetrante y fria como el filo de una espada.—Has querido vencerme á traicion; pero la piedad de Dios me ha salvado. ¡Ya no te temo!

—Aparta de mi vista esa cruz—dijo el diablo con acento sumiso—y te daré cuanto quieras.

—¿Qué has de darme tú, réprobo?—repuso Catalina llena de santa indignacion,—y ¿qué he de recibir yo de tus manos impuras? Ni la gloria recibiria, si pudieras dármela, que no puedes, ¡serpiente inmunda y venenosa!

—¡Te acordarás de mí!—refunfuñó el diablo lanzando á Catalina una mirada oblícua, tan cobarde como rencorosa.

—¡Ah! ¿Me amenazas?—replicó la jóven cada vez más poseida del espíritu de Dios, acorralando audazmente á su enemigo.—¿Y qué me importa? Escudada por esta cruz, yo, flaca y mísera mujer, te desprecio; pero despreciarte es poco: te abofeteo y te escupo.

Y al pronunciar estas enérgicas palabras, puso la mano y la saliba en la descompuesta cara de Satanás, que cayó, presa de horribles convulsiones, á las plantas de la inspirada doncella.

—¡Ten compasion de mí!—gimió arrastrándose y retorciéndose por el suelo como culebra quebrantada.—Aleja de mis ojos ese signo que me quema.

—¡No, no!—repuso Catalina en el parosismo de su sentimiento religioso, poniendo atrevidamente el pié en la cabeza del demonio. Clavó despues en el cielo sus ojos purísimos, en los que resplandecia la fe más acendrada, y dijo con voz vibrante y fervorosa:—¡Oh, Jesus mio, dame fuerzas para aplastar la frente de este aborto del infierno! Yo vivia triste, pero tranquila, y ha emponzoñado mis dias y mis noches, y ha manchado la imágen de mi amor, tomando, para seducirme, la forma del hombre que reina en mi corazon, y ha pretendido robarme con engaño la pureza del cuerpo y del alma, y me persigue sin descanso, y me martiriza sin piedad..... ¿Por qué he de tenerla de tí?—gritó revolviéndose iracunda contra el ángel caido.—¡Ah, si en mi mano estuviera, y la inmortalidad no fuese para tí el mayor y el más insoportable de los castigos, cien y cien veces te arrancaria la vida!

El diablo, conociendo su impotencia para luchar en aquel momento, habíase quedado silencioso, rígido y paralizado, con el rostro pegado á la tierra para no ver la cruz salvadora que Catalina agitaba sobre él con febril exaltacion. Así hubiera permanecido largo rato, como lobo cogido en la trampa, cuando ha agotado en estériles esfuerzos su vigor muscular y comprende que la fuga es imposible, si pasada la excitacion nerviosa que hasta entónces la habia sostenido, Catalina no hubiera sentido los primeros amagos de la natural postracion con que termina siempre todo extraordinario sacudimiento del cuerpo ó del alma. No es que decayera su voluntad; pero conoció que sus fuerzas desfallecian; irresistible pesadez gravitaba sobre sus párpados, que se cerraban á pesar suyo; zumbábanla los oidos, y sintiéndose á punto de caer desvanecida, tendió ambas manos hácia adelante por un movimiento instintivo, como el del ciego que no sabiendo donde fija la planta, teme hundirse de pronto en desconocida sima. Satanás, aprovechando la ocasion, irguióse altanero y sombrío; fulminó contra Catalina la más vengativa y feroz de sus miradas de fuego; hizo retemblar la casa con una carcajada estentórea, parecida á un trueno prolongado, y escapándose por el tragaluz como fugaz centella, gritó, rechinando los dientes de rabia:—¡Ah, traidora y vil criatura! Me has humillado, pero no gozarás de tu triunfo. Nada puedo contra tí; mas Sancho, á quien amas con el amor de que se muere, está en mi poder. ¡Es mio, y no le verás más!

Pálida, confundida y sin aliento apénas, la infeliz Catalina, dominada por tan encontrados afectos, cayó desplomada como una muerta, exhalando imperceptible gemido, y su hermosa cabeza rebotó con sordo golpe, haciéndose sangre al chocar contra los ladrillos del pavimento.

VI.

¿Qué era, entre tanto, de Sancho Gil? Jadeante y trastornado, seguia surcando el espacio á impulsos de la fuerza misteriosa que le arrebataba, haciendo ejercicios difíciles para guardar el necesario equilibrio y sostenerse firme en el escurridizo palo de escoba que le servia de único punto de apoyo en los aires.

Despues de algunos instantes de mortal incertidumbre, que le parecieron siglos, recobró al cabo la serenidad perdida. Miró en torno suyo y nada vió; la oscuridad era profunda, intensa, impenetrable como la del sepulcro. Poco á poco, sin embargo, sus ojos fueron acostumbrándose á las tinieblas, y aunque confusamente, creyó distinguir al lado, delante y detras de él, cerrados escuadrones de brujas, duendes, trasgos, gnomos y endriagos, todos de formas grotescas, caprichosas ú horribles, cuya negrura resaltaba del fondo mismo de la sombra, al traves de la cual alborotadamente le seguian.

El valor de mi héroe rayaba en temeridad, pero estaba acostumbrado á reñir con los hombres y no con los espíritus infernales. A pesar de la decision con que acometió esta empresa, su ánimo empezaba á flaquear, y mucho más al sentir que bajo la presion de sus temblorosas piernas, la escoba en que iba montado se convertia, con acompasados sacudimientos, en aligero y formidable dragon.

Cediendo á un impulso puramente instintivo, que muchas veces precipita á los hombres en los mismos peligros que quieren evitar, Sancho, ciego y fuera de sí, quiso arrojarse á tierra desde su escamosa cabalgadura, pero al intentarlo, notó horripilado que sujetaba sus piés viviente y animado nudo. Era una culebra que, apretando lenta y suavemente sus flexibles anillos, subió enroscándose por el cuerpo del pobre soldado hasta poner su cabeza achatada al nivel de la de su víctima y fascinarle con sus pupilas inmóviles y vidriosas. Para colmo de horror resonó entónces ronca y estridente carcajada, que repetida por eco interminable, crecia y crecia confundiéndose con el estrépito de una catarata, cuya rauda corriente aumentára sin cesar. ¿Qué sér extraordinario, fuera de toda medida humana, era aquél que con su risa bronca y destemplada hacia retumbar la tierra y el cielo? Sancho no sabía lo que significaba este inesperado estruendo, ¿ni cómo habia de figurarse, ignorando lo acontecido, que fuese la carcajada siniestra y feroz con que en aquel mismo momento Satanás se despedia de Catalina, huyendo de ella abofeteado y escarnecido?

Aun no habia vuelto de su asombro cuando le pareció que los ojos del dragon se inflamaban, y á la tibia claridad que esparcian, muy semejante á la que despide el primer albor de la mañana, Sancho pudo ver, como al traves de blanca neblina, el medroso *pandemonium* que en su violentísima carrera le acompañaba, ó más bien, le envolvia. Desde el punto que ocupaba, divisábanse hasta donde podia alcanzar la vista por la estela fosforescente que el dragon dejaba en pos de sí y por el espacio que con el indeciso fulgor de sus ojos iluminaba ante él, innúmeros enjambres de espectros bulliciosos que con celeridad pasmosa iban, venian, avanzaban, retrocedian y volteaban, saltando y zambulléndose alternativamente en la sombra aglomerada encima y debajo de ellos, como en dias serenos saltan y se zambullen los peces en el mar. Jinete en negro corcel, cubierto con largas gualdrapas rojas festoneadas de plata, iba delante, rompiendo la marcha á guisa de postillon, un diablo pigmeo y lisia-

(c) Ministerio de Cultura 2006

do, que chasqueaba, en vez de fusta, ondulante relámpago, con el cual cortaba á intervalos la lóbrega inmensidad del cielo. Miríadas de híbridos engendros, larvas gigantescas, enanos inverosímiles, enormes animales con cabeza de mujer y garras de grifo, murciélagos colosales, ídolos gibosos, panzudos ó informes de la India, del Egipto y de América, dioses arrojados del Olimpo griego, sin patria, ni hogar, ni templo, ni culto, se deslizaban mudos y precipitados, haciendo extrañas muecas y contorsiones por el espacio sin límites. Allí, en indefinible mezcla y turbulento oleaje, atropellábanse con irresistible ímpetu, como impelidos por viento tempestuoso, los duendes domésticos menudos, contrahechos y fisgones; los demonios de un órden superior en cuyas frentes contraidas no se habia aún borrado el sello de su primitiva grandeza; las brujas desnudas, secas como momias, cabalgando en machos cabríos ó navegando por los aires en rotos cedazos; las antiguas ninfas envejecidas y harapientas, lanzadas, por el espíritu de Dios, de los bosques, rios, fuentes y florestas que ántes animaron con su hermosura; los ya caducos é inválidos sátiros; las furias desgreñadas, pero impotentes, y, para decirlo de una vez, todos cuantos entes sobrenaturales maléficos y monstruosos ha soñado ó entrevisto la conciencia humana en sus insomnios de desesperacion, de locura ó de espanto. Y como si tan espeluznante espectáculo no bastára por sí solo para trastornar el cerebro mejor organizado, el vertiginoso movimiento de rotacion con que avanzaban estas legiones fantásticas acrecentaba las angustias de Sancho, que atónito y mareado, cerraba los ojos para no ver los prodigios y horrores de aquella noche sin fin, en cuyo seno tenebroso parecia haberse volcado todo el infierno.

Arrebatado por aquel torbellino viviente, á lomos del dragon, cuyo rápido curso no le era dable reprimir ni contener, y prisionero de guerra de Satanás y de sus turbas réprobas, tuvo miedo y tembló, porque hombre era, sometido, como todos, á las debilidades y miserias de la flaca naturaleza mortal. Sobrecogido de terror, quiso buscar la proteccion divina, invocando el sagrado nombre de Jesus; pero la lengua se le pegó al paladar, y no pudo articular palabra. Entónces pretendió recordar mentalmente las piadosas oraciones que habia aprendido de niño en el regazo materno; mas su entendimiento y su memoria se habian entumecido, y no acertó á coordinar ni una plegaria, ni una idea. Por último, intentó hacer con las manos la señal de la cruz, y sus miembros no le obedecieron, no sólo porque la voluntad estaba en él completamente anonadada, sino por que se lo impedian las fuertes ligaduras del reptil asqueroso que le rodeaba el cuerpo como pesada cadena, mirándole siempre de hito en hito.

En este indescriptible estado de desvanecimiento é inercia moral, cruzaba el espacio infinito á la ventura, sin que pudiese siquiera darse cuenta, pues habia perdido la medida del tiempo, de lo que duraba su tremenda expedicion. Larga, sin embargo, debia de ser ya, y grande la extension recorrida, por que si bien la densa oscuridad que limitaba por todas partes aquella ronda diabólica no le permitia descubrir nada más allá de la línea vagamente iluminada en cuyo centro se movia, el sordo rugido de las olas y los acres efluvios salinos que hasta él subian, no le dejaban la menor duda acerca de su paso frecuente por encima de los mares, ora sosegados, ora borrascosos. Ademas, la alternada sucesion de distintas temperaturas, desde el frio glacial de los polos hasta el calor asfixiante de la zonas tropicales, hacíale comprender, á pesar de su aturdimiento, que su peligrosa peregrinacion podia quizás no tener término conocido, y hasta recelaba si estaria condenado, como alma errante, á girar eternamente y sin reposo al rededor de la tierra.

Equivocábase, sin embargo, en sus cálculos y temores, por que cuando más léjos creia estar del mundo, cayeron de improviso, él y su infernal acompañamiento sobre una vasta planicie inculta, que cerraba por todas partes en forma de anfiteatro, larga cadena de montañas. Al tocar en tierra, deshízose como columna de humo dispersado por el aire el dragon que le habia traido, y la inmunda culebra que le atormentaba, desprendiéndose de él, se arrastró velozmente por el suelo hasta ocultarse entre unos jarales próximos. Sancho quedó, pues, de pié, libre y suelto enmedio de los espectros que le habian seguido, los cuales á la sazon, con desaforada gritería, brincaban y corrian frenéticamente en direcciones opuestas, alumbrados por la pálida luz de la luna.

Pero cuando mayores eran la algazara y el tumulto, una voz tonante impuso á todos órden y silencio.

Alzábase en mitad de la explanada, á manera de dólmen, un grupo aislado de peñas graníticas, donde Satanás, apénas hubo restablecido la disciplina de sus huestes, se sentó imponente y cejijunto, envuelto en negra y flotante túnica, por debajo de la cual asomaban sus enormes pezuñas hendidas. Su estatura era gigantesca, su frente despejada, su mirada dominadora, y habia en su expresion indefinible algo que recordaba no sólo su orígen excelso, sino la antigua majestad de su celeste jerarquía, que habia degradado, pero no perdido. A un gesto suyo todos los demonios mayores y menores, ídolos, brujas, duendes, trasgos y monstruos le hicieron reverencia y se postraron ante él humildemente, ménos Sancho, que permaneció erguido, á pesar del invencible pavor que le sobrecogia.

—¡Adórame, esclavo! gritó Satanás enfurecido, con acento agudo y penetrante como el silbido de una serpiente.

Sancho nada contestó; pero ni inclinó la cabeza, ni dobló la rodilla.

—¿Te resistes y me desafias? continuó el diablo rujiendo de cólera ante la actitud firme del soldado.—Pues yo abatiré tu soberbia. ¡No hay salvacion para tí! ¡Oid! clamó encarándose con sus turbas sumisas, que atentamente le escuchaban, y paseando por ellas sus miradas avasalladoras:—Este gusano vil de la tierra se ha interpuesto en mi camino, despertando el amor de la púdica vírgen que guardaba yo para mi deleite y para escarnio de los cielos. Por él la animosa doncella me ha despreciado; por él ha puesto su mano en mi mejilla y su pié en mi frente, ¡por él me ha vencido!

Estas palabras de Satanás produjeron sordo murmullo de indignacion y asombro entre la muchedumbre maldita que le obedecia y adoraba. Acallóla con ademan imperioso, y prosiguió diciendo:

—Pero, no contento con el mal que me ha causado, este miserable siervo ha querido profanar nuestros ritos misteriosos, sorprender nuestras ceremonias ocultas y medir sus fuerzas conmigo de igual á igual en abierta y campal batalla. ¿No es cierto que debe morir?

—¡Sí, sí!—gritaron todos, agitándose furiosos como las olas del mar alterado.—¡Debe morir!

—Pero con muerte espantosa como la que he padecido por su culpa,—añadió con voz chillona un carbonizado esqueleto de mujer que, abriéndose paso al traves de la apretada multitud, avanzó hácia Sancho, desafiándole con sus puños crispados y fijando en él las vacías cuencas de sus ojos. Por él me tostaron viva. ¡A la hoguera con él!

—A la hoguera con él!—aullaron los fantasmas con feroz alegría.

Sancho creia haber oido en alguna parte la voz de aquel vengativo esqueleto; pero no recordaba dónde.

—¡A la hoguera, á la hoguera con él!—volvió á repetir el condenado coro.—¡Venguemos á nuestro dueño y señor, y á la maestra Aldonza.

—¡Calla, es verdad!—Dijo el soldado para sí, no poco sorprendido.—La tia Aldonza es; mas ¿cuándo y dónde la han achicharrado?

En esto, á una señal de Satanás algunos duendes malignos, tan diminutos que apénas levantaban dos palmos del suelo, se escurrieron ágiles y sutiles por entre los pocos intersticios y huecos que el apiñado concurso dejaba expeditos, y ganando de un salto la sierra inmediata, volvieron en seguida arrastrando cada cual con fuerza prodigiosa un corpu-

(c) Ministerio de Cultura 2006

lento pino. Formaron con los troncos elevada pira en ménos tiempo del que es menester para contarlo; prendiéronla fuego, y echándose de bruces alrededor de ella, soplaron con tal ímpetu, que la llama rugiente y ondulante subió entre negros remolinos de humo hasta tocar en las nubes.

Pronto la voraz hoguera, semejante al incendio de un monte, iluminó con su resplandor rojizo el pavoroso cuadro, y entónces la legion de espectros que habia presenciado inmóvil y muda estos preparativos, se abalanzó dando feroces alaridos sobre el pobre Sancho. En aquel apurado trance, el instinto de la propia conservacion se sobrepuso en él á los desfallecimientos del miedo, y desenvainando la espada empezó con desesperada furia á repartir tajos y mandobles á diestro y siniestro. Pero sus repetidos golpes sólo hendian el aire, porque nada valian contra aquellos impalpables enemigos, que le acosaban sin temor y estrechaban cada vez más el círculo de hierro dentro del cual tan fiera como inútilmente el infeliz soldado se revolvia. Su vigor se agotaba en esta lucha estéril; rendíale la fatiga, copioso sudor frio bañaba su cuerpo, agolpábasele la sangre al corazon, y sentia que le faltaba tierra donde poner el pié; pero á pesar de todo, se defendia sin descanso, blandiendo á un lado y otro su impotente acero. Desencajado y rígido, cedió al fin, abrumado por el número; cien brazos fornidos cayeron á la vez sobre él, haciendo presa, y en aquel mismo instante un inmenso grito de júbilo resonó en el espacio y voló repetido de cumbre en cumbre:—¡Ya está cogido! ¡Ya está cogido!

Parecia perdido sin remedio; pero sacudiéndose con violencia desesperada logró desasirse de las manos que le oprimian y arrastraban hácia la hoguera. Libre por un momento, hincó la espada en tierra, sin que pudieran impedírselo; prosternóse fervorosamente ante la cruz de la empuñadura, y clavando en ella su mirada atónita, exclamó con acento en que gemian todos los dolores humanos:—¡Oh, Jesus mio, ampárame!

Al pronunciar Sancho este nombre bendito, el vasto erial, donde tan extraordinarios sucesos acontecian, quedó, como por ensalmo, desierto y silencioso. Todo desapareció; el diablo, su abigarrada córte, la colosal hoguera, hasta el monton de peñas en que Satanás se habia sentado como en un trono.

Vencido por las fuertes emociones que durante aquella tremenda noche le habian atormentado, Sancho prorumpió en desgarradores sollozos y perdió el sentido.

VI.

Cuando volvió de su desmayo, comenzaba á despuntar el dia. Incorporóse pesadamente, tendió en torno suyo la vista y reconoció, no sin extrañeza, el sitio en que se hallaba, el cual era un páramo que á corta distancia de Buenache de la Sierra se extendia.

Algun tanto repuesto, enderezó sus pasos hácia el pueblo; pero estaba tan postrado, que tardó más de dos horas en recorrer un trayecto que en otra ocasion habria andado en veinticinco minutos, y áun así tuvo várias veces que sentarse en los ribazos del camino. Llegó, por fin, al lugar, despeado y rendido, llamándole la atencion, por cierto, los notables cambios que observaba en calles y casas, de los cuales se habia absolutamente olvidado, si es que ántes reparó en ellos alguna vez, de lo que no estaba seguro.—¡Ay de mí!—dijo melancólicamente,—tendré que dar todavía gracias al cielo, si las estupendas aventuras que me han sucedido no me han hecho perder más que la memoria.

Dirigióse, sin detenerse en parte alguna, á la antigua vivienda del sacristan Diego Ortega, que era uno de sus más íntimos compinches, y áun algo pariente suyo. No dejaron de producirle alguna impresion la viva curiosidad, casi el asombro, que despertaba en cuantas personas, jóvenes ó viejas, encontraba á su paso, y la coincidencia, verdaderamente rara en un pueblo pequeño, de que hasta entónces, ni él hubiera conocido á nadie, ni nadie le hubiera conocido.

Llegó, pensando en esto, á la casa de su amigo Ortega; llamó, y una moza bien parecida, de poco más de veinte años, salió cantando alegremente á abrir la puerta.

—Debo haberme equivocado—exclamó Sancho con un metal de voz que á él mismo le causó extrañeza, y admirándose de no conocer tampoco á la muchacha que le recibia.—¿No vive aquí Diego Ortega?

—Aquí vivia—respondió la jóven mirándole como embobada; pero murió hace más de treinta años, mucho ántes de que yo naciera.

—¡No puede ser!—replicó gravemente Sancho.

—¡Bah!—repuso la moza riéndose en las barbas del soldado.—¿Si querrá vuesa merced saber en esto más que yo, que soy la nieta del señor Diego Ortega?

Sancho quedó pensativo y guardó silencio, sin comprender bien lo que le pasaba ni lo que oia. Levantó despues la cabeza, y dijo á la jóven, que seguia examinándole de reojo:

—Estoy muerto de fatiga. ¿Me consientes, hija, reposar un momento en el umbral de la puerta?

—Entre vuesa merced—respondió la muchacha—que en casa, á Dios gracias, tienen mis padres donde descanse con ménos molestia que en la dura piedra, y pueda tomar, si gusta, una loncha de jamon y un vaso de buen vino.

Aceptó Sancho, y penetró en la habitacion, que estaba muy variada de como en otros tiempos la habia dejado. Deseoso de salir cuanto ántes de dudas, avanzó, rechazando el banquillo que la jóven afablemente le ofrecia, hasta una antigua cornucopia, colgada en el centro de la pared, como el mejor adorno de la sala, y al mirarse en ella retrocedió estupefacto. La imágen que el espejo reflejaba no era la suya, sino la de un viejo decrépito, encorvado bajo el peso de un siglo, ó poco ménos, débil, vacilante, de ojos apagados y hundidos, mejillas surcadas de arrugas y escasa barba blanca. Como si se resistiera al convencimiento, volvió Sancho vivamente la cabeza, creyendo hallar detras de él la venerable figura del anciano que en el espejo habia contemplado, y sólo vió á la jóven, ya bastante inquieta y recelosa de lo que observaba. Atrájole de nuevo la imágen que el cristal fielmente reproducia; miró y remiró restregándose los ojos, y al cabo tuvo que rendirse á la evidencia: él era, y en aquel rostro envejecido que veia delante, descubrió y reconoció al traves de los estragos de la edad, los rasgos más característicos que de sí mismo, en dias más felices y alegres, retenia en su memoria.—¡Dios mio!—exclamó espantado.—¿Y ese soy yo?

La jóven, asustada de los movimientos y ademanes de Sancho, y en la duda de si podria habérselas con un loco, llamó á gritos á su madre, que acudió sobresaltada. Era la tal una setentona bastante bien conservada para sus años, de aspecto bondadoso y abierto, la cual, al encontrarse de manos á boca con un desconocido, cuya fecha y cuya facha la dejaron absorta, preguntó á su hija con alguna prevencion y mal disimulada desconfianza:

—¿Quién es este hombre, Teresa?

—Soy—contestó Sancho conmovido, adelantándose hácia la recien llegada—un desdichado que ha estado cautivo, no sabe cuantos años, en poder de infieles. Sólo sabe que salió de su patria mancebo y robusto, y torna á ella viejo y postrado.

Al decir esto, gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas descarnadas, lágrimas que hubieran ablandado á una fiera, cuanto más á las dos pobres, sencillas y compasivas mujeres que atentamente le escuchaban.

—Siéntese vuesa merced, que estará fatigado—dijo Teresa enternecida y acercándole un sitial.

—Tomará vuesa merced alguna cosa, una escudilla de caldo, vino, lo que más apetezca—añadió la anciana con solícito interes.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—Gracias, hijas mias—replicó Sancho.—Nada necesito. Sólo deseo que me deis noticias de algunas personas que en mi juventud traté en este lugar.

—Pregunte vuesa merced, y será servido en lo que sepamos—repuso cariñosamente la buena anciana.

—He padecido tanto y he corrido tan grandes azares—prosiguió Sancho con voz temblorosa—que apénas conservo la memoria. ¿En qué año del Señor estamos?

—En el año de gracia de 1659—se apresuró á responder Teresa.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—dijo Sancho para sí inclinando la frente.—¡Setenta años ha durado la horrible noche de mi viaje. ¿Y qué he vivido?

Apoyó al decir esto la cabeza entre sus manos, y así permaneció largo rato, sumergido en honda meditacion. Repúsose al cabo, y suspirando profundamente, preguntó no sin algun embarazo:

—¿Qué fué de cierta vieja, llamada Aldonza Rodriguez, tenida en opinion de bruja, allá por los años de 1589?

—Era yo muy niña cuando la quemaron en Cuenca—contestó la madre de Teresa.—No la conocí, pero oí decir á mi padre, que esté en gloria, que la tal Aldonza habia sido la más perversa mujer de todo el reino. Culpáronla, entre otras cosas, de haber hecho desaparecer á un gallardo soldado que residia con licencia en el pueblo, y convicta de sus maldades y delitos, sentencióla á morir en la hoguera la Santa Inquisicion.

—Ahora comprendo—pensó Sancho—la mala voluntad que me mostraba. Es natural que quisiera quemarme vivo.

Despues, procurando en vano aparentar la tranquilidad de espíritu que le faltaba, exclamó con acento débil y abatido:

—¿Y no podrá vuesa merced decirme tambien cuál fué la suerte y el fin de una hermosa sobrina que la tia Aldonza tenía?

—¡Pobrecilla!—respondió la anciana.—Poca ventura debió al cielo. Segun oí contar en mis mocedades, habíase rendido al amor del soldado, que la infame bruja, ignoro por qué motivo, se llevó en volandas, sin que se supiera más de él. Cuatro años consecutivos esperó la jóven á su novio, y viendo que no volvia, se metió monja en el convento de Madres carmelitas de Cuenca, donde murió en olor de santidad al año y medio de haber profesado.

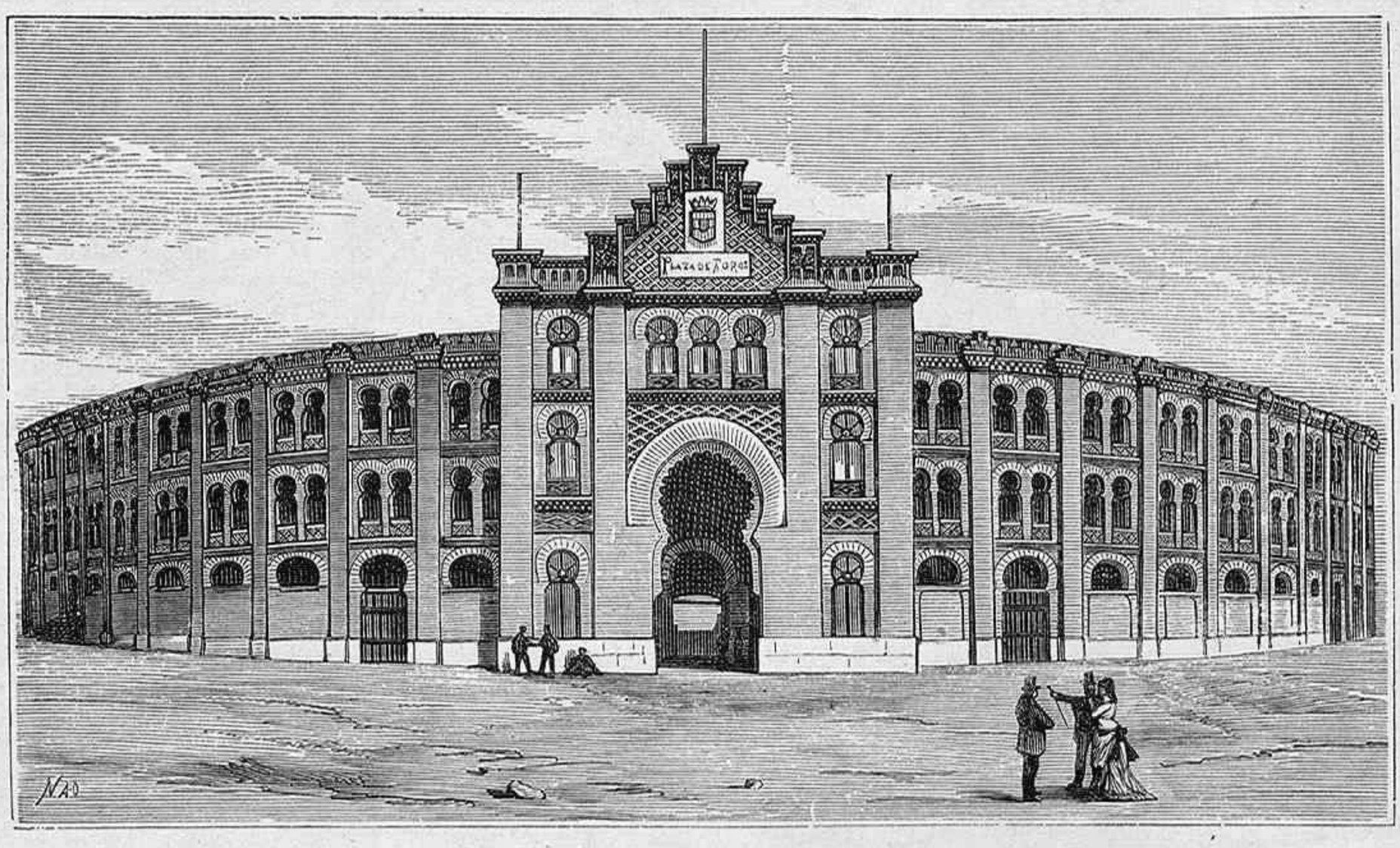
—¡Basta!—dijo Sancho interrumpiéndola y sin poder reprimir sus sollozos.—¡Bien guardada está! Ya sé dónde me espera.

Ocho dias despues de la escena que he referido, acababa cristianamente su vida en un monasterio de franciscanos, donde le habian recogido de limosna, y decia con humilde resignacion al piadoso fraile que le auxiliaba en sus postrimerías:

—¡Ay, padre mio! ¡Cuánto he sufrido en este mundo por haber provocado temerariamente las iras del diablo! Pero me consuela la idea de que seré venturoso en el cielo, al lado de mi pobre Catalina, porque siempre he tenido fe y confianza en Dios.

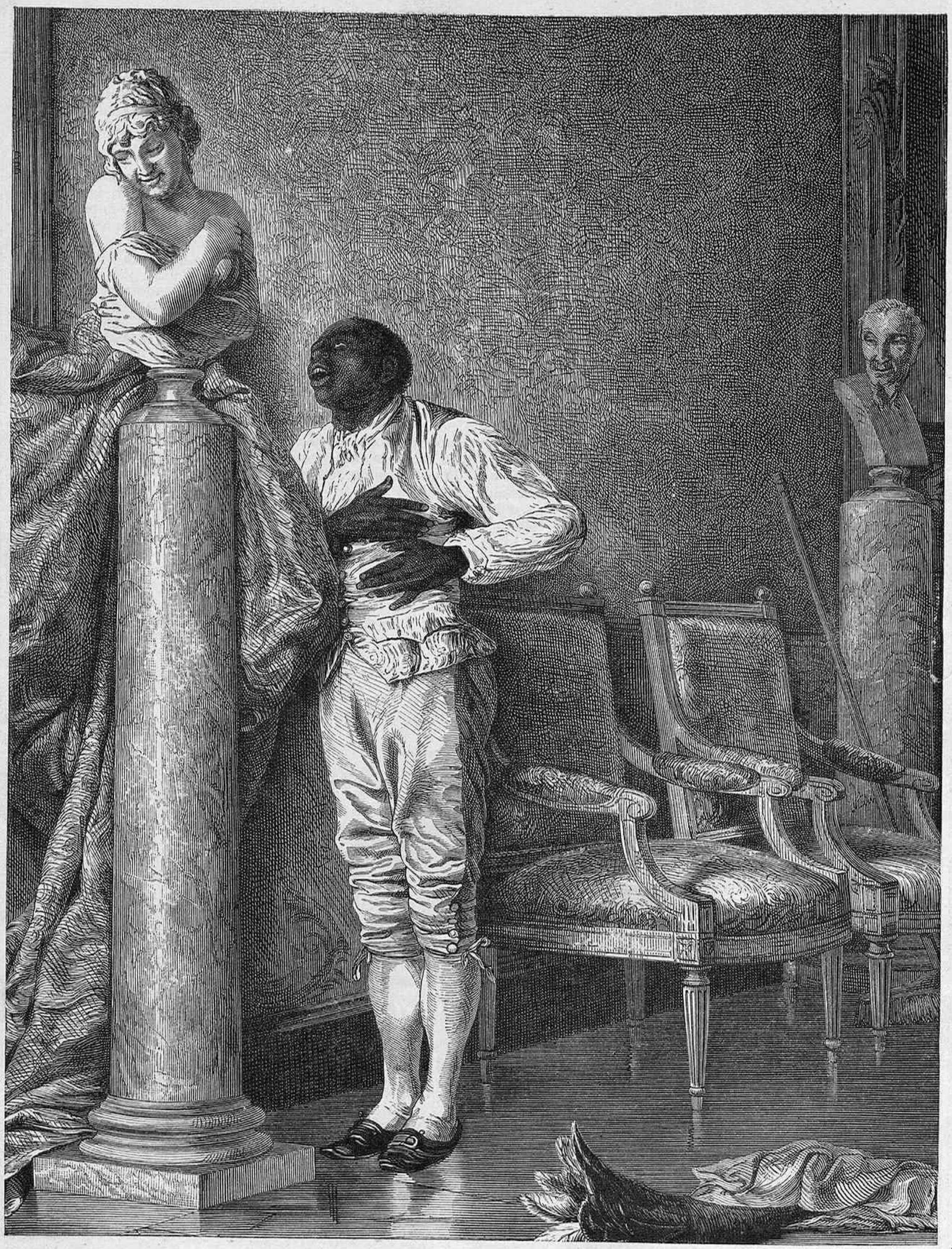
GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Agosto de 1878.



VISTA EXTERIOR DE LA NUEVA PLAZA DE TOROS.

(c) Ministerio de Cultura 2006



UN CORAZON DE FUEGO Y UN CORAZON DE MÁRMOL.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA LEYENDA DEL AMOR.

Ha resonado un golpe lleno, armonioso, de sonoridad sublime.—¡Han llamado á la puerta del Cielo!

¿Qué son las entalladuras del arte gótico sobre el roble y la encina, simulando haces de palmas, tréboles, patriarcas y diáconos? ¿Qué es el cincel florentino corriendo sobre el oro y la plata, creando flores, amorcillos y grifos, trofeos y cariátides? ¿Qué dicen á los ojos los vivísimos colores turquescos y persianos, ni los matices, opacos y suaves del cobre, del oro y de las lacas del Japon y la India? Todo lo fabricado en el mundo es tosquedad, y no remeda las obras de los ángeles. Y las puertas de los palacios y de las catedrales han sido hechas por los hombres, y la del Cielo por los querubines y serafines, segun el dibujo de Dios. ¡Resplandece, como de pulidísimas piedras preciosas; es fuerte, como que ha de resistir al poder del Infierno, y tan ancha que pudiera pasar por ella toda la humanidad, si tal lo quisiera la misericordia del Señor!

¿Quién ha llamado?

¡Miradle! Habrá vivido en el mundo como treinta años, y la enérgica belleza de su semblante reálzase con la palidez de la muerte. Espera de rodillas; con los brazos cruzados y la cabeza doblada sobre el pecho. Negra capa española se descuelga de sus hombros hasta espaciarse por el suelo allí donde no la detienen las espuelas, y se dibujan, bajo el paño, los gavilanes y la contera de la espada..... Entre la seda del justillo le mana del corazon, por ancha herida, gota á gota, la sangre..... Sin duda que ha muerto en riña ó asesinado.

Su actitud es de oracion, pero de dolor. Parece la tristeza arrodillada en el pórtico del Paraíso.

«¿Cómo no te regocijas, hombre redimido del pecado, al verte ya tan cerca de tu Creador? ¿Qué eras ayer sino un manojo de huesos y un pedazo de carne, sujeto á enfermedad, á dolor, á miseria; nacido de mujer, juguete de las pasiones, prometido al sepulturero y á los gusanos?.... ¡Y hoy vas á entrar resplandeciendo, como triunfador, entre los justos, y tu vida será la inmortalidad, y tu inmortalidad la contemplacion de Dios!»

Así parecian decir, en ráfagas armoniosas, voces de insólita dulzura.

Y el recien llegado las oia, y sin alzar la cabeza ni descruzar los brazos, lastimeramente suspiraba.

Las puertas se abrieron, dejando ver el panorama de la creacion celestial.

El nuevo justo se desvaneció deslumbrado, pero le sostuvo una mano blanda y suavísima. Y una voz, que agitó vivamente su espíritu, le dijo:

«¡Dichosos una y mil veces los que han merecido llegar hasta el Señor!»

Abrió el justo los ojos y los reposó en la contemplacion del ángel que le hablaba.

¿Qué os diré si os digo que era blanco, muy blanco; rubios sus cabellos, muy rubios; azules sus ojos, y de azul muy sereno? ¿Qué os diré al deciros que sus labios eran una rosa de incomparables aroma y frescura; su frente del nácar de la luna; sus alas del plumon del cisne, y de los tornasoles de la aurora, su túnica de nieve y de luz? Era la realidad de la ilusion de gentileza y hermosura que de sus hijos se forman las madres en la tierra. Y era más todavía.

—¿Como te llamabas?—preguntó el ángel.

—Pablo.

—¿Qué fuiste?

—Soldado y poeta.

—¿Cual fué tu vida?

—Amar y pelear: amar y cantar.

—¿Cuál ha sido tu muerte?

—Me asesinó la ira.

—¿Quién te ha salvado?

—¡La oracion!

—¡Vén, Pablo, y no temas, que el espíritu de Dios va contigo sobre las nubes, como fué con Pedro, el pescador, sobre las aguas!....

Y Pablo se sintió levantado por la diestra del ángel, y comenzó á recorrer y contemplar en apacible vuelo—como de águila que se deja llevar del viento tendidas é inmóviles las alas—el Jardin de los Bienaventurados.

Una luz más intensa que la luz del sol, que ni deslumbraba los ojos ni abrasaba el cuerpo, vestia de singular encanto la naturaleza y templaba deleitosamente la atmósfera. No era luz material; era esencia divina, y así todo lo encendia y recamaba de inexpresables colores y fulgores. En infinita y variada sucesion desplegábanse valles y bosques, llanuras, lagos y rios; con alcázares esparcidos entre los árboles, sobre el césped y en las orillas. Los árboles se ofrecian cuajados de frutos; los céspedes, de flores; las orillas, de conchas y perlas..... Pero los frutos no estaban dañados de insectos, las flores centelleaban con siempre vividos matices, y las aguas se movian del viento y suspiraban al reclinarse en la arena, tan dulcemente, que mirándolas y oyéndolas dormitaba el alma siglos y siglos..... Ni habia fruto amargo, ni hierba ponzoñosa, ni agua sin dulzor y frescura. ¡Todo era salud, todo bondad, todo perfeccion sublime!....

Vagaban al azar—como en la tierra van sueltas las palomas, ó en rebaños los corderos—las vírgenes y los santos. Perdíanse en las espesuras, conversaban junto á los manantiales, ó sentábanse en las cumbres, y alzaban los ojos para recrearse mejor en la claridad espiritual del cielo..... que no era cielo, sino firmamento de soles. Extasis no turbado trasfiguraba el rostro de los justos, pintando los dulces embates del alma, conmovida en la presencia del Creador, en la contemplacion de su belleza y en el conocimiento de su Sér.

Como revuelan sobre los campos las mariposas, así revolaban por el Eden los angelillos.

—¡Oh qué intenso placer sentirás en esta sublime creacion! Pablo—exclamó el ángel.

—¡Ay!—respondió Pablo suspirando.

En esto, de lejana parte del Cielo, vino rumor de música indecisa, fluctuante; de orquesta que sólo marca un acompañamiento.—Multitud de vírgenes pasaban cantando las alabanzas de Dios. Luégo una melodía tierna y límpida se dibujó sobre el ritmo del coro.

Pablo escuchó enajenado. Pero cuando se perdió aquella vía láctea de armonía, sonrió tristemente, diciendo al ángel:

—¡Creí que era su voz!

—¿Qué voz?

—¡La de Luz!

—¿Y quién es Luz?

—¡Mi amor!

—¿No eres feliz en el cielo?

ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTISTICO

(c) Ministerio de Cultura 2006

—¡Ay!.... no.
—¿Y lo fuiste en la tierra?
—¡Sí!

Un murmullo de oleaje tempestuoso ó de multitud clamorosa les envolvió, cuando sonaron estas palabras.—¡Era el estremecimiento de asombro del Paraíso!

—¡Vén, vén,—prorumpió el ángel,—Dios no querrá que haya en su Gloria un desgraciado!

Y con rápido vuelo, llevándole siempre de la mano, le dirigió al esplendoroso cenit donde mora el Señor.

¡Cuán otro le vió Pablo de como él le imaginára! Los cabellos y la barba le caian, envolviéndole como una cascada de luz; pero sus ojos eran todo bondad, y su boca toda dulzura: sencillo y sublime como Él sólo puede serlo.

Rodeábanle los espíritus, segun sus jerarquías: los tronos con sus ruedas de fuego, y en derredor muchas alas, salpicadas de ojos; los Querubines y Serafines con sus flámulas, en que tres veces está escrita la palabra *¡Santo!*.... las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades con sus largas y blancas túnicas, sus cinturones de oro y sus estolas verdes; los Príncipes con sus mantos recamados de pedrería; los Arcángeles con sus invulnerables armaduras y sus flamígeras espadas; los Ángeles de la Guarda con sus anchos escudos, defensa, refugio y salvacion del hombre. ¡Santos, vírgenes, mártires, coros y divinas milicias le formaban círculos y círculos..... adorándole, incensándole y cantándole!

Al llegar hasta Dios, conducido por el ángel, Pablo besó la irisada orla de la nube en que asentaba su majestad.

—¡Habla!—le dijo Dios.

Pablo alzó sus ojos hasta Él, y dijo de esta manera:

«¡Oye, Señor, pues tu bondad es tan inmensa que das ojos y voz á los gusanillos para que te miren y te hablen!..... ¡He visto tu gloria, y te veo á Tí mismo y la grandeza de tus obras y la sublimidad de tu Sér!..... ¡Perdon, Dios mio, si mis ojos desean ver más todavía y si mi alma no está saciada de felicidad!..... ¿Qué sér es el mio, y cuán distinto me fabricaste de los demas hombres?..... ¡Oh, Señor, Señor, compadécete de mí!

»Mi nombre Tú lo sabes, mi vida Tú la has engendrado, mi fe Tú la recompensas. Jamas te ofendió mi voluntad; mis labios te ensalzaron; te amó mi corazon; nunca cerré los ojos al sueño sin pronunciar ante la Cruz mis oraciones..... ¡Y hoy, desventurado de mí, te consigo y lloro por el amor de la tierra!

»Mi boca te habla, porque Tú lo has mandado..... ¿Y de qué puede hablar la boca, sino del sentimiento del corazon? Yo te hablaré, pues, Señor, de la que compartió contigo, en mi vida mortal, mis adoraciones; por quien hoy ha venido al cielo la tristeza: yo te hablaré de Luz.

»Mi alma está llena de la abundancia de su hermosura y de sus virtudes. No caben en mi alma nuevas admiraciones, nuevos deseos, porque rebosa deseos y admiraciones mundanales. En tu misma gloria veo su imágen flotando como un jiron de mi vida terrenal, y me parece más hermosa que todas tus maravillas.

»¡Me asaltan los recuerdos del bien perdido! ¡Creo verla como en el dia en que la conocí..... en el pórtico de la iglesia! Llegaban hasta mí la música del órgano y los cantos de los sacerdotes..... Los pobres, arrimados al muro, pedian lamentosamente una limosna, y en la tendida escalinata, en parejas y en grupos, hablaban, de amores y de guerra, villanos y caballeros. Terminó la misa, y desembocaron por las puertas, alzando los tapices, dos rios vivientes; damas, dueñas, curas, hidalgos, soldados, pajes, corchetes..... hasta que los tapices cayeron. Satisfecha mi curiosidad, iba á dejar el atrio, cuando alzaron nuevamente uno de los tapices, y apació *ella*. Mis ojos quedaron fijos en su rostro, y mi alma se confundió con la suya. ¡Qué intensidad de vida llenó mi espíritu! ¡Mi sér habia estado dormido en el fondo de mi corazon, y al fin despertaba!

»Traia en las manos el devocionario..... La acompañaban sus padres: el viejo..... orgulloso de su alcurnia, sus campañas y su encomienda; la madre, mirando al suelo..... ¡Perdona, Señor, estos recuerdos, pues Tú has querido que en la frivolidad de los detalles encuentren mundos los enamorados!

»Vestia Luz de negro. Negros eran sus cabellos y sus ojos. De nieve el óvalo de su semblante..... Llevaba sombrero, y la blanca pluma en él sujeta se le derrumbaba sobre la gola y el hombro. Era de crecida estatura; en el andar, graciosa; en el reposo, llena de majestad. Tendria veinte años.

»Al pasar fijó sus ojos en los mios. Nuestras almas se hablaron, se juraron amor, y castamente se besaron.

»Ella y yo, despues de aquella mirada esplendorosa, nos sentimos turbados: ¡doloroso movimiento de retorno desde aquel breve paraíso á la realidad del mundo!

»Yo habia conocido quién era su padre. Hombre de prosapia, de riquezas, de soberbia y duro corazon..... ¡Amar sin esperanza de poseer!..... ¡Este era mi destino!

»Pero era feliz, puesto que era amado. Lo sabía, sí, porque en los ojos de Luz se leia su alma como en los de estos ángeles que te rodean! Disfrazan las mujeres sus sentimientos, porque los engendra la impureza; cierran sus conciencias á la luz, porque están habitadas por el delito; pero cuando las almas son inocentes y buenas buscan el sol, como las flores!

»Les seguí hasta su palacio. Era vetusto, grande y de profuso adorno. En la cornisa del pórtico descansaba el balcon central; y junto á este balcon, y como dándole guardia, habia dos estátuas de guerreros, sobre repisas de agudos remates y bajo doseletes calados. Por detras de la fachada principal corria una tapia, y asomaban y extendian pomposamente sus copas los árboles del jardin.

»De su calle á la iglesia, de la iglesia á la calle; así pasé el dia, viviendo del aroma y del resplandor que ella habia dejado..... Delante de su casa pasé la noche, y sólo el alba, que ahuyenta las sombras, pudo alejarme de aquellos sitios.

»El tiempo corrió de esta manera, viéndonos de léjos y fortaleciendo nuestra fe con los purísimos diálogos de nuestros ojos.

»Pregunté, y me hablaron de ella.

»Nadie habia solicitado su mano: ¿quién podia merecerla?..... Nadie presumia de lograr sus favores: imponian su majestad y su virtud Ni era posible engañarla..... tenía la sensibilidad exquisita que presiente la astucia y el instinto de la abeja, que sólo se posa en flores de mieles.

»—Si es mucha su belleza,—me decian,—es más su bondad; si es de acero en el cumplimiento de sus deberes, es ante el dolor y la miseria toda emocion y lágrimas. ¡El Señor la ha favorecido con todos sus dones, y Luzbel no se atreve á tocarla por miedo de convertirse!

»¿Cómo yo habia merecido su amor? ¿Cómo ella, que hubiera honrado á un príncipe, habia elegido á un soldado pobre y oscuro?

»Yo me explicaba su preferencia. Su alma necesitaba un alma toda amor, toda lealtad, toda pasion, toda sacrificio; creada para amarla, y para amar á ella sola eternamente. Ese alma era la mia, y ella la habia descubierto.

»Pero yo ocultaba mi dicha, porque el verdadero amor es fuego sin humo.

»Un dia,—ya en el crepúsculo de la tarde,—pasaba yo por delante de su casa, y la vi aparecer en el balcon, registrar con una mirada la calle y arrojarme algo..... Una rosa. La cogí, y vi en ella una cinta blanca y en la cinta este letrero: *A las doce, en la puerta del jardin.*

»Me encerré en mi casa; busqué el vaso de cristal más límpido, y puse en él la flor y le coloqué sobre mi mesa, entre mis libros y mis versos, junto á mi sombrero y mi espada..... ¡Cuatro horas estuve esperando, y hubiera muerto de impaciencia y desesperacion..... si no hubiera sido por la rosa!

»Tomé la espada y el sombrero, prendí la flor en mi justillo, sobre el corazon; me embocé en la capa, hice sobre mi frente y mi pecho la señal de la cruz, y salí..... Llegué

(c) Ministerio de Cultura 2006

á la calle y á la puertecilla; me incrusté en ella, y esperé..... ¿Cuánto tiempo?—¡Siglos!

»Por fin hurgaron con una llave en la cerradura..... ¡Sentí frio, como cuando en la guerra me habian herido con lanza ó con espada! La puerta giró..... y entré. Una figura se alejaba entre los árboles, hácia el palacio..... Seguí aquel rayo de luz. Despues *ella* me cogió de la mano, y subimos una escalera y cruzamos pasillos y habitaciones. Por todas partes habia tapices, cuadros de santos, armaduras y alguna imágen alumbrada con faroles ó velas. ¡Entónces, sólo entónces conocí el miedo! Los tapices, con sus figuras de patriarcas y de reyes, ondulaban. Los santos me miraban con divina cólera. Las armas lúgubremente relucian. Creí que todo aquello iba á gritar: «¡padres, deudos, servidores..... despertaos!.....»

«Entramos en un camarin gótico, inundado de la purísima esencia de Luz. La religion señoreaba aquel recinto, pues en el lienzo principal, y en un marco dorado y negro, vi la imágen de María entre dos encendidas arañas, de cuentas de cristal, que chispeaban como dos canastillos de fuego.

»Ella quedó de pié en mitad del cuarto, mirándome sin turbacion, aunque muy pálida. Su hermosura me deslumbró; su majestad me impuso; su serenidad sosegó mi ánimo.

»Señor, ¡yo he sentido, al contemplarte, repetirse en mí aquel encanto y aquella admiracion! Faltaron á mi pensamiento palabras y á mi voz sonidos... ¡Como hoy, Señor, en tu presencia, caí de rodillas!!

»—¡Un momento... sólo uno!—exclamó ella con mis manos entre las suyas.—Mis ojos y tus rondas nos han vendido. Mi padre sospecha... Mañana parto, y he querido despedirme de tí y decirte: ¡adios, Pablo, adios: la ausencia y el tiempo nada podrán contra mi amor!... Mi padre me ama y no querrá verme morir... él cederá... ¡Ámame siempre, no dudes, y espera!

»—¡Luz!—exclamé con pasion... ¡Encontrarte y perderte al mismo tiempo!... ¿Cómo podré vivir sin tí?...

»—¡Amándome mucho!... ¿Creiste, por ventura, que nuestro amor floreceria sin lágrimas?... ¡No lo creí yo jamas! El amor vive de dolores; pero ¿qué placer vale las penas del amor? Vamos á separarnos...

»—¡Tan pronto!

»—¡Sí, sí!... ¡Ámame siempre!

»—¡Tus ojos!

»Ella se acercó, y puse mis labios en ellos.

»—¡Que mi boca los haya cerrado para siempre á otra imágen que la mia!—exclamé.

»Iba yo á salir, conducido por ella, cuando me dijo:

»—¡Espera, vén! ¡Antes de separarnos... reza conmigo!

»Y me llevó ante la Vírgen, y nos arrodillamos y rezamos.

»—¿Oyes?—exclamó de pronto y su rostro se puso como la cera.

»Un rumor se oia, y este rumor aumentaba.

»—¡Huye, Pablo!—exclamó Luz—te han visto entrar sin duda, huye!

»Rápidamente abrí el balcon y monté sobre sus hierros. Me agarré á una escultura; luégo á una cornisa; á un pilar despues... ¡Todo en la sombra, á tientas, con desesperacion!

»—¡Jesus! exclamé al tocar en el suelo.—¡Me habian asesinado!—Ví y oí, algunos momentos, todavía.

»—¡Aquí! ¡aquí!... ¡Un farol, criados, pronto!

»Salieron de la casa hombres y mujeres. Uno de ellos traia una linterna, cuyo resplandor dirigió á mi rostro.

»—¿Quién es? preguntó álguien.

»—¡Es un soldado! respondió el que alumbraba.

»—Es... *¡un ladron!* exclamó el que me me habia herido.

»—Un ladron... ¿con una rosa en el pecho? observó una mujer.

»El padre de Luz me arrancó la flor, la estrujó en el puño y la arrojó despues, deshecha, como una maldicion, sobre mi rostro... ¡Siento aún el beso de sus hojas!

»¡Ah, Dios mio! la vida no debiera tener más límite que el amor. ¿Porqué ha de morir quien ama todavía?—¡Déjame, Señor, volver á la tierra! ¡Déjame vivir donde ella vive, donde me ama, donde llora!—¡Verla, oir su voz, respirar su aliento, reproducirme en su seno, sin ofenderte, recreándome en la fe de su cariño y en la eternidad de su amor... ese es mi Paraíso!»

Y Pablo ocultó el rostro entre las manos, y prorumpió en sollozos.

Suspendióse el movimiento sonoroso del cielo. Callaron las criaturas: callaron los aires: callaron los mundos. Habló Dios:

¡YO TE HE QUERIDO DAR LA FELICIDAD Y TE DÍ EL CIELO!... ¿CÓMO PODRÉ NEGARTE LO QUE ME PIDES, SI NADA PUEDO DARTE QUE VALGA LO QUE YA TE HE DADO? ¡VUELVE, SI QUIERES, Á LA TIERRA, DONDE VIVEN TUS ESPERANZAS Y TUS ILUSIONES; MAS CONSIDERA QUE SI VAS, NO PODRÁS VOLVER... PORQUE AL PARAÍSO NO SE VUELVE!

Calló el Señor. Pablo quedó inmóvil por breve espacio; despues volvió hácia atras los ojos, resplandecientes de alegría.—Buscaba el ángel que le habia conducido hasta Dios.

El ángel le tomó de la diestra, y tendió el vuelo hácia la puerta del Paraíso.

Sus alas batian el aire muy serenas. ¡Sentia tener que volar!

«¡Vuela, vuela más rápidamente!—exclamó Pablo.»

El ángel se detuvo de pronto y quedó cerniéndose, como la alondra cuando canta... ¡Se abria la puerta del Eden!

¡Vuela, vuela! repitió Pablo. Y volvió hácia él los ojos con inquietud y desesperacion...

Pero el ángel se sonrió y le dijo: ¿Cómo has dudado de ella?... ¿Podia vivir sin tí en el mundo? ¡Mira!

Pablo vió llegar una figura blanca, majestuosa y resplandeciente.

Luz... entraba en el Cielo.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.



EL ESTANQUE GRANDE DEL RETIRO.

(c) Ministerio de Cultura 2006



UNA BACANTE.

GRUPO EN MÁRMOL, DE M. CARRIÈR-BELLEUSE.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Á UN MAESTRO DE ESCUELA.

Manuel, tu carta he recibido; en ella
Hiciste al sacudir el desaliento
Que dominarte amenazó un momento,
El trasunto de un alma nóble y bella.
Es teatro la escuela de una gloria
Que luchando se alcanza, no en el ocio;
Tu profesion modesta, sacerdocio
De los más venerables de la historia.
Así, Manuel amigo, lo entendiste;
Así responder sabe tu conciencia
Al eterno abandono y la indigencia,
De ejemplares virtudes premio triste.
Héroe desconocido,
Por su presente y porvenir inquieto,
A quien el pan le falta, y el respeto
A su carácter y mision debido;
¿Qué le espera á ese obrero, cuya mano
Consagróse á labrar la piedra santa
Que es de un pueblo cimiento soberano
Sobre el cual su grandeza se levanta...?
¡Lágrimas, hambre, desnudez!
Tú has visto,
Entre sarcasmo estúpido y siniestro,
Mendigar por las calles el maestro
Cuyo dolor encarecer resisto.
Sin luz tal vez en los cansados ojos,
Porque la dió á los niños de la aldea,
La frente una corona le sombrea
Que á nadie celos causará y enojos;
Su corona es de canas y de abrojos.
¿Cómo no bendecir con toda el alma
La abnegacion sin par, el sacrificio
Que pide á tu deber ese ejercicio,
Y ofrece, en cambio de salud y calma,
Tan sólo de los mártires la palma?
¡Tiene, empero, tan grandes seducciones
Para tí, entre las penas que procura,
El arte de formar los corazones
Con las sanas lecciones
Que comenzó la maternal ternura,
Dejando hasta los límites vitales,
En ellos, sus raíces inmortales!
Amor ha destrozado el férreo yugo
Con que del niño la cerviz, un dia,
En el aula amarró la tiranía;
El maestro ya es padre, no verdugo,
Y en tres grandes palabras hoy confia,
Que el secreto contienen de su ciencia:
La dulzura, el trabajo, la paciencia.
¡Cómo las tres nos hablan en su abono
Cuando á su grey le dicta suaves leyes
Desde pobre sitial, humilde trono,
Para ella superior al de los reyes!
Por su augusta mision trasfigurado,
A los ojos de todo el que medita
Parece de aureola circundado;
Y en su boca parece que palpita
El acento divino
Con que llamaba á sí los pequeñuelos,
Aquel Varon, que, entre los hombres, vino
A esparcir la semilla de los cielos.
El torpe fanatismo y la ignorancia
En cada letra ven del *Silabario*,
Una estrella, un espíritu contrario
Que fulgura en la noche de la infancia.
Aléjase la noche poco á poco,
Llega el sol en el carro de la aurora,
Y la luz, de los pueblos redentora,
Ve al niño suceder Colon *el loco*.
Ese, de cuyos pasos vacilantes
Sosten es el maestro y es caudillo;
¿Con impulsos gigantes
No escalará las cimas que Cervántes,
Y los cielos, esotro, que Murillo?
Aquel, de oscura cabellera undosa
Y mirada de fuego,
Que, indómito, en la escuela turbar osa
La disciplina y órden con el juego
Y nunca deja estar cosa con cosa;
¡Quién sabe si ya siente
La lumbre del volcan bajo su frente,
Que en erupcion de salvadora idea,
Calentará la pálida ceniza
De un decrépito siglo que flaquea,
Y de una fe gastada y enfermiza!
¡Cuántas veces templaron los rigores
Con que la suerte dura te maltrata,
Ensueños seductores,
Y la hacen, por tu bien, ménos ingrata!
Ya como huerto de tempranas flores
Las almas ves que á dirigir te obligas,
Y en el tiempo que esperas
Compensarán con creces lisonjeras
De frutos sazonados tus fatigas
Y el afan con que tú las consideras.
Ya escuchas que si hollando las fronteras,
Recios muros á extrañas ambiciones,
El torrente de inicuas invasiones
Sobre la patria bramador se lanza,
Educados por tí los corazones
Responden con acentos varoniles
De independencia, cólera y venganza,
Esas risueñas bocas infantiles;
Y rechazando bárbaras cadenas,
Empuña fuerte acero sin mancilla
La mano que ántes sostenia apénas
El peso del papel de la *Cartilla*.
O de severa toga revestido,
Contemplas, en tu mente, satisfecho,
En paladin altivo del derecho
Alguno, el tiempo andando, convertido,
Que no doma el favor, ni el ódio aterra
Del que pisa la ley de cielo y tierra.
Todo lo digno, respetable y santo
Por que el hombre suspira y sufrió tanto,
Derramando en los siglos, á raudales,
Lágrimas de dolor, ecos de espanto,
Está en gérmenes puros, virginales,
Del maestro en las manos paternales.
Cual tú dispensadora
Del amor y la luz, cual tú paciente,
La maestra es pastora
Que guía mansamente
Su rebaño de niñas, inocente.
Estremecida mide la honda llaga
De la caduca sociedad, y sabe

(c) Ministerio de Cultura 2006

Que minándola va rebelde y grave;
Que en la febril demencia que la embriaga
¡Ciega! no mira que el hogar se apaga,
Y por ímpetu propio ó torpe ruego
Rompe sus castas vestiduras, y huye
La vírgen que cuidaba el sacro fuego,
Y á toda liviandad se prostituye.
¡Cuánta madre tambien! La orgía estalla,
Y allí pierden su honor y su fortuna;
Su halago las fascina y avasalla;
No quieren resistir...!
En tanto, calla
La cancion amorosa de la cuna.
El Arte su clamor suelta á los vientos,
Y si á miseria tanta no conspira,
Cobarde arroja la valiente lira,
O ya le arranca estériles lamentos,
Huérfano de ideal, *porque no existe*,
Porque ha muerto... ¡error vano!
¿Cómo en su negacion tenaz insiste,
Si late siempre en el cerebro humano?
Realizar la belleza, la justicia,
El presentido bien, de ambas hermano,
La sed es ésta que templar codicia,
La aspiracion constante que acaricia.
Hácia esa luz sus alas vagarosas
Un dia tenderá desde la escuela
Esa nube de blancas mariposas
Que hoy por los campos y ciudades vuela,
No soñando en su edad con otra palma,
De gracia llena y de candor el alma,
Como el labio de besos y armonías
Y los ojos de francas alegrías.
¡Antes cegar que en el terrestre lodo,
Perdiendo sus encantos adorables,
Abandonen sus cuerpos miserables
Con su pudor y su esperanza y todo.
Dí á quien las guía en tu infeliz aldea:
«¡Compasiva mujer! por sabio modo
Haz que su corazon un ara sea
Donde fuego purísimo se vea,
Y cada hogar un templo
A las virtudes públicas ejemplo.
En su seno fecundo
La madre lleva el porvenir; tú sabes
Que del futuro bien tiene las llaves;
Que es la familia, la nacion, el mundo.
Cuando en un pueblo la mujer desciende,
Ese pueblo con ella está juzgado;
Por sus venas se extiende
Raudal de sangre y cieno, envenenado.
Tú, su segunda madre y dulce amiga,
Tú la puedes vestir celestes galas;
No bastardo interes, amor te obliga
A ponerla al abrigo de tus alas.»

Manuel, interminable hacer pudiera
La carta que te escribo á vuela pluma,
Si tu modestia suma
La debida alabanza consintiera.
Superior al desden y áun al olvido
Que tu vida por premio ha recogido,
Persevera hasta el fin como quien eres;
En tu misma conciencia está tu gloria;
Otra, en tu soledad, mayor no esperes;
Esa basta á los grandes caractéres,
Y el honor del silencio de la historia,
Que sólo ya despierta si la llama
La voz, no siempre justa, de la fama.

VENTURA RUIZ AGUILERA.



VISTA EXTERIOR DEL PALACIO REAL DE MADRID.

(c) Ministerio de Cultura 2006

CORRER LA TUNA.

«Yo pasaba una vida de estudiante, sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena.»
CERVÁNTES.—*Coloquio de los dos perros.*

Ya lo dijo Quevedo:

Todo se lo muque el tiempo,
Los años todo lo tragan;

y de esta ineludible ley nada escapa. Tan sabido es esto, que no insistiré en sostener el tema. Cosas existen, sin embargo, que áun ántes de fenecer, pasan por tales trasformaciones, que es poco ménos que si hubiesen acabado.

Una de éstas cosas es la vida estudiantil, aquella que en tiempos pasados constituia lo que se llamaba la *Tuna*, merced á la maleante y apicarada condicion que, por regla general, acompañaba á los alumnos de Minerva, que por tradicion y costumbre era tal, que en las aulas, más que á estudiar las ciencias, parece que se congregaban á cursar todo linaje de travesura y á idear el medio de tener carta blanca para cuantos desaguisados, embelecos y tracamundanas llevaban á término, más que por su provecho, para dejar sentada las más veces su fama de gente resuelta y emprendedora.

Hoy, si bien en el gremio estudiantil alienta todavía algo de aquel antiguo espíritu de los escolares que precedieron á los actuales en las renombradas aulas de Salamanca y Alcalá, han sufrido tal mudanza las costumbres, que es preciso refrescar el recuerdo de los pasados tiempos para conocer lo que fueron los estudiantes, con su aspecto y usos especiales.

En medio de la contínua lucha á que la reconquista obligaba á nuestros mayores, atendieron los monarcas de Castilla al cultivo de las ciencias, teniendo Alfonso IX la gloria de fundar la universidad de Salamanca, á la que sólo se aventajó en antigüedad, pero no en singular fama, la de París, y los reyes que le sucedieron, todos á porfía, procuraron engrandecerla con sus privilegios y los que impetráran de los pontífices, para atraer á las aulas jóvenes que luégo fuesen con su saber gloria de la patria.

El mismo noble designio inspiró al insigne cardenal Ximenez de Cisnéros, para dispensar poderosa proteccion á los estudios de Alcalá de Henáres, haciendo su universidad hermana de la salmantina, y como ella, plantel de los más preclaros ingenios (1).

La afluencia de alumnos fué presto numerosa, yendo en progresivo aumento; así que á fines del siglo XV contaba Salamanca más de siete mil estudiantes (2), los que á principios del XVII habian subido á diez ó doce mil, segun el testimonio de Cervántes (3), y no muchos ménos reunia tambien la de Alcalá (4).

«Gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor», llama Cervántes á los estudiantes de Salamanca de su tiempo, y con tales prendas puede colegirse lo que de sí daria aquella multitud.

Vivian los estudiantes en casa de los pupileros que se dedicaban á esa industria, habitando en camarada varios de ellos reunidos, mezcla que servia para que forjasen en comandita sus travesuras y se ayudasen unos á otros para llevar á cabo todas las que cualquiera de ellos imaginaba.

Aunque aficionados al dinero, que habia de proporcionarles sus antojos, no venía siempre el recuero de casa de sus padres con la carta de *ahí te envio*, por lo que padecian grandes estrecheces, y allí era de ver su ingenio, para que éste proveyese de todo aquello que necesitaban.

Los bodegonēs estaban siempre recibiendo libros y prendas de vestir, á cuenta de los que sacaban manjares para satisfacer el apetito que excitaba la carencia del dinero paterno.

Pero como con frecuencia se agotaban los objetos que podian llevar cautivos á casa del pastelero ó bodegonero, entónces venian las astucias para sacar al pupilero los pollos, jamones, morcillas y otros objetos, sin pagar pecho ni alcabala.

Pues *correr* pasteles, cajas de confitura y otras baratijas comestibles por el estilo, hacíanlo á las mil maravillas, y las tiendas eran el blanco donde su negra necesidad ponia los ojos, y sobre todo las manos, y no habia jugador de maseoral que con más presteza y disimulo hiciese pasar las mercancías, como por el aire, desde el tablero á manos de un estudiante y luégo de otro, así que en un abrir y cerrar de ojos desaparecia, á vista de los mercaderes, con ser todos Argos.

No les angustiaban la conciencia estas hazañas, pues las tenian como cosas que de juro traia la ocupacion estudiantil, y así era de ver que en ellas tomaban parte, no sólo aquellos capigorrones que vivian al vuelo, sino los estudiantes de familias acomodadas que hacian con ellos causa comun, y profesaban voluntariamente en aquella religion escolar, que se imponia como regla el hambre, y lo astroso de sus bayetas, aunque pudieran huir de ellas.

A la par que Galeno y Baldo, cursaban el *baldeo* y *rodancho* (5), y cuando áun no eran bachilleres por obra de los primeros, estaban graduados de doctores por gracia de los segundos, y santificados con el *per signum crucis* de alguna cuchillada que en sus nocturnas excursones les habia alcanzado.

Porque la noche era, como para murciélagos y gatos, amiga placentera de los estudiantes, so capa de la cual podian desplegar la que tenian de pícaros, poniendo por obra sus más arriesgadas empresas.

Enamorados y traviesos, no habia doncella de calidad, moza picaña, ni siquiera criada de meson, que no cayese bajo el mero y mixto imperio de sus galanteos, y fuese objeto de sus músicas ó matracas, con escándalo del vecindario y desvelo de los alguaciles del juez del estudio, que como único que por privilegio tenía fuero sobre ellos, salia cada noche á aguar el contento de aquellos coloquios y discantes, haciendo que el punteado de guitarras y bandurrias se trocase en repique de espadas y broqueles.

Porque la música era uno de los estudios á que los escolares se dedicaban, y los habia tan diestros en el manejo de la guitarra, que pudieran hacer competencia al mismo Vicente Espinel, con haber inventado la prima de aquel instrumento, y al lado de los estudiantes quedaban tamañitos

(1) Echóse la primera piedra del Colegio mayor, que se llamó de San Ildefonso, á 14 de Marzo de 1499, siendo *trazador* de la obra el famoso Pedro Gumiel. Ya anteriormente protegió la escuela complutense otro arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo, que fallecio en 1.° de Julio de 1482, al que sucedió D. Pedro Gonzalez de Mendoza, conocido por el Cardenal de España.

(2) Lucio Marineo Siculo *De rebus Hispaniæ memorabilis*. Lib. XXIV, capitulo LXIX.

(3) En *La Tia fingida*.

(4) Así lo dice *El Donado hablador*. Cervántes refiere en el *Coloquio de los dos perros*, que en su tiempo cursaban en Alcalá cinco mil estudiantes, de los que dos mil oian medicina.

(5) La espada y el broquel en lengua de pícaros.

(c) Ministerio de Cultura 2006

en su manejo los mismos portugueses y áun los barberos, y eso que éstos tenian pasacalles infusos y guitarra grátis data (1).

Su vida alegre y regocijada les hacía ser alma de toda fiesta y cascabel de todo ruido, y no se comprendia que los hubiese sin estar en medio los estudiantes. Los pueblos próximos á Salamanca ó Alcalá veian en cuantas romerías se celebraban llegar camaradas de estudiantes, que dejaban renombre y hacian raya en danzar, requebrar mozas, embaucar páparos, hurtar gallinas y sacudir un palo, cuando no era la espada.

Ellos llevaban consigo músicos y danzantes y abrian tanto ojo las mozas en cuanto al aire libre, en las plazas de las aldeas ó en los anchos portales de los mesones, armaban uno de aquellos bailes, con que hacian brincar las almas y retozar los corazones de ellas, miéntras ponian mohinos y mal humorados á los zafios galanes del pueblo, que no podian mirar con ánimo sereno que las bayetas alcanzasen más en el corazon femenino que todas sus galas del dia de fiesta.

Otras veces iban á estas romerías, no con el traje de las escuelas, sino con ridículos disfraces, merced á los cuales redoblaban, si era posible, sus travesuras, y hacian mayores engaños y burlas á todo el que no andaba ojo avizor con aquellas bandas de mozos, que tenian todo el mundo por suyo, como quien ni teme ni debe.

En estas excursiones eran el terror de las posadas y la peste de los mesones, pues ni el huésped ni los caminantes estaban libres de sus malignas invenciones.

Si algun viajero, por su porte y traza, parecia acaudalado, todos se le arrimaban con mil cortesías y ofrecimientos, disputándose el ser sus criados. Cuál le sacudia el polvo de la capa, cuál le limpiaba el fieltro de viaje, cuál daba voces al mesonero para que aderezase al caballero los mejores manjares y el más añejo zumo de Coca ó San Martin, prometiéndose que no habian de llevar en aquello la peor parte.

Nunca las hordas de Tamerlan hicieron tanto destrozo como ellos, si podian asaltar á media noche el gallinero ó la despensa del hostelero mismo, ó de alguna casa de la vecindad, y más hubiesen ellos querido ver que entraba en los corrales una manada de zorras que una cuadrilla de estudiantes. En las despensas no hicieran más riza todos los gatos de un convento, y no habia chorizos ni perniles que pudieran quedar á cubierto de sus embestidas, pues no fueron tantas las astucias de Sinon para meter los griegos en Troya, como las suyas para sacar aquellos manjares de los más recónditos escondrijos.

Ellos, en sus peregrinaciones, á todos se arrimaban y con todos hacian liga, y ya se les veia caminar en un carro con frailes, ya con soldados, ya con mozas del hampa, y todos salian contentos de su compañía.

Y era maravilla que siendo tanta su aficion á la vida alborozada, no por eso descuidasen los estudios, asistiendo en general á las cátedras puntualmente, habiendo entre ellos grandes estudiantes, que despues de terminar sus carreras, eran lumbreras del saber, que hacian que Salamanca fuese llamada madre de las ciencias, título que no ménos cuadraba á su hermana Alcalá, miéntras ellos empuñaban las varas de las chancillerías y los bastones de los gobiernos ó lograban los bonetes de martas de los presidentes de los reales consejos.

Como galanes gustaban, á las veces, los estudiantes de los antiguos tiempos usar jubones y gregüescos de chamelote, burato, media seda y otras telas vistosas, tanto que fué preciso ponerles prohibicion y castigarlos con la pérdida del vestido y cárcel si infringian lo mandado.

Sin embargo, el traje que ya en el siglo XVI se generalizó entre ellos fué la loba ó sotana y el manteo: en la cabeza nunca llevaron cosa determinada, acomodándose á la clase de gorra, bonete ó sombrero que gastaba la mayor parte de las gentes. Estas prendas se hicieron generales entre ellos y presto no se vieron otras en las aulas y en los patios de las universidades, siendo su escudo y salvaguardia, pues con la cubierta de ellas arrojábanse á todo, sabiendo que habia de pasar como cosa de estudiantes.

La vida estudiantil, como la militar, establecia franco trato entre los que la profesaban, y aunque es cierto que los estudiantes hijos de padres ricos solian llevar á Salamanca, no sólo criados, sino ayos ó mayordomos que parasen miéntes á sus personas y haciendas, no lo es ménos que en cuanto un estudiante ponia los piés en el patio de una universidad, aunque su nobleza fuese mucha, quedaba nivelado con sus demas camaradas, y si no pagaba la patente, mediante algunos reales de á ocho, sufria, como todos, que le hiciesen obispillo, le nevasen, le diesen garrote al arca ó le llevasen los libros en prenda á casa del bodegonero.

Así, muchas veces dejaban á sus ayos y guardianes con tanta boca abierta, y en tiempo de vacantes se iban con los otros camaradas á pasarlo alegremente de pueblo en pueblo, y vivir de su industria y del asalto, durmiendo en los pesebres de las ventas ó á cielo abierto, más gustosos que si en casa comiesen faisanes ó durmiesen entre holandas.

De este modo pasaron los estudiantes más de dos siglos, sin que hubiese cambio notable en sus costumbres, ni en sus trajes, y era más de mediado el siglo XVIII cuando por efecto del trascurso del tiempo y de los acontecimientos, empezó á declinar la estrella escolar, ó mejor, á sufrir trasformaciones.

Erase el año de 1766; los españoles hallábanse descontentos del giro que tomaban los sucesos políticos. Un ministro de nacion extranjera, Esquilache, se habia hecho impopular con los crecidos tributos que imponia á los artículos más necesarios al sustento del pueblo. Sordo rumor se movia contra él, cuando reventó la cargada mina con pretexto del decreto que dió, mandando que dejasen de llevarse las capas españolas y los sombreros de anchas alas, que ya sólo iba usando el pueblo, para que se sustituyesen con prendas de la misma clase, pero dispuestas segun costumbres extranjeras.

Sobrevino entónces el famoso motin de las *capas y sombreros*, el Domingo de Ramos, 26 de Marzo de 1766, y aunque el pueblo consiguió lo que se propuso, derrocando al ministro y haciendo derogar el decreto sobre las capas y sombreros, éstos comenzaron, no obstante, desde entónces á mudar su forma por el influjo de la moda.

Principiaron á levantar sus faldas por la frente y poco á poco, de un modo insensible, quedaron trasformados en los sombreros llamados de *medio queso*, por su estructura particular.

Tanto creció su uso, que á fines del siglo triunfaba en todas las cabezas, y los caballeros y las gentes del pueblo le adoptaron igualmente. Ya he dicho que el traje escolar no habia tenido nunca un sombrero propio; así que los estudiantes agregaron á sus invariables sotanas y manteos el sombrero de medio queso, que habia de quedar como peculiar de ellos, llegando desde entónces á serles tan característico como las otras dos prendas del traje.

Partiendo de aquel tiempo, áun cuando el siglo XIX, que corremos, trajo la abolicion de tales sombreros, conservá-ronse en las aulas, de manera que trocó su nombre primitivo por el de tricornio estudiantil, no concibiéndose en adelante los estudiantes sin aquél, que llegó á ser su verdadero distintivo.

Él alborozaba las aldeas, cuando de vuelta á sus hogares, en el verano, iban los estudiantes en tropas, con sus alegres guitarras, flautas y panderas, haciendo lo que se llamaba *correr la tuna*, recordando lo mismo que habian hecho durante muchos siglos.

Sus travesuras no habian menguado, y los pueblos limítrofes á Alcalá y Salamanca recuerdan aún las visitas que

(1) Quevedo, *Visita de los chistes.*

(c) Ministerio de Cultura 2006

los estudiantes les hacian, de las que no siempre les dejaban glorias que contar.

Por fin vino un dia funesto para la *tuna*. Mandóse, de órden superior, suprimir tricornios, manteos y sotanas, y por más que diga el refran que *el hábito no hace al monje*, desde aquella fecha perdieron los escolares sus antiguas tradiciones.

En el último carnaval han querido unos cuantos estudiantes desenterrar la antigua vida y *correr la tuna*, mas su intentona ha revestido tambien el carácter de los adelantos de los modernos tiempos. La *tuna* moderna era una débil sombra de la antigua, y en lugar de correr uno y otro pueblo de Castilla, á pié, siendo á la par embeleso y plaga de mesones y aldeas, han aprovechado el ferro-carril y partido á largas distancias, viviendo en fondas á sus expensas, nada ménos en la capital de Francia.

Su traje, si bien ostentaba el tricornio, presentábalo reformado y embellecido, no siendo ya aquel sombrero mugriento y de grandes picos del siglo XVIII, uniendo en flagrante anacronismo, el cuello de abanillo del siglo XVI, con las medias, calzas y valones negros del XVII, y los zapatos de hebilla y el tricornio del XVIII, suprimiendo además la característica sotana.

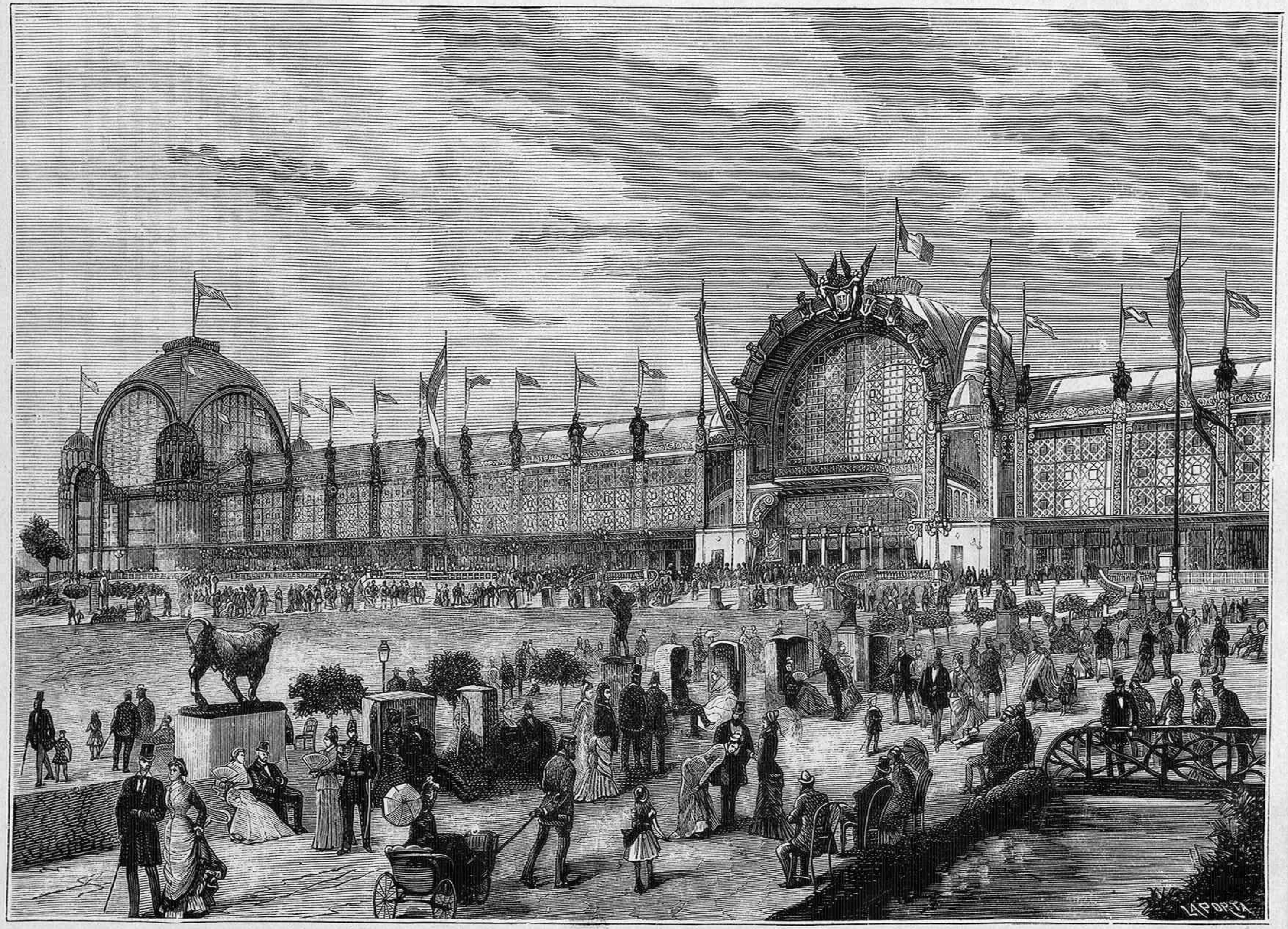
Las costumbres pasan con los tiempos y no es posible resucitarlas; la universidad de Alcalá no existe ya muchos años hace, y la de Salamanca apénas es una sombra de lo que fué en dias anteriores. Los manteos, sotanas y tricornios concluyeron, y con ellos acabó tambien para siempre lo que se llamaba *correr la tuna*.

JULIO MONREAL.



TIPO ESPAÑOL DE LA ÉPOCA DE GOYA. — DIBUJO Á LA PLUMA DE MARIANO FORTUNY.

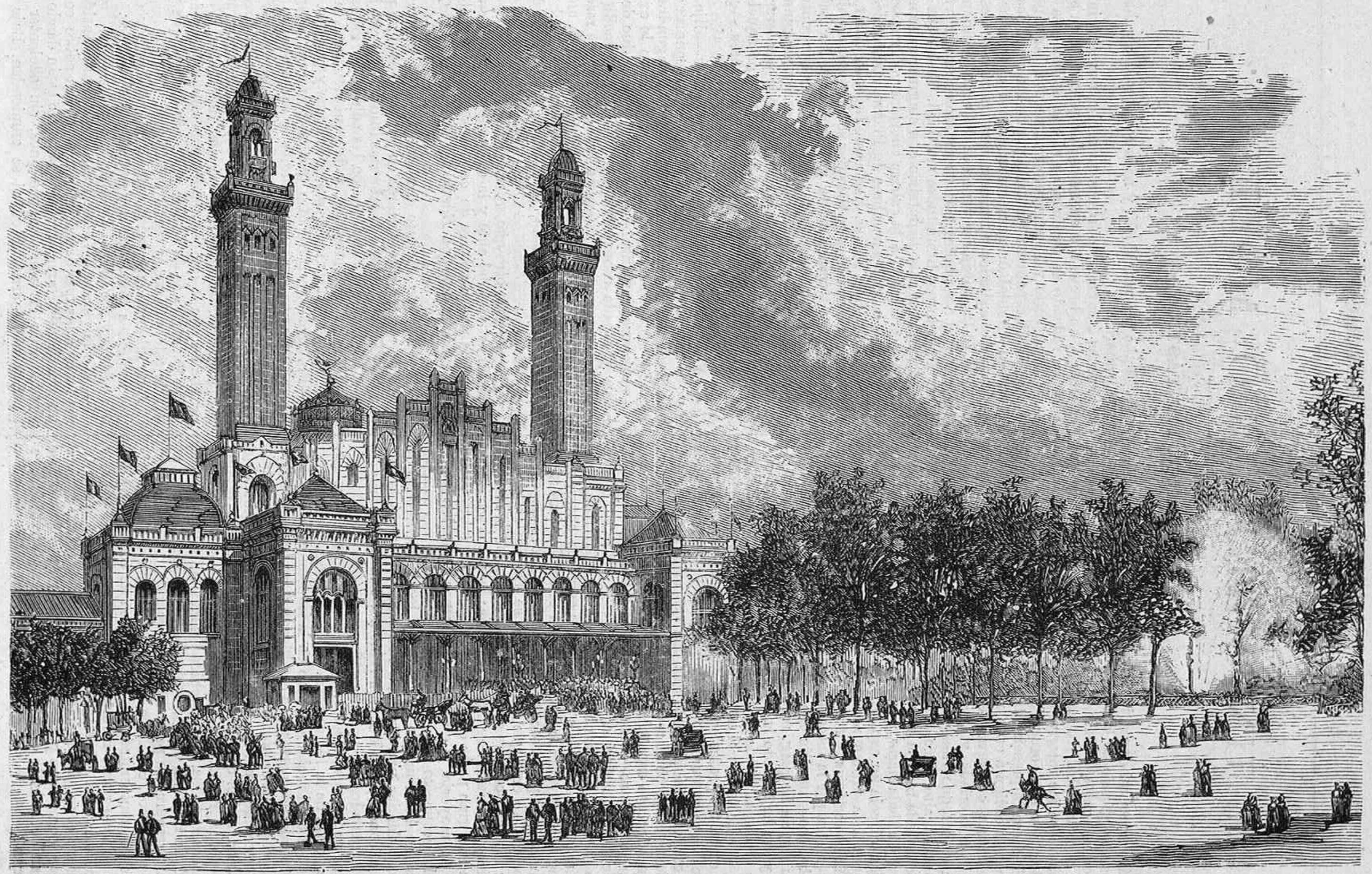
(c) Ministerio de Cultura 2006



EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS, INAUGURADA EL 1.º DE MAYO DE 1878.—FACHADA PRINCIPAL DEL PALACIO DEL CAMPO DE MARTE.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS, INAUGURADA EL 1.º DE MAYO DE 1878.—PALACIO DEL TROCADERO, VISTO DESDE LA PLAZA DEL REY DE ROMA.

UN MANICOMIO MODELO.

(NARRACION FANTÁSTICA.)

Hallábame en mi despacho dias pasados leyendo un libro de Filosofía, género de locura inofensiva á que suelo entregarme en mis ratos de ocio, cuando entró mi criada á anunciarme que un caballero solicitaba verme. Renegando del importuno que me interrumpia en lo más interesante y sabroso de mi lectura, ordené, sin embargo, que pasase, obedeciendo á esa imprescindible ley social que, á nombre de la cortesía, nos obliga á cada momento á recibir visitas que no nos interesan y ocuparnos en asuntos que no nos importan.

Marchóse la criada, y á poco entró en el despacho la más extraña figura que imaginarse puede. Era un hombre de edad madura, alto, flaco, de arrugado rostro y calva cabeza, cuya extraviada mirada velaban enormes anteojos montados en corva y afilada nariz, y cuya desierta boca, rasgada hasta las orejas, ofrecia un aspecto semejante al antro de Trofonio. Vestia á la última moda de 1840, y adelantábase haciendo tales cortesías y reverencias, que hube de concebir serios temores por la integridad de su espinazo.

—Caballero—me dijo con extranjero acento—soy el doctor Insanus, de Leipzig, médico alienista reputado en Alemania, y me he tomado la libertad de visitar á V. para suplicarle que se sirva visitar en mi compañía el manicomio modelo que he tenido el honor de fundar en los alrededores de esta córte. Su profesion de crítico y sus aficiones filosóficas me hacen presumir, no sólo que para V. ofrecerá sumo interes este espectáculo, sino que una vez visto no negará á mi naciente empresa el concurso de su pluma, dando á conocer en la prensa española mi establecimiento.

—Pero, caballero—respondí—yo no soy médico y nada entiendo de esas materias.

—No importa. Mi manicomio difiere completamente de todos los que existen. Mis prolongados estudios antropológicos me han convencido de que hay en el cerebro perturbaciones no ménos peligrosas que la locura, fáciles de curar sin embargo. Yo creo que los hombres se dividen en cuatro grupos: los cuerdos, que son muy pocos; los locos rematados, únicos que hasta hoy cura la ciencia; los locos pacíficos, que son una gran parte de la humanidad; y los tontos, que forman la mayoría y están tan enfermos como los locos. Yo me he propuesto dejar los locos rematados á mis colegas y dedicarme á la curacion de tontos y locos pacíficos. Por eso pienso fundar una serie de manicomios, que á la vez serán *tonticomios*, donde hallen remedio, ó al ménos alivio, estos desgraciados.

—Pues en tal caso, Doctor, tiene V. que enjaular las dos terceras partes de la humanidad.

—Esa sería mi ambicion, pero en la imposibilidad de hacerlo, procedo por partes. He clasificado á los locos y tontos por categorías y profesiones sociales, y voy á crear manicomios especiales para cada una de ellas. Hasta ahora no he organizado más que el de los tontos y locos que producen el arte, la literatura y la ciencia, los cuales son los más inofensivos de todos, pero tambien los más dificiles de curar.

—¿Y de las diversas formas de locura y tontería que la política engendra, no piensa V. ocuparse?

—Los políticos, caballero, más suelen necesitar de presidios que de manicomios, y los que pecan de tontos ó de locos son de todo punto incurables, porque no hay peor locura, ni tontería más incorregible que aquellas que sustenta y aguijonea el propio interes. Por otra parte, ¿cómo habian de tolerar los poderes públicos de ningun país la fundacion de un establecimiento en que tendrian tantas probabilidades de ingresar?

—Me ha convencido V. y nada me queda que hacer sino acompañarle.

Salimos á la calle, tomamos un coche, nos dirigimos á las afueras, y en breve nos apeamos á la puerta de un suntuoso edificio, rodeado de jardines, en el cual se leia esta inscripcion: MANICOMIO Y TONTICOMIO DEL DOCTOR INSANUS. Oíase dentro de él espantosa gritería, y por las alamedas que lo rodeaban circulaban numerosos grupos de gentes, en su mayor parte agitadas y furiosas, que tambien se descubrian á traves de las enrejadas ventanas del establecimiento.

Pasado el vestíbulo, nos encontramos en un vastísimo salon ocupado por tumultuosa multitud. Todos los que allí se hallaban reunidos disputaban con singular vehemencia, y á veces se arrojaban á la cabeza enormes volúmenes en cuyas tapas se leian los nombres de Platon, Aristóteles, Santo Tomás, Descártes, Bacon, Espinosa, Leibniz, Kant, Hegel, Krause y todos cuantos en filosofar se han ocupado desde los más antiguos tiempos hasta nuestros dias. La habitacion estaba casi á oscuras, y nadie sabía á punto fijo contra quién peleaba; y como todos hablaban á la vez y ninguno entendia á los demas ni á sí propio, no hay que ponderar lo confuso de aquella algarabía y lo inextricable de aquel cáos.

—¡Orden!—gritó el Doctor con voz estentórea.—¿Cuándo acabarán ustedes de entenderse?

—¿Y cómo quiere V. que nos entendamos—dijo uno de los que más disputaban—si nadie quiere reconocer que poniéndose la idea en sí, contra sí y para sí, engendra por la lógica y necesaria evolucion de sí misma todo lo existente?

—¡Absurdo inmenso!—exclamó ótro individuo de luenga barba y rapada cabeza que por allí andaba meditando.—Miéntras no nos coloquemos en la unidad de la razon y de la conciencia, y desde el Yo absoluto, visto en la unidad de mí como yo mismo, nos elevemos á la vista real y objetiva del Sér en su unidad, no resolverémos el problema de la ciencia.

—*Nego*—dijo otro que se envolvia en negras hopalandas.—Sin el estudio del ente y la distincion de la potencia y el acto, nada puede saberse de esas cosas. Y si no, atended á estos dos silogismos en *Bárbara* y en *Baralipton*, que voy á formular.

—Nada de eso—repuso otro, que, ciñendo un mandil cubierto de sangre, se entretenia en abrir en canal un perro de aguas.—Todas esas son palabrerías inútiles. Lo que hay que hacer es examinar con atencion las células nerviosas, analizar la vesícula germinativa, y de aquí elevarse á la unidad de la fuerza y la materia, que es la única y positiva verdad.

—Protesto—vociferó otro que andaba muy ocupado en hacer bailar una serie de veladores y sombreros de copa.—El espíritu existe, y unido al periespíritu camina de planeta en planeta y en los intervalos de sus encarnaciones baja á la tierra á poner en movimiento los muebles, retratarse en fotografía y dar mojicones á los incrédulos. Veréis en prueba de ello lo que acerca de estas sublimes verdades revelan los espíritus de Pepete y Martin Lutero, que por medio de este velador se van á manifestar.

Aumentábase la gritería, crecia la confusion, y en breve hubo miéntes como puños y puños como miéntes. Salímonos afuera y me dijo el Doctor:

—¿No le parece á V. que tengo razon para considerar como locos á los que de tal manera disputan sobre cosas que no han de saber nunca? Siglos hace que están dando vueltas alrededor de las mismas cuestiones, sin adelantar un solo paso, y ni se arrepienten ni se enmiendan. Bajo unos ú

(c) Ministerio de Cultura 2006

otros nombres se reproducen eternamente, y eternamente representan el mismo espectáculo. ¡Batalla de ciegos, en que cada golpe dado al enemigo aplasta al mismo que lo asestó! Dejémoslos, pues, que disputen lo que quieran y pasemos á otras secciones más entretenidas.

Hicímoslo así, y pronto nos hallamos en una inmensa sala alhajada á manera de archivo, biblioteca y museo á la vez, donde muchos hombres se dedicaban en silencio á las más diversas y extrañas ocupaciones. Limpiaban unos con sumo cuidado desvencijados muebles ó desportillados cacharros; descifraban otros con prolijo trabajo antiguos manuscritos roidos de ratones; y algunos, cubiertos de polvo, rebuscaban con afan libros viejos entre los que, en empolvados montones, cubrian el pavimento de la sala.

—Éstos—me dijo el doctor—son los anticuarios, los coleccionistas y los bibliófilos; mas no aquellos que, juntando la crítica al saber, prestan inestimable servicio á la historia y á las letras con valiosos hallazgos y eruditos y razonados estudios; sino los que, trocando en manía una aficion laudable y convirtiendo en fin lo que sólo es medio, ponen en ridículo lo que merece respeto y son dignos herederos de aquel célebre D. Hermógenes que inmortalizó Moratin.

—No lo dirá V. por mí—exclamó vivamente uno de aquellos empolvados—que harto servicio hago á la ciencia con descifrar este precioso documento, gracias al cual sabrémos con exactitud el número de servilletas que gastaba en un mes la sacra majestad del rey D. Felipe III; cosa que, ó no hay justicia en la tierra, ó ha de valerme una plaza en la Academia de la Historia.

—Ni por mí—añadió otro—, que á fuerza de fatigas y desvelos he reunido la coleccion de calcetines más completa que se conoce, y tengo juntos más de 80.000 sellos de correos; lo ménos dos millones de cajas de fósforos, y las conteras de todos los bastones que usaron los reyes de España, de Felipe V acá.

—Ni por mí—exclamó otro—que en breve daré á la estampa el libro más curioso que hay en el mundo.

—¿Y cuál es, si saber se puede?—le pregunté.

—Pues nada ménos que un *Tratado sobre la extincion de las garrapatas*, escrito por Maese Diego de Vargas, autor desconocido del siglo XVI, libro agotado desde hace muchos años y del cual he hallado, por caso felicísimo, el mejor ejemplar que se conoce. Véalo V., véalo usted. Es de la edicion de Ambéres de 1584, mucho mejor que la de Barcelona de 1585, que es la que hasta ahora se conocia. Claramente lo pruebo en las doscientas páginas de introduccion con que le encabezo, sin contar las numerosas anotaciones, variantes y concordancias que lo enriquecen. ¡Oh! es cosa curiosísima. Voy á hacer una edicion elzeveriana, en papel de hilo, tirada de veinte ejemplares nada más, que cada uno vale cuatro duros como cuatro soles. Seis mil reales me ha costado el ejemplar que poseo y no lo daria por cuarenta mil.

—¿Y el libro es bueno como obra literaria?

—Bien se ve que no es V. bibliófilo—contestó otro que andaba revolviendo pergaminos.—Lo esencial es que el libro sea raro y que el ejemplar esté en buen estado de conservacion. El contenido importa poco: ¡flojo trabajo tendria yo si fuera á leerme los 50.000 volúmenes que tengo en mi casa! Nosotros los bibliófilos no nos cuidamos de esas pequeñeces.

—Todo eso no vale nada—repuso otro á quien apénas se distinguia, sepultado como estaba en un enorme monton de infólios.—La ciencia no es lo que piensa ese caballero, ni tampoco lo que presume el mordaz crítico que nos visita. La ciencia es ante todo la erudicion; consiste, por ejemplo, en saber, como yo sé, la lista completa de todos los escritores españoles y extranjeros que han escrito sobre metalurgia desde la época Védica hasta nuestros dias. Todas esas palabrerías de Ateneo, á que hoy llaman crítica, estética y no sé qué más, á nada conducen. Lo importante es el saber positivo, la erudicion sólida que se adquiere en archivos y bibliotecas haciéndose callos en las posaderas. Así se llega á ser un prodigio como yo, dicho sea sin modestia.

—Así se llega á ser un D. Hermógenes, contesté furioso, y salí de la habitacion.

En la sala inmediata habia tanto ó más bullicio que en la de los filósofos. Rodeábala larga estantería repleta de ediciones del *Quijote* y de sus comentadores, ostentándose en el centro el retrato del caballero particular que pasa por Cervántes, y debajo en colosales caractéres estas palabras de su libro inmortal: *No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero D. Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna.*

—¿Quiénes son—pregunté al Doctor—los que esta sala habitan, y á qué fin responde esta inscripcion?

—Aquí están—contestó—los cervantistas, ó mejor cervantómanos, y esa inscripcion tiene por objeto recordarles el verdadero propósito del *Quijote*, y por tal medio poner término á su locura. Pero vea V. los resultados que obtengo.

Fijéme entónces en lo que hacian aquellos desdichados. Habian rodeado de luces y guirnaldas el busto de Cervántes, y muchos permanecian ante él postrados de rodillas é incensándolo, cual si fuera la propia imágen de la divinidad. Otros, entre tanto, disputaban con desaforadas voces acerca de la genuina interpretacion que debe darse al libro más claro y ménos misterioso que ha producido el ingenio humano.

—Pues yo le digo á V.—exclamaba uno—que Cervántes se propuso pintar la oposicion entre lo ideal y lo real, anticipándose de esta suerte á nuestro siglo y poniéndose á la cabeza de todos los filósofos pasados, presentes y futuros.

—Todo ménos que eso—dijo otro.—Cervántes, en efecto, se anticipó á esta época, pero fué como político. Es evidente que era socialista, republicano federal, racionalista y acaso francmason, y por eso su obra es una terrible sátira revolucionaria contra la monarquía, la Inquisicion y la teocracia.

—¡Blasfemo!—repuso otro.—El *Quijote* es una sátira de la revolucion y una defensa del antiguo régimen. A vivir en nuestro siglo, Cervántes hubiera sido suscritor al *Siglo Futuro* y miembro de la Juventud católica.

—¡Hipótesis y nada más que hipótesis!—observó otro cervantista.—Basta leer el *Quijote* para ver que no es más que una serie de sátiras personales contra los enemigos de Cervántes y algunos personajes de la córte.

—Lo positivo es—contestó uno de los que oraban ante el busto—que Cervántes fué un gran teólogo.

—Y un eminente agricultor—añadió otro.

—Y un químico de primera fuerza.

—Y geógrafo peritísimo.

—Y médico insigne. Vea V. qué bien ha estudiado la locura de su héroe.

—Y un economista superior á Bastiat.

—Y mejor marino que Magallanes.

—Y un estratégico que daba quince y falta al Conde de Moltke.

—Y vascófilo, observó un fuerista.

—Y partidario de la abolicion de la esclavitud, añadió un mulato.

—Y más liberal que Riego, dijo un ex-miliciano.

—Y en suma, una enciclopedia de todas las ciencias y un conjunto de todas las virtudes, que si no es Dios, merecia serlo, á juzgar por lo que ustedes dicen—dije, perdiendo la paciencia al oir tanto disparate, y saliendo precipitadamente de la habitacion, no sin daño de mis costillas, sobre las cuales arrojó un entusiasta un ejemplar completo del *Quijote* de Clemencin.

—Vamos á ver ahora—díjome el Doctor—el departamento más bullicioso de todos: el de los músicos. Prepare V. su tímpano á las más ingratas sensaciones y haga provision de paciencia para oir en calma las herejías estéticas más extraordinarias.

No habiamos dado muchos pasos, cuando un estrépito infernal me hizo comprender toda la verdad que encerraban

(c) Ministerio de Cultura 2006

las palabras del Doctor. Pianos que exhalaban los más desesperados gemidos bajo el puño formidable de los ejecutantes; violines que competian con el grillo y la sierra; gargantas que se esforzaban por rivalizar con los más estrepitosos instrumentos; un conjunto inexplicable de horripilantes disonancias capaces de destrozar los oidos más resistentes; hé aquí la infernal orquesta que en aquel antro resonaba. Compadecido el Doctor, blindó mis orejas con sendos tapones de algodon, haciendo lo propio con las suyas, y prevenidos de esta suerte penetramos en la estancia.

Al vernos se levantaron todos y se arrojaron sobre nosotros con inusitada algazara. Cada uno pugnaba porque escuchásemos sus composiciones ó admiráramos su habilidad de ejecutante, y todos tiraban de nosotros y nos aturdian con sus gritos.

Calmado un tanto el tumulto, gracias á las exhortaciones del Doctor, tomó uno de aquellos energúmenos la palabra y nos habló en éstos términos:

—Yo, señores, soy (como todo el mundo sabe) el primer pianista del mundo, porque, merced á mi agilidad y ejecucion, hago que el piano imite con ventaja á todos los instrumentos músicos y reproduzca con fidelidad exquisita, no ya cuantos sonidos se dan en la naturaleza, sino todos los afectos é ideas que tienen cabida en el sér humano. En prueba de ello, voy á tocar mi *sonata filosófica* (obra 852) y ustedes se convenceraán de que la música es el más claro, preciso y expresivo de todos los lenguajes, mal que pese á los que quieren despojarla de toda significacion.

Y dicendo y haciendo arremetió al piano, y con inusitada furia tocó una serie de escalas y arpegios que nada significaban ni decian, amenizados con las más inauditas disonancias. Temblaban las teclas bajo sus nerviosos dedos; rompíanse los pedales; rechinaban las cuerdas; estremecíase todo el instrumento, y él sudaba la gota gorda, agitábase sobre la silla y descargaba sobre el piano tan desaforados manotazos, que más de una vez hizo saltar por el aire las velas de los candelabros. Concluyó por fin su ingrata tarea quedando harto maltrecho y cansado, y volvióse con placentero semblante hácia nosotros, como en demanda del merecido aplauso.

—¿Qué les ha parecido á ustedes? nos dijo.

—Que si eso fuera el arte—le respondí—sería ocupacion más digna de mozos de cuerda que de gentes cultas. ¿Dónde está la belleza, dónde la expresion y el sentimiento de ese trabajoso ejercicio gimnástico? Puedo asegurar á V. que en esa tempestad de notas discordantes nada he hallado que conmueva mi corazon ni que halague mis oidos.

—Sin duda es V. algun anticuado partidario de la música italiana—contestó con indignado acento.—¡Pues no ha reparado V. en las dificultades que para su ejecucion ofrece esta pieza y en las maravillas de composicion que encierra? ¡Pues si mi sonata es un prodigio de ciencia musical!

—De ciencia, podrá ser; de arte, no. Yo no llamo obra de arte á una penosa combinacion de jeroglíficos trazados segun receta, sino al producto de una inspiracion nativa y espontánea, sin duda sometida á preceptos técnicos. Artista es el que me hace sentir y gozar; el que despierta en mí la emocion estética, comunicándome la que embargaba su ánimo al sentirse inspirado. Pero si para apreciar la obra de arte y gozar con ella necesito hacer un laborioso y concienzudo análisis de los procedimientos técnicos que para producirla se han empleado, mi deleite no es superior al que experimenta el que estudia el binomio de Newton ó resuelve una ecuacion de segundo grado.

—Es que—contestó—no sólo hay que admirar en mi obra el esmero de la ejecucion, sino la idea. ¿No ha visto V. cómo se traduce en ella el pensamiento filosófico que la inspira? ¿No ha advertido cómo pinta el estado de un alma entregada á la duda y á la desesperacion?

—Ni he visto eso, ni lo ve nadie. La música lo dice todo, precisamente porque concretamente no dice nada, y no hay en ella posibilidad de expresar ideas, ni áun sentimientos, si la poesía no le sirve de vivo comentario. Esa *sonata*, como la totalidad de las composiciones de música instrumental, lo mismo puede expresar lo que V. dice que todo lo contrario. En este arte, más que en ningun otro, *el espectáculo está dentro del espectador*.

Al oir estas palabras dirigióse á mí un músico melenudo, de luenga barba, que llevaba bajo el brazo un enorme manuscrito, y me dijo haciendo cortesías:

—Si V. quisiera oir, caballero, mi ópera de gran espectáculo *El Ramayana*, no diria tales blasfemias. Precisamente en ella se demuestra cumplidamente que la música lo expresa todo. Hay una escena en que un sabio brahman explica la teoría del conocimiento sensible, que es una maravilla. ¿Y qué decir del preludio del acto cuarto, en que los violines pintan la serenidad de una tarde de los trópicos en el mes de Agosto?

—Debe ser cosa magnífica—le dije conteniendo difícilmente la risa.

—Escuela de Wagner, caballero. Nada de melodía: armonía pura, muchas disonancias, instrumentos de viento á todo pasto, y por supuesto, supresion completa de las mal llamadas piezas. Toda la ópera es una pieza sola.

—Sí, ya presumo que será soberbia.

—¿Y lo dramática que es? Allí sí que hay situaciones musicales. Ya ve V.; tiene siete actos, veinte cuadros y más de doscientos personajes. Toda la epopeya india en una ópera. Allí hay danzas guerreras y religiosas, batallas campales, una entrada triunfal en que salen cien comparsas y cincuenta caballos, dos ejecuciones capitales, una lucha de fieras; en suma, todo lo más dramático que puede concebirse. ¡Qué obra, caballero, qué obra!

—Sí. No estaria mal en el Circo ecuestre—dije, y salí de allí en medio del más espantoso estruendo, pues el compositor, sin esperar á razones, habia comenzado á tocar la sinfonía de su obra, que me pareció un coro de gatos á quienes se tira de la cola.

De allí pasamos á una larga galería, donde estaban los pintores. Sorprendióme mucho que todos pintáran lo mismo. Majas, manolos, toreros, casacones, moros en todas las posturas imaginables, y retratos de horribles mendigos desarrapados ó desgarradas chulas constituian casi exclusivamente el repertorio. Llamó tambien mi atencion que la mayor parte de los cuadros eran un conjunto de manchas de color, que sólo á un kilómetro de distancia dejaban adivinar algunas figuras casi siempre desdibujadas. Tanto me extrañó esto, que no pude ménos de preguntar la razon de ello á uno de los pintores.

—¿Tan atrasado está V. de noticias?—me dijo desdeñosamente.—¿No sabe V. que los que aquí estamos somos pintores realistas, que nos inspiramos en Rosales y Fortuny y seguimos las huellas de Velazquez? ¿Querria V. que hiciéramos lamidas pinturas de abanico? Nada de eso; el natural á toda costa: tal es nuestro lema.

—Pero yo creo—contesté—que tan natural es una mujer hermosa como un mendigo súcio y harapiento, y que no hay necesidad de copiar el segundo en vez de la primera. Y tampoco entiendo que con la pintura realista no se pueda representar otra cosa que manolos del tiempo de Goya y moros del Riff.

—Así lo hacía Fortuny.

—Fortuny era un genio, y en los genios está bien lo que en sus imitadores mal. Y sobre todo, ni Fortuny ni Velazquez pintaban cuadros que hubiese que mirar con telescopio.

—¡Vaya! Ya veo que V. es un académico que no entiende el estilo franco.

—No soy académico; pero no me gusta la franqueza cuando raya en grosería.

Encogióse de hombros el artista, y pintando de un solo brochazo la cara de un negro tumbado boca arriba en medio de un plantío de higos chumbos (que era el interesante asunto de su cuadro), me dijo por vía de despedida:

—Hace mucho tiempo, señor crítico, que el arte se redu-

(c) Ministerio de Cultura 2006

ce á la ejecucion, como es debido, y se cifra en el color. El asunto, la idea, el interes dramático son vaciedades de académicos. Lo que importa es una buena mancha de color y una figura bien imitada del natural. Si V. viera mi *Escarolero mirándose las pulgas*, cambiaria muy pronto de opinion.

No quise oir más, y me separé de aquel loco, que en tan fútiles asuntos malgastaba la habilidad que le habia otorgado la naturaleza.

—Ya no hay más salas que ver—me dijo el Doctor.—Ahora vamos al jardin.

—¿Y qué hay en él?—pregunté.

—Los poetas. Como son unas pobres gentes, les dejo andar sueltos. Unicamente tengo encerradas á las poetisas, porque no hay quien pueda gobernarlas. Ya ve V.; en su mayor parte son solteronas, y de una solterona á un perro de presa no suele haber mucha diferencia.

El jardin era hermosísimo. Formábanle largas y umbrosas alamedas, cortadas á trechos por anchurosas plazoletas llenas de fragantes flores. Bulliciosos saltadores y risueños arroyuelos refrescaban el ambiente cargado de aromas, y mil aves canoras alegraban el paisaje con sus regocijados cantos. Grupos numerosos de poetas circulaban por las calles del jardin, en el fondo del cual se vislumbraba el pabellon de las poetisas, donde se escuchaba infernal vocerío, debido á que, segun me dijo el doctor, pasaban el tiempo en declamar sus versos, maldecir de los hombres y tirarse los trastos á la cabeza.

Apénas entramos en el jardin, dirigióse á nosotros un numeroso grupo de macilentos y mal trazados jóvenes, que nos rodearon con grande algazara.

—Este es—decian—éste es el inexorable crítico que ha de hacernos justicia. Este ha de ser el vengador de la juventud literaria, sacrificada por los que ejercen el más odioso de los monopolios.

—Pues ¿quiénes son VV.?—exclamé sorprendido.

—Nosotros—dijo uno—somos la esperanza de las letras, los adalides de la nueva idea, los que venimos á romper caducas tradiciones, los jóvenes no comprendidos ni estimados, genios en flor que excluye del templo de la gloria el egoismo de los viejos autores y la ignorancia de actores, editores y empresarios.

—Eso no puede ser exacto—les dije.—Para el verdadero mérito siempre hay camino.

—No, señor—dijo otro.—Diez años hace que estoy presentando á todas las empresas de teatros mi drama romántico *El Cadalso y el puñal*, y á todos los editores mi novela realista *Adúltera y meretriz*, y mi tomo de poesías *Cantos de un desesperado*, y todavía no he conseguido el logro de mis pretensiones.

—¿Y á qué atribuye V. esa desgracia?

—¿A qué he de atribuirlo? La escena, la novela, la lírica, todo está monopolizado por antiguallas académicas que nada valen, pero que tienen envidia á los jóvenes, y no quieren que nos demos á conocer. Ayala, Tamayo, Nuñez de Arce, Valera, toda esa serie de medianías lo acaparan todo, y para el verdadero genio no hay entrada en ninguna parte.

—*Non raggionam di lor, ma guarda e passa*—me dijo el Doctor al contemplar tanta miseria y tanta ridiculez, y nos separamos de aquellos mentecatos, no sin oir á uno de ellos que decia:

—¡Es claro! Ya tiene pretensiones de académico, y no es el crítico de otros tiempos. ¿Cuándo lucirá el dia de la justicia?

A los pocos pasos nos asaltaron otros dos grupos de jóvenes imberbes. Pensativos y meditabundos los unos, lacrimosos y sentimentales los otros, todos declamaban con verdadero entusiasmo composiciones cortas, que podian reducirse á dos tipos fundamentales. Unas tenian pretensiones filosóficas, se apellidaban *doloras*, y encerraban un pensamiento vulgarísimo bajo una forma prosaica y rastrera; otras pertenecian al número de los *suspirillos germánicos*, y eran, por lo general, una sandez ó una inocentada dicha en versos malos, duros y caprichosamente combinados.

—Estos—me dijo el Doctor—son los imitadores de Campoamor y de Becquer, ó lo que es igual, dos especies distintas de la *filoxera literaria*. Desgracia de tan esclarecidos vates ha sido dar vida á semejante plaga; pero es ley, á que el genio no puede sustraerse, llevar en pos de sí una serie de secuaces que son para él lo que el mono es al hombre. Los campoamorianos hanse dado ahora á hacer *pequeños poemas*, que sólo se parecen á los del maestro en lo de pequeños; pero no sé si son todavía peores los becquerianos, que acabarán por hacer ridícula la poesía mejor de todas, que es la poesía del sentimiento.

—No haga V. caso al Doctor—dijo en esto uno de los poetas.—¿Qué puede decir contra esta poesía tan profundamente subjetiva y de tan marcado carácter aleman, que más que de Becquer parece del mismo Heine?

Te vi una vez; miráronme tus ojos,
Y desde aquel momento,
Del muerto corazon que despreciaste
Es tumba helada mi doliente pecho.

¿Qué le parece á V.?

—¡Soberbio! Parece una poesía escrita en Panticosa. Y dígame V., ¿es cierto todo eso?

—¡Ya lo creo!. He sufrido los más terribles desengaños. Nada creo, ni espero en nada. Todo ha concluido para mí.

—¡Qué lástima! ¡Tan jóven y tan desgraciado! ¿Y cómo fué la historia?

—¡Ah, caballero! ¿En qué he de creer ya, despues que Elisa (una suripanta de los Bufos) me dejó plantado por un traspunte, y despues que he perdido al monte mi última peseta? ¿No cree V. que hay bastante con esto para renegar de todo?

—¡Ya lo creo! No fueron tan desventurados Heine ni Becquer. Por mucho ménos se hace cualquiera monje de la Trapa ó se tira por el viaducto de la calle de Segovia.

—Eso digo yo en una de mis doloras—repuso un campoamoriano.—Verá V. qué filosófica y qué profunda es:

—¿Quién eres?—Un desdichado.
—¿Qué vas buscando?—La muerte.
—¿Qué sufres?—Dolor tan fuerte,
Que ya estoy desesperado.
—¿Tienes ilusiones?—Muertas.
—¿Y crees?—En nada creo.
—Es la muerte.....—Mi deseo.
—Vénte conmigo y aciertas.
—¿A dónde vas?—Al abismo.
—Contigo al instante voy,
Que tan fuera de mi estoy,
Que huyendo voy de mi mismo.

—¡Magnífico!—Esa, esa es la verdadera poesía del porvenir—exclamé yo.—Pero todavía me parece poco filosófica. ¿Por qué no pone V. en verso las categorías de Aristóteles?

—Todo se andará, caballero, todo se andará, sobre todo si sabemos cultivar el pequeño poema.

—Poemita diria yo en castellano.

—Bien. Es lo mismo. Yo tengo uno delicadísimo. Es una jóven que se muere de tristeza porque dan morcilla á su perro. Como V. comprende, tiene por objeto mostrar la necesidad de amar que experimentan las jóvenes. No tiene más que cinco cantos, y, por supuesto, está escrito en silva, con multitud de reflexiones filosóficas y rasgos humorísticos, como hace el maestro. Verá V. cómo empieza:

Era Matilde una gentil muchacha,
Muy linda y vivaracha,
Que pasaba las noches en Enero,
Luciendo de su aguja los primores,
Al lado del brasero.
Allí se estaba, y miéntras gayas flores
Su blanca mano con afan bordaba,
Algo en su pecho amante palpitaba,
Que era (no sé si miento)
Idea que se hacia sentimiento
Y afecto que en idea se trocaba.

—Muy bien, muy bien—repuse presuroso para evitar el chaparron que se me venía encima.—Esa mezcla de llaneza, sentimiento y filosofía es el *summum* del arte. Ello es verdad que no se entiende y no interesa; pero ya pasó el tiempo de que la poesía se fijase en esas pequeñeces. Lo que importa es decir cosas muy raras en la forma más prosaica posible, y creo lo consigue V. á maravilla. ¡Lástima es que con todo eso no llegue á la altura de su maestro, que supo ser pensador sin dejar de ser poeta, y no se olvidó de hacer sentir por cuidarse de hacer pensar!

Despedíme con esto del filosófico vate, y me dirigí hácia

(c) Ministerio de Cultura 2006

una plazoleta en que se hallaban los autores dramáticos. Era de ver cómo trabajaban. Rodeados los unos de comedias francesas, traducian, arreglaban y refundian á destajo; ponian otros en movimiento portentosas máquinas que fabricaban obras dramáticas al minuto, con lo cual abastecian dos ó tres teatros por temporada; plagiaban los de más allá las mejores obras del repertorio antiguo y moderno, y algunos (muy pocos) escribian obras originales pertenecientes á dos invariables géneros: el espeluznante y el moral.

—Con las manos en la masa me cogen VV.—dijo uno de estos últimos.—Aquí estoy escribiendo la quinta parte de mi pentalogía, género Echegaray puro. Se titula *Entre el puñal y el veneno*, y tiene situaciones y efectos tales, que ha de haber espectador que se retire accidentado del teatro. Vea V. qué final de acto. Don Diego de Vargas descubre que su hijo natural (los hijos naturales son muy socorridos) está casado con su hermana y en relaciones ilícitas con su madre (sin saberlo, por supuesto): ya ve V. qué situacion tan dramática.

—Ya lo creo—contesté.—¿Y cómo se resuelve?

—Muy sencillamente. El padre se envenena con una moneda de cobre llena de cardenillo que llevaba consigo para estos casos; el hijo hace ahorcar á su hermana y esposa, y luégo muere por equivocacion á manos de su madre.

—¿Y qué hace ésta?

—Quedarse tan fresca, como es natural.

—¿Y cuál es la moral de la obra?

—Que en este mundo siempre se fastidian los hombres de bien. Es lo que está de moda en nuestra escuela.

—Así anda el teatro—exclamó otro autor.—Harto más valia escribir comedias morales, como yo hago. Ahora tengo una entre manos que se llama *La Cocinera sensible*, más edificante que un sermon de capuchino. Allí todo es moral. Hay una criada, cuya virtud triunfa de media docena de seductores, que todos son castigados al final, como es justo; un señor cura que echa un sermon por acto y á todos convierte; una doncella pudorosa que sólo con que la miren se pone colorada; un artesano que se dedica al amor platónico, y á quien hace mil picardías un banquero muy malo; y no faltan oraciones y jaculatorias muy devotas en versitos cortos. Hay tambien su poquito de sal y pimienta, y algunos personajes cómicos, como un asistente andaluz, una criada que habla al estilo flamenco, un coronel retirado, que siempre está echando votos y reniegos, una vieja verde; en fin, todo lo de costumbre, pero muy moral, muy moral.

—Sí, pero muy soso—prorumpió un tercero.—Yo tengo siete obras mucho mejores que esa; todas, por supuesto, arregladas del frances. ¡Allí sí que hay incidentes cómicos, y enredos, y chistes verdes!

—Sí. Me las figuro—le contesté.—Serán de esas en que todo se reduce á una serie de *quid pro quos* insostenibles, sazonada por un diluvio de desvergüenzas. ¡Valiente género! ¡Y que eso se escriba en la patria de Tirso, Moratin, Serra y Breton!

—El drama histórico, ésa es la gran cosa—dijo otro poeta.—Ya estoy preparando mi *Felipe II*. Allí aparece el gran monarca enamorado de Isabel de Inglaterra y mandando asesinar por celos á Mateo Vazquez, que es amante de doña Isabel de la Paz.

—Pero, hombre—dije—¡qué manera de falsificar la historia!

—¡Falsificar la historia!—contestó.—Pues si el arte no ha de poder hacer eso, ¿dónde está la libertad del artista?

No quise contestar á tamaña blasfemia, y me alejé de allí apresuradamente, sin atender á las voces de la multitud de poetas que me perseguian gritando, ni fijarme en un grupo de novelistas que escribian á destajo entregas de á dos cuartos y tomos de á peseta en una lengua desconocida que ellos denominaban castellano. Al fin llegué sin aliento al fondo del jardin, donde se hallaba el pabellon de las poetisas.

Era elegantísimo, pero cerraban todas sus ventanas fuertes rejas, á las cuales se agarraban con desesperacion varios desdichados, que (segun me dijo el Doctor) eran los maridos de las pocas que habia casadas.

—¡Mujer—gritaba el uno—mira que tengo roto el cuello de la camisa!

—¡Mujer, cóseme los calcetines!

—¡Mujer, que el niño lleva diez horas sin mamar y se desgañita!

Pero ellas no hacian caso de tales exclamaciones, y seguian dedicadas á declamar versos, regañar unas con otras y renegar de los hombres.

Algunas habia de verdadera belleza; pero eran más en número las feas, sin duda porque la naturaleza no concede los dones del cuerpo á las que engalana con los del espíritu. Viejas habia muchas, y solteronas, infinitas.

Todas trabajaban con febril actividad. Escribian las unas poesías sentimentales á todas las flores imaginables; dirigian otras místicos acentos á todas las Vírgenes conocidas; otras redactaban enérgicas defensas de la *santa causa* de la emancipacion de la mujer, y no pocas escribian novelas morales y panegíricos de la felicidad del matrimonio y del amor maternal, dando entre tanto algun coscorron al hijo que las distraia, ó cambiando alguna mirada con el amante que les rondaba la reja.

Mi aparicion les causó el mismo efecto que la vista del demonio.

—Ese es—decian—nuestro enemigo, el implacable adversario de nuestra emancipacion, el que pasa su vida en zaherirnos y ridiculizarnos.

—Ese es el que no gusta de las mujeres de talento.

—¡Valiente cursi!

—¡Y qué feo es! ¡Si tiene la nariz torcida!

—¡Muera! ¡Sacadle los ojos! ¡Arañadle! ¡Muera!

—Señoras—les dije—yo no desprecio ni zahiero á las mujeres de talento. Amo y respeto á la mujer como el que más; pero quiero que se mantenga en el lugar que le asignó naturaleza. No quiero que participe de las ocupaciones de los hombres, abandonando el hermoso destino que les fué concedido. Quiero que reinen en nuestro corazon, pero no en el Parlamento ni en la plaza pública; quiero que embellezcan nuestra vida, pero no imitándonos sin éxito; quiero que sientan y amen el arte, pero no les permito que cultiven otro que el de la música, que parece nacido para ellas. No quiero que sean filósofas, ni poetisas, ni políticas, porque lo hacen muy mal generalmente y pierden al hacerlo sus nativos hechizos. Quiero que sean amantes, esposas y madres, y nada más; que vean en el hogar su imperio, en el amor su destino, en su propia debilidad y en su carencia de facultades varoniles el mejor de sus encantos. Quiero que inviertan su talento en el sublime arte de amar, y que embellezcan nuestra existencia, no escribiendo versos medianos, sino embriagándonos con su amor y deleitándonos con sus caricias. Quiero, en suma, que sean mujeres y nada más, porque si aspiran á ser hombres, no conseguirán otra cosa que ser la caricatura de nosotros, como el mono es la caricatura de la humanidad.

Nunca hubiera hablado. Fué tal la cólera de las poetisas, que en breve hicieron saltar la reja que de mí las separaba. Lanzáronse entónces en mi persecucion dispuestas á tratarme como las bacantes á Orfeo, dieron en tierra con el Doctor, que acudió á mi defensa, y pronto me vi en poder de aquellas formidables enemigas. Entónces dí un grito de angustia y desesperacion, y..... me desperté.

. . . . . .

El Lector.—¿Y á quién alude V. en esta sátira, señor crítico?

El Autor.—

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan;
Quien haga aplicaciones,
Con su pan se lo coma.

MANUEL DE LA REVILLA.

(c) Ministerio de Cultura 2006



PRIMERA SALA DE LA SECCION ESPAÑOLA EN EL PALACIO DEL CAMPO DE MARTE.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LAS BODAS DE LA MUERTA.

(TRAGEDIA EN TRES CUADROS.)

A LA EXCMA. SEÑORA DUQUESA DE LA TORRE.

DEDICATORIA.

Vé, pues, tragédia mia, y dile :—«Oh señora, oh flor rica en colores más que otra flor alguna, emperatriz de gracia, *pubilla* de belleza, dame, si te place, posada, pero dámela en tu corazon, que, inspirada por tí, por tí, señora mia, nací á la luz del dia, que es la luz del amor.»

Nota preliminar.—Téngase en cuenta que el original de esta tragedia inédita, inspirada por la lectura de Shakespeare, Soulié y otros autores, está en verso catalan. Al escribirla su propio autor en prosa castellana, ha intentado ceñirse cuanto le ha sido posible á la concision, á la sobriedad, y hasta, si así se quiere, á la dureza que algunos pretenden hallar en el habla en que se ha compuesto. Hubiera conseguido tal vez mejorar ciertos parlamentos y escenas, dándoles más amplitud y color, al amparo de la gallardía y riqueza que posee la sonora lengua castellana; pero esto hubiera sido desnaturalizar la índole de una obra, cuyo carácter ha puesto especial empeño en conservar, aviniéndose á que su trabajo perdiera en bondad lo que puede ganar en exactitud.

PERSONAJES.

JULIETA.
ROMEO MONTESCHI.
CAPULETTI, *padre de Julieta.*
CONRADO DE ARLES, *señor provenzal.*
FRAY LORENZO, *confesor de Julieta.*
Señores y caballeros de la casa de Capuletti.—Damas.—Servidores.—Pajes.

LA ESCENA, EN VERONA.

CUADRO PRIMERO.

La galeria del palacio de los Capuletti, en Verona, abierta sobre el jardin.

A izquierda, en primer término y tallada en la pared, una pequeña capilla bizantina con la imágen de la Virgen, alumbrada por una lámpara de plata que cuelga del techo. A pocos pasos de la capilla, la puerta que abre paso á la habitacion de Julieta.

En el fondo, la gran puerta esculturada que comunica con el estrado, salas de honor y demas departamentos del palacio. Dos ó tres gradas dan acceso á esta puerta.

A derecha, la barandilla y arcos de piedra de la galería, por los cuales se ven los árboles del jardin y el horizonte. Los arcos están sostenidos por columnas, y del primero, situado en el bastidor de la derecha, arranca la ancha escalera de mármol que baja al jardin, con grandes estátuas, de pié sobre sus pedestales, una á cada lado de la escalera. Los arcos siguen por la derecha á lo largo de la escena, hasta concluir en la pared del fondo, donde se abre la puerta de las habitaciones interiores.

La capilla de la Virgen cae enfrente de la escalera, y la puerta de la cámara de Julieta enfrente de uno de los arcos.

En las columnas de la galería y en las paredes, escudos y trofeos de armas y caza.

Es la hora del crepúsculo matinal, pero reina todavía la noche en la galería, iluminada sólo por la luz que arde ante la imágen de la Virgen.

Al levantarse el telon se oye el canto de la alondra. La escena permanece solitaria unos momentos, hasta que se abren las puertas de la cámara de *Julieta*, apareciendo ésta y *Romeo* amorosamente entrelazados de brazos.

JULIETA, ROMEO.

JULIETA. ¿Por qué dejarme, si es de noche todavía?
ROMEO. Ya la noche pasó. ¿Oyes?.... Es la alondra es la, alondra que anuncia el alba.
JULIETA. No es el canto de la alondra, vida mia, sino el de ruiseñor. Cada noche canta desde aquel granado.
ROMEO. ¡Ay! no, es la alondra. La conozco bien... ¿Ves?.. La luz asoma en el horizonte, y entre nubes de rosa llega ya el alba serena, vestida con sus luces de oro y de púrpura, á traerte en ofrenda el beso matinal, amada mia. Es hora de partir.
JULIETA. ¡Ay, si fuese siempre noche y nunca dia!
(*Romeo hace un movimiento para partir. Julieta le detiene.*)
ROMEO. Adios!
JULIETA. Aun no. Un instante más!
ROMEO. ¡Julieta!
JULIETA. ¡Un instante tan sólo!
ROMEO. Ya el cielo aclara.
JULIETA. ¡Si es negra noche, y ha de ser, como me dejes, más negra todavía!
ROMEO. Tienes un corazon de oro.
JULIETA. Y te lo di. Tenerlo quisiera aún..... para volver á dártelo.
ROMEO. ¡Garzela de mi corazon! No es más sabrosa la miel vírgen de las abejas en su almenada colmena, ni más bella la fresca rosa que trémula se eleva á orillas del rio, ni más brillante, dentro de una oscura estancia, el rayo de sol que se desliza por el hilo dorado de su luz... Pero ¡ay, no quiero mirarte, no quiero oirte, porque nunca entónces partiria!
JULIETA. (*Encadenándole amorosamente con sus brazos y diciéndole con gran ternura:*) ¡Véte!
(*Comienza á clarear el dia.*)
ROMEO. ¡Oh tiernos, dulces lazos! ¿Por qué no habeis de ceñirme hasta llegar la hora de mi muerte? ¡Amada de mi alma! Cuando el goce del amor me liga á tus brazos, el tiempo, el sol, todo pára y todo se retarda.
JULIETA. Ya conozco yo el tiempo, y sé cómo pasa. ¡Cómo vuela contigo! Sin tí, ¡cómo tarda!
ROMEO. Razon tenías. Negra es aún la noche y oscura. No es el canto de la alondra el que oimos, sino el del ruiseñor. Santa querida, no es luz del dia, es luz de las estrellas la que ahora nos envuelve con su manto para más amor y más envidia de ellas... ¡Qué vengan ya, qué vengan y me encuentren! ¿Qué me importa la muerte, si es en tus brazos, capullo de mi amor, cielo de mi esperanza? ¡Morir aquí y por tí! La muerte entónces es puerto de salvacion y de alegría..... ¡Morir aquí, en tus brazos! ¡Vír-

(c) Ministerio de Cultura 2006

gen santa! ¡Ni más ventura tiene el cielo ni más gloria!

(*Julieta, conmovida al oir hablar de muerte, gira en torno sus ojos y advierte que es ya completamente de dia.*)

JULIETA. ¡Ah! Sí, que era la alondra. Ya es de dia... ¡Huye, véte!

ROMEO. ¡Amor mio!

JULIETA. Quisiera verte aquí, Dios mio, y verte fuera!

ROMEO. Mañana volveré, mi dulce amiga.

JULIETA. ¡Mañana! ¡Qué triste que es mañana para un corazon viudo! ¿Cuántos minutos hay de aquí á mañana? ¿Cuántos siglos?

ROMEO. ¡Corazon mio!

JULIETA. ¡De aquí á mañana!.. ¿Qué pasa de un dia á otro? Un siglo de agonía. ¡De un dia al otro! Para morir de amor basta con ménos..... ¿Por qué quiso Dios que hayan de verse separados los tuyos y los mios por abismos de ódio?

ROMEO. ¡Niéguenme los cielos su amparo si es que en mi corazon cabe el ódio, prenda de mi vida! Desde que te amo, Julieta, mi alma, saturada de amor, para todos tiene amores.

JULIETA. Para tí no los tienen, y aquí, aquí mismo, donde anidan los tuyos, aquí, el palacio y el templo de tus sueños, aquí está el alcázar donde más fieros ódios alimentan contra tí tus enemigos más crueles. ¡Bajo un mismo techado, el amor y el ódio! ¡Bajo un mismo techado, el Angel del hogar y el Espíritu del mal! ¡La sierpe acechadora y el gallo vigilante! ¡La ira que vela y el corazon que llora! ¡Aquí, Vírgen santa, mi alma abrazada á tu alma, que vive de tí, por tí, y que á tí se entrega, y aquí tambien la raza orgullosa que, cada vez más ciega en sus rencores, anhela tu muerte con el mismo afan que yo tu vida!

ROMEO. ¡Angel de Dios!

JULIETA. ¡Huye, huye ya! Me espanta verte aquí con luz de dia.

ROMEO. Tesoro y orgullo mio, eres mi reina.

JULIETA. Sólo soy tu esclava.

ROMEO. (*Pronto á partir.*) Me llevo tu amor.

JULIETA. Y más te guardo, que mi amor es la mar extensa y bravía. Cuanta más agua le quitan más le queda.

(*Romeo comienza á bajar la escalera del jardin. Julieta se apoya en el pedestal de una de las estátuas viéndole partir.*)

ROMEO. ¡Adios, alma!

JULIETA. ¡Adios!

ROMEO. No es á la tuya, no es á la tuya, amor! A mi alma se lo dije, pues voy sin ella.

JULIETA. (*Enlazada de un brazo á la columna, é inclinándose sobre la escalera.*) ¡Dios mio! Es ya de dia. ¡Huye, amor, vuela!

ROMEO. (*Desde el pié de la escalera, con la cabeza levantada hácia Julieta.*) No, esta luz no es la del dia, que es sólo la de tus ojos, santa mia!

JULIETA *sola.*

(*No abandona la estátua hasta que Romeo ha desaparecido entre los árboles del jardin.*)

¿Por qué llegas tan de prisa, luz traidora? Y vosotras tambien, sombras volubles, ¿por qué huir, por qué, cuando sólo tiene amparo con vosotras y en mis brazos? ¡Cuándo se va, Dios mio, qué sola quedo!.. ¡Huye, amor, huye! La sombra no te oculta ya, y el dia te vende. ¡Oh luz malaventurada, pronta siempre en llegar, y tarda siempre en retirarte!....

(*Como sorprendida por una idea, que le ocurre de pronto.*)

¡Claridad y tinieblas! ¡Luz y sombra! ¿Por qué se ha de partir el tiempo en noches y en dias? ¿Por qué no una noche sola, pero eterna, con él, por él, para él, y navegando siempre juntos por esa dulce y serena mar, sin orillas y sin olas, de los amores honestos y puros?

La sombra de la noche es sólo lo que deseo, y la noche no llega nunca..... ¡siempre es de dia!

(*Atraviesa la escena y se acerca á la imágen de la Vírgen.*)

Vírgen santa del cielo, excelsa dama del paraíso, consuelo de toda pena, estrella de náufragos y afligidos, ¡oh Vírgen! ¿cuándo será, cuándo.....

(*Se oyen voces confusas y choque de espadas. Julieta cruza rápidamente la escena con grande alarma y se acerca á la barandilla.*)

¿Qué escuché, Dios mio?.. ¡Choque de espadas!.. Voces!.. ¡Dios mio, me lo matan!

(*Romeo en desórden, y sin espada, aparece por la escalera del jardin. Julieta se precipita en sus brazos.*)

JULIETA, ROMEO.

ROMEO. ¡Julieta!

JULIETA. ¡Amor! ¿Qué pasa? ¿Por qué vuelves?

ROMEO. ¡Siempre ingrata la suerte, suerte desdichada!

JULIETA. ¿Qué es lo que aquí te hizo volver?

ROMEO. (*Prestando oido.*) Escucha..... No, ya no se oyen. Perdieron mis huellas.

JULIETA. ¿Te seguian?

ROMEO. Los tuyos.

JULIETA. ¿Qué quieren, pues?

ROMEO. Mi vida.

JULIETA. Es mia, y contra ellos y contra todos la defiendo.

ROMEO. Llegaba ya á los umbrales del jardin, protegido del bosque por la sombría, cuando, al revolver de la fuente de mármol, tropecé con una alegre turba de animados jóvenes. Uno de ellos me mira y avanza hácia mí. Huyo, me sigue. Intento esconderme, me busca; y encarándose conmigo, al encontrarme, «ó es un cobarde, dice, el que se oculta, ó es un Monteschi, porque á ser un hombre, jamas evitaría á un Capuletti.» La ira me enciende de pronto al oirle, y no sé cómo, me encuentro con la espada desnuda en la mano. Luchamos como buenos, acero contra acero, firmes los puños, rayos los ojos, mudas las lenguas, yo acudiendo á la defensa miéntras él al ataque, y culpa, culpa mia no fué, testigo de ello es el cielo, si su muerte dió término al combate. Se agolpan entónces sus compañeros, veinte espadas á un tiempo me presentan su traidora punta, cuando en esto.....

JULIETA. (*Que ha oido rumor.*) ¡Calla! (*Ambos quedan inmóviles escuchando. Oyense voces que parten del jardin.*)

ROMEO. Son ellos, sí.

JULIETA. Sus pasos resuenan en mi corazon.

ROMEO. Ellos son que llegan, y estoy perdido.

JULIETA. No será miéntras yo viva. (*Abre la puerta de su estancia, y dice, señalando la imágen de la Vírgen:*) Entra en mi cámara. Es un sagrado. A su puerta, la Vírgen y yo quedamos en vela.

(*Romeo entra en la cámara.*)

JULIETA, CAPULETTI.

Caballeros, parientes y servidores de Capuletti.

(*Llegan todos con la espada desnuda por la puerta del jardin. Julieta ha quedado inmóvil, junto*

(c) Ministerio de Cultura 2006

á la puerta de su habitacion, sin ser vista de su padre hasta que la escena lo marca.)

JULIETA. ¡Ah, ya era tiempo!

CAPUL. Huyó. Todo es inútil. Torna, pues, por hoy á tu vaina, espada, que ya mañana te he de dar sitio dónde esconderte en los cuerpos de los fieros enemigos de mi casa. (*Envaina la espada y todos con él.*) ¡Qué se enlute todo con negros paramentos, puertas, balcones y estrado! ¡Sirvientes y pajes, guardias y damas, que vistan todos de luto! Sólo yo no lo vestiré, pues ya lo llevo en el alma. ¡Qué vengan aquí á rendir tributo á su memoria, ó sean deshonrados como infames y traidores, cuantos hombres de mi mesnada y de mi ley sirven en mis banderas ó son mis aliados! ¡Qué vengan todos á prestar homenaje al muerto! ¡Qué se alce el catafalco en la capilla, quemando la cera y salmodiando el clero; qué se eleve al cielo la cristiana oracion al fúnebre tañer del bronce religioso; y qué se enarbole mi señera en la torre del homenaje, pero no la negra, como de luto: la roja, como mensajera de sangre y de exterminio!

JULIETA. (*Ap.*) ¡Señor, Dios mio, ¿qué sucede?

CAPUL. ¡Oh raza miserable, oh malhadada raza de los Monteschi; te juro que Verona ha de ver un dia precipitarse por sus calles tu sangre en ancho arroyo; y tú, rio de mi patria, Adigio placentero, negadas me sean la salud al alma y la tierra al cuerpo, si, con asombro de los siglos, no llegas á dar un dia por tributo á los mares, en vez de aguas trasparentes, olas abundosas de sangre Montesca!

JULIETA. (*Ap.*) ¡Dios mio!

CAPUL. Quiero que hasta en las piedras quede grabado el sello de mi venganza, como padron de eterno recuerdo. Yo solo, con mis manos solas, solo con mi ira, ¡oh Tebaldo, oh hijo mio! he de alzar un monumento de cadáveres á tu memoria para perpétua recordanza de tu vida.

JULIETA. ¡Tebaldo!.. ¡Madre mia!

(*Capuletti repara en su hija.*)

CAPUL. ¿Eres tú, Julieta?

JULIETA. (*Presa de la mayor angustia.*) ¡Tebaldo!.. ¡Decidme, oh padre, por piedad, decídmelo!.. ¿Qué es de Tebaldo?

CAPUL. Le mató un Monteschi.

JULIETA. (*Arrojando un grito de suprema angustia.*) ¡Reina del dolor!

CAPUL. ¡Recuérdalo, hija, recuérdalo ya para siempre! ¡Que tenazada quede en tu mente esta historia de sangre de los tuyos, y Dios permita, si á olvidarla llegas, que te vea pudrir como inmunda llaga, seno de corrompida podre y nido de gusanos!

DICHOS, FRAY LORENZO.

(*Fray Lorenzo llega por la puerta del fondo. A sus primeras palabras Julieta procura dominarse y disimular su turbacion. Capuletti recibe á Fray Lorenzo con majestad y afectando serenidad y calma.*)

FR. LOR. ¿Qué sucede aquí? Ni pajes ni servidores hallé al entrar, las frentes todas veo sombrías, y errantes y distraidas las miradas.

CAPUL. Perdonad, Fray Lorenzo. Si penas secretas embargan nuestro ánimo, no por ello deja de llegar siempre á buen hora á los lares amigos de Capuletti el confesor de mi hija, aquel que estima Verona toda por sus consejos y virtudes.

FR. LOR. Ya que reunidos os hallo á todos, áun cuando la causa ni sé ni saber quiero, que en buen hora sea, pues mensajero soy de buenas nuevas y me place hallaros juntos para daros cuenta de mi embajada. Vengo en nombre del Príncipe.

CAPUL. Leyes son para nosotros sus deseos.

FR. LOR. Tiempo há, por desgracia, que Verona llora con lágrimas de sangre el duelo y desunion de sus familias. Hermanos contra hermanos, sus hijos más nobles vierten hoy en fratricidas luchas la sangre que guardar debieran para más altas empresas y más realzadas virtudes. Os hablo en nombre del príncipe y en nombre de la misma Verona. Ya de los Monteschi menguaron los rencores, y apresurándose á ser los primeros en ceder, mano leal os tienden de amistad y concordia. Vuestros aliados serán de hoy en adelante, vuestros hermanos; y heredera será de sus títulos y glorias vuestra hija, si se cumplen los votos de Romeo Monteschi, que á unir aspira su sangre con la vuestra.

(*Movimiento general de sorpresa.*)

CAPUL. (*Dirigiéndose á Fray Lorenzo, pero sin perder de vista á su hija, que permanece á un lado inmóvil y muda.*) ¿Monteschi cede al fin?

FR. LOR. Sacrifica sus agravios y venganzas ante su patria, y el amor de Romeo á su Julieta es el arco íris que brilla en el cielo de la paz.

CAPUL. (*Con afectada calma y fija siempre la mirada en su hija.*) Contesta, pues, Julieta.

FR. LOR. Vida de paz eterna ha de ser esa boda que une con lazos de amor á encarnizados enemigos.

CAPUL. (*Con intencion siempre y apretando dentro la suya la mano de su hija.*) Contesta, hija.

JULIETA. (*Ap.*) ¡Dios mio!

FR. LOR. (*Interrogándola cariñosamente.*) ¿Julieta?

(*Momentos de silencio. Julieta, como si quisiera responder, alza los ojos, pero vuelve á bajarlos y dobla la frente al tropezar con la mirada de su padre.*)

FR. LOR. (*En el colmo de la sorpresa.*) ¡Calla!

CAPUL. Calla.

FR. LOR. ¡Julieta!

CAPUL. (*Conteniendo á su hija con la mirada y estrechándole la mano.*) Ni contestar se digna. Es mi sangre la que corre por sus venas.

JULIETA. (*Ap.*) ¡Me muero, madre mia!

CAPUL. (*Soltando la mano de Julieta.*) Es realmente mi hija. (*A Fray Lorenzo.*) La sangre de los Capuletti y de los Monteschi, ni los nacidos, ni los que han de nacer, nunca, en su vida, han de ver unida y mezclada, como no sea en la fosa ó en el campo del combate.

DICHOS. CONRADO DE ARLES.

(*Entra precipitadamente en escena, llegando del jardin, con una espada desnuda y ensangrentada en la mano.*)

CONR. Capuletti, señores, dadme la llave de este misterio, si la teneis por suerte. Aquí me dirigia, como de costumbre, cuando al cruzar el jardin, lo hallé revuelto y todo en desórden. Parecia como si hubiese sido palenque y campo de airada lucha; destrozada la vía, rota y abierta la cerca, pisoteada la hierba, teñida en sangre la arena, y en sangre tambien esta espada, allí perdida.

CAPUL. Dadme el acero, Conrado.

FR. LOR. ¡Oh Dios! ¿Qué es lo que veo? (*Mirando la espada.*)

CAPUL. (*Como herido de un presentimiento, á Fray Lorenzo.*) ¿Conoceis esta espada?

FR. LOR. Sí por cierto. Prenda fué de amistad que dí yo un dia. Es de Romeo.

CAPUL. ¡Y ésta la sangre de mi hijo!

(c) Ministerio de Cultura 2006

FR. LOR. ¡Vírgen santísima!
CAPUL. (*Dirigiéndose á cuantos se hallan en escena.*) Monteschi me pidió la mano de mi Julieta. Yo se la doy, señores, á aquel de entre vosotros que, como regalo de boda, deposite á sus plantas la cabeza ensangrentada de Romeo.
CONR. Yo acepto.
FR. LOR. ¡Capuletti!
JULIETA. ¡Qué están diciendo, oh cielos!
CONR. Compromiso contraido ya.
CAPUL. Palabra dada.
(*Se estrechan la mano. Cae el telon.*)

CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion.

FRAY LORENZO. JULIETA.

(*Llegan del jardin, siguiendo una conversacion.*)

FR. LOR. ¡Inútil todo, todo! Un Capuletti ni se convence ni se dobla. Nunca se le vió ceder, nunca en su vida, como nunca se vió volverse atras á un rio.
JULIETA. Pero al ménos terminaré de una vez con ese dolor que me mata, y abrazada á sus rodillas, podré decirle: «¡Oh padre! Mis ojos son ascuas. Ya no lloran, queman. Mi corazon se ha roto en pedazos á fuerza de sufrir. Matadme sin piedad. ¡Hija perdida, yo deshonré la casa de mis padres... y le amo hoy como nunca! Hechizada y envilecida, me entregué al enemigo de los mios... y le amo hoy como nunca. Hermana criminal, soy la esposa del matador de mi hermano... ¡y le amo hoy más que nunca! ¡Matadme, oh padre! ¡Yo le amo! ¡Yo le amo! ¡Teñida en sangre de los mios me tiende su mano... y yo se la estrecho! Escaldada de blasfemias contra los mios está su boca... ¡y yo se la beso! Sus amores, sus odios, mios son. Jamas dejaré de amarle en vida... ni en muerte tampoco, tampoco... pero ¡matadme!»
FR. LOR. ¡Criatura de Dios! Loco delirio perturba tu razon. Estas palabras dichas á un Capuletti y á tu padre, serian para tí la muerte, para él un crímen. Sólo un medio queda... pero ántes, Julieta, hija mia, ábrele el pecho á tu confesor. Dime; ese amor que te devora y te destruye, el amor que á Romeo tienes, ¿puedes arrancarlo de tu corazon?
JULIETA. Primero se arrancaria al mundo de sus raíces. Cien veces que volviera yo á nacer, cien veces le amaria. Es mi vida. Es mi suerte. Es yo. Si tarda, su tardanza me mata. Llega, y tambien entónces me mata la alegría. Su esclava soy, y no quiero redimirme miéntras viva; que él es mi pensamiento y él tambien mi voluntad. Cuando llega, cámara, jardines y palacio se truecan en un paraíso; y cuando se va y me quedo, con él me quedo tambien; que todo, todo aquí me habla de él. Aquí respiro del amor en la atmósfera perfumada; amor es cuanto toco y cuanto veo; aquí vive el amor; en todas partes se halla; está en la tierra, está en el cielo, está en el aire, canta con el ave, brilla en el sol, rueda por los espacios luminosos al rayo del dia; se le ve, se le siente, se le percibe, en la voladora mansa paloma que se eleva al cielo; en el rugido del viento; en la domeñada brisa que orea la hojosa selva; en la ígnea soleada del encendido cielo; en el agua que brota de la fresca fuente; en la gota de rocío cada mañana; en la estrella que titila cada noche; y siempre aquí, en el corazon, goloso, indómito, pronto á saltar con rudo empuje, como fiera hambrienta y aguijoneada que deshace su presa con garras y con dientes.
FR. LOR. Cálmate, Julieta, hija mia. Yo hallaré consuelo á tus penas. Todavía tendrás horas tranquilas de paz y de dicha, Dios mediante, si sigues mis consejos. Todo lo he de probar para salvarte de tan grande dolor y desconsuelo. Dios, que lee en mi corazon, sabe la pureza y rectitud de mis intentos. Hanme dicho, Julieta, que hoy mismo, dentro de pocos instantes tal vez, es el dia destinado por tu padre para que seas esposa de Conrado de Arles.
JULIETA. Su voluntad me hizo saber, y con ella mi sentencia de muerte. Ya el sepulcro tiene esposa, padre mio.
FR. LOR. (*Mirando con recelo á todos lados, como para asegurarse de que nadie le oye, y bajando la voz.*) El sepulcro puede darte nueva vida. Feliz y dichosa pudieras ser aún, si Dios quisiera permitir que fueses un cadáver sólo por unas horas, por un dia.
JULIETA. Por un dia no, padre. Para siempre. ¡Morir, morir! Sea bendito el Señor de los cielos si me otorga esta dicha. ¡Qué feliz he de ser cuando al sepulcro me bajen las doncellas de Verona!
FR. LOR. No hables así. Dios es dueño solo de la muerte y de la vida. Como él me ayude, puedo yo cambiar tu suerte: puedo salvarte aún, y alzar la losa de tu sepulcro para entregarte á los brazos de Romeo, si amante siempre fiel, más fiel esposa. ¡Oyeme! Cifrada está mi esperanza en el misterio de una trama. Cuando ya los sagrados cánticos del himeneo anuncien la ceremonia, bebe sin vacilir, sin miedo, tranquila, lo que contiene este pomo. (*Le entrega un pomo que Julieta toma con regocijo.*)
JULIETA. ¡Es un veneno!
FR. LOR. No lo quiera Dios, hija. Es un narcótico que apariencias de muerte da tan sólo.
JULIETA. (*Tristemente.*) ¡Pero no me matará!
FR. LOR. Una muerte aparente vendrá á romper el lazo del himeneo. Pálida quedarás, muda, sin sentidos, sin color ni aliento, y las afligidas doncellas bajarán tu cadáver á la mansion de las sombras eternas. Allí iré yo á buscarte.
JULIETA. ¿Y mi Romeo, padre?
FR. LOR. Yo te conduciré á sus brazos. Sigue mis instrucciones, hija, y borra de tus ojos el llanto que los anubla. Confia en Dios, Julieta!
JULIETA. ¡Oh padre, padre!
FR. LOR. Dios lo puede todo. El abrirá el sepulcro donde te crean sepultada para siempre, y al romper los lazos de tu falsa muerte, más que nunca enamorada y querida, te encontrarás en los brazos de tu esposo. (*Fray Lorenzo acompaña á Julieta, que entra en su cámara.*)

FRAY LORENZO.

¿Será feliz? ¡Que Dios lo quiera, y quiera perdonarme tambien! No hay otro medio. Si yerro, Dios mio, tomad mi yerro en cuenta, que sólo deseo verla feliz... El narcótico es seguro. Apariencias ha de darle de muerte; y cuando vestida de blanco, coronada de rosas la bajen á su tumba, nadie se imaginará que su muerte es su vida y que la llevan á bodas. ¡Dios me dé fuerzas como me ha dado fe! Dios quiera que todo sea para bien y que el éxito lo corone todo!
(*Va para salir y se encuentra con Capuletti.*)

FRAY LORENZO. CAPULETTI.

CAPUL. Guarde Dios á Fray Lorenzo. La ceremonia vendrá tal vez á honrar.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EXPERIMENTOS PRACTICADOS EN FEBRERO DE 1878 CON EL FONÓGRAFO DE EDISON EN LA «ROYAL INSTITUTION» DE LÓNDRES.

EL FONÓGRAFO REPRODUCIENDO LAS FRASES DEL PROFESOR.

EL PROFESOR MR. PREECE HABLANDO DENTRO DEL FONÓGRAFO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

FR. LOR. Hánmelo dicho. Hanme dicho, señor, que das la mano de tu hija á un extranjero, no á un noble veronés, como prescriben las leyes.

CAPUL. Conrado no es extranjero. Si nació bajo el cielo de Provenza, tambien Verona lo conoce desde niño, que aquí vinieron proscritos sus padres á pedir un dia nuevo cielo, nuevos lares y nueva patria. Su nombre, sus hechos, su corazon lo recomiendan, que es todo entero en él y todo noble. Es valiente y digno, su palabra es de oro, y la que me dió no há tres dias, cumplida quedará ántes que las tinieblas hayan envuelto á la tierra veinte veces. Vengado será mi hijo, esposo y protector tendrá mi hija, y, cuando yo muera, jefe mi casa y gloria mi linaje.

FR. LOR. (*Como hablándose á sí mismo.*) ¡Cuánto mejor no fuera, oh Dios mio, sacrificar todos los rencores y luchas en las aras bendecidas de la patria, y terminar sus bandos, atendiendo sólo á su gloria! Nunca hubo ocasion que mejor respondiera á estos votos.

CAPUL. ¿Y mi hijo? ¿Y su sangre? ¿Y las sombras de los nuestros todavía errantes y no vengadas? No puede ser, padre. Miéntras viva Verona, vivirán sus bandos y sus odios. Antes se verá volar á los peces por los aires.

FRAY LORENZO. CAPULETTI. CONRADO DE ARLES.

JULIETA, *poco despues. Damas de la casa de Capuletti. Nobles doncellas de Verona. Servidores y pajes con la bandera y el escudo de la casa.*

(*Llegan todos por la gran puerta interior y se extienden por la galería. Las doncellas entran en la cámara de Julieta y vuelven á aparecer con ella al instante. Capuletti se separa de Fray Lorenzo y se adelanta á recibir á sus huéspedes.*)

CAPUL. ¡Señores, que Dios os guarde y sea conmigo! Ya los restos de mi hijo, de mi Tebaldo, descansan tranquilos en el lugar donde yacen sus antepasados, caidos como él en campo abierto. Vengarémos su muerte, pero fuerza es ántes dejar asegurados mi nombre y mi linaje. Esposo tendrá desde hoy mi hija. (*Aparece Julieta con las doncellas.*) Conrado de Arles será el que ocupe el puesto de mi Tebaldo, siendo al propio tiempo, si yo sucumbo, heredero de mi casa y de mi venganza... El altar nos aguarda. Las antorchas mismas que alumbraron los funerales, alumbrarán hoy la ceremonia de las bodas. (*A Conrado.*) Ofrece la mano á tu desposada, Conrado. (*A Fray Lorenzo y á los demás.*) Padre, y vosotros todos tambien, seguidme al templo!

(*Conrado se acerca á Julieta que le abandona su mano.*)

CONR. ¡Julieta! ¡Amor mio!

JULIETA. (*Ap.*) ¡Dios mio! ¡Yo me muero!

FR. LOR. (*Ap.*) Su palidez me lo indica. Bebió el narcótico.

(*Movimiento general. Todos abren paso á Capuletti, que avanza el primero, seguido de su hija, que, más muerta que viva, es conducida por Conrado. Fray Lorenzo y los demas siguen. En cuanto llegan á la puerta del fondo, hallan de pié, cruzado de brazos, á Romeo. Julieta arroja un grito, se desprende de la mano de Conrado, y retrocede espantada hasta caer en brazos de las doncellas. Fray Lorenzo se aproxima á ella como para ampararla. Capuletti y Conrado ponen mano á la espada.*)

DICHOS. ROMEO.

ROMEO. ¡Atras, todos atras, los que conducis la víctima al martirio! ¡Atras los encubridores de un himeneo sacrílego! Sólo yo, aquí, de mi casa y de mi bandera, sólo yo, de mi mesnada, os reto á todos los de esa raza orgullosa, amaestrada en traiciones y en engaños. Venga aquí á traerme su vida el que quiere mi cabeza. Venid todos á mí. Yo soy Romeo Monteschi.

CAPUL. (*Desenvainando su espada.*) ¡Dios te trajo!

ROMEO. Con él vine.

CAPUL. Sí, Dios te trajo, vampiro de mi sangre. ¡Bendito sea el que te entrega á mi furor! Dejadnos combatir. ¡Dios me lo envia!... Matador de mi hijo, fuiste ya. ¡Reza!

ROMEO. Anciano sois y no lucho con vos. Dejad que luchen los que tienen más fuerza y sangre más ardiente. No sois vos; ellos son los que yo reto.

(*Capuletti extendiendo su espada contiene á los que quieren precipitarse sobre Romeo.*)

CAPUL. Y yo, su caudillo; yo, que soy todos, acepto. ¡Ponle una mordaza á tu boca, rapaz! ¡Y vosotros, quietos todos! ¡Abridnos plaza! (*Dirigiéndose á Romeo y señalándole los suyos con la punta de la espada.*) No es más ardiente su sangre. ¡Si la mia quema! Ni tampoco son más fuertes. ¡Yo soy mi raza!

ROMEO. Mi lucha con vos sería sacrílega, que aquí vine en busca de mi esposa.

CAPUL. ¡Tu esposa!

(*Sorpresa general. Julieta se desprende de brazos de sus doncellas, y se adelanta falta ya de fuerzas.*)

JULIETA. ¡Sí, soy yo!...

CAPUL. ¡Tú, tú, traidora! ¡Maldito el dia en que fuiste engendrada!

(*Julieta, á quien de repente faltan las fuerzas, cae en brazos de sus doncellas. Capuletti intenta precipitarse sobre ella espada en mano, pero Fray Lorenzo se interpone.*)

FR. LOR. ¡Abajo, abajo el acero parricida!

CAPUL. ¡Viví un dia de más!

(*Se detiene ante la actitud de Fray Lorenzo, y baja la espada; pero al instante, buscando objeto sobre que descargar sus iras, se vuelve y se dirige sobre Romeo blandiendo su espada.*)

Terminen ya de una vez nuestros odios. ¡Vén á mí, pues, vén á mí, raza condenada, enemiga de mi casa y de los mios!

(*Romeo desenvaina su espada para defenderse; pero en el instante mismo en que van á cruzar el acero se adelanta Fray Lorenzo, se interpone entre ambos, y dice con solemnidad, señalando á Julieta, que aparece como muerta en los brazos de sus doncellas.*)

FR. LOR. Respetad su cadáver. ¡Dios, oh bandos, Dios os castiga hoy con su muerte!

(*Cae el telon.*)

CUADRO TERCERO.

El panteon de los Capuletti. El mausoleo de Julieta, al que se sube por unas gradas de mármol. Sepulcros.

Julieta, dormida en el mausoleo, cubierta con una mortaja. La escena sola unos instantes y oscura hasta que entra Romeo con una antorcha encendida, que clava en un garfio de la pared. Romeo entra dirigiendo vagas y errantes miradas en torno, sin ver el sepulcro de Julieta hasta que la situacion lo indica.

JULIETA. ROMEO.

ROMEO. ¡Á tí vengo, oh muerte! Si todos te huyen, yo vengo tranquilo, sereno, alegre el corazon, como un esposo á los brazos de su esposa. Prepara tus

(c) Ministerio de Cultura 2006

altares, tu iluminacion y tus donceles de honor. Nunca en tus anales tuviste caso igual ni semejante. Desprendido de la vida, que rechazo, ¡oh muerte seductora! vengo á tu palacio para celebrar mis esponsales.

¡La muerte!... ¿Y qué es la muerte?... ¿Perder la vida? No puede ser. El cuerpo muere, pero no el alma. Se dice que los muertos se entristecen y afligen. Es que los muertos no hablan, pero sienten. Yo, sinó: muerto estoy, y siento.

Cuando pasé por en medio de esas hileras de frias tumbas, los que en ellas yacen, al mirarme pasar, decian, pensando: «¿Qué busca aquí un Monteschi? ¡Vaya fuera! ¡Afuera el matador! ¡Léjos de estos sitios!... La raza de estos muertos no es la suya.»

¡Perdon, sagradas sombras! ¡Perdon, almas que, bajo esas bóvedas tenebrosas, vagais en torno de cenizas que encarnasteis! ¡Dormid tranquilos en vuestros lechos de piedra, oh nobles Capulettis! No es sacrílego aquel que hoy desciende á vuestras tumbas para quedarse con vosotros. Soy de los vuestros, pues ya todos somos de la misma raza, y amores son, que no maldades, los que aquí me traen.

Vengo sólo por ella. Vengo á decirle, como ántes cada noche: «¡Julieta, te amo!» Desde que estamos muertos no se lo dije todavía. Vengo á decirle en muerte lo que siempre le dije en vida. Vengo á desposarme muerto, y le traigo en arras vida y amor, y corazon y cuerpo.

Ya que los de la tierra no quisieron, ya que los vivos se negaron á mis bodas, levanta tu ara ¡oh muerte! escoge una tumba como piedra de altar, enciende por cirios tus lámparas sepulcrales, comiencen los rezos, y vengan todos á mis mortuorias nupcias, todos cuantos en este palacio, huéspedes vagabundos, llenan sus espacios y pueblan sus sepulcros.

¡Eh! ¡Desperezad vosotros!... ¡Despertad, Capulettis! Acicalados con vuestras mortajas, venid todos en tropel, que yo os convido á mis bodas de muerte con vuestra heredera.

(*Pausa. Romeo registra la escena.*)

Pero... ¿dónde, dónde está mi desposada? ¿Dónde estás, Julieta? ¿Dónde, muerta mia? (*Repara en el mausoleo.*) ¡Ah! Ya la veo allí... allí que, inmóvil, sólo en mí piensa, buscándome con su pensamiento, como yo, que estoy ya muerto, pienso sólo en ella.

(*Se adelanta hasta el pié de las gradas.*)

Julieta, ¡pobre mártir! La casta flor de tu vida y su santa inocencia esparcí yo á trozos por los aires el dia aquel de locura y de fiebre en que mis brazos fueron lazo de tu cuerpo. ¡Ah! no debia un mortal, ni en su delirio, alzarse hasta tí, santa paloma extraviada por el mundo al caer del cielo.

Aquí estoy ya, Julieta.

(*Sube al mausoleo, retira la mortaja, y descubre el rostro de Julieta.*)

¡Oh Dios! ¡Qué hermosa! ¿Cómo estás tan hermosa, muerta mia?... Me pareces viva... ¿Será que el genio de este palacio nocturno, que es la morada señorial de los muertos, te pretende por su dama? No en vano lo sospecharon mis celos. Por esto vine. Por esto me encuentro aquí. Ni genios ni mortales te arrancarán ya de mis brazos. Tuyo una vez, soy tuyo para siempre; mia una vez, para siempre has de ser mia, en vida como en muerte, que de la misma manera que el tálamo, partirémos la tumba.

(*Bebe el veneno que lleva en un pomo, que luégo arroja.*)

Echada está ya la suerte. Y ahora, si el genio de este nocturno palacio te quiere para él, á tu lado eternamente, como guarda, me tendrán tu belleza y tus virtudes.

(*Toma una mano de Julieta, que besa y guarda entre las suyas.*)

Ángel de mis amores, si Dios quisiera que oyese yo tu voz ántes que desprendida saliese el alma de mi cuerpo; si pudiera volver á oir aquel delicioso *yo te amo* de nuestras noches, pronunciado por tus amantes labios, el alma de Romeo subiria al cielo envuelta en las nubes del incienso de tu amor.

(*Momentos de silencio. De repente suelta la mano de Julieta, que ha hecho un movimiento, y se precipita aterrado por las gradas del sepulcro hasta llegar á media escena.*)

¡Eternidad de Dios! ¿Es que el veneno turbó ya mi razon, ó es que deliro?... ¿Es que no es lo que toco y lo que veo?... Sentí estremecer aquella mano, como si fuera viva, dentro de la mia... Veo visiones por todas partes y mudos fantasmas arrebozados en sangrientas mortajas; percibo ardientes hálitos de fuego, y oigo voces extrañas perdidas por los espacios.

JULIETA. (*Que comienza á tornar en sí, y lucha con su sopor.*) ¡Romeo!

ROMEO. (*Estremeciéndose, pero sin volverse, como si creyera que la voz baja de lo alto.*) ¡Su voz! ¡La voz de mi Julieta!

JULIETA. (*Incorporándose en su lecho sepulcral.*) Romeo, ¿dónde estás?

ROMEO. ¡Su voz!

JULIETA. ¡Romeo, vida mia!

ROMEO. Dios me escuchó. Es su alma, que me llama.

(*Se arrodilla en éxtasis, como esperando oir de nuevo su voz. Julieta retira su mortaja, comienza á bajar del sepulcro, y pasea su mirada por la escena, como para darse cuenta del sitio en que se encuentra.*)

JULIETA. (*Hablando consigo misma.*) ¿Dónde estoy? ¿Dónde me hallo?... ¡Dios poderoso! ¡Qué sueño, qué sueño más horrible!... ¡Cielos! ¿qué estoy mirando? Sepulcros... una antorcha... ¡Vírgen santa! Me han enterrado viva. (*Levantando la voz.*) ¡Romeo!...

ROMEO. (*Siempre en la creencia de que la voz llega de lo alto.*) ¡Julieta, ya voy, ya voy!... Áun no estoy muerto del todo.

(*Julieta acaba por distinguir á su amante á la luz de la antorcha, baja precipitadamente las gradas, y se dirige hácia él, levantándose Romeo estremecido como al aspecto de una vision.*)

JULIETA. ¡Romeo! ¡Oh Romeo, luz de mi vida! Ahora lo recuerdo todo. Fray Lorenzo me lo dijo: «Dios lo puede todo. Él abrirá la tumba donde te crean sepultada, y al romper los lazos de tu falsa muerte, más querida y enamorada que nunca, te hallarás en los brazos de tu esposo.»

ROMEO. ¡Oh! ¡No, no me desperteis!

JULIETA. Él fué, pues, quien sin duda te dijo: «Baja al sepulcro en busca de Julieta. Muerta la creen todos. Vés, no tardes. Yo le dí un narcótico.»

ROMEO. ¿Qué escuché, Dios mio?

(*Romeo, desde las primeras palabras de Julieta, retrocediendo de espaldas, se ha ido acercando al sepulcro sin perder de vista á su amada, que le va siguiendo. Al llegar al mausoleo, sube las gradas, tira de la mortaja, que arruga entre sus manos como para asegurarse, y al convencerse de que el sepulcro está desierto y que el cuerpo no existe, baja apresuradamente para arrojarse en brazos de Julieta.*)

(c) Ministerio de Cultura 2006

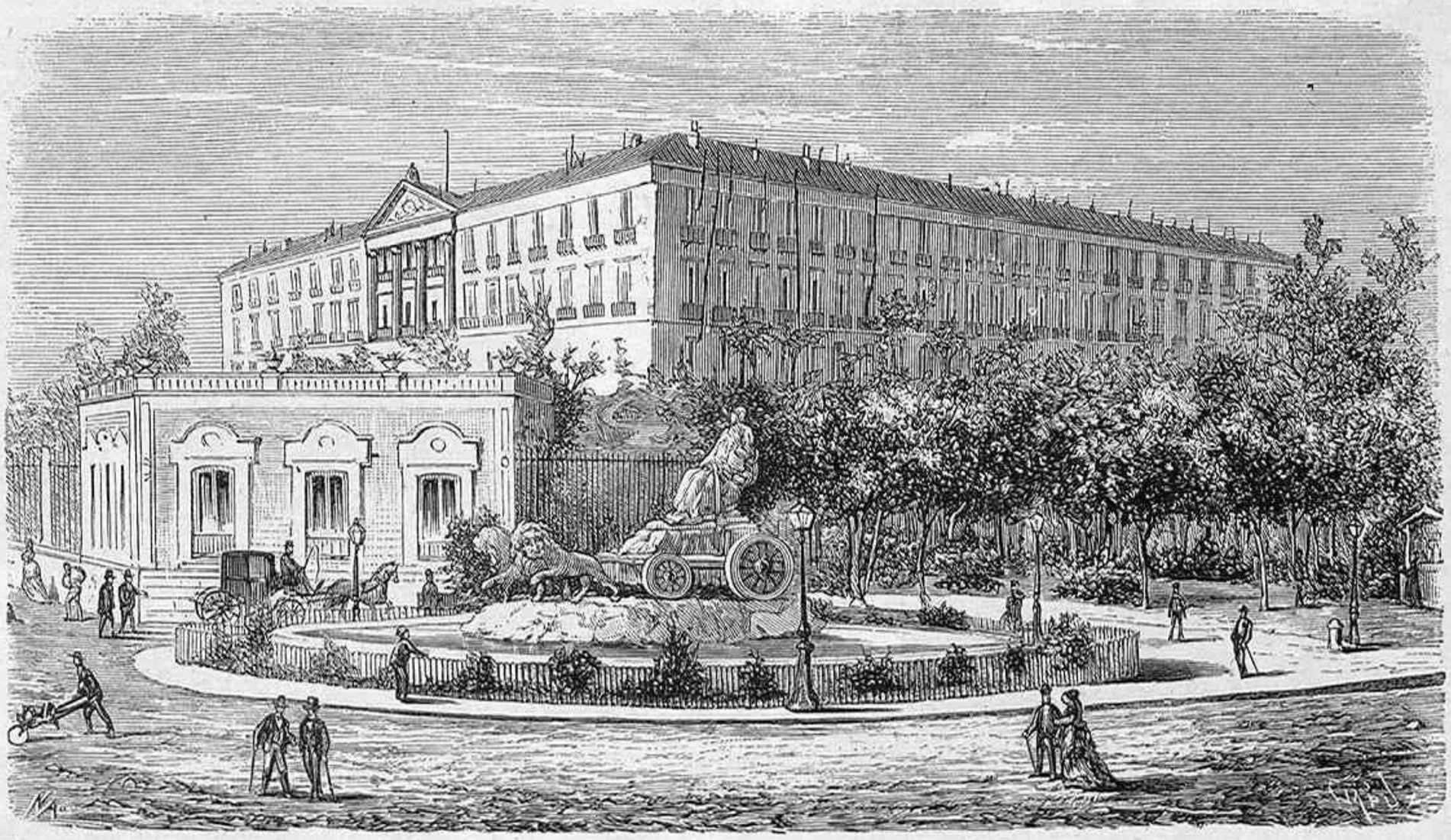
JULIETA. (*Siguiéndole.*) ¿Te alejas de mí, amor mio?
ROMEO. (*Bajando del mausoleo con trasporte, fuera de sí.*) ¡Julieta! ¡Julieta, mi tesoro! ¡Oh! ¡Háblame, háblame! ¡Que oiga yo tu voz! ¡Por Dios, que me hables!
JULIETA. ¡Oh Romeo, Romeo! El cielo nos guarda todavía tesoros de dicha. Volverán aún, Romeo, aquellos instantes de ventura y de alegría con sus horas de vértigo y de locura; aquellas noches de ardientes fiebres, noches luminosas, embalsamadas por las olorosas brisas de los jardines y cantadas por la alondra con gozos de amor al apuntar el dia. ¡Qué dulces serán ahora y qué tiernas las castas horas de nuestros amores! Enlazadas ante el ara las manos y ante Dios las vidas, cruzarémos nuestro camino, viviendo del amor y bañados en sus luces, lo mismo que en las del sol se baña el ave voladora, y cada mañana, confundidas con las armonías del alba, elevarán al Dios del cielo sus himnos nuestros corazones, y sus cantos la alondra, como tributo de gratitud y como oracion de amores...
ROMEO. ¡Ay! No me hables así. Tu voz, Julieta, me taladra el corazon. No me hables así.
JULIETA. Pesar secreto leo en tus ojos... ¿Qué tienes, pues, mi vida... porque, no lo dudes, tú eres mi vida.
ROMEO. Toda la mia te he consagrado yo. ¡Ay! No puedes tú comprenderlo. Yo te creia fria, exánime, en la tumba... En ella te vieron mis ojos... Sentí entónces rasgarse mi alma; creí terminadas las horas de una vida que sin tí no deseaba, y delirante, perdido, loco, frenético, intenté...
JULIETA. (*Con ansiedad.*) ¿Qué intentaste?
ROMEO. (*Sintiéndose desfallecer, cayendo sobre las gradas del mausoleo y apartándola.*) ¡Véte! ¡véte!... ¡Te aborrezco!
JULIETA. ¡Romeo!
ROMEO. ¡No, no; perdóname! ¡Te amo!... ¡Pero véte!... ¡véte! (*Cae.*)
JULIETA. ¡Delira! (*Viéndole inmóvil, como si estuviera muerto, llamándole.*) ¡Romeo, Romeo!... ¿Qué tienes?... ¡Habla... háblame!
ROMEO. ¡Oh! Tú no sabes, no, lo que sufria... ¿Qué hubieras hecho, di, qué hubieras hecho si me hubieses visto cadáver?
JULIETA. Hubiera bajado á tu sepulcro, para compartirlo contigo.
ROMEO. Pues yo te creí muerta.
JULIETA. ¡Justicia eterna!
ROMEO. (*Revolcándose con las ánsias de la muerte.*) Voy á morir cuando más te adora el alma.
JULIETA. Te seguiré.
ROMEO. ¡Me abraso!... ¡Me ahogo!... Arde en mis entrañas fuego de infierno.
JULIETA. (*Corriendo desalada por la escena.*) ¡Socorro! ¡Socorro!
ROMEO. ¡Por Dios, Julieta!... ¡Por Dios, tu mano... dame tu mano!
JULIETA. (*Acudiendo á Romeo, arrodillándose á su lado, levantándole la cabeza y dando gritos de socorro.*) ¡Socorro! ¡Oh! ¡yo no quiero, no quiero que te mueras!... ¡Socorro, socorro!
ROMEO. Ya no es tiempo... Todo es inútil... ¡Adios... adios, Julieta mia!

(*Cae muerto.*)

JULIETA. ¡Ingrato!... ¿Y así me dejas?... No será. Yo seguiré el camino que me señaló tu estrella. (*Busca un arma con que herirse, ve el puñal que lleva Romeo en su cinto, y se lo quita.*) ¿Dónde hay un arma?... ¡Ah! Santo puñal. Aquí, arma mia, aquí está tu sitio. ¡Enmohece en él!

(*Se clava el puñal en el pecho, y cae sobre el cuerpo de Romeo.*)

VÍCTOR BALAGUER.



EL MINISTERIO DE LA GUERRA.

(c) Ministerio de Cultura 2006



LA ESCLAVA.

CUADRO DE D. FRANCISCO MASRIERA, PREMIADO CON MEDALLA DE SEGUNDA CLASE.—(DIBUJO DEL MISMO AUTOR.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL BERMEJINO PREHISTÓRICO Ó LAS SALAMANDRAS AZULES.

I.

Siempre he sido aficionado á las ciencias. Cuando mozo, tenía yo otras mil aficiones; pero como ya soy viejo, la aficion científica prevalece y triunfa en mi alma. Por desgracia ó por fortuna me sucede algo de muy singular. Las ciencias me gustan en razon inversa de las verdades que van demostrando con exactitud. Así es que apénas me interesan las ciencias exactas, y las inexactas me enamoran. De aquí mi inclinacion á la filosofía.

No es la verdad lo que me seduce, sino el esfuerzo de discurso, de sutileza y de imaginacion, que se emplea en descubrir la verdad, aunque no se descubra. Una vez la verdad descubierta, bien demostrada y patente, suele dejarme frio. Así, un mancebo galante, cuando va por la calle en pos de una mujer, cuyo andar airoso y cuyo talle le entusiasman, y luégo se adelanta, la mira el rostro, y ve que es vieja, ó tuerta, ó tiene hocico de mona.

El hombre ademas sería un mueble si conociera la verdad, aunque la verdad fuese bonita. Se aquietaria en su posesion y goce y se volveria tonto. Mejor es, pues, que sepamos pocas cosas. Lo que importa es saber lo bastante para que aparezca ó se columbre el misterio, y nunca lo bastante para que se explique ó se aclare. De esta suerte se excita la curiosidad, se aviva la fantasía y se inventan teorías, dogmas y otras ingeniosidades, que nos entretienen y consuelan durante nuestra existencia terrestre; de todo lo cual careceríamos, siendo mil veces más infelices, si de puro rudos no se nos presentase el misterio, ó si de puro hábiles llegásemos á desentrañar su hondo y verdadero significado.

Entre estas ciencias inexactas, que tanto me deleitan, hay una, muy en moda ahora, que es objeto de mi predileccion. Hablo de la prehistoria.

Yo, sin saber si hago bien, divido en dos partes esta ciencia. Una, que me atreveria á llamar prehistoria geológica, está fundada en el descubrimiento de calaveras, canillas, flechas y lanzas, pucheretes y otros cacharros, que suponen los sabios que son de una edad remotísima, que llaman de piedra. Esta prehistoria me divierte ménos, y tiene, á mi ver, muchísimos ménos lances que otra prehistoria que llamarémos filológica, fundada en el estudio de los primitivos idiomas y en los documentos que en ellos se conservan escritos. Esta es la prehistoria que á mi me hace más gracia.

¡Qué variedad de opiniones! ¡Qué agudas conjeturas! ¡Con qué arte se disponen y ordenan los hechos conocidos para que se adapten al sistema que forja cada sabio! Ya toda civilizacion nace de Egipto; ya de los acadies en el centro del Asia; ya viene de la India; ya de un continente que llaman Lemuria, hundido en el seno del mar, al Sur, entre Africa y Asia; ya de otro continente, que hubo entre Europa y América, y que se llamó la Atlántida.

Sobre el idioma primitivo, así como sobre la primitiva civilizacion, se sigue disputando. Hasta se disputa sobre si fué uno ó fueron varios los idiomas: esto es, sobre si los hombres empezaron á dispersarse por el mundo *alalos*, ó digamos, sin habla aún, y en manadas, y luégo fueron inventando diversos idiomas en diversos puntos, ó sobre si ántes de la dispersion hablaban ya todos una sola lengua.

Mi prurito de curiosear me induce á leer cuantos libros nuevos van saliendo sobre esta materia, que no son pocos; y miéntras más desatinados son, miradas las cosas por el vulgo de los timoratos, más me divierten los tales libros.

En estos últimos dias los libros que he leido van en contra de los arios, de los egipcios, de los semitas y de otras naciones y castas, que ántes pasaban por las civilizadoras en grado superior. Si los libros antiguos han sostenido que la civilizacion, como la luz solar, se difundió de Oriente hácia Occidente, estos nuevos libros afirman que se difundió en sentido inverso, de Occidente hácia Oriente. Todo el saber de los magos de Iran y de Caldea, de los brahmanes de las orillas del Gánges, de los sacerdotes de Isis y Osíris, de los iniciados en Samotracia y de los pueblos de Fenicia y Frigia, no vale un pito, comparado al saber de ciertos galos primitivos, cuyo centro de luz estuvo en un París prehistórico.

Los galos, y sus bardos y druidas, poetas y sacerdotes, lo enseñaron todo: pero su misma ciencia era ya reflejo confuso y recuerdo no completo de la ciencia que poseyeron en el centro del país fértil y hermoso que hoy se llama Francia, ántes de la venida de los celtas, otros hombres más primitivos y excelentes que llamarémos hiperbóreos ó protoscitas.

Pero ¿qué lengua hablaban estos protoscitas ó hiperbóreos, cuyo centro y foco civilizador fué un París de hace seis ó siete mil años lo ménos? Hablaban la lengua euskara, vulgo vascuence. ¿De dónde habian venido? Habian venido de la Atlántida, que se hundió. ¿Qué conocimientos tenian? Tenian todos los conocimientos que hoy poseemos y muchos más que se han ofuscado por medio de fábulas y de otras niñerías. Así, pues, los arimaspes, que tenian un ojo solo y miraban al cielo, eran los astrónomos de entónces, que ya conocian el telescopio; y la flecha en que Abaris iba cabalgando de un extremo á otro de la tierra, era el globo aerostático ó un artificio para volar con direccion y brújula, etc., etc., etc. Ya se entiende que la época de los arimaspes y la de Abaris son de decadencia para la civilizacion hiperbórea.

Confieso que todo este sistema me encantó. No es mi propósito exponerle aquí. Paso volando sobre él y voy á mi asunto.

Digo, no obtante, que me encantó por dos razones. Es la primera lo mucho que Francia me agrada. ¿Cuánto más natural es que el gérmen de la civilizacion europea haya nacido y florecido, desde antiguo, en aquel feraz y riquísimo jardin, en aquel suelo privilegiado, que no en la Mesopotamia ó en las orillas del Nilo? Y es la segunda razon, la de que tengo amigos guipuzcoanos, que habrán de alegrarse mucho, si se prueba bien que su lengua y su casta fueron el instrumento de que se valió la Providencia para acabar con la barbarie, iluminar al mundo y adoctrinar á las demas naciones.

¡Cuánto se holgará de esto, si vive aún, como deseo, mi docto y querido amigo D. Joaquin de Irizar y Moya, que ha escrito obras tan notables sobre la lengua vascuence, echando la zancadilla á los Erros, Larramendis y Astarloas! Algo aprovechará él de las flamantes invenciones para dar más vigor á su sistema, arreglándolo de suerte que se ajuste y cuadre con la más perfecta ortodoxia católica.

Sea como sea, para mí es evidente que ántes de que penetráran en España los celtas, los fenicios, los griegos y otras gentes, hubo en España un pueblo civilizado, que llamarémos los iberos. Este pueblo se extendia por toda nuestra península, y áun tenía colonias en Cerdeña, en Italia y en otras partes, como Guillermo Humbolt lo ha demostrado. Eran vascos y hablaban la lengua euskara. La nacion y estado más culto é ilustre entre ellos fué la república de los turde-

(c) Ministerio de Cultura 2006

tanos, quienes, segun testimonio de Estrabon, tuvieron letras y leyes y lindos poemas en verso, que contaban seis mil años de antigüedad. Ahora bien, los alfabetos celtibérico y turdetano, que ha reconstruido y publica D. Luis José Velazquez, son muy modernos en comparacion de la fecha anteriormente citada. Dichos alfabetos son un trasunto del fenicio ó del griego, y debe suponerse, por lo tanto, que ántes de la venida á España de griegos y de fenicios, los turdetanos tuvieron alfabeto propio, con el cual escribieron sus poemas y demas obras.

A mi ver, el Sr. D. Manuel de Góngora y Martinez ha tenido la gloria de descubrir este alfabeto. Véanse las inscripciones que copia en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, de la *Cueva de los letreros* y de otras cuevas y escondites, algunos de los cuales se hallan cerca del lugar de Villabermeja, lugar que yo he tratado de hacer famoso, así como á su más conspicuo habitante el Sr. D. Juan Fresco.

A corta distancia de Villabermeja hay un sitio, que apellidan el Laderon, donde cada dia se descubren vestigios y reliquias de una antiquísima y floreciente ciudad.

El erudito y sagaz anticuario D. Aureliano Fernandez-Guerra prueba que allí estuvo Favencia, en tiempo de los romanos, ciudad que desde época muy anterior se llamaba Vesci.

Don Juan Fresco, excitada su curiosidad y estimulada su actividad infatigable, desde que el Sr. Góngora, publicando en 1868 sus *Antigüedades*, le puso sobre la pista, se ha dado á buscar letreros en *Cuevas escritas* y en otros monumentos que hay cerca de Vesci, y los ha hallado y reunido en mucha copia.

Emulo de Champollion Figeac, Anquetil Duperron, Burnouf, Grotefend, Oppert y Lassen, mi referido amigo Don Juan Fresco cree haber descifrado estos garrapatos ibéricos primitivos, como aquellos otros sabios, los hieroglíficos, la escritura cuneiforme y demas reconditeces.

Yo no intento abogar aquí por el descubrimiento de mi tocayo y paisano y demostrar que es evidente. Esto ya lo hará él en su dia. Yo voy á limitarme á referir una historia que D. Juan Fresco dice haber leido en ciertas inscripciones semejantes á las de la *Cueva de los letreros*. Entendidas las letras, parece que lo demas es llano, pues el idioma ibero primitivo es casi el vascuence de ahora.

Me pesa de no dar aquí la traduccion exacta del texto original. Don Juan Fresco no ha querido comunicármela. Haré, pues, la narracion con las pausas, explicaciones y comentarios intercalados que él la ha hecho. De otro modo no se comprenderia.

La historia es relativamente moderna; pues, segun mi amigo, todavía han de descubrirse leyendas é historias en lengua proto-ibérica, más antiguas y venerables que el poema egipcio de Pentaur sobre una hazaña de Sesóstris ó Ransés II, y que los poemas hallados por nuestro conocido el diplomático Sr. Layard en la biblioteca de Asurbanipal en Nínive: poemas, ya arcáicos ocho siglos ántes de Cristo, y traducidos los más de la lengua sagrada de los acadies, entónces tan muerta como el latin ahora entre nosotros.

Y esto no debe maravillarnos, porque, segun Roisel, en *Los Atlantes*, toda cultura viene de éstos, ántes de que la hubiera en Caldea, en Asiria, en Egipto ó en punto alguno de Oriente.

Es una lástima que no tengamos aún documentos del siglo de oro ó de los siglos de oro de la literatura atlántica parisina, de hará unos ocho mil años, ni de la emanacion bética de aquella cultura, implantada á orillas del Guadalquivir por los turdetanos.

El documento hallado, descifrado, explicado y comentado por Don Juan Fresco es de época relativamente fresca: como si dijéramos de ayer de mañana. Ya la cultura ibérica indígena habia decaido, y España se veia llena de colonias fenicias y áun griegas. Los de Zacinto habian ya fundado á Sagunto, y hacía más de un siglo que habian fundado los tirios á Málaga, Abdera, Hispalis y Gades. Era por los años de 1000, ántes de nuestra era vulgar, sobre poco más ó ménos.

II.

Vesci era una ciudad importante de la confederacion de los túrdulos. En el tiempo á que nos referimos, los vescianos tenian ya la misma calidad que á sus descendientes del dia les ha valido el dictado de bermejinos: casi todos eran rubios como unas candelas. Descollaba entre todos, así por lo rubio como por lo buen mozo y gallardo, el elegante y noble mancebo Mutileder. Disparaba la honda con habilidad extraordinaria y mataba á pedradas los aviones que pasaban volando; montaba bien á caballo; guiaba como pocos un carro de guerra; sabía de memoria los mejores versos turdetanos y los componia tambien muy regulares; con un garrote en la poderosa diestra, era un hombre tremendo; con las mujeres era más dulce que una arropía y más sin hiel que una paloma; corria como un gamo; luchaba á brazo partido como los osos, y poseia otra multitud de prendas que le hacian recomendable. Casi se puede asegurar que su único defecto era el de ser pobre.

Mutileder, huérfano de padre y madre, no tenía predios urbanos ni rústicos, vivia como de caridad en casa de unos tios suyos, y en Vesci no sabía en qué emplearse para ganarse la vida. Era un señor, como vulgarmente se dice, sin oficio ni beneficio.

Frisaba ya en los veinticuatro años, y harto de aquella vida, y ansiando ver mundo, pidió la bendicion á sus tios, quienes se la dieron acompañada de algun dinero, y tomando ademas armas y caballo, salió de Vesci á buscar aventuras y modo de mejorar de condicion.

Como Mutileder tenía tan hermosa presencia, y era ademas simpático y alegre, por todas partes iba agradando mucho. Los sujetos de suposicion y campanillas le convidaban á bailes y fiestas, y las damas más graciosas y encopetadas le ponian ojos amorosos; pero él era bueno, pudibundo é inocenton, y nada útil sacaba de todo esto. El dinero que le dieron sus tios se iba consumiendo, y no acudia nuevo dinero á reemplazarle.

Así, deteniéndose en diferentes poblaciones, como, por ejemplo, en Igábron; pasando luego el Singilis, hoy Genil; entrando en la tierra de los turdetanos, y parando tambien en Ventipo, llegó á un lugar de los bástulos que se llamaba entónces Aratispi, y que yo sospecho que ha de ser la Alora de nuestros tiempos, tan famosa por sus *juegos llanos*. Allí tenía Mutileder una prima, que era un sol de belleza, con diez y ocho años de edad, y más rubia que él, si cabe. Esta prima se llamaba Echeloría. Su padre, viudo y muy rico, la idolatraba.

Mutileder y Echeloría eran de casta ibera purísima, sin mezcla alguna de celtas ni de fenicios. Sus familias, ó mejor diré su familia, pues era una misma la de ambos, se jactaba, no sin fundamento, de descender de los primitivos atlantes, que habian emigrado muchos siglos hacia, cuando se hundió en el mar la Atlántida, y que, yendo unos por mar siempre, habian llevado á Egipto la cultura, mucho ántes de la civilizadora expedicion de Osíris, miéntras que otros, conocidos despues con el nombre de hiperbóreos, desembarcando en Francia, habian difundido la luz y fundado florecientes Estados, caminando hácia Oriente hasta más allá de las montañas Rifeas, é influyendo, por último, en el despertar á la vida política y culta de los arios y de los semitas.

En suma, Echeloría y Mutileder eran dos personas ilustres y dignas de serlo por su mérito.

Apénas se vieron, se amaron... ¿Qué digo se amaron? Se enamoraron perdidamente el uno de la otra y el otro de la una.

El padre de Echeloría, que no tenía nada de lerdo, notó en seguida el amor de la muchacha, y procuró acabar con él, porque el primito no poseia otro patrimonio que su apa-

(c) Ministerio de Cultura 2006

sionado corazon; pero Echeloría estaba prendada de véras, y el padre, que en el fondo era un bendito, se avino y se resignó al cabo á que Mutileder aspirase á ser su yerno.

Ambos amantes se juraron eterna fidelidad. «Antes morir que ser de otro», dijo ella. «Antes morir que ser de otra», respondió él. Y esta promesa se hizo repetidas veces y se solemnizó y corroboró con los juramentos más terribles.

Despues de esto, ¿qué remedio habia sino casar cuanto ántes á los primos novios? Así lo resolvió el padre, y se empezaron á hacer los preparativos para la boda, que debia verificarse en el próximo otoño.

Era ya el fin de la primavera, y en aquellas edades antiquísimas sucedia lo propio que ahora: que á la primavera seguia el verano.

Aratispi era lugar más bonito que lo es Alora al presente. En torno habia, como hay aún, fértiles huertas y frondosos y siempre verdes bosques de naranjos y limoneros; pero los cerros que limitaban aquel valle amenísimo, en vez de estar pelados, como ahora, estaban cubiertos de encinas, alcornoques, algarrobos, castaños y otros árboles, entre cuyos troncos y á cuya sombra crecian brezos, helechos, tomillo, mejorana, mastranzo y otras plantas y hierbas olorosas.

Era tal entónces la generosidad de aquel suelo, que las palmas enanas, que hoy suelen cubrirle y que apénas sirven para más que para hacer escobas y esportillas, se alzaban á grande altura, miéntras que las crestas más empinadas de los montes, calvas ahora, se veian cubiertas de una verde diadema de abetos, de pinos y de cipreses.

A pesar de todo, fuerza es confesar que en verano hacia entónces en Aratispi un calor de todos los demonios.

Echeloría quiso, con razon, tomar algunos baños de mar, y su padre la llevó á un puerto muy bonito, cerca de Málaga, que D. Juan Fresco y yo calculamos que debió de ser Churriana.

Naturalmente Mutileder fué á Churriana tambien, acompañando á su futura.

Los primos estaban como dos tortolitas, arrullándose siempre. Miéntras más miraba él á Echeloría, más linda y angelical la encontraba y más melífluo se ponia con ella. Y miéntras más miraba Echeloría á Mutileder, mayor número de perfecciones y de excelencias hallaba en él.

Pues no digamos nada, porque sería cuento de nunca acabar, de la mutua admiracion que nacia en ambas almas al considerar el talento ó la habilidad del objeto de su amor. Cada pedrada que tiraba Mutileder mataba un pajarillo y partia el corazon de Echeloría, á fuerza de entusiasmo. Y Echeloría, por su parte, á más de encantar á Mutileder con los cantares que sabía entonar, le habia hecho una honda de pita, tan llena de sutiles y primorosas labores, que él se quedaba horas enteras embobado contemplando la honda.

Los dos enamorados gozaban de la más completa libertad y se iban solos de paseo por aquellos vericuetos y andurriales; ya por la orilla del resonante mar; ya por los encinares y olivares que vestian aquellos alcores; ya por los verjeles, sotos y alamedas del valle, regado por un riachuelo cristalino. Pero uno y otro eran tan como Dios manda, que á pesar de lo mucho que se querian, no se propasaron nunca á otra cosa sino á estrecharse afectuosamente las manos, y una ó dos veces á lo más, á consentir ella en recibir un casto beso en la tersa y cándida frente, y á lograr él estamparle.

La suma virtud y exquisita delicadeza de estos primos lo ponia todo en reserva para el dia dichoso en que la religion y las leyes consagrasen su union indisoluble.

Entre tanto se decian doscientas mil ternuras á cada momento. «Tu nombre es un sello que he puesto sobre mi corazon», exclamaba Echeloría. «Mi corazon es tuyo para siempre: ántes dejará de latir que de amarte á tí sola», contestaba Mutileder.

En estos coloquios se pasaban las horas, y de contínuo estaban juntos ambos amantes, ménos cuando Echeloría se retiraba á dormir al lado de su anciana nodriza y en estancia muy resguardada, ó bien cuando iba á la playa á bañarse; pues entónces, á fin de evitar el qué dirán y las murmuraciones, Mutileder no se bañaba con ella, tal vez por no usarse aún trajes de baño, tan complicados y encubridores de las formas como los que se llevan ahora en Biarritz y en otros sitios.

III.

Málaga era ciudad fenicia de mucho comercio. Casi competia con Cádiz. Su puerto estaba lleno de naves tirias, pelasgas, griegas y etruscas. En sus tiendas se vendian mil primores traidos de lejanos países: telas de lana, teñidas de púrpura en Tiro; joyas de oro, hechas en Ménfis, en Sais y en otras ciudades egipcias; piedras preciosas y tejidos de algodon del Indostan; alfombras de Persia, y hasta sedería del casi ignorado país de los Seras.

Echeloría fué á Málaga várias veces, con su padre y con su novio, á recorrer dichas tiendas y á comprar galas para el suspirado dia del casamiento.

Hallábase á la sazon en Málaga uno de los más audaces y sabios marinos que habia entónces en el mundo: el célebre Adherbal.

Acababa de hacer una navegacion felicísima, y su nave se parecia, anclada en el puerto, cargada de estaño, ámbar, hierro, pieles de armiños y de castores, y otros objetos de valor que él habia ido á buscar á las costas de Francia, Inglaterra y otras regiones del Norte de Europa, á donde sólo los fenicios se aventuraban á llegar en aquella época.

Adherbal pensaba volver pronto á Tiro; pero ántes debia tomar en Málaga cobre, vino, azogue y oro en polvo de las arenas de nuestros rios, dejando allí en cambio parte de su cargamento.

Paseando un dia por el muelle vió Adherbal á Echeloría, y al verla juró por Melcart y por Astoret, como si dijéramos por Hércules y por Vénus, que jamas habia visto criatura más linda y salada. Ganas tuvo de llegarse de súbito á la muchacha y de soltarle el pavo, esto es, de decirle sin ceremonia sus atrevidos pensamientos: pero Mutileder iba al lado de ella, mirando receloso á todas partes, con la barba sobre el hombro, en actitud desconfiada y hostil, y blandiendo un enorme y fiero garrote.

La prudencia refrenó los ímpetus del marino fenicio. Bastaba ver de refilon á Mutileder para hacerse cargo de que era capaz de deslomar á cualquiera de un garrotazo, si llegaba á descomponerse un poco con la hermosa y cándida Echeloría.

Adherbal, como queda dicho, era prudente, pero era obstinado tambien, emprendedor y ladino. Echeloría no produjo en él una impresion fugaz y ligera, sino profunda y durable. Así fué que determinó averiguar quién era y dónde vivia, y lo consiguió con discrecion y recato.

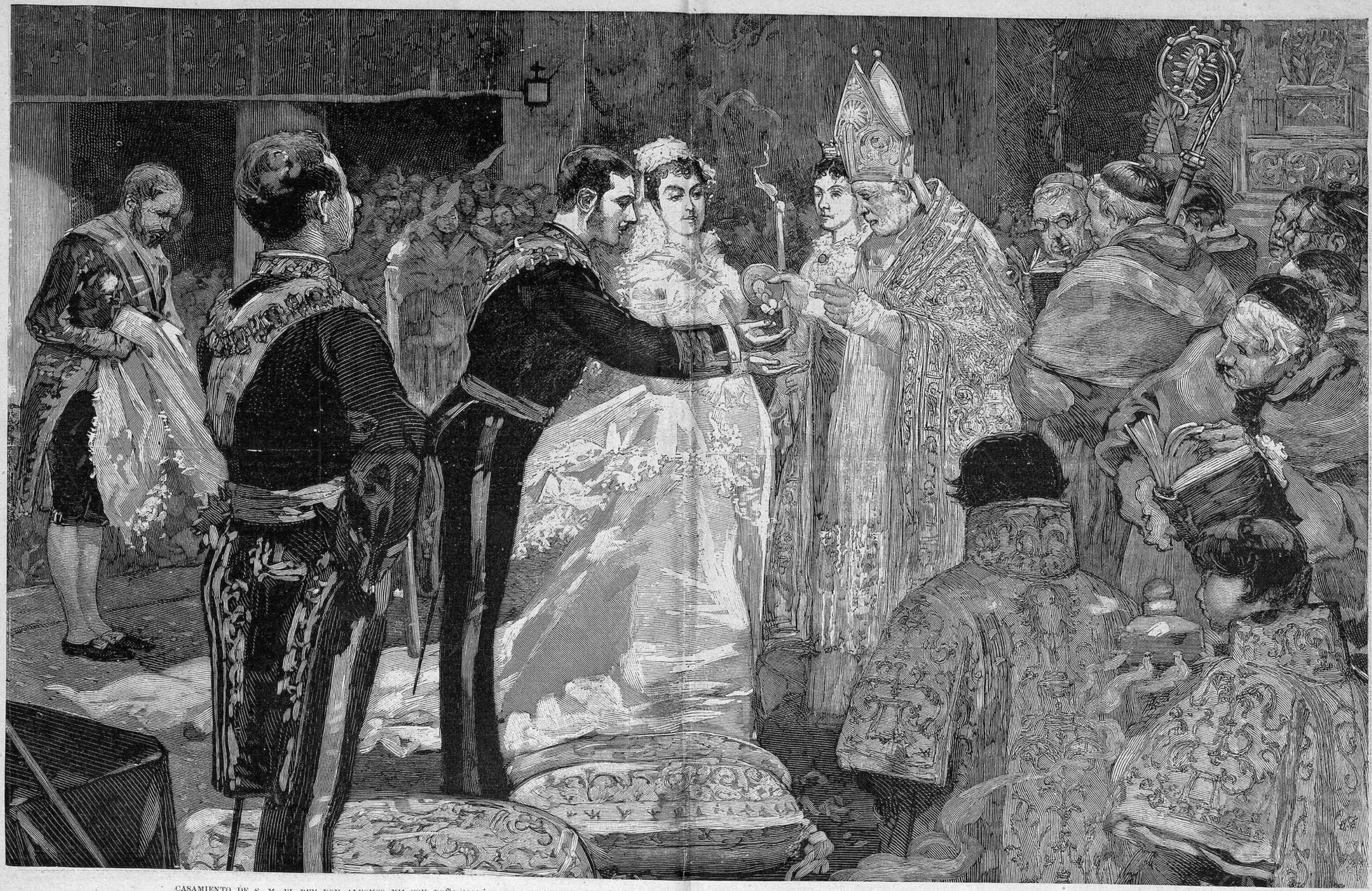
Dos ó tres veces fué despues á caballo á Churriana con disimulo, y volvió á ver á la niña, quedando cautivo de su singular donaire.

Por último, por medio de personas listas del país, se informó de la vida de Echeloría, supo que iba á casarse con Mutileder, y no quedó pormenor de que no llegase á tener cabal noticia.

Con estos elementos formó Adherbal un plan diabólico, el cual le salió bien, como por desgracia salen bien casi todos los planes diabólicos.

Una mañana muy temprano levó anclas su nave y zarpó del puerto de Málaga, despues de despedirse él para Tiro. Fuera ya la nave del puerto, se quedó, muy cerca de la costa, hácia el Oeste, dando bordeadas como para ganar mejor viento. Así trascurrieron algunas horas, hasta que llegó aquella en que la gentil Echeloría bajaba á bañarse en la mar. Entónces saltó Adherbal en una lancha ligerísima con ocho remeros pujantes y otros dos hombres de la tripula-

(c) Ministerio de Cultura 2006



CASAMIENTO DE S. M. EL REY DON ALFONSO XII CON DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON, VERIFICADO EN LA BASÍLICA DE ATOCHA EL 22 DE ENERO DE 1878. (ACTO DE ENTREGAR LAS ARRAS.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

cion, grandes nadadores y buzos, y de los más ágiles y devotos á su persona. Con la lancha se acercó cautelosamente, ocultándose en las sinuosidades de la costa y al abrigo de las peñas y montecillos, hasta que llegó cerca del lugar donde Echeloría se bañaba, creyéndose segura y con el más completo descuido. Los nadadores se echaron entónces al agua, zambulleron, surgieron de improviso donde Echeloría estaba bañándose, se apoderaron de ella á pesar de sus gritos, que pronto terminaron en desmayo causado por el susto, y en aquella disposicion, hermosa é interesante como una ondina, se la llevaron á la lancha, donde Adherbal la recibió en sus brazos, y luégo la condujo á bordo de su nave. Ésta desplegó al punto todas sus velas, y aprovechándose de un viento fresco de Poniente, que acababa de levantarse, no corria, sino que volaba sobre las ondas azules del Mediterráneo.

Várias muchachas, que se bañaban con Echeloría, huyeron con espanto de aquella zalagarda, y, saltando en tierra, alarmaron con sus gemidos y sollozos á la nodriza, que estaba en éxtasis y de nada se habia percatado. En cambio, apénas se enteró de lo ocurrido, se extremó en hacer muestras de su dolor. Allí fué el mesarse las venerables canas, el revolcarse por el suelo, y el dar tan formidables chillidos, que Mutileder, aunque estaba léjos, acudió al sitio, oyéndolos. El infeliz amante supo entónces toda la enormidad de su infortunio, más demasiado tarde por desgracia. La nave del raptor se percibia aún, pero léjos, y navegando con tal rapidez que pronto iba á perderse detras de la comba que forma el mar, marcando una curva de azul profundo en el cielo más claro.

El furor de Mutileder fué indescriptible, aunque á nada conducia. Ni siquiera supo á punto fijo el infeliz amante quién habia sido el raptor, por más que sospechase de aquel marino que en Málaga habia puesto en Echeloría los lascivos y codiciosos ojos.

Estos raptos de mujeres eran frecuentísimos en aquellas edades heroicas, y habian dado ya y debian seguir dando ocasion á no pocos disturbios y guerras. Los fenicios habian robado á Io, hija de Inaco; los griegos habian robado á Europa de Fenicia, á Medea de Colcos, y á Ariadna de Creta; y por último, un príncipe frigio habia robado á la bella Helena, mujer del rey de Esparta, Menelao, motivando así una lucha larga y mortífera, y al cabo la destruccion de Troya.

Don Juan Fresco explica, á mi ver, de un modo satisfactorio estos raptos de mujeres. Supone que la mujer, por lo mismo que su belleza es tan delicada, no se cria naturalmente. Lo único que se cria es la hembra del hombre. La verdadera mujer es producto artificial, que resulta de grande esmero y cuidado y de exquisito y alambicado cultivo. De aquí la rareza entónces de la verdadera mujer y el mágico y portentoso efecto que producia en el alma de guerreros bárbaros y briosos, avezados á ver hembras solamente.

Cuando los hombres se recobraban de su pasmo volvian á hacer á la mujer de peor condicion que al esclavo más humilde; pero, en ocasiones, una mujer bien lavada, cuidada y compuesta, infundia amor ferviente, frenético entusiasmo y cierta adoracion como si fuese algo divino. De aquí las patrañas ó *mitos* de las hadas y encantadoras como Circe y Calipso, que convertian á los hombres en bestias; la *ginecocracia*, esto es, el imperio de la mujer, establecido en muchas partes, como en el país de las Amazonas y en la Arabia Feliz; y el omnímodo influjo, ora funesto, ora útil, que ejercieron algunas damas en los varones más crudos y valerosos, como Onfale en Hércules, Dálila en Sanson, Betzabé en David, Egeria en Numa, y Judit en Holofernes. De aquí, por último, que ganasen tanto crédito las sibilas, las pitonisas y las druidisas; todo ello, sin duda, porque cuidaban más de sus personas, y lograban pulir y descubrir la escondida hermosura, invisible por lo general en la hembra por falta de pulimento y aseo.

Ademas, el entender la hermosura y el afanarse por lograrla hacian hermosa á la mujer. Hoy, mucho de esta cualidad, domeñada ya la naturaleza rebelde, suele trasmitirse por herencia; pero en los tiempos heroicos, la hermosura era como inspirada creacion que la mujer artista realizaba en su propio cuerpo, á fuerza de esmerarse. Todavía, cinco siglos despues de la época en que ocurre nuestra historia, asombran el estudio, la prolijidad y los preparativos minuciosos de que se valian las mujeres para presentarse de una manera digna. A fin de agradar al rey Asuero, que buscaba reina, despues de repudiada Vastí, se pasaban las chicas un año entero frotándose con linimentos y pomadas, saumándose, lavándose, perfilándose y acicalándose. En el dia, con una hora de preparacion bastaria para presentar ante el sibarita más refinado á la más ruda de las campesinas: prueba irrefragable de que lo adquirido por arte y educacion se trasmite de madres á hijas. Verdad es que, en cambio, la naturaleza es ménos dúctil ahora, y la hotentota, aunque se friegue y se adobe más que las que iban á presentarse á Asuero, hotentota permanece; de donde, sin duda, el refran que dice: « Aunque la mona se vista de seda mona se queda. »

Dejemos, no obstante, refranes y digresiones á un lado, y prosigamos nuestro cuento.

Echeloría, por naturaleza y por arte, por herencia y por conquista, era un primor. Y Mutileder, que con razon la adoraba, no la lloró perdida, con femenil amargura, sino que, agitando su garrote y haciendo crujir la honda con chasquidos estruendosos, juró buscar á su amada, librarla del raptor, y vengarse de él descalabrándole de una buena pedrada ó moliéndole á palos.

Cuenta la historia que Mutileder, en el instante de hacer aquel juramento, estaba tan hermoso que no podia ser más. Sus ojos azules, dulces de ordinario, lanzaban centellas luminosas; su afilada y recta nariz, hinchada por la cólera, mostraba muy dilatadas las ventanillas; las cejas, frunciéndose en el centro, daban mayor majestad á su frente; la boca entreabierta dejaba ver unos dientes blancos, iguales y firmes, y sana frescura y vivo color de carmin en encías y lengua. Su cabeza, echada atras con arrogancia, y destocada, lucía copiosa y rubia cabellera, que flotaba en rizos graciosos á merced de la brisa; sus piernas y sus brazos desnudos, contraida entónces la musculatura por la energía de la actitud, daban envidia á los de Hércules mancebo. Todo en Mutileder era beldad, elegancia, brío y donosura. Su voz, alterada por la pasion, penetraba en los corazones, aunque sus palabras no se entendiesen.

En aquel instante ¡oh fuerza del destino! acertó á pasar por allí la graciosa y distinguida Chemed, que en fenicio significa *belleza*, la viuda más coqueta y caprichosa que habia en Málaga. Su marido la habia dejado jóven y con muchos bienes de fortuna. Ella seguia con la casa de comercio de su marido, bajo la razon insocial de *la viuda Chemed*. En aquella ocasion volvia de solazarse de una quinta que tenia en Churriana.

Seis atezados etíopes la llevaban en silla de manos, y dos escuderos, una dueña y cuatro pajecillos egipcios la acompañaban tambien para más autoridad y decoro.

Chemed oyó á Mutileder, le miró y se maravilló; volvió á mirarle y se quedó más maravillada. Entónces dijo para sí: «Divinos cielos, ¿qué es lo que miro? ¿Será éste dios ó será mortal? ¿Resplandeceria más Adónis cuando Astoret se prendó de él?»

Pero, prosiguiendo su soliloquio de preguntas, Chemed prosiguió tambien su camino, sin interrogar al mancebo, que parecia estar furioso, y sin atreverse siquiera á pararse y á bajar de la silla de manos, en medio de gente extraña, cuya lengua no entendia, porque hablaban el ibero, que, como ya queda dicho, era lo que se llama hoy el vascuence. Si Chemed hubiera sabido que Mutileder hablaba corrientemente el fenicio, como en efecto le hablaba, sin duda que se hubiera detenido; pero, no sabiéndolo ni sospechándolo, Chemed pasó de largo,

(c) Ministerio de Cultura 2006

IV.

Luégo que Mutileder echó sapos y culebras por la boca y se desahogó cuanto pudo, acudió á dar á su presunto suegro la mala noticia del rapto, y á consolarle, si cabia consuelo en tamaño dolor.

Para evitar prolijidad no se ponen aquí las lamentaciones que hicieron ambos á duo. Lo que importa saber es que Mutileder y su suegro, despues de maduro exámen, reconocieron que era inútil quejarse del rapto á las autoridades de Málaga, las cuales no les harian caso, ó si les hacian caso, nada podrian contra un marino tan mimado en Tiro, como Adherbal lo era. A cualquiera exhorto que los sufetes ó jueces de Málaga enviasen contra Adherbal, era evidente que los sufetes tirios habian de dar carpetazo, haciendo la vista gorda. No habia más recurso que resignarse y aguantarse, ó tomar la venganza y la satisfaccion por la propia mano. Esto último fué lo que decidió Mutileder con varonil energía.

Se despidió de su presunto suegro, y sin pensar en recursos pecuniarios ni en nada que lo valiese, se fué á Málaga á tomar lenguas, á cerciorarse de que era Adherbal el raptor, como ya lo sospechaba, y á buscar modo de irse á Tiro en la primera nave que para Tiro saliese, á fin de arrancar á Echeloría del cautiverio ó secuestro en que estaba y de hacer en Adherbal un ejemplar y justo castigo.

En medio de todo, Mutileder sentia cierto consuelo. Pensaba en que Echeloría habia jurado serle fiel ó morir, y daba por seguro que moriria ántes que faltar á su promesa. Él mismo habia hecho igual juramento, y se sentia con la suficiente firmeza para cumplirle.

Con estas ideas en la mente y con el bizarro propósito de irse á Tiro cuanto ántes, recorrió Mutileder las calles de Málaga hasta que empezó á anochecer. Todas las noticias que adquirió le confirmaron en que era Adherbal el raptor de Echeloría. En lo que no adelantó mucho, fué en concertarse con algun patron de buque que saliese pronto y le llevase para Fenicia.

Llegó la noche, como queda apuntado, y ya Mutileder se retiraba á su posada, cuando sintió que le tiraban suavemente de la capa por detras. Volvió el rostro, y vió á un pajecillo egipcio que le dijo:

—Señor Mutileder, sígame vuestra merced, que hay persona que desea hablarle sobre asuntos que le interesan.

—¿Y quién puede ser esa persona? contestó él. Yo, en Málaga, no conozco á nadie.

Entónces replicó el pajecillo:

—Aunque vuestra merced no conozca á esta persona, esta persona le conoce. Hoy, de mañana, pasó junto al lugar del rapto protervo, y oyó y vió á vuestra merced cuando de él se lamentaba. La persona es compasiva y excelente, y se enterneció. Ha tomado informes sobre todo lo ocurrido, y su enternecimiento se ha hecho mayor. Desea remediar el mal de vuestra merced, con quien le importa conferenciar en seguida. ¿Quiere vuestra merced seguirme?

Mutileder no halló motivo razonable para decir que no, y siguió al pajecillo.

Siguiéndole por calles y callejuelas, que atravesaron rápidamente, llegó nuestro héroe proto-bermejino á una puertecilla falsa y cerrada, en el extremo de un callejon sin salida.

El paje aplicó una llave á la cerradura, la dió dos vueltas, y la puerta se abrió sin ruido. Entró el paje, y le siguió Mutileder.

Cerró el paje la puerta de nuevo, y quedaron él y nuestro amigo en la más completa oscuridad. El paje asió de la mano á Mutileder, y le guió por las tinieblas. Al cabo de poco tiempo vieron luz y una linterna que estaba en el suelo. La tomó el paje, y, ya con ella, alumbró á Mutileder, y mostrándole el camino, le dijo que le siguiera. Subieron ambos por una estrecha y larga escalera de caracol: llegaron luégo á otra puertecilla; la abrió el paje; levantó un tapiz que habia detras, y él y Mutileder penetraron en una sala espaciosa y bien iluminada.

El paje entónces se escabulló sin saber cómo, y Mutileder se encontró frente á frente de una anciana y venerable dueña, la cual, con voz melíflua, le dijo:

—Sígueme, hermoso.

Y Mutileder la siguió, algo ruborizado del intempestivo requiebro.

No refiero aquí, porque estoy de prisa, y no debo ni puedo pararme en dibujos, los primores estupendos, las alhajas rarísimas, los lindos objetos de arte y los cómodos asientos y divanes que habia en várias salas por donde iban pasando la dueña y nuestro héroe, que atortolado la seguia. Baste saber que allí se veia reunido de cuanto habia podido inventar el lujo asiático de entónces y de cuanto la activa solicitud de los navegantes fenicios habia podido traer de todas las comarcas á que solian ellos aportar, desde las bocas del Indo hasta las bocas del Rhin, puntos extremos de sus *periplos* ó navegaciones.

Lo que sí diré, es que si una sala era lujosa, otra lo era más, y que el primor iba en aumento conforme se pasaban salas. Maravilloso silencio y sosiego apacible reinaban en todas ellas. No se veia ni un alma. Soledad y dulce misterio. Rica y leve fragancia de perfumes sabeos impregnaba el tibio ambiente.

«—¿Qué será esto? decia Mutileder para su coleto. ¿Dónde me llevará esta buena señora?»

Y la admiracion y la duda se pintaban en su candoroso y bello semblante.

Por último, la dueña tocó á una puerta que no estaba abierta como las demas que habian dado paso de un salon á otro salon, sino que estaba cerrada. La dueña la abrió un poco, lo suficiente para que cupiese por ella una persona, empujó á Mutileder, le hizo entrar, y quedándose fuera, cerró otra vez la puerta, dejándole solo.

Mutileder, que venía de salones donde habia mucha luz, nada veia al principio, é imaginó que el salon en que acababa de entrar estaba á oscuras; pero sus pupilas se dilataron muy pronto, y notó que una luz velada y dulce iluminaba aquella estancia, difundiéndose desde el seno de tres lámparas de alabastro.

Aun no habia tenido vagar para ver todo lo que le circundaba, cuando oyó Mutileder una voz blanda y argentina, que parecia salir de una garganta humana nueva y de una boca fresca, colorada y sana, porque todo esto se conoce en la voz, la cual le decia:

—Perdóname, amigo, que te haya hecho venir hasta aquí, deseosa de hablarte.

Dirigió Mutileder la vista hácia el punto de donde la voz procedia, y vió recostada lánguidamente en un ancho sofá á una dama morena y majestuosa como una emperatriz, vestida de blanca y flotante vestidura, con una cabellera abundante, lustrosa y negra como la endrina, y con unos ojos que parecian dos soles de luto, así por el fuego y los rayos que despedian, como por su oscuro color y por el color, no ménos oscuro, de las cejas, de las largas y rizadas pestañas, y áun de los párpados suaves, cuyas sombras acrecentaban el resplandor fulmíneo de los referidos ojos. En los brazos desnudos, casi junto al hombro, tenía la dama brazaletes de oro de prolija y costosa labor; sobre el pecho y en las orejas, collar y zarcillos de esmeraldas; y sendas ajorcas, por el estilo de los brazaletes, en las gargantas de sus pequeños piés, calzados por coturnos de seda roja. Lazos de idéntica seda adornaban la falda y el corpiño y ceñian el airoso talle. Sobre el negrísimo cabello lucia, prendido con gracia, un ramo de flores de granado.

En todo esto reparó en conjunto Mutileder, pero sin analizar, como nosotros, porque estaba algo cortado y sin saber lo que le sucedia. La cosa no era para ménos; sobre todo, tratándose de un mozuelo que, si bien despejado y audaz,

(c) Ministerio de Cultura 2006

carecia de experiencia y jamas se habia visto en lances de aquel género.

Absorto, mudo, con la boca abierta, estaba Mutilider, cuando la dama se levantó y mostró de pié su gallarda estatura, esbelta y cimbreante como las palmas de Tadmor; y vino á él, y tomándole la mano, en la que él sintió como una conmocion eléctrica, le llevó á sí y le dijo:

—Siéntate. ¿Qué te asusta?

Y Mutileder se sentó, al lado de la dama, en un taburete bajito.

Luégo que Mutileder se hubo serenado, oyó á la dama con la debida atencion, y le respondió con concierto.

Ella le dijo que se llamaba Chemed, que era viuda y rica y natural de Tiro, que habia sabido su dolor, que se interesaba por él, á causa de una súbita é irresistible simpatía, y que anhelaba dar consuelo y remedio á sus males.

Aunque Chemed lo habia averiguado todo, quiso que Mutileder le refiriese su historia. Mutileder la refirió con elocuencia. Al hablar de Echeloría, aunque era hombre recio, se le saltaron las lágrimas. Con las lágrimas sobre sus mejillas y velando sus ojos azules, estaba el muchacho lo más bonito que puede imaginarse. Chemed no se hartaba de mirarle; pero ¡con qué miradas! Vamos, no es posible explicar cómo eran.

Chemed tenía cerca de treinta y cinco años. Mutilider no habia conocido á su madre. No sabía lo que era la amistad y el cariño de la mujer.

—¡Pobrecito mio! exclamaba Chemed. ¡Pícaro Adherbal! No paga con la vida el mal que te ha hecho. Haces bien en querer vengarte y salvar á Echeloría de las garras de ese monstruo. Mira, Mutileder: dentro de cuatro dias debo yo salir para Tiro, donde tengo que arreglar mis asuntos, muy desordenados desde que mi marido murió. Tú vendrás en mi compañía. Considérame como á tu amiga más leal.

Y sencillamente Chemed tomaba la mano del inocente mozo, y la estrechaba entre las suyas y la retenia en cautividad, equilibrando el calor superior que habia en las de ella con el calor que él tenía en su mano.

Todavía se puso más interesante y bonito Mutileder cuando habló con efusion del eterno amor y de la fidelidad que él y Echeloría se habian jurado. Chemed celebraba todo esto, y lo hallaba muy á su gusto.

—Sí, hijo mio, decia Mutileder, así debe ser. Dichosa Echeloría, que encontró en tí un modelo de amantes. No suelen ser como tú los demas hombres, sino volubles y perjuros. Todas mis riquezas, toda mi posicion daria yo si hubiese encontrado un amante tan resuelto y fino como tú.

En suma, esta conversacion siguió largo rato, y yo tengo notas y apuntes que me ha suministrado D. Juan Fresco y que me harian muy fácil referirla con todos sus pormenores; pero, como mi historia tiene que ir en un ALMANAQUE sin excitar á nadie á que los haga, y no puede extenderse mucho, sino ser á modo de breve compendio, me limitaré á lo más esencial, deslizándome algunas veces, con rapidez y como quien patina, en aquellos pasajes que más se presten á ello por lo resbaladizos.

V.

Cuatro dias despues de la conferencia primera entre Chemed y Mutileder, salian ambos de Málaga para Tiro en una magnífica nave. Mutileder iba en calidad de secretario privado de la dama para llevarle la correspondencia en lengua ibérica.

La amistad de ambos era íntima, y Mutileder, siempre que se veia en presencia de Chemed, estaba contento y como orgulloso de tener tan elegante y discreta amiga. Chemed tenía ademas mucho chiste y felicísimas ocurrencias; decia mil graciosos disparates; y Mutileder se regocijaba y reia sin poderlo remediar; pero, cuando estaba sólo, amarga melancolía se apoderaba de su alma, pensamientos crueles le atormentaban, y algo parecido á remordimientos le arañaba el corazon, como si fueran las uñas de un gato; ó digamos mejor, de un tigre.

Mutileder hablaba entre dientes, lanzaba desconsolados suspiros, manoteaba y hasta se golpeaba y pellizcaba siu compasion, y solia exclamar:

«¡Qué diablura! ¡Qué diablura!»

En presencia de Chemed ó se olvidaba de su dolor ó le refrenaba y disimulaba. Ésta, á no dudarlo, era la diablura, á que su exclamacion aludia.

Mutileder habia tenido ya tiempo para meditar, reflexionar y hacer severo exámen de conciencia, y no se absolvía, sino que se condenaba por débil, perjuro y desleal, en grado superlativo.

A veces queria disculparse consigo mismo, y no lo lograba.

«Yo, decia, sigo amando á Echeloría, y Chemed no obsta para ello. Voy á buscar á Echeloría, á libertarla y á vengarla, y Chemed me ayuda en mi empresa. El cariño de Chemed tiene algo de maternal. ¡Es tan buena conmigo!—¡Es tan alegre y chistosa! ¡Qué tonterías tan saladas se le ocurren! ¿Cómo no he de reirme al oirlas? ¿He de estar siempre llorando? No: no es menester llorar: no es menester negarse á todo consuelo, como una bestia feroz, para demostrar que es uno fiel y consecuente. Ya verémos cuando me encuentre con Adherbal si amo á Echeloría ó si no la amo.»

Estas y otras sutilezas y quintas esencias alambicaba, fraguaba y se representaba Mutileder para justificarse; pero, como hemos dicho, no lo lograba nunca.

De aquí su pena cuando estaba solo: y no sé de dónde, el olvido de su pena cuando de Chemed estaba acompañado. ¡Contradicciones inexplicables, raras antinomias de los corazones de los mortales!

De esta suerte, en soliloquios románticos, acerbos y dignos de Hamlet, siempre que estaba sin Chemed; y en coloquios amenos, en pláticas tiernas, y en juegos y risas, cuando Chemed aparecia, vivió Mutileder; y así se pasó el tiempo, caminó la nave, se detuvo en varios puntos de África y en algunas islas del archipiélago de Grecia, y llegó al fin á Tiro, capital entónces de Fenicia desde la ruina de Sidon, cuando los filisteos, rubios descendientes de Jafet, vinieron de Creta por mar, miéntras que del lado del desierto de Arabia entraban los israelitas en la tierra de Canaan y lo llevaban todo á sangre y fuego. Tiro habia hecho despues renacer el poder cananeo ó fenicio y estaba en toda su gloria y florecimiento. Sobre el trono de Tiro resplandecia el rey Hiram, amigo de Salomon, hijo de David. Israelitas y fenicios eran estrechos y felices aliados.

Muy largo seria describir aquí la grandeza de Tiro. Dejémoslo para mejor ocasion. Lo que importa es decir que Mutileder buscó á Adherbal en seguida y no le halló. Pronto supo con rabia que el infatigable marino, sin reposar casi, se habia encargado del mando de la flota, que Hiram y Salomon expedian con frecuencia á la India, desde el puerto de Aziongaber en el mar Rojo. Tres dias ántes de la llegada de Mutileder y de Chemed, Adherbal se habia puesto en marcha para tomar el mando referido.

Adherbal debia pasar por Jerusalen. Mutileder no pensó más que en perseguirle y alcanzarle, ántes de que se embarcára para tan larga navegacion, de la que sabe Dios cuándo volveria.

Temiendo que le faltasen las fuerzas y el valor para despedirse de Chemed, Mutileder preparó su viaje con el mayor sigilo, aprovechando la salida de una caravana; y, montado en un ligero dromedario, salió para Jerusalen, cuando Chemed ménos lo sospechaba.

Chemed lo supo y lo lloró al leer una carta que él escribió ántes de partir y que entregó á Chamed una persona de toda confianza. La carta decia como sigue:

«Mi querida Chemed: Yo soy el más débil y el más malvado de los hombres. Debí huir de tí desde el primer mo-

(c) Ministerio de Cultura 2006

mento y no entregarte nunca un corazon que no te pertenecia, que era de otra mujer y que jamas podia ser tuyo. Todo el afecto, toda la ternura que te he dado, ha sido falsía, perjurio é infamia. Y no porque yo fingiese esa ternura y ese afecto, que al contrario brotaban á borbotones, con toda sinceridad y con vehemente efusion, del fondo de mi pecho, sino porque, al consagrártelos, faltaba á la fe jurada, rompia el sello de la fidelidad que habia puesto Echeloría sobre mi alma, y me rebajaba hasta la vileza. De aquí mi lucha interior; de aquí mis contradicciones y extravagancias. A veces reia yo, jugaba y me deleitaba contigo; pero, cuando más contento estaba, surgia como un espectro, como un aterrador fantasma, de las profundidades de mi sér, el mismo amor ultrajado, el cual me azotaba rudamente con el azote de los remordimientos. Otros amantes, miéntras más aman, se hacen más dignos del amor, porque el amor hermosea y sublima los espíritus; pero yo, amándote, me degradaba en vez de elevarme, por que pisoteaba juramentos y promesas, y no amándote, me degradaba tambien, porque recibia de tí inmensos é inestimables tesoros de cariño que no acertaba á pagar. Si olvidaba á Echeloría para amarte era yo un perjuro, y si no te amaba, para seguir amando á Echeloría, un falso, un estafador y un ingrato. Situacion tan horrible y poco digna no podia durar. El cielo ha estado benigno conmigo, aunque no lo merezco, proporcionándome ocasion de dejarte con razonable motivo, sin que puedas tú tildarme de galan sin entrañas. Adherbal no está en Tiro. Mi deber es perseguirle. La ofensa que me ha hecho no puede quedar impune. Tú misma me tendrias por vil y cobarde si yo no me vengára. No extrañes, pues, que te deje para cumplir con esta obligacion.—Adios; adios para siempre, ¡oh generosa y dulce amiga! »

Tal era la carta que escribió Mutileder, en buen fenicio, sin ninguna falta de gramática ni de ortografía. Chemed la leyó con lágrimas en los ojos y haciendo otros mil extremos de amoroso sentimiento.

Mutileder, entre tanto, caballero en su dromedario y lleno de impaciencia, iba trotando y galopando hácia Jerusalen. Harto de la pausa con que la caravana marchaba, tomó un guía, poseedor de otro dromedario tan ligero como el suyo, y se adelantó al resto de sus compañeros de viaje. Así llegó en pocas jornadas á la ciudad que casi habia creado David, y que Salomon acababa de fortificar y hermosear con admirables monumentos. La habia ceñido de altas torres almenadas y de fuertes y gruesos muros; habia edificado, sobre gigantescos sillares, en la cumbre del monte Moria, donde fué el sacrificio de Abraham, el maravilloso y único templo del Dios único, y habia coronado las alturas de Sion con inexpugnable ciudadela y con alcázar suntuoso.

Dilatando Salomon sus conquistas al Sur del mar Muerto, domeñando á los hijos de Edom, de Amalec y de Madian, y enseñoreándose de Elath y de Aziongaber, abrió puertos para comerciar con el Hadramauth y el Yemen, con el alto Egipto, con la Nubia y con las Indias orientales. Cortando luégo las corpulentas hayas y los pinos y cedros seculares del Líbano, haciéndolos llevar en hombros de los más robustos varones de las naciones vencidas, como de los *refaim*, por ejemplo, raza descomedida de gigantes, que casi ladraban en vez de hablar; y trabando entre sí los leños con arte y maestría, hizo formar Salomon flotantes castillos que resistiesen el ímpetu de los huracanes y el furor de las olas. En medio del desierto, Salomon habia fundado á Tadmor, célebre despues con el nombre de Palmira, en un oásis lleno de palmas, á fin de que fuese emporio riquísimo y lugar de reposo de las caravanas que iban desde las orillas del Jordan á las del Eufrates y del Tígris; á Damasco, á Nínive y á Babilonia. Estaba, por último, interesado Salomon en el comercio de los fenicios con Társis ó Iberia, patria de Mutileder, y áun de mas allá, hácia el Occidente y Norte del mundo; bastante más allá, porque las naves tirias llegaban hasta el Báltico. Por todo lo cual refluia sobre Jerusalen cuanto Dios crió de bienes temporales. La plata era tan comun, que se miraba con desprecio. Todo se fabricaba de oro purísimo, hasta los trastos de cocina. De Arabia venian perfumes; de Egipto, telas de lino, caballos y carros; esclavos negros y marfil, de Nubia; y especierías y madera de sándalo, y perlas, y diamantes, y papagayos y jimios y pavos reales, y telas de algodon y de seda, de allá de la desembocadura del Indo. Oro venía de todas partes, ya de Tíbar, ya de Ofir; ámbar y estaño, del Norte de Europa; cobre y hierro, de España. De esta suerte abundaba todo en Jerusalen. La fama del rey volaba por el mundo, porque el rey excedió á los demas reyes, habidos y por haber, en ciencia y en riqueza; y no habia persona de buen gusto que no desease ver su cara, y sobre todo, los hijos de Israel, á quienes las naciones extranjeras respetaban y temian, por donde vivieron ellos tranquilos y venturosos, á la sombra de sus parras y de sus higueras, desde Dan hasta Beersebá, durante todos los dias de aquel reinado.

Pues, como íbamos diciendo, á esta espléndida ciudad de Jerusalen llegó nuestro bermejino prehistórico, acompañado de su guía, pero más confiado en su fiero garrote y en la primorosa honda que le habia regalado Echeloría, y con la cual, segun suele decirse, no se le cocia el pan hasta que vengase á su primer amor, descalabrando al raptor injusto de una violenta y certera pedrada.

Preocupado con estos pensamientos de venganza, y como hombre que va á su negocio y que no viaja á lo *touriste*, Mutileder no quiso visitar las curiosidades de Jerusalen ni enterarse de nada de lo que allí sucedia, á no ser del paradero de Adherbal.

Imagine el pío lector qué desesperacion no sería la de Mutileder cuando en seguida supo de buena tinta que Adherbal, viendo que urgia darse á la vela, y llegar pronto al Océano, para no desperdiciar la monzon, favorable entónces á los que iban á la India, habia salido en posta, con dromedarios que de trecho en trecho estaban ya preparados y escalonados en el camino, á fin de verse cuanto ántes en el puerto de Aziongaber, orillas del mar Bermejo.

Imposible de toda imposibilidad era ya que Mutilider llegase á donde estaba el marino fenicio, quien se sustraia así á su venganza. Tiempo habia de pasar, pampanitos habia de haber, ántes de que dicho marino se pusiese á tiro de su honda ó al alcance de su garrote.

Creyó entónces Mutilider que Adherbal se habia llevado consigo á Echeloría para que fuese ornamento principal de la nave capitana, desde donde habia de mandar la flota; y su rabia rayó en tal extremo, que pateó, juró, bufó, blasfemó, y hasta hubo de arrrancarse á tirones algunos de los rizos hermosos y rubios que coronaban su cabeza.

En medio de todo, fué grande su consolacion cuando logró saber que el pícaro y cortesano marino, rastrero adulador de príncipes, habia hecho presente á Salomon de la preciosa Echeloría.

VI.

¿Cómo resistir aquí á la tentacion de encarecer lo mucho que Don Juan Fresco se ensoberbece y ufana, y lo orondo que se pone, y lo por bien pagado que se da de haberse pelado las cejas descifrando y leyendo las inscripciones y papiros manuscritos de donde está sacada esta historia? Por ella consta que un bermejino, pues al cabo bermejino era Mutileder, ya que Vesci era la Villabermeja de entónces, rivaliza con Salomon y viene á hacer el brillante y extraordinario papel que verá el que siguiere leyendo.

Mutileder no se amilanó al saber que Echeloría estaba en el haren salomónico; ántes dispuso quedarse en Jerusalen, espiar ocasion oportuna, y, no bien se presentase, asirla por el copete, arrebatando á la linda moza de entre las manos del Rey Sabio. No por eso pensó en hacer el más

(c) Ministerio de Cultura 2006

leve daño á Salomon. Mutilider era muy monárquico, y el Rey, por ser rey y por su ciencia infusa y demas virtudes, le infundia respeto. Salomon, ademas, no tenía culpa ninguna ni habia ofendido á Mutileder. Habia aceptado el presente que le habian traido, y habia dado prueba de buen gusto al aceptarle y guardarle.

A veces concebia Mutileder cierta halagüeña esperanza. Imaginaba que Echeloría habia de llorar por él y habia de decir á Salomon, con todo miramiento y finura, que no le amaba porque amaba á otro; y daba por cierto que Salomon, que era benigno con las mujeres, y tan galante y condescendiente que las consentia tener ídolos de la tierra de cada una de ellas, no debia de ser feroz con Echeloría, sino que, no bien supiese que su ídolo era Mutileder, habia de ceder en sus pretensiones. Mutileder llegaba á columbrar como probable que el Rey le hiciera buscar para entregarle á la muchacha, y hasta que quizá se allanase á ser padrino de la boda.

La entereza, constancia y resistencia de Echeloría habian de mover á todo esto, y á más, el ánimo generoso de Salomon. ¿Qué le importaba á este gran Rey una mujer más ó ménos, cuando tenía en su haren setecientas reinas, ochocientas concubinas é infinito número de princesas? Así, pues, lo natural era que, viendo Salomon á Echeloría enamorada de otro, afligida y llorosa, y rechazándole por estilo arisco y montaraz, habia de mostrarse desprendido.

Al hacer esta suposicion, muy plausible, Mutilider se ponia colorado de vergüenza. Se presentaba en su imaginacion lo bien que se portaba Echeloría, huraña como un gato y firme como una roca, veia el desprendimiento régio y la nobilísima conducta de Salomon, y se consideraba indigno, y queria, al recordar sus infidelidades con Chemed, que se abriese la tierra y le tragase.

Estos remordimientos, esta compuncion y este sonrojo por la culpa tenian, sin embargo, bastante de sabroso y de dulce. ¡Ay, cuán pronto se trocó todo ello en amargura cuando oyó Mutilider lo que en Jerusalen se decia de público en calles y plazas!

Para saber lo que se decia conviene tomar las cosas de atras y entrar en algunas explicaciones.

El palacio de Salomon era inmenso, y la sociedad en él muy amena. Multitud de poetas y de tocadores de arpas, tímpanos y salterios, le regocijaban de contínuo. Allí habia diestras bailarinas, artistas ingeniosos que hacian muebles elegantes y otras obras de extremado primor, y los mejores cocineros que entónces se conocian. Aquello era, en grado superlativo, en elevacion á la quinta potencia, perpétua boda de Camacho. Salomon y sus mujeres y servidumbre devoraban cada dia treinta bueyes cebados, cien ovejas y multitud de ciervos, búfalos, gacelas y aves. Y no se crea que porque comiesen poco pan. El consumo diario de harina empleada en hacer pan, tortas, bollos y pasta *frolla* ó *flora*, era de noventa coros, ó sea cuarenta y cinco cahíces, de doce fanegas se entiende.

Así es que en el Palacio de Salomon hasta el último pinche se regalaba á pedir de boca y estaba gordo y lúcio.

Las mujeres, tanto por naturaleza cuanto por los afeites que usaban, parecian celestiales y de variadísimo mérito. En aquella época no llevaban nombres puestos á la ventura, sino nombres significativos de sus más egregias cualidades, por donde sólo con mentarlas se puede colegir lo que valian. Entónces no se llamaba Doña Sol una fea, ni Blanca una negra, ni Dolores una regocijada, ni Rosa la que olia mal ó era áspera como cardo ajonjero.

Las favoritas de Salomon lo habian sido y llevaban los nombres que llevaban porque lo merecian. La hija del Faraon, que fué, á no dudarlo, Meneftá II, se llamaba Uom-anhet, esto es, Destroza-corazones. Ella inspiró á Salomon el primer amor, profundo y suave. Salamon era muy muchacho cuando se casó con ella, y ella le trajo en dote á Gezer y doce mil caballos para la remonta de su caballería. Despues amó Salomon con locura á Anahid, Lucero de la mañana, hija del Rey de Armenia. Se refiere que, repudiada ésta, hubo de volver á su patria, donde tuvo un hijo de Salomon, de quien procede el famoso Abagaro, á quien Cristo escribió una carta y envió su efigie. Despues amó Salomon con no menor locura á Leliti, la Noche, princesa de Etiopía. Luégo amó apasionadamente á Vahar, á quien trajeron de la India las primeras naves tirio-hebreas que fueron por allí. Esta Vahar, ó dígase Primavera, era de la familia de los Sakias, reyes de Kapilavastu, y por consiguiente, parienta del ilustre Sakiamúni, que habia de ser Buda, y fundar una religion en que creyese cerca de la mitad del humano linaje.

Por último, pasion más durable que todas habia concebido, alimentado y guardado Salomon por la Sulamita, en cuya alabanza dejó compuestas las poesías amatorias más bellas que habian sonado hasta entónces en lengua humana.

Pero Salomon, en medio de tantos deleites y triunfos, estaba hastiado. Nada le satisfacia. Todo era para él vanidad de vanidades y afliccion de espíritu. Ni siquiera tenía el goce del amor propio y del orgullo, porque sostenia que su grandeza se debia al acaso y no á su carácter ni á su entendimiento y prudencia. Salomon habia recapacitado y habia visto que, debajo del sol, ni la carrera era de los ligeros, ni la guerra de los fuertes, ni el bienestar de los listos, ni de los prudentes la riqueza, ni de los elocuentes el favor, sino que todo era caprichoso resultado de la ciega fortuna.

Y hallándose su alma en tan doloroso estado, fué cuando Adherbal le presentó á Echeloría.

Y el pueblo de Jerusalen afirmaba que Salomon la habia conocido y la habia amado. Y que la habia hallado rosa de Saron y lirio de los valles. Y que habia comparado su cabeza rubia, por la majestad, con el Carmelo, y el olor de sus vestidos al olor del almizcle y al de las silvestres flores que crecen en el Líbano.

La ternura de Salomon por Echeloría se aseguraba que excedia á la de Jacob por Raquel y á la de Isaac por Rebeca. Se daba por cierto que la amaba mil veces más que habia amado á las otras mujeres: que sentia por ella todo género de afecto; que con el espíritu puro la estimaba y queria como su padre David habia estimado y querido á Jonatás, muerto en las alturas de Gelboé por los filisteos; y que de un modo tempestuoso la idolatraba como el príncipe de Siquen habia idolatrado á Dina.

Todos estos rumores llegaban cada vez con más consistencia á los oidos de Mutileder y le iban dando mucho que sentir y no poco que sospechar: le iban dando, permítaseme lo vulgar de la frase en gracia de lo gráfico, muy mala espina.

¿Cómo era posible que Echeloría resistiese á tantas seducciones? ¿Cómo habia de entenderse el amor de Salomon, si la muchacha, en vez de estar amable, estuviese zahareña y cogotuda?

En vista de estas y de otras reflexiones, y de no pocos indicios y pruebas que vinieron despues, el pobre Mutileder tuvo al fin que abrir los ojos, y que reconocer que Echeloría se habia dejado querer, y hasta que pagaba á Salomon su cariño, queriéndole y siendo infiel y perjura á su Mutileder y á los juramentos hechos en Aratispi y en Churriana.

Por falta de elocuencia dejo de pintar aquí el furor de Mutileder cuando de esto se hubo cerciorado. Ni Otelo ni el Tetrarca estuvieron despues más celosos y furiosos.

Pero nuestro bermejino no se limitaba á lamentos estériles. Siempre tomaba resoluciones y procuraba darles cima. La que ahora tomó fué la de matar á puñaladas á Echeloría y matarse él á renglon seguido con el propio puñal. Lo difícil era ver á Echeloría para matarla.

Chemed, ocupada en Tiro con sus asuntos, se habia consolado de la ausencia de Mutileder, pero le conservaba buena amistad, y le habia enviado cartas de recomendacion para Adoniram, que era el mayordomo de Salomon, y para otros personajes de la Córte. Con estas cartas y con su hermoso rostro, gentil presencia y gallardo cuerpo, que más

(c) Ministerio de Cultura 2006

que nada le recomendaban, Mutileder pretendió y consiguió sin dificultad entrar en la guardia personal del rey.

Componíase dicha guardia de sujetos de no poco fuste; de señores y hasta de príncipes de las dinastías destronadas, cuyos reinos se habian anexionado Salomon y su padre, y de cuyos bienes habian ido incautándose. Allí habia hetéos, amorréos y jebuséos; caballeros de la casa de Abinadab, rey de Kiriath-Yarin; dos sobrinitos de Og, rey de Basan, á quienes apénas apuntaba el bozo y tenian ocho codos de estatura; varios nietos de Hamnon, rey de los Amonitas; y *para complemento de hermosura*, como dice Ezequiel, hablando de los pigmeos de Tiro, una pequeña tropa de idénticos pigmeos, que no se levantaban un codo de la tierra, pero que eran certeros y terribles disparando ponzoñosos dardos.

Encubriendo siempre en los abismos oscuros del alma su terrible propósito de matar á Echeloría y de matarse él, Mutileder se ingenió de suerte que se ganó la voluntad de sus jefes inmediatos y hasta del General Benaya, tan ágil para cortar cabezas, segun lo demostró á principios de aquel reinado, enviando al otro mundo, á fin de cimentar bien el trono, á Adonia, hermano mayor del rey, y á otros personajes.

Con este favor, prontó subió Mutileder á capitan de una compañía de filisteos, rubios casi tanto como él, y que formaban parte de la guardia real.

Lo que no pudo conseguir fué ver á Echeloría. Lo que no pudo inspirar fué la absoluta é indispensable confianza para llegar á ser uno de aquellos sesenta valientes, los más probados y selectos, que rodeaban el tálamo de Salomon por la noche (algo parecido á nuestros Monteros de Espinosa), y que andaban siempre con la espada sobre el muslo, por temor de los duendes y vestiglos, que eran traviesos, traian revuelto el alcázar, y no hubieran dejado, sin la citada precaucion, un instante de sosiego á las reinas y demas señoras.

¿Quién sabe si la misma gentileza de Mutileder sería óbice para que entrase él en el número de los sesenta, no hiciera el diablo que inquietase á las damas en vez de aquietarlas? Lo cierto es que su gentileza ya mencionada, su discrecion, despejo y buen trato, se hicieron notorios en Jerusalen, y que las damas le ponian en las nubes. Hasta un no sé qué de torvo, de melancólico y de trágicamente distraido, que habia en su lindo semblante, le hacía más grato á las damas.

Así las cosas, cuando ocurrió una novedad grandísima, que contribuyó á glorificar el reinado de Salomon más todavía.

VII.

Ademas de los libros que conocemos, Salomon escribió otros muchos que se han perdido. Compuso tres mil parábolas y mil y cinco cantares, y disertó sobre árboles y plantas, desde el cedro hasta el hisopo que nace en la pared, y sobre aves, cuadrúpedos, reptiles y peces. Quieren decir que supo muchas cosas que despues se olvidaron; unas han vuelto á descubrirse; otras quizá no se descubran nunca de nuevo. Así, por ejemplo, parece que atraia por medio de pinchos de metal los rayos y las centellas; que entendia la lengua de los pájaros; que conocia la fuerza oculta de la palabra humana y obraba por ella mil prodigios; que los genios le obedecian; y que era sabedor de todas las doctrinas mágicas de Enoch y de las que Abraham habia aprendido en su patria, Ur de los caldeos, y de las que estudió Moises en los colegios sacerdotales de las orillas del Nilo.

Sea de esto lo que se quiera, no puede negarse que su fama de sabio se extendió por todas partes.

La reina de Sabá, cuyo nombre, segun hemos llegado á averiguar, era Guadé, que en el idioma hymiárico, hablado entónces en su reino, equivale á *Amor* ó *Amistad*, oyó hablar de Salomon y quiso probarle con preguntas y acertijos.

Embarcóse, pues, esta augusta señora en Aden, que era el mejor puerto de sus Estados, y con próspero viento, navegando por el mar Bermejo, aportó á Aziongaber, y desde allí, por Sela, Beersebá y otras poblaciones, llegó hasta Hebron, donde el Rey Sabio salió á recibirla con mucha cortesía y aparato.

No entro aquí en descripciones del viaje de esta reina, de la pompa con que venía, de su entrada en Jerusalen, acompañada ya de Salomon, que la hospedó en su palacio, y de las fiestas que hubo con este motivo. Sería muy largo contar todo esto. Contentémonos con decir que los regalos que dió la reina á Salomon fueron magníficos, y no inferiores los que de Salomon recibió ella; que ella se quedó pasmada del lujo que gastaba Salomon; y que, como Salomon le adivinó de tenazon todos sus más enmarañados acertijos, ella se quedó doblemente pasmada de su sabiduría.

Salomon, que era fino y discreto, creyó que el mayor obsequio que podia hacer á Guadé, miéntras morase en su alcázar, y siendo ella de un moreno muy subido de punto, era darle para guardia de su persona á los filisteos que mandaba Mutileder, todos rubios, blancos y sonrosados. En efecto, los filisteos la impresionaron agradablemente; pero Mutileder, su capitan, le pareció una divinidad y no un hombre cualquiera.

Era Guadé tan hermosa como las noches serenas del estío; sus ojos brillaban como carbunclos, y en oposicion á su rostro, algo tostado, relucian como perlas sus dientes blanquísimos. Sabia mucho. Era un Salomon con faldas. Pronto con sus miradas fulmíneas derritió la triple placa de bronce que el empeño de ser consecuente habia puesto en torno del corazon de Mutileder. Y Mutileder y Guadé se amaron, á pesar de Chemed y de Echeloría.

Guadé, á quien importaba desengañar por completo á Mutileder, el cual le habia contado toda su historia, ménos su plan de tragedia; Guadé, que hablaba en toda confianza con Salomon y sabía los secretos del harem, reveló y probó á su jóven amigo que Echeloría amaba á Salomon con delirio.

Esto indujo más á Mutileder á amar con delirio tambien á Guadé, no sólo porque ella se lo merecia, sino para no ser ménos y tomar represalias y desquite.

Y sin embargo, y aquí entra lo más patético de mi cuento, si bien era cierto que Echeloría y Mutileder estaban enamorados el uno de su reina y de su rey la otra, ambos sentian, en medio de la embriaguez del nuevo amor, pesar tremendo, torcedor horrible en la conciencia, y pasion de ánimo, que amenazaban matarlos.

Las mismas imaginaciones, las mismas ideas acudian al alma de los dos, aunque no se veian ni se hablaban. Se sentian rebajados y humillados. Eran juguetes de la casualidad. La voluntad de ellos carecia de firmeza. ¿Habia sido ensueño infantil el amor que se tuvieron? ¿Habia sido burla ridícula el juramento que se hicieron repetidas veces? O no habia sido santa y hermosa aquella primera pasion, y entónces lo más poético de la vida de ambos se desvanecia; ó si la pasion habia sido santa y hermosa, ellos habian sido sacrílegos é infames, profanándola y hollándola.

Mutileder desistió ya de matar á Echeloría y de matarse; pero aquel dolor oculto iba á matar á los dos. Y miéntras más notaban ambos que el amor que tenian á Salomon y á Guadé era su encanto y su delicia, más culpados y viles se juzgaban y más ganas tenian de morirse, porque el sonrojo y la humillacion destrozaban sus pechos, no bien dejaban de embargarlos y cautivarlos el frenesí y el vivo deleite que nacen de los coloquios y caricias en el amor bien correspondido.

Salomon advirtió el mal de Echeloría, y Guadé advirtió el mal de Mutileder. Conferenciaron sobre ello. Se lo contaron todo. Buscaron remedio y no pudieron hallarle. ¿Qué hierba, qué elixír, qué talisman sería poderoso contra tan

(c) Ministerio de Cultura 2006

rara dolencia, que designaron con el nombre de *dolencia de los dos amores?*

Presintieron los reyes que iban á perecer sus dulces amigos y se desconsolaron. Todo era cavilar en balde qué habian de hacer para salvarlos. Llegaron hasta á ser tan generosos que proyectaron ceder él á Echeloría y ella á Mutileder para que se casasen. Pero luego consideraron que esto sería peor. Al verse, se avergonzarian de verse; no dejarian de amar de otro modo á Salomon y á Guadé; no podrian amarse entre sí del mismo amor que los amaban, y moririan más pronto y más desesperadamente.

El lance no tenía otra solucion que la más lúgubre, á no ocurrir algo con visos de milagro, como ocurrió en efecto

VIII.

Años atras, en los últimos del reinado de David, habia venido á Jerusalen un príncipe hiperbóreo, á quien de fama conocen sin duda mis lectores. Hablo del sapientísimo Abaris, que caminaba montado en una flecha. Si era la aguja de marear aplicada á la navegacion aérea ó algo por el mismo órden, no acertaré yo á decirlo en este momento. Lo que hace al caso es saber que Abaris viajaba con facilidad prodigiosa.

David estaba viejísimo, y los sabios de Israel resolvieron que, para aliviar sus dolencias y hacer ménos crueles los postreros años de su vida, era menester casarle con una jovencita bella é inocente; la flor de las doce tribus. Eligieron para esto los sabios á Abisag de Sunam, de quien, por una maldita coincidencia, Abaris, muy jóven entónces, andaba perdidamente enamorado.

Abaris hizo esfuerzos inauditos para disuadir á Abisag de sacrificarse á aquel viejo; pero ella, teniéndolo á mucha honra, y creyendo que cumplia con un deber en ser útil al Rey Profeta, desdeñó á Abaris y se unió con el Rey.

Abaris montó en su flecha y se fué de Jerusalen hecho un veneno. A fin de vengarse del desden de Abisag, ya que no en ella, en otras mujeres, se convirtió en seductor desaforado, en el D. Juan Tenorio ó Lovelace de aquel siglo. Los medios de que disponia eran enormes. Era guapísimo, ágil y divertido en la conversacion; y desde que, siglos ántes, habia venido su compatriota Olen á civilizar á tracios y pelasgos, no se habia visto hiperbóreo de más doctrina en el Mediodía de Europa. Con esto, con su astucia, con sus chistes y con su atrevimiento, Abaris iba por todas partes haciendo estragos en los corazones femeninos.

Entre tanto, murió David, subió Salomon al trono, y Abisag quedó en palacio como una de las reinas viudas, aunque en realidad no se podia decir que hubiese sido esposa del Santo Rey.

Sabido es, no obstante, que Salomon queria que la tuviesen por tal y que asimismo viviese ella consagrada sólo á la memoria de David, cuyo último suspiro habia recogido. Por esto se enfadó tanto Salomon cuando Adonia se atrevió á pedirle por mujer á Abisag. Y habiéndole perdonado que conspirase contra él, no le perdonó aquella insolencia, é hizo que Benaya le matase, sin que pudiera valerle el haberse asido al cuerno del altar, en el templo mismo.

Abaris, que tuvo noticia de todo esto, y que áun estaba enojado contra Abisag, tardó en volver á Jerusalen; pero volvió al cabo y precisamente en los dias en que Salomon y la reina de Sabá andaban más afligidos con la dolencia de Echeloría y de Mutileder.

Ignorábase qué proyectos traia Abaris, pero Salomon le recibió bien, porque Salomon apreciaba mucho la ciencia. Ademas, como Abaris era hombre de mundo, lo que se llama un rodaballo muy corrido, Salomon le puso al corriente de todo, á ver si él hallaba remedio para aquel mal.

Abaris aseguró que curaria á los dos jóvenes iberos; pero que, en cambio, deseaba que Salomon le prometiese que habia de otorgarle un dón que intentaba pedirle. Salomon se lo prometió.

Pasaron despues tres dias, durante los cuales Abaris pareció como que estaba estudiando. Al terminar los tres dias, fué Abaris al régio alcázar, hizo que Salomon le presentase á Echeloría, y, no bien la hubo visto, Abaris dió un grito y se echó en los brazos de la jóven, exclamando:

—¡Gracias, gracias, benignos cielos: al fin he hallado á mi hija!

Explicó entónces Abaris que él habia estado en Aratispi; que allí habia tenido amores con la madre de Echeloría, y que Echeloría era el fruto de dichos amores. Añadió luégo que como entónces era él tan peregrino seductor, habia tenido tambien amores en Vesci con la madre de Mutileder; y que por lo tanto, Mutileder era su hijo. En prueba de esto dió no pocos datos y razones, y la más sorprendente fué la de afirmar que ambos jóvenes iberos estaban sellados por él, en la espalda, desde el dia en que nacieron, con una salamandra azul.

Con la alegría que produjo tan fausto descubrimiento, se prescindió de la etiqueta de palacio. Vino Guadé y trajo consigo á Mutileder. Desnudaron las espaldas de ambos jóvenes y se vieron estampadas en ellas las salamándras. No cabia duda; eran hijos de Abaris, y por consiguiente hermanos.

Todo se aclaraba y se justificaba así. El amor que se habian tenido era fraternal: nacido de la fuerza del parentesco. En vez de afligirse de haber sido ella robada por Adherbal y enamorada luégo de Salomon, y él de sus infidelidades con Chemed y con Guadé, dieron gracias á los propicios hados que de aquella manera y por tan ocultos caminos los habian salvado de un crímen feísimo, que tal le hubieran cometido si llegan á casarse.

Se disiparon, pues, las melancolías de Echeloría y de Mutilider; se abrazaron fraternalmente y más contentos que unas pascuas, y se encontraron muy á gusto de ser ella favorita de Salomon y él príncipe consorte en el reino sabeo, para donde se fué con su Guadé, cuatro dias despues de saber que era hijo de Abaris y de haber descubierto que tenia una salamandra azul en la espalda.

Echeloría se quedó en Jerusalen, ya sin remordimientos y muy alegre.

Abaris fué á ver á Salomon y á pedirle el dón que habia prometido otorgarle; pero como era hombre de mundo y precavido, llevaba preparada la flecha debajo del manto filosófico, poniéndose cerca del balcon abierto para hacer su peticion, no fuera caso que Salomon se enfadase y tuviese él que salir volando, ántes de que Benaya le hiciese pasar á mejor vida.

La peticion no era otra que la mano de Abisag.

Salomon estaba de tan buen talante con la radical curacion de Echeloría, que en seguida consintió en que Abisag se casára. Ademas, Abisag iba ya pasando de la juventud á la edad madura, y como la mayoría de las solteras algo pasadas, estaba tan jaquecosa, que Salomon no la podia aguantar, y se alegró de salir de ella.

Todos, pues, fueron felices.

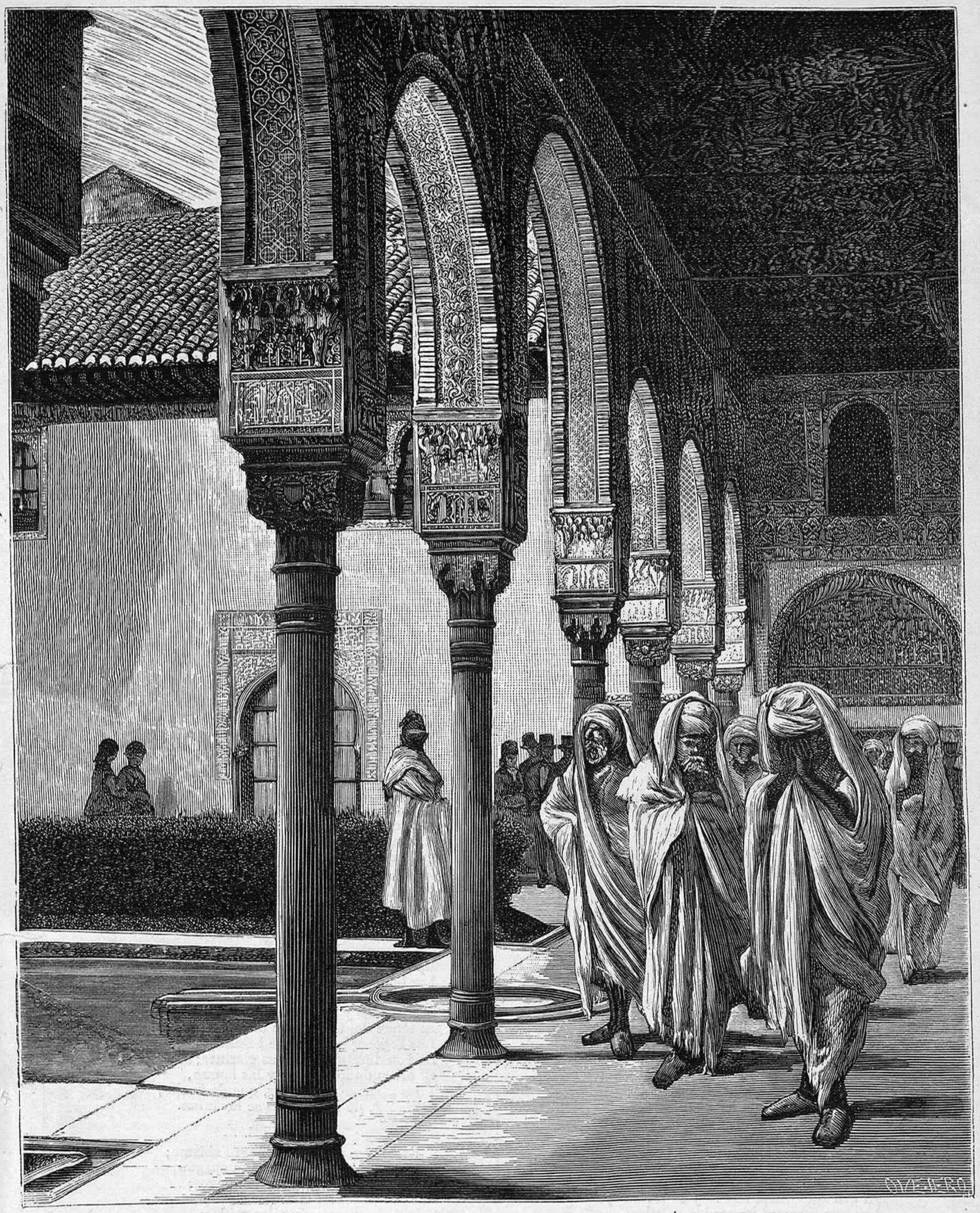
Salomon tuvo una curiosidad y quiso que Abaris con el mayor sigilo la satisficiese.

—¿Hay algo de verdad, le dijo, en lo que afirmas de que eres padre de Echeloría y de Mutileder?

—En mi vida estuve en Iberia, contestó riendo Abaris. Confiesa que mi remedio ha sido ingenioso y eficaz. Sin él no se hubieran curado los chicos y hubieran sido capaces de morirse. Para hacer más verosímil la historia, puse yo mismo por arte mágica en las espaldas de ambos las salamandras. Todo ha sido lo que allá en los tiempos venideros, dentro de cerca de tres mil años, llamarán los sabios y pulidos un *mito*, y los ignorantes y rudos, un *camelo* ó una *filfa*.

J. Valera.

(c) Ministerio de Cultura 2006



EL EMBAJADOR MARROQUÍ QUE VINO Á FELICITAR Á S. M. EL REY

VISITA Á SU REGRESO LA ALHAMBRA, Y DERRAMA LÁGRIMAS AL RECORDAR LA HISTORIA DE GRANADA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ASTROS.

ESPRONCEDA.

Es su valiente y luminoso canto
El aquilon que ruge y se desata;
La ardiente bacanal; la noble sangre
En aras del progreso derramada;
La vencedora espada de Pelayo;
El esplendente sol; las rotas almas;
Los seres desgraciados; las pasiones;
La sed de amor que el pecho nos abrasa;
Un corazon que al cielo desafia;
La sublime bandera de la patria,
Y las luchas gigantes del espíritu,
Y del mundo el inmenso panorama.

ZORRILLA.

Es su hermosa y brillante poesía
Del bardo la cancion apasionada;
El bélico rumor de los torneos;
Los gritos de las trompas de la caza;
Los murmullos de sílfides y ondinas
En sus palacios de lucientes aguas;
Los héroes del amor; el negro claustro;
Oriente con sus perlas y sultanas;
El rechinar del puente levadizo;
Las bellas partituras de la Italia,
Y el mundo de los dulces ruiseñores,
De la luz, de las rosas y las auras.

NUÑEZ DE ARCE.

Es su grandioso canto nuestro siglo;
La duda que, punzante, nos desgarra;
La civilizacion; el anatema
Sobre el traidor, el déspota y la infamia;
El rugir de los pueblos desbordados;
De un titan los gemidos y las lágrimas;
El puñal de Caton; el estandarte
De la sublime libertad sagrada;
La indignacion de un pecho generoso;
La hermosa voz de la conciencia humana,
Y el terrible lamento de los dioses
Caidos de los cielos y las aras.

BERANGER.

Es su canto el placer, el entusiasmo;
La alegre juventud; la vida airada;
El patriotismo noble y eminente;
La luminosa copa de champaña;
El amor orgiástico; el suspiro
De la linda griseta enamorada;
El soldado valiente y generoso;
Las bellas artes; las sencillas almas;
Los candenciosos aires populares;
La murmurante brisa embalsamada
Que riza el agua del famoso Sena,
Y la imágen grandiosa de la Francia.

VÍCTOR HUGO.

Es su canto inmortal el universo;
El terible rumor de las batallas;
El látigo que azota los tiranos;
La guzla y la brillante cimitarra;
Las preciosas virtudes de los pobres;
Las figuras más bellas y titánicas;
La luz, la luz; la universal historia;
El mar que grita, hierve y se levanta;
Las humildes y blancas buhardillas;
Los besos en la frente de la infancia;
El mundo de la idea y los lamentos
De la clase infeliz desheredada.

LAMARTINE.

Es su dulce y hermosa poesía
El cielo recamado de oro y plata;
La caridad y el bien; la gaviota,
Trovador de los mares y las playas;
La aspiracion constante al infinito;
Los lagos; los torrentes; las nevadas;
Los amores de fuego; la ternura;
La resonante trompa de la fama;
El himno á Dios y la cancion al hombre;
El alma más ardiente y elevada,
Y del noventa y tres, horrible fecha,
El inmortal y ensangrentado drama.

HEINE.

Es su canto el sarcasmo y la ironía;
El pesar que devora las entrañas;
El suspiro del triste desterrado;
El Rhin con sus sirenas y nayadas;
El dardo agudo; la alusion sangrienta;
De Juvenal la penetrante sátira;
La piqueta potente que derrumba
El sacro altar y el opulento alcázar;
El amor desgraciado; los castillos
Poblados de visiones y fantasmas,
Y un mundo de clamores y de risas,
De llantos y ruidosas carcajadas.

UHLAND.

Es su canto feliz la edad de hierro;
La aspiracion y glorias de la patria;
Los halcones; las justas; las almenas;
Los bardos y las bellas castellanas;
La historia de los héroes; las delicias
De la dichosa juventud lozana;
El palacio arrogante; el bosque umbrío;
Un corazon henchido de esperanza;
Los sueños, las fantásticas quimeras
De una imaginacion viva y romántica,
Y la naturaleza revestida
Del lujo de sus pompas y sus galas.

ZEDLITZ.

Es su canto brillante y atrevido
«El acerado choque de las armas»;
La cicatriz gloriosa del soldado;
Las banderas al viento desplegadas;
La pudorosa *Virgen de los bosques;*
Las nieblas y los hielos de Alemania;
El toque del tambor; la blanca aldea;
Los fogosos corceles de batalla;
La penetrante voz de los clarines;
El brillo de los cascos y las lanzas,
Y los guerreros muertos, que de noche,
Armados, de las tumbas se levantan.

DANTE.

Es su severo canto el negro abismo;
Ojos que lloran; luces que se apagan;
El rojizo fulgor de los relámpagos;
El beso ardiente; la mujer soñada;
Gritos, lamentos, ángeles caidos;

(c) Ministerio de Cultura 2006

Fieras que rugen ; sierpes que se arrastran;
Las legiones de espíritus celestes
De nívea faz y diamantinas alas;
El mundo del dolor y las tinieblas;
Un inmenso raudal de sangre y lágrimas,
Y la soberbia voz atronadora
Del implacable Dios de la venganza.

PETRARCA.

Es su canto dulcísimo y suave
Los murmullos del céfiro y del aura;
El amor de los dioses ; las endechas
Que entona el ruiseñor en la enramada:
El nacarado rayo de la luna ;
La nube de zafir, ópalo y grana;
La estacion deliciosa de las flores;
La pupila radiante y azulada;
Las noches de verano ; el mar tranquilo
Con sus olas de luz y de esmeraldas,
Y el perfumado rizo de oro y seda
De la divina y seductora Laura.

LEOPARDI.

Es su bella y grandiosa poesía
La adoracion á la belleza plástica;
El negro escepticismo ; los clamores
De un alma en triste cárcel encerrada;
La sed de lo infinito ; los contornos
De una mujer que en los espacios vaga;
La desesperacion ; el sentimiento ;
El hastío ; la muerte suspirada ;
Amor, inmenso amor ; la amarga queja
Que el pájaro cautivo al viento lanza,
Y nuevo Prometeo encadenado
A la roca fatal de la desgracia.

Octubre, 1878. MANUEL REINA.



DOÑA CECILIA BÖLH (FERNAN CABALLERO).—Popular novelista ; † en Sevilla, el 8 de Abril de 1877.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA VELADA.

Cuando en las noches de Diciembre frio
Lluvia glacial azota mis ventanas,
Y al exterior, como en el mar bravío,
Suena el viento con ráfagas lejanas,
Yo, en la feliz dulzura
Del casto hogar, donde adorados seres
Brindan al pecho sin igual ventura,
Recónditos placeres
Con silencioso encanto saboreo,
Gozando el bien con que mi paz recreo.
Sentada en torno á la sencilla mesa,
De la lámpara humilde á los fulgores,
La familia en domésticas labores
La vista me embelesa
Reflejando mis íntimos amores.
Borda en silencio la modesta esposa
Al bastidor los claros ojos fijos,
Y mi madre amorosa
Trasmite cariñosa
Santas leyendas á mis tiernos hijos.
Sonrïentes y afables y tranquilas
Dos amigas leales
Forman nevadas pilas
Separando de un lienzo blancas hilas
Que aguardan los exhaustos hospitales.
Oyese al par el recrujir del fuego,
La tijera sonante y rasgadora,
Ó el agrio roce en que al fin de un pliego
Dobla las hojas la senil lectora;
Y allá, tras la cortina
En la estancia vecina,
Del vástago risueño,
Cuya presencia me arrebata el sueño,
Suena el último llanto
Con que su edad rebelde le importuna,
Y el amoroso canto
Con que le aduermen al mecer la cuna.
Brilla en la chimenea
La llama que la vista me recrea,
Y sobre ella, y ofrenda en mi santuario,
Se ostenta el ramo de fragantes flores,
Prenda de mis amores,
Que anuncia el conyugal aniversario.
Ya van las hilas con su blanco brillo
Rebosando el nevado canastillo
Que la constante caridad refleja;
Y las manos piadosas
Descansan, sosteniendo cariñosas
La turgente madeja
Que el alma esposa con afan devana,
En su labor adelantando ufana.
Las nueve dan: y el amoroso infante
Aunque el dormir le enoje,
Sumiso al ruego de la madre amante
Al lecho se recoge,
Dejando en cada rostro que se inclina
Por ver su labio en el semblante impreso,
Tierno saludo con sonante beso.
Ya en dulce calma la familia queda
Sin que explayarse la niñez le impida
Oyendo lo que pueda
Turbar la paz de su inocente vida;
Y en plática seguida,
Cada cual va animando el cariñoso
Diálogo afable, al corazon sabroso.
Ora en las dichas del amigo ausente
Se envidia la salud más que la gloria,
Ó al recordar la muerte de un pariente
Se consagra un recuerdo á su memoria.
Ya la abuela con pena
Censura rota union á quien condena
El mundo airado, y con placer compara
La amante esposa, de su bien avara,
Su dulce paz con la desdicha ajena.
Recuerda entónces la amistad presente
Nuestras alegres bodas,
Y los nombres de todas
Las gentes que asistieron
Y la suerte distinta que corrieron;
Y el recuerdo al brotar del que es dichoso
Es grato al corazon regocijado
Deducir victorioso
El bien presente del afan pasado.
Así en los santos lares,
Que no turban calumnias ni pesares,
La velada invernal breve parece,
Y el alma se adormece
Dejando al viento que distante ruja
Cual són de la tormenta ya pasada,
Oyendo el són de la punzante aguja
Y el respirar de la vejez cansada.
Suenan en tanto los rodantes coches
Con ruidos infernales
En estas largas noches,
Y á su estruendo retiemblan los cristales.
De fiestas mundanales
Anuncian el alegre movimiento,
Que en manantial fecundo
Al hombre brinda el bullicioso mundo.
En la vivienda espléndida vecina,
Donde el soberbio sin caudal se arruina,
Suena el compás de la sonora orquesta
Que invita al baile en la brillante fiesta;
Tal vez en otras mil al hombre ciego
El vicio le convida
Con la atraccion del devorante juego
Que le trastorna en vértigo suicida;
Y en sordo vocerío
Pasan de la ancha calle entre el gentío,
Y al aire dando impúdicas canciones,
Los que su hogar do reina sordo hastío
Huyen, en pos de torpes expansiones.
¡Oh mundo externo, que en tu són constante
Reflejas hoy mi juventud pasada,
Sigue tenaz con tu rumor distante
Prestando arrullo á mi feliz velada!

. . . . . .

Ya del reloj la lenta campanada
Anuncia el fin del dia;
Ya guarda el canastillo la preciada

(c) Ministerio de Cultura 2006

Labor feliz de la consorte mia;
Ya dejan las amigas nuestros lares
Tornando á sus hogares;
La anciana hasta la puerta las despide,
Y al blando lecho su calor le pide;
Ya en soledad, que el corazon desea,
Queda mi amor bajo el tranquilo techo,
Donde mi sueño á Dios pido que sea
Como el del hombre honrado y satisfecho.
¡Oh dicha inestimable y silenciosa!
Ya en torno al alma, de sus glorias llena,
La infancia duerme, la vejez reposa
Y el tierno acento de la casta esposa
Brinda el descanso á la habitual faena.
Sea su seno amante
Premio feliz de mi labor constante;
Y en tanto que en los lúbricos regazos
Buscan otros de amor traidores lazos,
Yo en el silencio de mi hogar risueño
Halle, al calor de los amantes brazos,
La santa paz del cotidiano sueño!

EUSEBIO BLASCO.



DON MIGUEL ANTONIO CARO, DISTINGUIDO POETA COLOMBIANO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL INVIERNO Y EL VERANO ANTE LA CRÍTICA RACIONAL.

Casi todos los problemas del espíritu humano, así los de gran complicacion como los de simple estructura, se convierten ordinariamente por el vulgo en cuestiones de palabras. No hay sino inventar una frase que se amolde bien á cualquier asunto, para que el asunto deje de ser sometido al análisis y á la crítica, pasando al terreno de la filosofía pública en calidad de cosa juzgada.

Ocurriósele, por ejemplo, á uno advertir (y no es de las más agudas la observacion) que el invierno era frio, el verano caliente, la primavera alegre y el otoño triste; y desde entónces prosistas y poetas, historiadores y filósofos, gentes vulgares y doctas, todos á una voz apellidan aterido al invierno, bochornoso al verano, regocijada á la primavera, melancólico al otoño, sin cuidarse de considerar si las tales calificaciones convienen ó no á los sujetos que califican, ni si se peca contra el buen sentido con la adopcion incondicional de estos lugares comunes.

Nosotros, que no hacemos caso nunca de las definiciones que se nos dan hechas, y que procuramos analizarlas ántes de difundirlas, hemos meditado mucho sobre las presentes, y encontrado tales melancolías en la primavera, tales regocijos en el otoño, tales ardores en el invierno y tales frescuras en el verano, que hemos decidido abordar la cuestion, siquiera no sea por completo, en este donoso ALMANAQUE, llamado por su índole á corregir errores climatológicos.

Tal vez en otra ocasion nos ocupemos de *La Tristeza de la Primavera* y de *La Alegría del Otoño:* por hoy vamos á limitar nuestro estudio á *El Frio del Verano* y á *El Calor del Invierno.*

EL CALOR DEL INVIERNO.

I.

No dice la Historia quién fué el primero en descubrir que en el invierno hace frio. Sea quien quiera, la cosa no merece privilegio de invencion, aunque de ella hay que hablar bastante. En el invierno puede hacer frio para el que lo tenga, ó para el que resida en un país ménos caliente que el suyo. Háblese, por ejemplo, de frio á un ruso que viene á pasar los inviernos á Nápoles, ó á un lapon á quien nombráran vicecónsul del Polo en Murcia. El frio es como todo lo impalpable que nos rodea: ataca más ó ménos, segun las condiciones del que lo recibe.

Ademas, la ciencia lo ha dicho: el frio no existe ni ha existido jamas. No hay ningun agente en la naturaleza, ni sólido, ni líquido, ni gaseoso, á quien se pueda llamar *el frio*. El frio es la ausencia del calor, ó como si dijéramos la sombra del cuerpo: quítese el cuerpo, y váyase á buscar la sombra. Es, pues, imposible decir que se tiene una cosa que no hay. Por eso nosotros hasta pretendemos enmendar la plana á los hombres de ciencia, asegurando que el frio no es, como ellos dicen, un cobarde que se presenta cuando otro valiente se va: el frio no es un cobarde ni mucho ménos; el frio es el espíritu de contradiccion del calor.

Léjos, por consiguiente, de huir uno de otro, ellos se pelean, pero están juntos. Hable el cuerpo humano, que cuando siente mayor frio al exterior es cuando disfruta de más templanza por dentro, y vice-versa. Para calores íntimos el invierno, así como para frialdades orgánicas, no hay estacion como el verano, segun se prueba con lógica irresistible más adelante.

¿Quién puede dudar de que la estacion de los calores es el invierno? Poned la mano sobre vuestro corazon, y decidnos si el fuego de las pasiones no se os enciende en esa época como en ninguna. Abrid la tierra con vuestros brazos, y negad que el calor germinativo de las plantas se desarrolla en esos momentos como en ningunos otros. Consultad el estado de vuestra mente, y hacednos creer que por entónces no es cuando la llama de las ideas os invita al trabajo de la imaginacion. Proceded al estudio de todas vuestras actividades, y demostradnos que en ese tiempo, llamado frio, no es en el que sentís los más ardorosos impulsos para ejercerlas. Reflexionad, en fin, sobre cuánto sois y cuánto valeis, y decidnos sinceramente si el verdadero verano de la vida no es el que se tiene por invierno de la naturaleza.

¡Oh, el invierno, el invierno! En el invierno todo es calor. Calor nos manda desde la bóveda celeste el astro del dia, para que podamos disfrutarlo por sólo entónces y admirar su virtud: calor se desenvuelve en nuestra sangre, para que podamos digerir los alimentos y equilibrar el desgaste de nuestros músculos: calor nos proporcisna la sociedad con sus ropas, sus viviendas y sus hogares: calor nos presta la familia con su concentracion y su retiro: calor nos ofrece el estudio; con calor nos brinda el trato de las gentes; en el calor intelectual se explayan nuestras luces; al calor de nuestra propia vida conciliamos el reposo en el lecho.

¡Oh, el invierno, el invierno! Sin el invierno no habria sociedad, ni civilizacion, ni familia, ni calor ninguno. Esa hoguera de Oriente, donde se abrasan sin calentarse, nos lo dice á voces con la frialdad de su fatalismo y el hielo de su indiferencia. En cambio, de los supuestos páramos del Norte brota el calor de las ideas y se propaga el fuego de los entusiasmos. Todo lo caliente viene del frio; todo lo frio se engendra en las regiones de lo caliente. ¡Invierno, invierno!

II.

Mucho ántes de que los hombres planteáran la cuestion del calor y del frio, la tenian ya resuelta las mujeres. Para ellas, en el invierno es cuando hace calor. Díganlo los escotes, las medias-mangas, los encajes, los tules, y sobre todo el abanico. El equipaje de una mujer en el verano puede constar de vestidos altos, guantes oscuros, sombreros dobles y botas fuertes; pero en el invierno ha de contener vestidos á medio pecho, guantes blancos, adornos de ilusion y calzado de seda.

Sobre todo, deciamos ántes, el abanico es el que caracteriza el calor invernal de la mujer. Privadla de algun traje, privadla de alguna joya, de algun perfil; pero no la priveis del abanico. Sin esa preciosa máquina de aire, ¿cómo podrian soportar el calor del invierno las mujeres? En el verano ya es otra cosa, y lo prueba la costumbre de adquirir abanicos baratos ó de escasa importancia; pero en el invierno, no: en el invierno hay que usar abanico de lujo, abanico de bella forma, abanico de buen aire. ¿Será debido acaso al abanico lo que se llama el aire de las mujeres? Meditemos un poco sobre el abanico, que siempre será meditar sobre el calor del invierno.

El abanico es la prenda más característica de la mujer: no sólo les hace aire á ellas, sino que sirve para hacerles aire á los hombres. Con ser una prenda tan menuda, las cubre completamente cuando quieren, y con parecer en ocasiones tan grande, las deja descubiertas cuando se tapan. Por detras del abanico abierto hace la mujer como que rie, hace como que llora, hace como que mira, como que siente, como que ama: al cerrar el abanico, hace como quien no hace la cosa. En el primer caso es un tul de ilusiones; en el segundo, un carcaj de puñales.

El abanico se puede comparar á una careta sin ojos, ó por mejor decir, á una careta cuyos ojos residen en el infeliz

(c) Ministerio de Cultura 2006

que la está mirando. Dicen que el abanico habla, y nosotros no lo creemos: eso de hablar como las cotorras, es impropio de los abanicos. El abanico, al modo de la música, expresa, pero no habla: su conversacion, si la tiene, se deduce de sus movimientos, y vamos á probarlo.

Absorta una mujer en sí misma, deja escapar el abanico al suelo. Un galan, que la contempla de frente, se arroja á sus piés, lo recoge y se lo entrega. La dama le da al tomarlo un golpecito en los nudillos. Traduccion:

—Pensando en V. se me cayó el abanico.

—Mirándola á V. pude llegar ántes que nadie á recogerlo.

—Pegándole á V. le invito á que se atreva.

Diálogo posterior:

—Señora, la amo á V.

—Caballero, ¡gracias á Dios!

El abanico tiene un genio de todos los demonios. Golpeando sobre la palma de la mano, denota impaciencia; abriéndose y cerrándose indiscretamente, revela ira; restregándose sobre sí mismo, acusa desesperacion. Una tira de vitela de abanico suele ser la tira de pellejo de un hombre; una mordedura de abanico, equivaldria en ciertas circunstancias á la mordedura del hueso de un amante. Hay que tener mucho cuidado con los abanicos.

Cuando el abanico entra en calma, se deja retorcer el clavo con las yemitas de los dedos: entónces hay tregua como de incredulidad. Cuando escucha explicaciones convincentes, se deja inspeccionar el paisaje con ojos dulces, y hasta permite que se le cuenten las figuras: entónces hay esperanza. Cuando abandona á su dueña medio abierto, entónces hay paces y muchas veces algo más. El abanico es un mueble inútil para dar un abrazo.

Si los abanicos habláran, como creen algunos, tendrian que estar prestando declaraciones contínuamente en la Vicaría eclesiástica. Ellos han oido todas las promesas, han sido testigos de todos los juramentos, y nadie como ellos podría revelar todas las infidelidades. Por fortuna los abanicos no dicen *esta boca es mia* sino cuando cierran la de su dueña; esto es, no hablan sino para callar.

Pero por lo mismo que son astutos, era cosa de vigilarlos más de lo que se hace. Los novios debian prohibir á sus novias que usáran abanico desde que se comprometen formalmente con ellos. Sobre todo, despues de la boda, ni mirarlos. Así como se dice de los toreros que *se cortan el pelo* cuando abandonan la plaza, de las mujeres deberia decirse que al casarse *sueltan el abanico*.—Y, sin embargo, ¡absurdos de la vida! los abanicos constituyen la mayoría de los regalos de boda. Comprendemos que á las muchachas pequeñas se les compren abanicos, como á los muchachos pequeños se les compran sables y escopetas de juguete; pero que á las jóvenes que van á casarse se les regalen armas contra el matrimonio, eso no se le ocurriria más que al célebre Corregidor que mandó repartir navajas á los borrachos.

La importancia del abanico la desconocen generalmente los hombres, y por eso los dejan andar sueltos por las casas. Quizá desde hoy abran un poco más los ojos, en vista de estas líneas, porque el abanico..... ¿quereis que os digamos lo que es el abanico?—El abanico es el cetro de la monarquía femenina, es la batuta de la música de amor, es la varilla mágica del nigromante, es el estilete del cirujano para sondar corazones, es la daga del guerrero para rendir pechos y voluntades, es el bastoncillo del domador para imponer á las fieras, es el junco del corchete para atrapar desertores, es, en fin, el emblema de todo lo corto que tiene largos alcances.

Cuando el diablo no supo qué inventar, inventó el abanico.

III.

Nos hallamos en pleno verano social, esto es, en lo más caluroso del invierno. Ya hemos visto cómo se dan aire las mujeres; veamos ahora el aire que se dan los hombres.

El enfriamiento y laxitud del estío se han reanimado con las alegrías del otoño, para entrar de lleno en los calores invernales. El colegial ha vuelto á su escuela, el estudiandiante á sus aulas, el artista á su estudio, el especulador á su escritorio, el sabio á sus academias, el político á sus cámaras, el burócrata á sus oficinas, el magnate á sus salones, el cómico á su teatro, el industrial y el bracero á sus talleres. Todos se preparan á enardecer con el fuego del trabajo la atmósfera caliginosa de la inteligencia. ¡Cómo se suda!

Las pasiones, adormecidas ó enfriadas, renacen con nuevos ímpetus; la política entra en su período de animacion, la ciencia en sus horas de combate, la literatura en sus momentos de lucidez: recobran vida los negocios, se multiplican las transacciones, se acometen y ejecutan las empresas que ántes se proyectaron; suben y bajan los gobiernos, discuten las cancillerías, prodúcense las leyes, brotan los libros, y hasta la palabra, que parecia congelada en los pechos, resuena ahora con eficaz calor en las tribunas, en las cátedras y en los púlpitos.

El hombre no se diferencia del bruto más que en que tiene trocadas las estaciones. La vida podrá sentir calor en el verano, pero el alma no lo siente más que en el invierno. El alma humana se enseñorea del mundo cuando las fieras huyen de los bosques, cuando las aves se apartan de la atmósfera, cuando los reptiles se esconden en sus agujeros, cuando los sapos y los bichos se adormecen en brutal abyeccion. Durante esas épocas soporíferas para los irracionales, se rejuvenece y cobra brios el espíritu humano, como si sólo para alumbrarle saliera el sol: en esas otras épocas de vitalidad y aliento para los brutos, el que se soporiza es el cuerpo del hombre, y la que se abate y enfria es la inteligencia racional. El verano, pues, podrá ser horno, pero no calorífero.

Y hé aquí por donde hemos llegado á decir la palabra: el calorífero, invencion de los hombres, es el fundamento y antítesis á la vez del abanico de las mujeres. Para acallar á los que vociferaban que hacía frio en el invierno, los sabios acordaron reunir en la estacion propicia todos los calores de la naturaleza: por el dia, la lumbre, por la noche, la cama; noche y dia la sociedad, la familia, el conjunto. La reunion de todos estos calores naturales constituye la ardorosa vida del invierno, y justifica la conveniencia del abanico.

Un aula donde se reunen muchos á estudiar es un calorífero de instruccion; un congreso donde se reunen muchos á discutir es un calorífero de política; un ateneo donde se reunen muchos á contender es un calorífero de ciencia; el teatro, instituido para divertirse, es un calorífero de emociones; el casino, inventado para recrearse, es un calorífero de ocios; la tertulia, convocada para entretenerse, es un calorífero de afectos dulces, de correspondencias cariñosas, de amores tiernos; la familia, en fin, congregándose en el hogar á pretexto del frio, es el foco más caliente y vivificador del mundo civilizado. ¿Dónde está, pues, el frio del invierno?—En el invierno es cuando se trabaja, en el invierno es cuando se piensa, en el invierno es cuando se come, en el invierno es cuando se duerme. ¡Qué calor el de la actividad, qué calor el del númen, qué calor el del estómago, qué calor el del lecho!

¡Oh, la cama!.... ¿Habeis caido en que más de la mitad de la estacion que llamamos fria es en la que disfrutamos el único calor justo y uniforme de la existencia? Suponed que la otra mitad fuese realmente congeladora, ¿no mereceria la pena de aceptarla por gozar ese cuotidiano veranillo en que la atmósfera no ahoga, la transpiracion no ensucia, los insectos no ofenden, y en que el sueño se desliza bajo el plácido arrullo de la templanza que produce nuestro propio aliento?

Pero ya hemos visto que esta segunda mitad tampoco es fria. Si lo es en principio abstracto, no se le niega á la razon concreta el derecho de rectificar errores palpables. Ese frio exterior, en el cual nos fijamos exclusivamente, es el

(c) Ministerio de Cultura 2006

que aviva los fuegos íntimos de que sólo el invierno está dotado: sin su presencia el hombre no procuraria entrar en calor físico y moral, como lo procura, estimulando todas las fuerzas productoras de la creacion. Por calentarse trabaja el pobre, por calentarse se afana el rico, por calentarse discurre el esforzado, por calentarse se anima el perezoso; y si hay clases de la sociedad para quienes el invierno es verdaderamente una estacion fria y desamparada, el reflejo del calor de las otras es el que ha de conducirlas al camino del adelanto y á la posesion de los goces de la tierra.

Negad ahora el exuberante calor del invierno. Pero no, no os atreveréis á negarlo. Para negar el calor del invierno hay que negar la sociedad, la familia, la escuela, el templo, el teatro, el casino, el café, la fábrica, el conjunto; hay que negar el ejercicio, la mesa, la cocina, el gabinete, el trabajo, la personalidad; hay que negar el estudio, la sabiduría, la elocuencia, el amor, la vida entera; hay que negar que el sol se acerca á nosotros más que nunca, que la noche se alarga para cobijarnos, que la atmósfera se purifica para fortalecernos, que los árboles se despojan de sus ramas secas para asistirnos; hay que negar, finalmente, y esto sería horroroso, el sentido comun de la porcion más distinguida del linaje humano, de la mujer, porque para el invierno guarda la fastuosa exhibicion y el uso predilecto del abanico.

EL FRIO DEL VERANO.

I.

En el verano hará calor: no pretendemos ponerlo en duda; pero forzoso es confesar que por ese tiempo es cuando la naturaleza ha permitido que broten de la tierra las cuatro únicas semillas frias: la sandía, la berengena, la calabaza y el pepino. La naturaleza, pues, es la primera en ofrecernos testimonios patentes de las frialdades del verano.

Tras de la naturaleza viene la religion. El templo, que en el invierno es caliente, en el verano es frio: fria es la capilla de las plegarias; fria la cripta de la penitencia; fria la bóveda de los muertos. En el verano es cuando un niño puede resfriarse al ser bautizado; en el verano es cuando un adulto puede ser presa de una pulmonía al atravesar una catedral.

El hombre sigue siempre á la naturaleza y á la religion en sus manifestaciones. Por el verano es cuando saca la nieve de los pozos; cuando fabrica el hielo; cuando inventa bañarse, cuando avalora la idea del frio.

Y no se nos ataje diciendo que si todo eso sucede es porque hace calor. Nosotros no estudiamos más que los efectos visibles de las estaciones, sin ascender á las causas que los producen: sean ellas las que quieran, ¿dónde hay frescura comparable á la que ocasiona en el verano una corteza de fruta colocada en las sienes? ¿Dónde frialdad más dulce que la que nos prestan los sorbos de un helado? ¿Dónde frio más enérgico que el que sentimos á la entrada en el agua? ¿Dónde congelacion más alarmante que la que experimentamos cuando se nos hiela el sudor?

Si es, por consiguiente, el verano la estacion en que se aprecia el frio, y en la que el frio se corporiza, digámoslo así, hasta simular que existe, ¿cómo no conceder á esa época los honores que con tanta injusticia se le otorgan al invierno?

Un amigo nuestro, bastante ilustrado y rico para comprender que en la estacion calurosa del Mediodía podria marcharse al Norte en busca de los lagos de Suiza ó de los manantiales de Bohemia, sale de Madrid en el estío y se coloca en el centro de Extremadura.

—Allí lo paso muy bien (nos dice con fruicion sibarítica): por las mañanas me levanto al alba, cuando los pajarillos y las flores despiertan y se abren para disfrutar el blando céfiro del amanecer; cojo y paladeo las frescas frutas de los árboles, escarchadas por el rocío; pesco al borde del agua, cuidando de introducir los brazos hasta el codo en la líquida corriente; me sacudo en el aire y salpico mi rostro, como si jugára á mojarme conmigo mismo; á veces me revuelco en la hierba húmeda de la noche, abandonando á la endeblez de mi traje la probabilidad de absorber la frescura del campo. Cuando el sol comienza á hacer de las suyas, me retiro á mi casa, donde me espera el chocolate debajo del emparrado, y unas brevas tan frias como el hocico de mi perro, que me lame gozoso al disfrutar su parte en mi desayuno. Encamínome despues por callejones sombríos, hechos de intento, hácia la puerta excusada de la catedral, en la que sale á recibirme un vientecillo suave, que me acaricia todo el sér, creyéndome canónigo. Yo he descuidado un tanto la frecuencia debida á las grandes solemnidades de la Iglesia; pero en este tiempo me reconcilio conmigo mismo, presenciando esas horas canónicas en que se deslizan las de los fieles bajo la fresca molicie de que sólo se disfruta en la casa del Señor. Vuelto á la mia, ya me está preparado el baño, y en él me acoplo, no por medicina ni por higiene, como hacen algunos, sino para fumarme un lento y aromático cigarro y leer mi periódico y mi correspondencia.

»Al salir del agua, no ya con frio, sino con carne de gallina, me espera sobre la mesa una sopa de idem, capaz de reponer el más abatido y debilitado estómago: cómo con parsimonia, sin agitacion y con gusto; hasta que los sorbos del café, única bebida descubierta para combatir el calor, conducen mi cuerpo hácia la hamaca que tengo pendiente de las vigas de una bodega sin vino, donde permaneceria no sé cuántas horas, si los amigos no vinieran á decirme que el sol se pone y que hace una hermosa tarde de paseo. Desde entónces hasta que me recojo, la sociedad se encarga de distraerme, y las brisas nocturnas de solazarme. Yo no he disfrutado jamas ni en Suiza ni en Bohemia fresco parecido al fresco que disfruto en mi verano de Extremadura.»

Esta verídica relacion de un hombre experimentado en achaques veraniegos, nos recuerda la frase del muchacho á quien apartaban de su jardin por miedo al calor, y decia: —«Papá, ¡qué hermoso sería el verano si hiciera frio!»— Porque, efectivamente, del frio no se forma cabal y justa idea sino en los tiempos del calor.

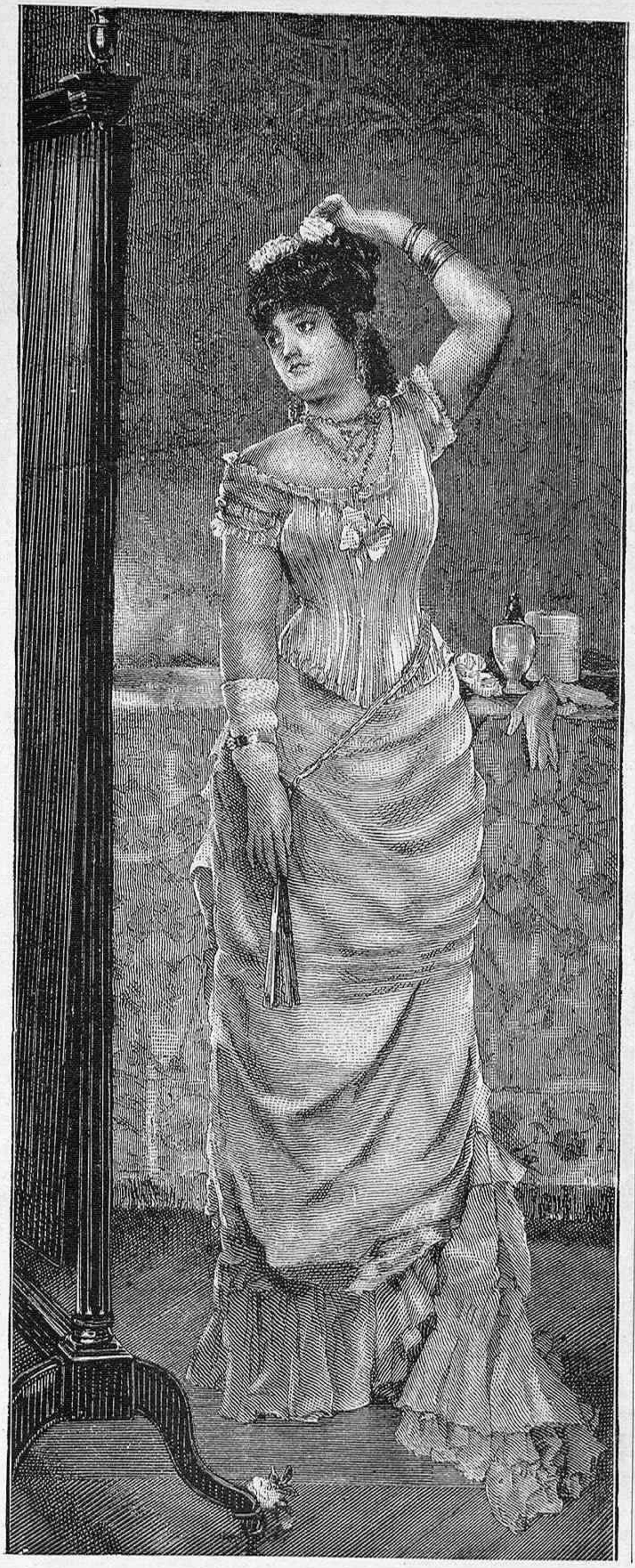
El verano, con su cielo sin nubes, su tierra sin lodos, su atmósfera sin neblinas, y su vegetacion multicolora que en los prados ostenta la coquetería de las flores, en las montañas el verdor caprichoso de los arbustos, en las vegas los amarillos áureos de las mieses, en los huertos la variedad pictórica de las frutas, y en todas partes ese himno potente que la naturaleza levanta agradecida al que le concedió los dones de la reproduccion; el verano, decimos, no tiene más defecto sino carecer un poco de frio. Por eso se le busca y se le adora; por eso lo cantaba nuestro amigo extremeño; por eso lo pedia el muchacho del jardin.

Y cuando el frio se obtiene..., ¡qué mina de California ni de Australia puede compararse á la posesion de sus frutos! ¡Con qué afan se le cosecha en el invierno para encerrarlo como un tesoro en los centros de la tierra! ¡Con qué entusiasmo se dió el hombre en la frente cuando imaginó la máquina para producirlo! ¡Con qué delicia lo vocifera y aplaude el dichoso mortal que cuenta con la gloria de poseerlo!—El frio del verano es el único frio digno de los poetas y de los cantores: el del invierno es absurdo, impertinente y despreciable; se le debe perseguir y se le persigue; se le debe anular y se le anula. Pero ¡el del verano! ¿Quién no principia á suspirar en Junio por carecer de dinero para adquirir ó proporcionarse frio?

II.

Bandadas de criaturas parten de las ciudades al terminar la primavera, en busca de ese *Preste Juan* que se supone emigrado á las Indias. Los centros populosos quedan desiertos; la fortuna y la nobleza huyen de sus mansiones na-

(c) Ministerio de Cultura 2006



EL INVIERNO.



EL VERANO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

turales; las cámaras políticas se suspenden, las universidades se cierran, los estudios se paralizan, las artes y las letras se agostan, el entendimiento, ya lo hemos dicho más arriba, se abate y se adormece. La materia podrá estar calurosa, pero el espíritu se enfria.

Por do quiera no se oyen más que frases de recriminacion y desconsuelo:—«La ciudad está en cuadro (repiten las gentes con tristeza): se han disuelto todas las tertulias; se ha concluido toda sociedad; no se ve un alma en ninguna parte; estamos solos. ¿Para qué ha venido V. en esta época? (preguntan á los forasteros con disgusto); aquí no hay ahora nadie con quien hablar; no se encuentran gentes en los paseos; se ha cerrado el teatro; la biblioteca está de vacaciones; el tribunal no hace justicia; las mujeres hermosas se han ido á la playa; los hombres distinguidos, al extranjero; los comerciantes, á sus compras; los labradores, á sus faenas; hasta los delicados y achacosos están en busca de sus aguas: esta ciudad, que es tan viva en el invierno, ahora en el verano parece muerta.»

Tal es el lenguaje de los que no han podido salir, que en verdad hiela el alma. Por el contrario, donde quiera que hay un hueco de monte con cuatro árboles y una fuente; donde quiera que hay una concha de mar defendida de las olas; donde quiera que hay un oásis de ría favorable á la pesca; donde quiera que se presume que el frio á ido ha veranear, porque sólo en el verano es cuando el frio se solaza y esparce, ¡qué animacion, qué vida, qué contento no se disfrutan alrededor de ese pisaverde del estío, de ese coquetuelo desdeñoso, tras de cuya sombra corre lo más ilustre y granado de la sociedad!

Allí, en torno de él, sea cualquiera el punto donde se le busque, concluyen las etiquetas del mundo y principian las confianzas de la vida humana. Se confunden todas las clases; se nivelan todas las categorías; se vive en falansterio; se come en refectorio; se duerme en comunidad; se canta, se baila y se juega á todas horas con infantil y bulliciosa alegría. Las mujeres se quitan su antifaz y se nos muestran tales como son: sencillas, confiadas, locuaces, caprichosas, exigentes, coquetas. Los hombres se despojan asimismo de su coturno y se nos ofrecen tales como quisieran ser: abandonados, ligeros, voluntariosos, informales, conquistadores, cupidos. Desde el anciano magistrado hasta el jóven leguleyo; desde el aguerrido general hasta el imberbe cadete, y desde el que nada en riquezas hasta el que vive de privaciones, todos se dan las manos en franca amistad, ya para jugar á juegos de prendas, ya para ascender en borricos á la cúspide de una montaña, ó bien para comer arroz sobre el suelo de un valle con sus cucharas de madera y la rosca al brazo. No hay fiesta más democrática que la fiesta del frio. Hasta el pudor parece que se humaniza y prescinde de algunas de sus inmutables leyes. El bello sexo muestra ante el frio del verano la mayor parte de las dotes que le han hecho conquistar tan precioso título. Vedlas en la playa, vestidas de desnudez ó desnudas con traje, desafiando las miradas de los linces y los largos gemelos de los miopes, asidas al hombro del nervudo bañero en cuyas nupcias van á sostener el embate de las olas; vedlas entrar y salir del agua, en apariencia de amazonas al principio y de estatuas despues, modelando contra su voluntad, pero por su gusto, las líneas de su torso y de sus extremos, ante una populosa academia de malos dibujantes.

Ellas, que en la ciudad no se prestarian á servir de modelo para un cuadro de devocion; ellas, que se cubren la mano cuando se les mira, y que esconden el pié cuando se les persigue; ellas, que se enrojecen á la menor palabra en que se les encomian los trazos de su rostro ó las ondulaciones de su cuerpo, salen ahora á la pública luz con abandono paradisiaco, exponiendo brazos y cara, cuello y cintura, humanidad entera, á las miradas inquisitivas de las gentes. ¿Qué privilegio real ó qué especie de bula es ésa que se otorga por todo el mundo al frio del verano?

Confesemos que este controvertido, y para muchos ilusorio sér, constituye en los tiempos modernos una cosa á manera de religion. Ninguna de las peregrinaciones místicas que nos refiere la historia, aparece con caractéres de generalidad como la peregrinacion hácia el frio del verano. No una vez en su vida, como los árabes iban á Medina ó los cristianos venian á Compostela, sino una vez cada año, como si dijéramos, la mitad de la vida toda, empléase hoy por las gentes acomodadas en preparar y dirigir la fresca romería. Los lugares consagrados para este nuevo culto se han reproducido considerablemente al compas de la afluencia de los romeros: en nuestro país son las Provincias Vascongadas; en Francia, las tierras de Normandía; en Inglaterra, las costas de Escocia; en Italia, los montes del Tirol; en Alemania, los manantiales de Bohemia; y para la generalidad de los devotos de ambos mundos, los lagos de Suiza.—La Ceca y la Meca de los antiguos pueblos de Oriente no pueden compararse en Occidente al Saratoga de los americanos ó al Interlaken de los europeos.

Cuando en el mes de Junio se comienza á sentir la piadosa necesidad de refrescarse, todo el que puede y debe (no sin contar á muchos que ni deben ni pueden) se lanzan en caravana á la peregrinacion. Los ferro-carriles y los barcos redoblan sus viajes, las estaciones y las hospederías se pueblan de transeuntes: muchos, casi todos, asisten, como los antiguos peregrinos, con ancho sombrero que les cubre la frente, largo balandran que les oculta el cuerpo, alto baston que les agranda la figura, y bolsas y cadenas y dijes y zurrones, como el contrito penitente de otras edades. Los sexos, como entónces, apénas se distinguen más que en las trenzas de la nuca. Bajo del brazo llevan numerosos libros, sin duda para orar durante las marchas; de sus costados penden embreadas botellas, que deben contener aguas de virtud; en las manos ostentan canastillos de mimbres, dentro de los cuales no pueden ménos de existir frugales alimentos. Como los antiguos peregrinos tambien, donde quiera que se detienen, corren con fervor á las iglesias y casas de caridad. Hay quien cree que á estas últimas no les lleva otro móvil que el de saber si se hallan bien montadas, limpias, y con alguna innovacion de formas; así como que á las primeras no les conduce otro deseo que el de descubrir si hay buenas pinturas, artísticos retablos ó ropas pontificales de esas que, sobornando á un sacristan, pueden adquirirse para forrar los muebles de los salones. Pero estas hablillas injuriosas, de que participaban en diferente órden los peregrinos y peregrinas de otras épocas, no deben tener más fundamento que el desapiadado rencor de los que no salen.

III.

Dejemos, pues, proseguir su camino á los que se van, y quedémonos un breve rato con los que se quedan; que harta compañía necesitan para entretener la frialdad de su situacion.

Lo primero que se les enfria á estos infelices es el estómago. En el verano, las gentes que no buscan el frio, pierden las ganas de comer. Encharcada su naturaleza con frutas y refrescos, incurren en una debilidad atónica, que de las vísceras de la nutricion se propaga á las del discurso, haciéndoles caer en esa inercia física y moral que lamentan á todas horas. ¿Quién habria de decirles que lo que suponen calor no es más que frio?—La medicina es quien se encarga de revelarles esta verdad por medios excitantes, tónicos y caliginosos; medios que muchas veces son inútiles para impedir que se presente el frio más cruel de todos los frios; el más aterrador, el más sarcástico, si así se nos permite llamarle, el frio de la terciana.

Para el verano estaba reservada á la humanidad la sorpresa del frio de los frios. Ved al desdichado que se retuerce contra sí propio á impulsos de esa terrible sensacion que el poeta suponia originaria del infierno. Sus tristes ojos, hundidos en el fondo de las órbitas, parece que piden gracia; sus

(c) Ministerio de Cultura 2006

miembros, acobardados por el temblor, se enlazan entre sí como si intentáran abrigar todo el sér; su boca no formula palabras ni su pecho puede proferir quejas, sobrecogidos como lo están por la agitacion espasmódica de los órganos; un anhelo incesante revela al exterior las agonías y torturas interiores; el lecho de la víctima podria compararse á una garrafa, y su cuerpo á un carámbano; si el frio fuese un agente tangible, que no lo es, se diria que lo engendraban allí.

Como contraste de este frio, ó por mejor decir, como hermana gemela de esta terciana del cuerpo, aparece tambien en el verano la terciana del alma. Unos la llaman hipocondría, otros ictericia, nosotros frialdad. Tiene la cara verde, los ojos amarillos, la boca rugosa y seca, la piel flácida y mustia, el conjunto tétrico y cavernoso. El que sufre su yugo carece de calor material y espiritual; ni los rayos de la canícula le templan, ni los fulgores del entendimiento le alumbran; por una parte se le considera helado y por otra alelado; cualquiera creeria que deseaba morir. A tal extremo conducen las frialdades del alma.

Pero apartemos la atencion de ese cuadro sombrío, que por fortuna no es comun en la sociedad. Lo comun es acercarse á sus bordes y participar de su fatídica sombra.

En el verano se enfrian el pensamiento y las ideas; en el verano se enfrian la actividad y el esfuerzo; en el verano se enfrian hasta las ilusiones y los deleites. A la manera que la máquina de vapor cuantas más atmósferas de calórico desarrolla, con tanta más presteza produce el hielo, así el verano cuanto más empuja el azogue del termómetro, tanto más relaja y enerva las fibras del sentimiento racional.

Canten, pues, la venida del calor las ranas, los grillos y los vencejos; proclamen su existencia vivificadora las culebras, los cínifes y los escarabajos; agradézcanle su virtud generativa los melones, las verdolagas y los cardocucos; mas no se les obligue á las criaturas que hagan coro á la vulgar creencia de que el verano caldea los espíritus á la par de los cuerpos, pues esto es colocar el alma humana al nivel de una sabandija. El verano tiene calores para todo lo bruto; pero no tiene más que frialdades para lo divino.

¿Quereis una prueba? El dia del Juicio Final, ese dia en que se apagarán todas las luces, se anublarán todos los soles y se enfriarán todos los volcanes; ese dia, para el cual está aplazada la congelacion de todos y de todo, ese dia, ¡tenedlo bien presente! no puede ménos de ocurrir y ocurrirá en verano.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



DON EDUARDO GASSET Y ARTIME, DISTINGUIDO LITERATO, FUNDADOR DE «EL IMPARCIAL».

(c) Ministerio de Cultura 2006

PRINCIPIO Y FIN DE LA HISTORIA Y ÁLBUM DE UNA ROSA.

I.

Episodio de la mia
Es la historia de una rosa,
Tan punzante como hermosa:
Una Rosa á quien yo amé.
¡Ay! y la amo todavía:
Por más que á Dios se lo pido,
No quiere Dios que al olvido
Su amor poético dé.
Rosa era casi una niña
A quien yo amé casi niño;
La amé con ese cariño
Intimo, casto, infantil,
Que no advierte ni escudriña
Qué porvenir en sí encierra:
Con ese amor que en la tierra
Siente un hombre entre cien mil.
De este amor todo oro y flores,
Pöesía, luz y aroma,
De esta pasion de paloma
Que fué mi primer amor,
Los recuerdos seductores
Guardo yo en *un cancionero*,
Que es de aquel amor primero
La más balsámica flor.
Yo en mi infancia era poeta;
Rosa era la poesía
Viviente, y yo la escribia
La historia de mi pasion
En un *Album* que, completa,
La encierra en sus dos periódos,
En versos escritos todos
Con sangre del corazon.
Rosa y yo en una alquería
Nos conocimos y amamos:
Tres veces nos separamos
Y nos volvimos á unir;
Mi padre, que me queria
Ver sabio en todos los ramos
Del saber, tenaz me hacía
Cada año á una escuela ir,
Yo iba y volvia cada año:
Y al volver á ver á Rosa,
La encontraba más hermosa,
Mi amor sentia aumentar,
Y, á todas ciencias extraño,
¡Ay! toda la ciencia mia
A saber se reducia
Conjugar el verbo *amar*.
Y en todas las situaciones,
Desde todos los lugares,
Trovas, himnos y cantares
No cesé á Rosa de enviar:
Y eso es su *Album:* sus renglones
Componen un *Cancionero*,
Do está por mí todo entero
Conjugado el *verbo amar*.

II.

Cuanto con voz ó aliento junto á tí gira,
Gime, pía, susurra, canta ó suspira,
Todo es reclamo
De mi voz que te dice: «Que yo *te amo*.»

—

Desde niño sentia mi alma amorosa
No sé qué oyendo el lindo nombre de Rosa:
Yo no acertaba
Lo que era: y era, Rosa, que ya *te amaba*.

—

Desde que mi alma ardiente se abrió al cariño,
He soñado con rosas desde muy niño:
Siempre he soñado
Con rosas, porque siempre, Rosa, te *he amado*.

—

Las rosas fueron siempre mi idolatría:
De muchacho anhelaba cuantas veia.
Seña bien clara
De que habia de ser Rosa la que *yo amára*.

—

Mi amor no tuvo, al verte, creces mayores,
Porque vi en tí la Rosa de mis amores:
Lo que aquel dia
Vi, fué que eras la Rosa que *amado habia*.

—

Desde que Dios del cäos en la honda calma
Echó el gérmen que ha dado sér á tu alma,
Debió inculcarte
La intuicion de que iba la mia *á amarte*.

—

¿Recuerdas las canciones que te cantaba
De niña la nodriza que te arrullaba?
Pues te decia
Que cuando fueras grande yo *te amaria*.

—

Hoy cuanto en torno tuyo viviente gira,
Zumba, pía, susurra, canta ó suspira,
Todo es reclamo
De mi voz, y te dice todo: «*¡te amo!*»

—

¿Sientes el aura errante que juguetea
Con tus rizos y mansa tu sien orea?
Yo te la envío
Al oido á decirte: «¡*te amo*, bien mio!»

—

¿Ves al pájaro-mosca, del soto huésped,
Que á tus piés salta y pía picando el césped?
Yo le reclamo,
Y él te dice en su pío, que *yo te amo*.

—

¿Sientes el arroyuelo que al pié murmura
De tu balcon, á su aire dando frescura?
Yo le derramo
Para que te murmure que *yo te amo*.

—

¿Sientes de átomos leves esos millares
Que se amparan á sombra de tus hogares?
Los desparramo
Yo allí, porque te digan que *yo te amo*.

—

¿Sientes el suave aroma que dan las flores
Del ramo que te traigo de los alcores?
Al darte el ramo,
Le digo que te acuerde que *yo te amo*.

—

(c) Ministerio de Cultura 2006

De átomos sonorosos esos millares
Que hervir á amparo sientes de tus hogares;
Todos esos nocturnos vagos rumores
Que te arrullan el sueño susurradores;
Todos los mil perdidos ruidos vulgares
Que invisibles resuenan do quier que mores,
Donde quiera que vayas ó que te pares,
Ya que duermas ó veles, cantes ó llores.....
Son los ecos amantes de mis cantares,
Son las dulces palabras de mis amores;
Que, á mi reclamo,
Cuanto suena te dice que yo te amo;
Y á este almo coro
Del universo entero, callo y te adoro.

III.

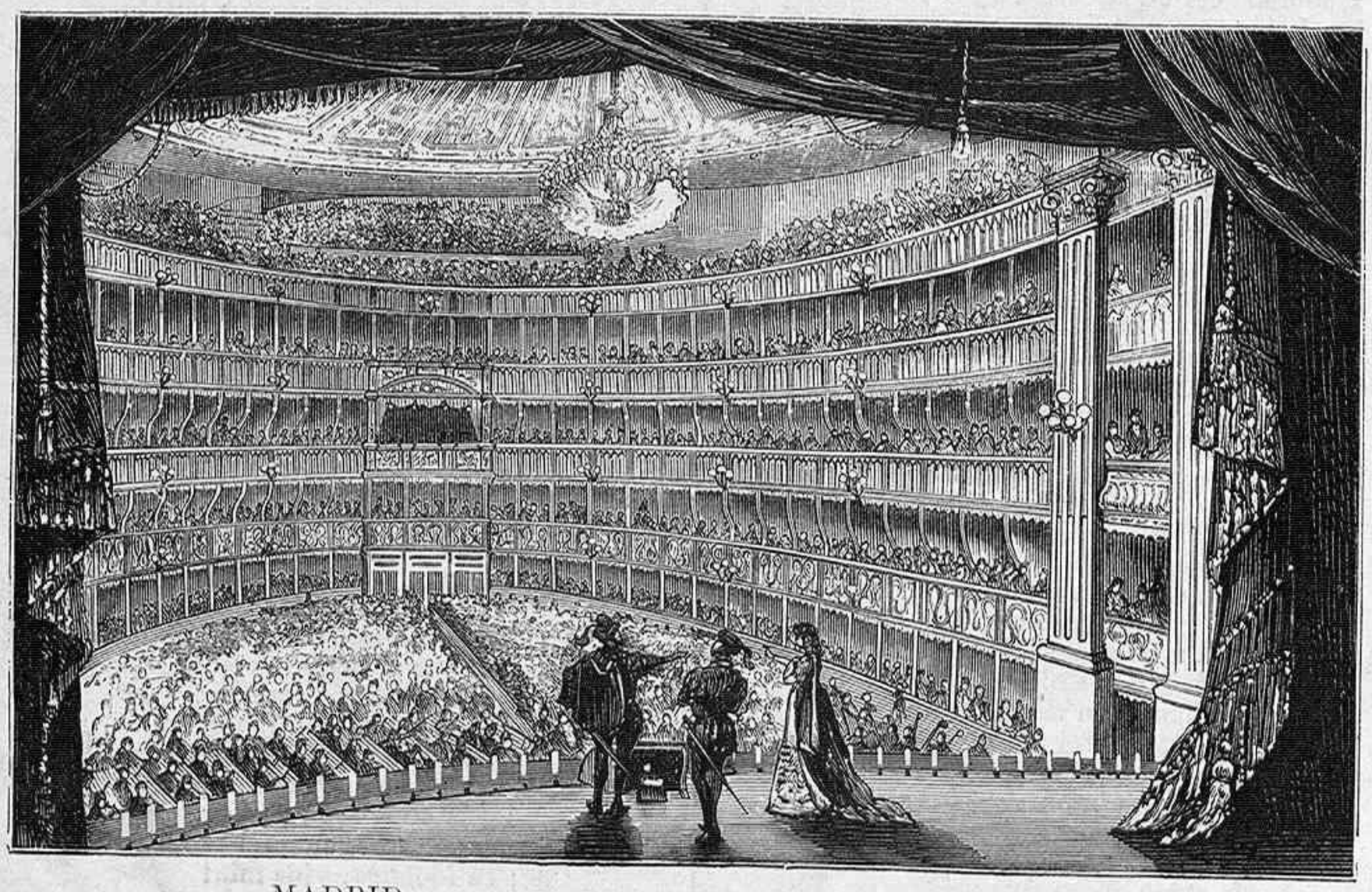
Expresion de mi cariño,
De mi alma amorosa esencia,
Resúmen de mi existencia
El álbum de Rosa fué.
Guardando mi amor de niño,
Llegué á ser hombre, y un dia,
Al volver á la alquería,
Ya en ella á Rosa no hallé.
Rosa, noble y opulenta,
Aunque cual niña me amaba,
A otra existencia aspiraba
Que con la que yo soñé.
Yo, sólo teniendo en cuenta
Mi honda fe, mi amor sin tasa,
Patria, honor, familia y casa
Por seguirla abandoné.
De una reina al pié del trono
La habian puesto, y aromaba
El palacio en donde estaba
Como en búcaro oriental;
En la córte daba el tono,
Y adorada era en la córte:
Era la luz, era el norte
Y el encanto universal.
No habia noble mancebo,
Ni millonario hacendista
Que á la suprema conquista
No aspirára de su amor:
No salia un libro nuevo
Que su nombre no llevára,
Ni un poeta que cantára
Ni otra mujer ni otra flor.
Yo la amaba como á un ángel,
Con celeste idolatría,
Y á mi amor correspondia
Como una mujer vulgar;
Yo un amor la consagraba
Emanado de los cielos;
Y ella el dogal de los celos
Me apretaba sin cesar.
Rosa era conmigo á solas
Toda expresion, toda fuego:
Llegaba un galan... y luégo
Me dejaba á mí detras;
Este amor de eternas olas,
Era un mar jamas en calma,
Y en tal tempestad mi alma
No reposaba jamas.
En esta marea eterna
De desden y de cariño,
Mi amor, débil como un niño
Y cobarde como él,
Contrajo profunda, interna
Y letal melancolía:
Nostalgia que me impelia
Sin cesar á mi verjel.
Y como Rosa orgulloso
Yo, cuya alma ardiente y viva
Es como una sensitiva
Plantada en mi corazon,
Reventando de celoso,
En mi aposento apartado
Me encerré desesperado
A morir con mi pasion.
Mas de allí... tras la persiana
De mi balcon, que caia
A los jardines, veia
Noche y dia coquetear
A Rosa, llevando ufana
En redor sus cien galanes,
Y al fin con tantos afanes
Pensé de un golpe acabar.
Rompí mi laud sonoro,
Mis cantares y leyendas;
Destruí todas las prendas
Que guardaba de su amor.
Aun la amo y áun la lloro,
Mas rompí su indigno yugo:
Entre víctima y verdugo,
Morir solo era mejor.
Tomé, huyendo del palacio,
La marmórea escalera;
Mas de Rosa mensajera
Me abordó una dueña allí,
Y me dió una margarita:
Flor oráculo de amores,
Que en la lengua de las flores
Significa: « ¿Me amas, dí? »
Tan impudente descoco
Me pareció la ironía
Más amarga y más impía;
A mi aposento volví,
Y de ira y de celos loco,
Esta carta por respuesta
La escribí, y en manos puesta
De su enviada, partí.

« Al huir de tí, traidora,
Recibo de tí un mensaje,
Que es á fe el postrer ultraje
Que me podias hacer.
Lo que preguntas ahora
Con candidez tan artera,
Debe por la vez postrera
Respuesta mia tener.
» Me preguntas si te quiero;
No, Rosa, porque te adoro;
Y el grande amor que atesoro
En mi ardiente corazon,
Es mayor que el mundo entero,
Ciego, idólatra, profundo,
Para el cual no tiene el mundo
Lengua, voz, ni explicacion.
» ¡Me preguntas si te quiero!
No hay idioma que te explique,
Aunque el hombre centuplique
De sus lenguas el poder,
El amor que absorbe entero
Toda mi alma y mi existencia:
Este amor que hace la esencia
De la esencia de mi sér.
» ¡Me preguntas si te quiero!
¡Te idolatro, vida mia!
Y la ciega idolatría

(c) Ministerio de Cultura 2006

Con que te ama mi pasion,
Al amor más verdadero
Sobrepuja en tanto grado,
Que igual nunca ha germinado
En humano corazon.
»¡Que si te amo! Dios lo sabe,
Que este amor en mi alma puso:
Dios, que en ella le envió infuso,
Cuando él mismo la encerró
En el pecho en que me cabe
Esta pasion tan inmensa,
Que no aguarda recompensa
Más que en Dios, que la inspiró.
»Este amor, que tiene celos
Hasta de la luz que miras
Y del aire que respiras,
Es tan noble y tan leal,
Que es capaz de ir á los cielos,
A hacerte de mi alma ofrenda,
Cuando tu alma se desprenda
De tu cuerpo terrenal.
»Con oir no más tu acento,
Con sentirme en tu presencia,
Siento abrirse á mi existencia
Una eterna juventud:
Y al contacto tuyo siento,
No el deleite del sentido,
Sino un placer desprendido
De la eterna beatitud.
»Mas de esta pasion celeste
Que imprimió en mí un sello eterno,
No quiero que haga el infierno
Una pasion infernal;
Y aunque la vida me cueste,
Voy léjos de tí á acabarla,
Por no parar en cortarla
Rabioso con un dogal.
»Porque tú no has comprendido
La pasion que me devora,
Voraz, única, señora
Soberana de mi sér;
Caí por ella rendido
A tus piés como un esclavo;
Mas ¿qué me debes, si al cabo
No pude otra cosa hacer?
»Cuando á tus plantas inerme
Caer de hinojos me viste,
«¡Un esclavo más!» dijiste
En tu orgullo de mujer.
»¡Nunca! Aprende á conocerme,
Yo seré tu esclavo; pero
He de ser solo: no quiero
Que puedas otro tener.
»Tu amor... no intentaré nunca
Arrancármele del pecho:
Yo, con tu amor satisfecho,
Moriré sin tener más;
Mas si mi amor no se trunca,
Jamas, jamas se doblega:
Como entero á tí se entrega,
No parte el suyo jamas.
»¡Adios!—Exigir no debo
Que, si no puedes, me ames;
No me busques, no me llames;
Me has perdido y te perdí.
Yo tu amor en mi alma llevo,
Puro, eterno... ¡Dios me asista!
Tú tendrás, miéntras yo exista,
Un altar dentro de mí.»
Y le tiene: áun arde ilesa
De su amor en mí la llama;
Aun la lloro y áun la ama
En silencio el corazon.
Ya la edad sobre mí pesa;
Pero, vírgen todavía,
Guarda fiel el alma mia
Su poética pasion.

JOSÉ ZORRILLA



MADRID. — LA SALA DEL TEATRO REAL, EDIFICADO EN 1850.

(c) Ministerio de Cultura 2006

AL SIGLO XIX.

ODA.

Eres mi padre tú, y oigo insultarte:
Oigo extenderse ronco vocerío
Blasfemando tu espíritu y tu gloria;
Mas mi lira y mi amor sabran cantarte,
¡Oh Siglo calumniado, Siglo mio,
Colosal en el campo de la historia!
Durarán tu memoria
Y tu esplendor fecundo
Igual tiempo que el mundo.
Lo antiguo embalsamad: con pompa vana
Fingid vida y calor en momias yertas;
No cerrareis del porvenir las puertas,
No matará el ayer al gran mañana:
Acaso el ciego negará la aurora,
Sumido en sombras y perenne duelo;
Ella despunta y con su rayo dora
La tierra, el ancho mar, el aire, el cielo.

¡Oh mi Siglo inmortal! Como gigante
Que el hondo abismo con su planta oprime
Y entre las nubes su cabeza esconde,
Así te miro yo. Tu voz vibrante
Truena y al hombre mísero redime,
Y el hombre se alza y á tu voz responde.
Volved los ojos donde
Nace y espira el dia:
¿No veis cómo á porfía
Todo se mueve, y vive, y se desata
Con entusiasmo y fiebre engendradora,
Y audaz la inteligencia ya dilata
Sobre el orbe su imperio cual señora?
¿No veis milagro tras milagro escrito
En ese globo que el cenit pasea,
En ese alambre por do vá la idea,
En taladrados montes de granito?

Y en la region famosa, allá en Oriente,
Donde la Arabia y santa Palestina,
Cuna y crisol de nuestro gran linaje,
Únense al africano continente,
El Siglo á una señal vence y domina
De dos mares el ímpetu salvaje.
Ríndenle vasallaje,
Y en abrazo fecundo
Sirven de puente al mundo.
Ellos juntando por el cáuce abierto
Sus roncas voces y sus ondas fieras,
Copian al sol las cálidas palmeras
Y las mudas esfinges del desierto:
Y lo ven los osados navegantes,
Las águilas lo ven y los leones,
Y desde las Pirámides distantes
Las sombras de los viejos Faraones.

No ya insondable abismo, no montaña,
Ni páramo desnudo, ni rugiente,
Devorador, vastísimo oceáno,
Con niebla, ó mole, ó aridez, ó saña,
En su carrera espléndida y valiente
Ligan y atajan el progreso humano.
Ya todo muro es vano:
En sumision completa
Extiéndese el planeta
Del hombre ante la marcha triunfadora,
Y siente en su hondo seno estremecido
La sávia del trabajo bendecido,
El volcan de la idea engendradora:
Tal la doncella núbil, si anhelante
A su cerrado pecho el amor llama,
Se entrega ruborosa y palpitante
Al esposo en quien sueña, espera y ama.

Y el hombre, desposado de la tierra,
Su espíritu inmortal la comunica
Y la despierta de su largo sueño.
Ella los dones próvidos que encierra
En proporcion inmensa multiplica
Para brindarlos á su amante y dueño.
Brota el campo risueño
Vides y fruta y grano,
La perla el oceáno,
La honda mina el lucífero diamante
Para dar á la hermosa nuevas galas;
El carbon, que á la máquina pujante
Del rápido huracan presta las alas;
El petróleo, que en sí lleva escondido
Del sol el rayo y fulgurante esencia,
Y el génesis de un mundo ya perdido,
Lázaro colosal, cobra existencia.

Como la luz y el aire se difunde,
¡Oh Siglo portentoso, Siglo mio!
Así vuela tu noble pensamiento:
Lo invade todo, por do quiera cunde,
Avasalla la tierra, el mar sombrío,
Y penetra en el alto firmamento.
Sigue en su movimiento
Al astro más remoto,
Calcula el centro ignoto
De la escondida estrella; une y hermana
En amor, en destino, en simpatía
Con lazo eterno la familia humana;
Anuncia osado el venturoso dia
En que la fuerza y la ignorancia cedan
Y se derrumben ídolos vulgares,
Y las naciones redimidas puedan
Alzar á la Verdad templos y altares.

Su voz, su alcance, su brioso influjo
Del continente antiguo penetraron
A los remotos climas de la aurora.
La ciencia, el arte en ellos introdujo,
Y los espesos bosques resonaron
Con el incendio y hacha arrolladora.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Ya el sol la tierra dora,
Abrese ya el camino,
Brota el gérmen divino
De la espiga y la vid: la chimenea
Del campesino hogar alza su nube,
Y al par con ella hasta el Eterno sube
Himno de amor que el corazon recrea:
La tiniebla vencida huye en la lucha,
La escuela y el taller instruye y labra,
Y la region salvaje absorta escucha
¡Oh Siglo mio! tu inmortal palabra.

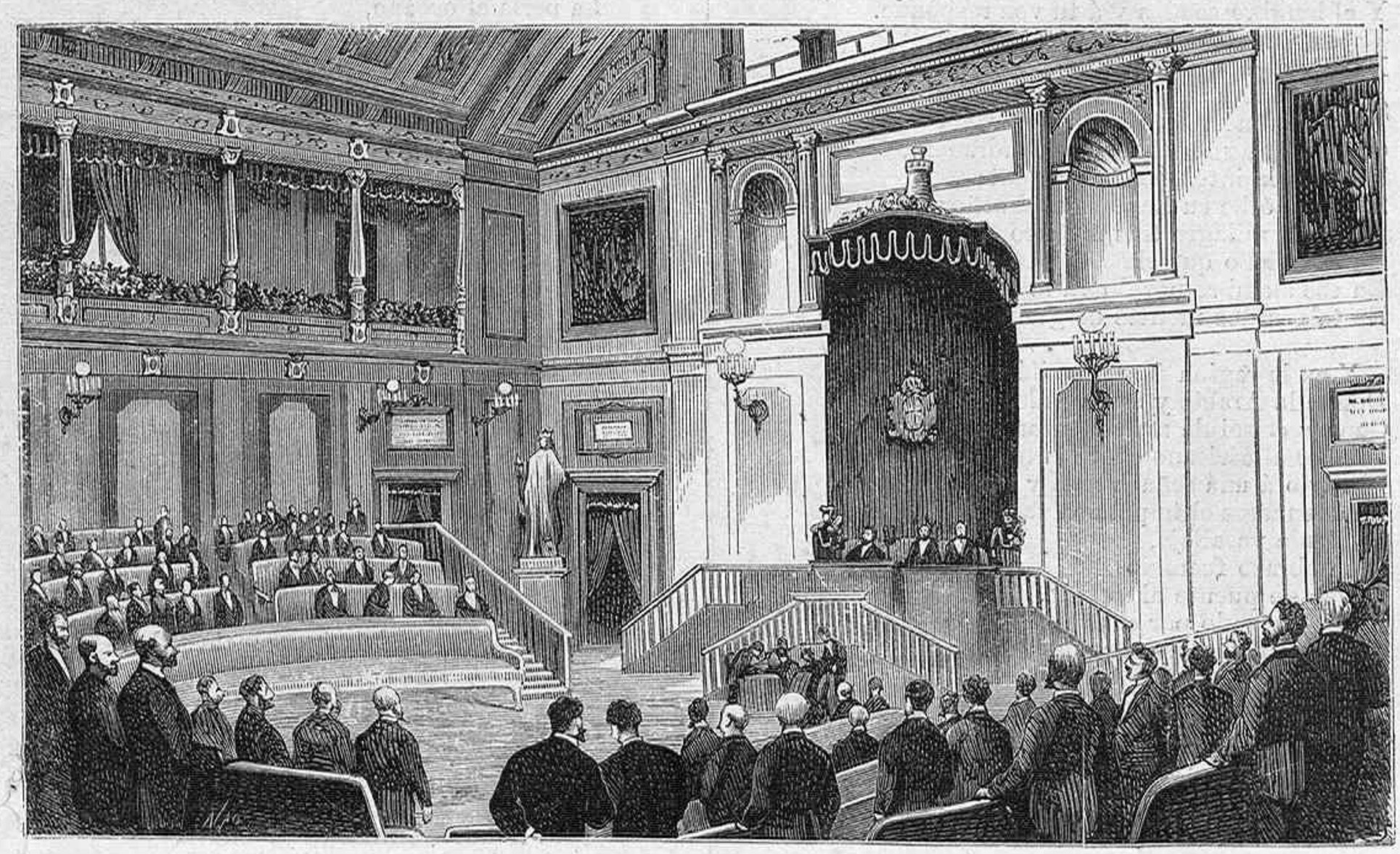
¿Dónde volver los anhelantes ojos,
Oh Siglo inmenso, sin hallar tu gloria,
Sin ver tus frutos, sin amar tu nombre?
Tú huellas la ignorancia por despojos,
Es cada paso tuyo una victoria,
Levantas el espíritu del hombre;
Y con vigor que asombre
A la edad venidera,
Mantienes la bandera
De ciencia y libertad: por tí el protervo
Tiembla con vago horror: por tí el que gime
Alza la hollada frente, y se redime
De su antigua opresion libre ya el siervo;
Por tí el hecho brutal afortunado
Huye la ley, y la razon no insulta,
Y el infame cadalso avergonzado
Entre tinieblas su ignominia oculta.

Tú con el mismo sol grabas y pintas,
Del magnetismo indagas el misterio,
Por los aires nos buscas ancha senda,
Sorprendes de la luz las várias tintas
Y proclamas osado el noble imperio
De la razon tras colosal contienda.
Aliento y libre rienda
Das al arte divino:
Él cumple su destino
Y la belleza universal invoca,
Y la verdad universal inspira,
Y del génio al festin llama y convoca
Brocha y cincel y resonante lira;
Y juntando amoroso en union santa
El viejo númen con la nueva idea,
Recuerda y llora, profetiza y crea,
Pinta y esculpe y edifica y canta.

Con el Siglo está Dios: Dios le defiende:
Le muestra Dios el ideal futuro
A su hondo afan, á su conciencia abierto.
Si áun torpes nieblas el error extiende,
Faro habrá que disipe el velo oscuro,
Centellante columna en el desierto.
De lo pasado muerto
Queda el pálido rastro;
Mas ya radiante el astro
Contemplan asomar de un nuevo mundo
Cuantos viven la vida de la ciencia,
Cuantos escuchan con desden profundo
El mísero clamor de la impotencia:
Y ¡oh mi Siglo, el mayor que vió la historia!
Cuantos tus hijos con amor se llaman,
Y obreros y cantores de tu gloria,
Tu peso llevan y tu nombre aclaman.

NARCISO CAMPILLO.

Madrid: Octubre 1878.



SALON DE SESIONES DEL CONGRESO DE DIPUTADOS.

(c) Ministerio de Cultura 2006



DON PEDRO DE VALDIVIA, CONQUISTADOR DE CHILE.

CUADRO DE D. NICOLAS RUIZ DE VALDIVIA, TOMADO DE UNA ESTAMPA DEL SIGLO XVI.

(c) Ministerio de Cultura 2006

CERVÁNTES, INVENTOR DEL ÁLBUM.

¡Cuántos y cuántos millones de individuos, en su mayoría del bello sexo, han poseido y poseen actualmente ese elegante libro en blanco, que á la vuelta de algunos años es un tesoro de pensamientos, un pequeño museo de bellas artes y una coleccion de autógrafos de personas notables en sociedad en toda clase de profesiones! Por más que alguna vez sea objeto de epígramas, por más que los hombres de talento tuerzan el gesto y regañen entre dientes, cuando se les obliga á tomar la pluma ó el pincel para llenar alguna de sus páginas, el Album sigue impávido su mision civilizadora, domina todas las oposiciones, se impone en la sociedad elegante y de buen gusto. Verdad es que la mujer es su propagadora y nadie ni nada puede resistirse al espíritu de corporacion femenina, cuando toma una cosa por su cuenta. El Album es el medio de extraer del hombre de talento y del artista pequeñas ráfagas, fugaces chispas, pasajeras inspiraciones debidas á los ruegos y á veces importunaciones de la bella mitad del género humano, y rara es la vez que una inteligencia privilegiada deja de despedir brillante fulgor impulsada al ruego de la belleza ó de la juventud fascinadoras. Estos fulgores, esta luz, estas joyas, fueran perdidas á no ser por el ministerio especial del Album. Los hombres inclinados á la seriedad de estudios ó pensamientos grandes son de suyo perezosos cuando se entregan al descanso; pero el Album les persigue en sus ratos de ócio, y hace ver que de un gran fuego concentrado pueden sacarse chispas á un leve soplo, y que para el ingenio sin duda se inventó el refran de:

Miéntras descansas
Májame estas granzas.

Y ¿quién fué el inventor del Album? ¿A quién ó á qué se debe este medio universal de comunicacion en la sociedad ilustrada? Infinidad de objetos que hoy son de uso comun han empezado en una forma sencilla y desemejante de la que vemos, y con el tiempo se han ido perfeccionando gradualmente. Otros desde su orígen alcanzaron un notable grado de perfeccion. Otros aparecieron en lejanas épocas y pasaron inapercibidos, aclimatándose al cabo de un largo trascurso de años. Esto es lo que sucedió con el Album. Inventado realmente hace más de dos siglos y medio por un escritor famosísimo en todo el orbe, sólo hasta hace pocos años se introdujo en los salones de la sociedad elegante.

En el gran diccionario de Larousse se lee lo siguiente:

«Desde hace dos años, muchos jóvenes tienen Albums, en los que hacen escribir frases más ó ménos grotescas á sus amigos y conocidos.» Esto dice Balzac en una de sus obras, indicando que para él era reciente el orígen de estos libros caseros. «En otros tiempos, dice Guichardet, el Album, mueble de lujo, no se conocia sino en las altas regiones aristocráticas, en los salones elegantes, sobre las mesas de la mujer á la moda.» Esta época á que Guichardet se refiere, tampoco se remonta á muy atras, pues parece no haber en los autores mencion de estos mosaicos de pensamientos ni áun en el siglo XVIII, al paso que ya comenzaban los viajeros á usar cuadernos ó libros de viajes en los que anotaban sus observaciones, y se cita el que Voltaire trajo á París, de regreso de su visita á Lóndres, con notas picantes y curiosas puestas por él sobre Shakespeare.

Como quiera que sea, en ningun documento ni memoria se ve tan en detalle la descripcion de un Album como sucede en el lib. IV, cap. I, del *Persiles*, donde no sólo se dan muestras de ideas y pensamientos breves, escritos en él y firmados por los autores respectivos, sino que se añade esta relacion curiosa, sobre que llamamos la atencion de nuestros lectores. Refiere el autor, que habiendo llegado los peregrinos por la noche á una jornada cerca de Roma y tomado alojamiento en un meson, hallándose todos sentados á una mesa, salió de un aposento un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo y un cartapacio en la mano, y habiendo hecho á todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo: «Yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo: algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros, y los más maduros, al de las letras. En los de la guerra he alcanzado algun nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado. Algunos libros he impreso, y como la necesidad es maestra de avivar los ingenios, éste mio, que tiene un no sé qué de fantástico é inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina y nueva, y es, que á costa ajena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ajeno, y el provecho mio. Conviene á saber: Cuando en el camino ó en otra parte topo alguna persona, cuya presencia muestre ser de ingenio y de prendas, *le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca*, y de esta manera tengo ajuntados más de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio, sino *de su mismo autor, que lo firma de su nombre.*»

No puede darse más clara y detallada descripcion de lo que es el Album que conocemos entre nosotros, y por si algo faltase, el mismo Cervántes pone allí hasta diez ó doce dichos ó sentencias con la firma de los que las escribieron. Evidente es tambien que en ese jóven peregrino, soldado y escritor, de espíritu fantástico é inventivo, se pinta el autor á sí mismo, y como dice que esta su invencion es algo peregrina y nueva, debe creerse que no se conocia ántes ni se vió en su tiempo, sino que fué idea original suya.

Extraña coincidencia es que el autor de un libro que se encuentra en el hogar de las familias de todas las naciones civilizadas, altas y bajas, nobles y plebeyas, sea tambien el autor é inventor del *Album*, tal como hoy le conocemos; y que se encuentra hoy, así en los salones de la aristocracia tomo en los de la clase media: libro destinado á democratizar el pensamiento, pues al lado del concepto de un sabio, de un magnate, de un príncipe, se encuentra la inspiracion de un jóven, de un artista ó de un ingenio lego. ¡Cuántas veces este mismo *Album* ha servido para estampar pensamientos y elogios de su inventor y representar al lápiz y al pincel sus celebrados tipos!

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL EXPÓSITO.

CUADRO DE COLOR DE ROSA,

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

PERSONAS.

MARI-CRUZ.	MARTIN.
ISABEL.	D. LIBORIO.
ANTON.	UN MOZO.

Portalada ó plazoleta que precede á la puerta de una casería en la vertiente meridional del valle de Zamudio, en Vizcaya.—Un nogal grande sombrea la portalada.—Al pié del nogal, un banco rústico.—Sobre la puerta de la casería, un balcon con antepecho de madera y una parra por adorno y quita-sol.—En el fondo del valle, heredades verdes y caserías blancas.—En la vertiente opuesta, en primer término, collados con algunas caserías rodeadas de heredades, y en último, las altas cumbres del Jata.—Al Oeste, el mar, que comienza en el abra que separa á Santurce y Algorta y se ensancha y se dilata y se pierde en la azul inmensidad del horizonte.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN *solo.—Es un jóven de veinte á veintidos años, que viste pantalon blanco de lienzo, blusa azul y boina encarnada.—Repican campanas hácia el fondo del valle, donde se descubre un campanario.*

MARTIN. ¡Ya salen de misa mayor! Con razon dice Isabelilla que en tierra de moros y judíos, donde por supuesto no habrá campanas, serán muy tristes los dias de fiesta. Domingo de Abril ó Mayo; verdes montañas á lo léjos; mar azul hasta allá donde el cielo y la tierra parecen juntarse; valle florido allá abajo, y cielo refulgente allá arriba, están pidiendo companas sonoras que canten y bendigan tanta hermosura. ¡Hoy está el cielo azul como los ojss de Isabelilla! En Vizcaya su traje usual es el pardo, pero cuando le da por vestir de azul, hasta camisa se pone de tan hermoso color! Isabel bajó á la fuente para que padre y madre encontrasen agua fresca cuando viniesen de misa mayor, como madre habia bajado al establo esta mañana para que Isabel y yo encontrásemos leche caliente cuando viniésemos de misa primera. ¿Cómo no habrá vuelto ya esa chica? (*Mira hácia la subida del valle.*) Allí viene escoltada por ese zoquete de Santiago... ¡Por vida del moscon ese, que se ha empeñado en que Isabelilla ha de oir sus zumbidos! No, como á mí se me atufen las narices, el tal Santiago se ha de alejar de Isabel con las suyas rotas.

ESCENA II.

MARTIN *é* ISABEL *que aparece con la herrada en la cabeza y atravesando la portalada entra en casa.—Es una chica de diez y siete á diez y ocho años, sonrosadita y blanca, con saya corta de bayeta encarnada, redova de listas blancas y azules y pañuelo de color en la cabeza, cruzados blandamente dos de sus cabos sobre la raiz de las trenzas de pelo largas y rubias.*

ISABEL. Hola, Martinillo. Vén á echar una manita á la herrada. (*Entra en la casa.*)

MARTIN. Pues no voy, que al que se hace de miel... Pero la pobre chica vendrá tan cansada de la cuesta! (*Dirígese á la puerta y se detiene viendo aparecer en ella á Isabel, que tira á la portalada el* SORQUI *ó cabezil de helecho fresco en que ha traido apoyada la herrada.*)

ISABEL. Gracias, Martin, por lo bien mandado que eres.

MARTIN. Tienes criado más de tu gusto que te sirva y te acompañe.

ISABEL. ¡Já, já! Más de mi gusto! ¿Lo dices por Santiago?

MARTIN. Y tengo razon para decirlo.

ISABEL. ¡Jesus, Martin, no me hables de ese terco, que me ha frito más la sangre desde la fuente al pié de la cuesta!...

MARTIN. ¿Y cómo te la ha frito?

ISABEL. Con las tonterías que ha venido diciéndome.

MARTIN. ¿Se puede saber qué tonterías han sido ésas?

ISABEL. ¡Pues no se ha de poder! Dice que me quiere mucho, mucho, y que por Dios le quiera yo tambien á él, y que esta tarde va á venir su padre á pedir mi mano á los nuestros para que nos casemos en seguida.

MARTIN. (*Muy incomodado.*) ¡Reniego de mi pícara suerte!

ISABEL. ¡Martinillo, por Dios, no te enfades! Yo ¿qué culpa tengo de que Santiágo me haya dicho todo eso?

MARTIN. ¿Con que no me he de enfadar y va á venir su padre á pedir tu mano? Si viene será porque tú habrás consentido en que venga.

ISABEL. No hay tal consentimiento, Martinillo. Yo le he dicho que aunque me desuellen viva no me caso con él...

MARTIN. (*Lleno de alegría.*) ¡Ah, bendita sea tu boca!

ISABEL. Luégo me ha preguntado si es porque quiero á otro.

MARTIN. ¿Y qué le has contestado tú?

ISABEL. Tentaciones tuve de decirle una mentirijilla porque me daba vergüenza el decirle la verdad; pero no me atreví á mentir, porque, anda, cuando me confesé la última vez, buen sermoncito y buenos credos de penitencia me echó el señor cura por las mentiras...

MARTIN. ¿Y qué contestaste á Santiago cuando te preguntó si el no quererle á él era porque querias á otro?

ISABEL. Contesté... Ay, me da mucha vergüenza el decírtelo! Y el caso es que á Santiago se lo dije sin avergonzarme.

MARTIN. Pero vamos, charlatana, ¿qué le contestaste cuando te preguntó si el no quererle á él era porque querias á otro?

ISABEL. Le contesté... que sí.

MARTIN. ¿Y qué dijo él entónces?

ISABEL. Pegó una patada en el suelo, echó un pecado muy grande, muy grande, y me preguntó si eras tú el que queria...

MARTIN. (*Con ansiedad.*) ¿Y le dirias que no?

ISABEL. Pero, Martinillo, ¿cómo querias que mintiera?

MARTIN. ¡Ah! ¿Conque me quieres, Isabel?

(c) Ministerio de Cultura 2006

ISABEL. ¡Jesús!... ¿Por qué no ha de poder una echar una mentira sin pecar?

MARTIN. ¿Conque me quieres?

ISABEL. Sí, Martinillo, más que tú á mí.

MARTIN. Más que yo á tí, no, Isabel; por que yo te quiero mucho.

ISABEL. Pues remucho te quiero yo á tí. El otro dia, cuando yo bajaba á la fuente oí que hablaban de nosotros madre y Mari-Juana, en el arroyo donde estaban lavando, y madre decia á Mari-Juana: «Hermanos que se quieran tanto como esos chicos mios no los hay en la aldea.» Y Mari-Juana le contestó: «Es que otros hermanos sólo como hermanos pueden quererse, y tus chicos se pueden querer como hermanos y como otra cosa.» ¿Tú sabes, Martinillo, qué es lo que queria decir Mari-Juana?

MARTIN. ¡Vaya si lo sé!

ISABEL. Claro, porque los hombres lo sabeis todo. ¿Y qué era lo que queria decir?

MARTIN. Que tú y yo podemos querernos como hermanos y como novios, porque los hermanos como nosotros pueden casarse juntos y los hermanos como otros no pueden.

ISABEL. (*Saltando de contenta.*) ¡Ay qué cosa tan buena es el ser hermanos como nosotros!

MARTIN. (*Entristeciéndose.*) Buena y mala, Isabelilla, ¡á lo ménos para mí!

ISABEL. ¿Qué quieres decir con eso?

MARTIN. Que yo no soy tan digno de casarme contigo como yo quisiera y tú mereces.

ISABEL. (*Como queriendo llorar.*) Ay, Dios mio, ¡qué disparates dices, Martinillo!

MARTIN. No, no los digo, Isabel. Tú eres hija de padres conocidos y estimados de todos, y yo soy hijo de padres desconocidos hasta del cura que me bautizó.

ISABEL. No, Martin, no; tú eres hijo, como yo, de Anton de Echevarría y Mari-Cruz de Aguirre.

MARTIN. Como si realmente lo fuera me quieren y los quiero; pero la verdad pública y notoria es que á Anton y Mari-Cruz se les murió de pocos meses el primer hijo que tuvieron; que Mari-Cruz tomó para criar un niño expósito, de padres completamente desconocidos; que cuando el expósito tenía tres años, naciste tú; que Anton y Mari-Cruz adoptaron por hijo al expósito, y que el expósito soy yo.

ISABEL. Cierto es todo eso, Martin; pero tambien lo es que Anton y Mari-Cruz te quieren y te han querido siempre como si fueran tan padres tuyos como mios, y como si hubiese resucitado el hijo que se les murió y aquel hijo fueras tú.

MARTIN. Es verdad, Isabel, pero ¿quién sabe, á pesar de todo eso, si nuestros padres, que son de linaje honradísimo, con cuya sangre nunca se ha mezclado la de bastardos ni de linaje desconocido, no tendrán valor, el dia que yo me atreva á pedirles la mano de su única hija, para concedérsela á un expósito de padres desconocidos, por mucho que al expósito quieran? ¡Por vida de mi mala suerte! ¡Que no resultára yo lo ménos hijo de algun marqués!...

ISABEL. (*Llorando.*) ¡Ay, Martin, qué cosas tan tristes estás pensando y diciendo! ¡Y si eso sucediera, yo me moriria de pena!

MARTIN. Y yo tambien, Isabel, ¡dulce y hermosa hermana de mi alma!

ISABEL. Has de saber, Martin, que yo estoy segura de que en este mundo no hay hermana que deba querer á su hermano tanto como yo debo quererte á tí.

MARTIN. ¿Por qué, Isabel?

ISABEL. Porque me parece que todo lo que sé y todo lo que siento y todo lo que vivo te lo debo á tí, sin que por eso deje de querer á nuestros padres ni deje de agradecer lo que les debo.

MARTIN. Exageras, mi pobre Isabelila; exageras lo que me debes.

ISABEL. No exagero, Martin, no. Sin duda para que no olvide nada de lo que te debo, Dios me ha dado tal memoria que alcanza hasta la edad en que mis labios empezaban á pronunciar tu nombre. Me crié tan débil y delicada hasta los siete ú ocho años, que la pobre madre toda se volvia suspirar y decir: «¡Este angelito de Dios siempre está con las alitas abiertas, como si se preparase á volar para reunirse con su hermanito en el cielo!»

MARTIN. Es verdad que eso decia madre saltándosele las lágrimas.

ISABEL. Como por sus ocupaciones tenía que dejarme á tu cuidado la mayor parte del dia, tú me sostenias cuando vacilaba, tú me alegrabas cuando estaba triste, tú enjugabas mis lágrimas cuando lloraba, y tú me enseñabas cuando no sabía.

MARTIN. ¿Cómo no habia yo de hacer todo eso si yo era la fuerza y tú la debilidad?

ISABEL. Pues así fuí creciendo, creciendo, viendo en tí mi apoyo, mi alegría, mi consuelo y mi maestro. ¿No he de quererte como hermana ninguna puede querer á su hermano? Pero charlando, charlando olvido la cocina, donde la comida reclama mi cuidado, y padres suben ya la cuesta. Conque, Martinillo, ya sabes que el de Santiago va á venir esta tarde á pedir mi mano para su hijo.

MARTIN. ¡Ay, Isabel, que puñalada me has dado con esa noticia, porque si nuestros padres acceden á su peticion, me quitan la vida!

ISABEL. (*Sollozando.*) ¡Y á mí tambien!

MARTIN. En lugar de llorar, discurramos algo para que no accedan.

ISABEL. Pues lo mejor es que te adelantes al padre de Santiago.

MARTIN. ¿Y cómo, Isabelilla?

ISABEL. ¡Hum, los hombres no sabeis nada! Adelantándote á pedir mi mano á padre y madre y al lucero del alba que fuera menester.

MARTIN. Pero ¿no ves que no me atrevo?....

ISABEL. Un corregidor muy sabio que hubo en Vizcaya decia que el alcalde No-me-atrevo era el peor de los alcaldes. Conque á ver si por serlo tú..... (*Sollozando.*) tengo que casarme con Santiago!

MARTIN. (*Casi llorando.*) ¡No lo quiera Dios, Isabel! ¡Que no resultára yo hijo de un duque!

ISABEL. (*Mirando hácia la cuesta.*) ¡Ya están ahí padre y madre! Voy á cuidar de la comida. (*Entra en casa.*)

MARTIN. Y yo á segar un cesto de hierba para la de los bueyes. Y ¿cómo yo, un *jariego*, como dicen en las Encartaciones, un *zarcicume* (1), como dicen en el resto de Vizcaya, he de atreverme á pedir la mano de Isabelilla? Por vida de... ¡Que no fuera yo hijo del archipámpano de Sevilla! (*Entra en el portal, sale inmediatamente con una hoz y un cesto vacío, cuya parte cóncava encaja en el hombro, y desaparece por una barrera que da entrada á las heredades.*)

ESCENA III.

ANTON y MARI-CRUZ. *Anton viste pantalon y chaqueta de paño y boina azul, y Mari-Cruz traje de merino negro, y trae la mantilla de franela doblada sobre la cabeza. Son como de cuarenta y tantos años.*

MARI-C. ¡Ay, Anton, no pueden ya conmigo las piernas!

ANTON. ¡Ay, Mari-Cruz, algo de eso les pasa á las mias! (*Ambos se sientan en el banco bajo el nogal.*)

(1) Así *jariego* como *zarcicume* equivalen á hijo de un matorral.

(c) Ministerio de Cultura 2006

MARI-C. Eso nos recuerda que vamos ya á Villavieja.
ANTON. Y que por lo tanto, debemos ir pensando en el acomodo de los chicos.
MARI-C. Felizmente en eso tenemos poco que pensar, porque lo hemos pensado ya casi todo.
ANTON. Es verdad, que sólo falta que piensen en ello los chicos.
MARI-C. Yo sospecho que ya lo tienen tambien pensado y repensado.
ANTON. Eso mismo sospecho yo, pero Martin es tan encogido y vergonzoso, que si esperamos á que se explique con nosotros, ya podemos esperar sentados para no cansarnos. (*Se oye un ruido de carruaje.*) ¡Calla, un coche! ¡Y baja de él un caballero que toma la cuesta para subir acá! ¿Si será D. Liborio, el escribano de Bilbao, que ha andado últimamente preguntando á las gentes de la aldea si nosotros teniamos ó dejábamos de tener un hijo adoptivo y si estábamos bien ó dejábamos de estarlo?
MARI-C. ¡Ay, Dios mio! el corazon me dice que nada bueno nos trae ese Métome en lo que no me importa...
ANTON. Tampoco me da á mí buena espina esa visita. ¡Por vida de briosle, que no tuviéramos un buen perro de presa que saliera á recibir en la cuesta al tal escribano! ¿Si en estas caserías aisladas no se puede estar sin un buen perro para estos casos!
MARI-C. Miedo me da ese hombre.
ANTON. Déjame á mí solo con él, que yo me las compondré con este torito.
MARI-C. (*Entrando en casa.*) Mira no te arme algun enredo, que con razon dice el cantar vascongado:

Entre zarzas y escribanos
anda poco, vida mia,
que el escribano y la zarza
nacieron un mismo dia.

ESCENA IV.

ANTON *y* D. LIBORIO. *Don Liborio es un hombre grueso, de nariz muy aguileña y como de cincuenta y seis á sesenta años. Tiene la costumbre de tomar rapé cuando siente movimiento de disgusto ó satisfaccion. Durante esta escena Mari-Cruz aparece de cuando en cuando escuchando desde el balcon.*

D. LIB. Buenos dias, buen amigo.
ANTON. Téngalos V. muy buenos, caballero.
D. LIB. ¿Es V. por casualidad Anton de Echevarría?
ANTON. Anton de Echevarría soy, pero no por casualidad.
D. LIB. Hombre, no sea V. malicioso.
ANTON. Diré á V., caballero, como, aunque pobre, vengo de padres y abuelos como Dios manda, lo que soy no lo soy por casualidad.
D. LIB. Pero, hombre, que VV. los aldeanos han de ser siempre maliciosos!
ANTON. Es que por las aldeas se descuelgan unos pájaros!...
D. LIB. Dejemos esto, amigo Anton, y vamos al negocio que motiva mi viaje por acá. ¿Supongo que tendrá V. buena la familia?
ANTON. Buenos estamos y somos todos, á Dios gracias.
D. LIB. Vaya, me alegro mucho, porque la salud es lo principal. Yo he tenido un chico á la muerte y le aseguro á V. que me ha hecho llorar dos veces; la primera, de dolor viendo que se me moria, y la segunda, de gozo viendo que estaba ya fuera de peligro.
ANTON. Pues es extraño que haya llorado V. áun siendo por un hijo.
D. LIB. ¿Por qué lo ha de ser, hombre?
ANTON. ¿No es V. escribano?
D. LIB. Sí que lo soy, pero ¿qué tiene que ver eso para que uno sea sensible?....
ANTON. ¡Qué se yo, D. Liborio! Un escribano sensible... parece cosa que no puede ser. Pero, en fin, V. dirá en lo que le podemos servir por acá.
D. LIB. (*Yendo á sentarse en el banco.*) Sentémonos aquí un poco, amigo Anton, que tenemos que hablar de un asunto importante...
ANTON. ¡Importante! ¿para quién?
D. LIB. Sobre todo para V. y su familia, que se van á encontrar con una fortuna inesperada.
ANTON. ¿Con una fortuna? No vendria mal, D. Liborio, aunque tenemos en casa un tesoro de mucho precio.
D. LIB. ¡Qué tesoro es ése?
ANTON. Un chico y una chica que valen más oro que pesan.
D. LIB. A propósito del chico, que supongo será Martin, le voy á contar á V. una historia cuyo inesperado desenlace le va á llenar á V. de gozo.
ANTON. Venga esa historia, que ya se parece á todas en lo mucho que promete el anuncio.
D. LIB. En tiempo de la primera carlistada, un jóven, oficial del ejército isabelino, perteneciente á una de las familias más distinguidas de Madrid, se enamoró de una jóven perteneciente á una de las familias más honradas de Vizcaya, la sedujo y resultó...
ANTON. ¿Qué resultó de esa bribonada?
D. LIB. Pues resultó un niño como un sol.
ANTON. ¡Lástima de balazo al seductor!
D. LIB. El niño, apénas nació, se le llevó á los expósitos diciendo á su madre que se le llevaba á criar en una aldea, de donde sus padres le recogerian cuando legitimasen su amor casándose así que terminase la guerra; pero una imprudencia reveló á la madre del niño, áun convaleciente del parto, que su hijo habia sido llevado á los expósitos, y se afectó tanto con esta revelacion, que le costó la vida.
ANTON. De todo lo cual resulta que Dios abriria las puertas del cielo á la pobre seducida y las del iufierno al infame seductor.
D. LIB. El seductor vive aún.
ANTON. Lo que prueba que algun fundamento tiene aquello de que todos los pícaros tienen fortuna.
D. LIB. La guerra concluyó, y el oficial, que ya habia olvidado á la madre, olvidó tambien al hijo, fué ascendiendo hasta llegar á general, fué ministro de la guerra y presidente del Consejo de Ministros, obtuvo un título de marqués, y hoy es uno de los personajes más ricos, ilustres é influyentes en la córte.
ANTON. ¡Me deja V. asombrado, D. Liborio!
D. LIB. ¿Por qué, hombre?
ANTON. Porque en las aldeas, como somos tan negados, estábamos en la inteligencia de que ántes de hacer á un hombre general, ó ministro, ó marqués se registraba su vida de cabo á rabo, y si se encontraba en ella una picardía tanto así (*Señalando el canto de la uña.*) se le mandaba á escardar cebollinos.
D. LIB. Hombre, ¡qué disparate!
ANTON. ¡Disparate! ¿y por qué?
D. LIB. ¡Porque buena estaria la nacion sin generales, ni ministros, ni marqueses, ni nada! Pero volviendo á nuestro señor marqués, cuando se encontró viejo, rico, grande de España y adulado de toda la córte, echó de ménos un sucesor directo de sus riquezas y su título, y pensó en el chico que de su órden se habia llevado en Vizcaya á los expósitos.
ANTON. ¡A buena hóra, mangas verdes!
D. LIB. Ya verá V., amigo Anton, como áun era á buena hora. El señor Marqués, que tenía noticias muy favorables de mí, porque administro los bienes que tienen en Vizcaya varios señores amigos suyos,

(c) Ministerio de Cultura 2006

me honró con la comision de averiguar el paradero de su hijo, dándome instrucciones y facultades ámplias para gastar cuanto fuese necesario y disponer su viaje á la córte en caso de que pareciese. A fuerza de diligencias he llegado á saber que el hijo y heredero del ilustre Marqués es el expósito que VV. criaron y adoptaron por hijo y como tal tienen en su casa. Averiguado esto, y áun mucho más, pues sé lo pobres que VV. son y hasta su proyecto de casar á su hija con el expósito, prevalidos de que los chicos se miran con muy buenos ojos y el muchacho los quiere á VV. como si fueran sus verdaderos padres, se lo he escrito todo ce por be al señor Marqués, añadiéndole que quizá ántes de tener contestacion suya, que áun no habia llegado cuando salí esta mañana de Bilbao, ya estaria su hijo en mi casa preparándose á salir para Madrid, donde (*Con énfasis.*) ocupará entre la aristocracia de la córte el alto puesto que á su nacimiento corresponde, y casará con alguna de las más hermosas y ricas hijas de la Grandeza de España. (*Mari-Cruz, que ha escuchado todo esto desde el balcon, llora y da señales del dolor más profundo.*)

ANTON. (*Con forzada alegría.*) ¿Qué es lo que V. me cuenta, D. Liborio?

D. LIB. Lo que V. oye, amigo Anton. Vamos, es necesario que así V. como su mujer y su hija y el mismo Martin moderen su alegría, que el exceso de ella mata como el exceso del dolor.

ANTON. A propósito de dolor, le voy á hacer á V. una pregunta, D. Liborio.

D. LIB. ¿Cuál, amigo Anton?

ANTON. ¿Hubiera V. sentido dolor muy grande si despues de toda su diligencia por servir al Marqués hubiera V. tenido que dar la noticia de que S. E. tenía que resignarse á estirar la pata sin haber visto en sus aristocráticos salones al heredero de sus riquezas y su título?

D. LIB. Le hubiera sentido tal, que de seguro me hubiera costado una enfermedad el dar á S. E. tan triste noticia.

ANTON. Pues ya puede V. dársela, y meterse en cama, y llamar al médico y reventar de dolor.

D. LIB. ¿Qué quiere V. decir con eso, Anton?

ANTON. Lo quiero decir es que Martin ya tiene padre y probablemente tambien novia, sin que V. ni nadie le proporcione uno ni otra.

D. LIB. Como soy padre, y buen padre, comprendo, amigo Anton, que á VV. les costará trabajo el desprenderse del chico, porque me han dicho que es trabajador como él solo, y ya veo que les será á usted de duro el verse privados de sus brazos.

ANTON. ¿De sus brazos nada más? ¿V., D. Liborio, no habrá padecido nunca del corazon?

D. LIB. Nunca, á Dios gracias.

ANTON. Es natural: un ciego de nacimiento que suele venir por aquí cantando y vendiendo curiosos romances, dice que nunca ha padecido de la vista.

D. LIB. Bah, bah, dejémonos de chafalditas y volvamos al asunto del muchacho. No crea V. que al llevármele los voy á dejar á VV., como quien dice, con las manos peladas. En este punto S. E. ha dejado á mi prudencia y celo el corresponder con VV., y para dar á cada uno lo que le corresponde, crea usted, amigo Anton, que no soy manco.

ANTON. ¡Manco un escribano! Ca, D. Liborio, cómo habia yo de creer tal cosa, cuando una noche que estuve en el teatro de Bilbao á ver una comedia que habia compuesto un poeta que luégo se ha hecho escribano, oí decir á uno de los que hablaban en la comedia:

Era mi padre escribano
de la ciudad de Almería,
y por más señas tenía
seis dedos en cada mano (1).

D. LIB. Ya conozco á ese escribano. Mucho talento tiene, pero es un escribanillo montado á la moderna hasta en la supresion del *dicho* y el *antedicho*, y el *susodicho* y el *supradicho*, que el verdadero escribano repite en cada renglon y es lo que más caracteriza el estilo clásico curial. Pues, como iba á decir á V., me parece que lo más puesto en razon es que, sin perjuicio de apreciar luégo el tanto cuanto que han de percibir VV. por los alimentos, vestido, etc., del chico, les haga yo á VV. inmediatamente un regalo digno de la esplendidez de mi poderdante.

ANTON. El mejor regalo que V. puede hacernos es dejarnos en paz, volverse á Bilbao y cuidarse mucho durante la enfermedad.

D. LIB. ¿Qué enfermedad, hombre?

ANTON. La que le va á costar á V. la noticia que va á dar á S. E. de que necesita renunciar á la esperanza de adquirir de viejo lo que abandonó de jóven.

D. LIB. No puedo creer, amigo Anton, que cierre V. la puerta de su casa... (*Estornuda despues de haber tomado rapé, volviéndose para estornudar hácia el tronco del nogal*) á la fortuna que entre por ella.

(*Martin, que viene con un cesto de hierba, entra en casa al volverse D. Liborio para estornudar y sólo le ve Anton.*)

ANTON. Es verdad que entra, y ¡Dios la bendiga como la bendecimos nosotros!

D. LIB. Me alegro, hombre, de que al fin sea V. razonable. Por decontado voy á regalarles á VV. en cambio del chico, una buena pareja de bueyes.

ANTON. (*Indignado.*) D. Liborio, mire V. que no aguanto bromas á costa de mi hijo.

D. LIB. Anton, debe V. acostumbrarse desde ahora á no dar ese nombre á Martin.

ANTON. Martin es hijo mio, pésele á V., y sobre todo, pésele al señoron que nos le quiere quitar con un solo derecho, y ese tan vergonzoso, que si en el mundo hubiera verdadera justicia, ese derecho sería un crímen y bastaria para que ese señor, en lugar de ser general y marqués y rico, fuera...

(*Mari-Cruz, que durante toda la escena ha dado señales mudas de participar con exceso de los sentimientos é ideas de su marido, reprime con dificultad su deseo de aplaudir á Anton.*)

D. LIB. (*Interrumpiéndole con cómica severidad.*) ¡Anton, hable V. de S. E. con el respeto debido!

ANTON. Con el respeto debido hablo. ¿Se debe más respeto que éste al que cuando mozo sedujo y asesinó á una jóven inocente, y cuando viejo quiere asesinar á una pobre y honrada familia, cuyo único delito consiste en tener el corazon y el pundonor que á ese señor le faltan?

D. LIB. ¡Anton, mire V. que le pueden costar caros ese lenguaje y esa terquedad!

ANTON. Suprima V. las amenazas, que nada adelantará con ellas. Soy vizcaíno por mis cuatro costados, y ya sabe V. lo que de los viscaínos cuentan que dijo un gran guerrero...

D. LIB. Sí, el Gran Capitan vino á decir, que era más fácil domar leones que domar vizcaínos.

ANTON. Pues ¿quién ha de domarme á mí, que soy vizcaíno á carta cabal?

D. LIB. ¿Quién? La ingratitud y la soberbia.

---

(1) El autor de esta comedia es D. Julio Enciso.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ANTON. Esas señoras no vienen por acá.
D. LIB. Ahora verá V. si vienen. (*Llamando.*) ¡Martin! ¡Martin!

ESCENA QUINTA Y ULTIMA.

TODOS, *y ademas* UN MOZO *que aparece á su debido tiempo.*

(*Martin, Mari-Cruz é Isabel salen de la casa por el órden en que se los nombra. Mari-Cruz é Isabel vienen llorosas y aterrorizadas.*

MARTIN. Mande V., caballero.
D. LIB. Pongo en tu conocimiento que eres hijo del ilustre y rico Marqués...
MARTIN. (*Sorprendido agradablemente.*) ¡Hijo yo de un Marqués!
D. LIB. Y de un marqués que te reconoce como tal hijo y te hace heredero de su glorioso título y de sus inmensas riquezas.
MARTIN. (*Como loco de alegría.*) ¡Vírgen santísima!... ¡Hijo yo de un marqués!... ¡Viva!... (*Tira la boina al aire y salta de gozo.*) ¡Madre!... ¡Padre!... ¡Isabelilla de mi alma! (*Quiere abrazarlos á todos, pero se contiene sorprendido al ver que léjos de participar de su alegría, están como aterrados.*)
D. LIB. (*A Anton con aire de triunfo.*) Ya ve V., amigo Anton, que el chico no hace ascos al marquesado y los millones de su padre.
ANTON. (*Abatido.*) ¡Ay, ya lo veo! (*Indignado.*) ¡Ingrato!... (*Enternecido.*) ¡Y mi pobre Isabelilla!...
UN MOZO. (*Aparece de repente muy sofocado, subiendo del valle, y se queda parado como sorprendido al ver llorosos á los aldeanos y alegre á D. Liborio.*) ¡Calla! ¡Los aldeanos llorosos y el escribano alegre! Bien dice la adivinanza: ¿En qué se parecen el escribano y la cebolla? En que hacen llorar.
D. LIB. (*Reparando en el mozo.*) ¡Hola, Péru! ¿Qué hay?
MOZO. Esta carta traigo para V. de parte de la señora.
D. LIB. Trae y díle al cochero que enganche si ha desenganchado, que allá voy yo, y espérate, que volverás en el pescante (*El mozo saluda con una inclinacion y desaparece. Don Liborio se apresura á leer la carta*). Señores, carta de S. E. el Marqués. Mi mujer ha conocido que era suya en la corona del sobre y se ha apresurado á mandármela adivinando que era urgente. Oigan VV.: (*leyendo*) «Por el sencillo y circunstanciado relato que V. me hace de sus averiguaciones acerca de mi hijo y de la familia en cuyo seno ha encontrado lo que no encontró en el de sus padres, sospecho que el encargo que he dado á V. va á arrancar amargas lágrimas en esa familia y acaso tambien en mi hijo. No quiero que las arranque más que de alegría y agradecimiento. Una locura, ó más bien una infamia de mi juventud, ha llenado de remordimientos mi vejez. Nada de violencia para con mi hijo ni para con los que le han servido de padres, ni para con la que haya elegido para compañera de su vida y de su alma. En la córte como en la aldea, entre los ricos como entre los pobres, entre los sabios como entre los ignorantes, entre los grandes como entre los pequeños hay buenos y malos. Como yo me creo bueno á pesar de las faltas de mi juventud, quiero proceder como tal en mi ancianidad. Si lo que sospecho resultase cierto, limítese V. á continuar las diligencias para el reconocimiento legal de mi hijo, porque esto es para mí asunto de consuelo y satisfaccion de conciencia, y á suplicar á mi hijo, á sus padres adoptivos y á su hermana de leche y de corazon, que acepten mi amistad y una letra de algunos miles de duros con que hermosear la casa donde viven, para que cuando yo vaya el próximo verano á visitarla y á abrazarlos me puedan hospedar como á un marqués.» (*Todos se conmueven incluso D. Liborio.*)
ANTON. (*Dirigiéndose á Martin.*) ¡Ya ves que tu padre, á pesar de ser marqués y rico, no es soberbio ni ingrato como tú!
MARTIN. ¡Ingrato y soberbio yo!
ANTON. ¿Qué es sino ingratiud y soberbia la loca alegría que has experimentado al saber que eras hijo y heredero de un rico y un marqués?
MARTIN. Padre, ahora va V. á saber lo que era y es mi loca alegría. (*Dirigiéndose sucesivamente en tono suplicante á Anton y á Mari-Cruz.*) ¡Padre! ¡Madre! ¡Concédanme VV. la dicha mayor que puedo alcanzar en este mundo, que es la de casarme con Isabel, para que Isabel y yo vivamos y muramos con VV. donde aprendimos á querernos!
MARI-CRUZ é ISABEL. (*Con inmensa alegría.*) ¡Ah!
ANTON. (*Lo mismo.*) Casaos, hijos mios, y Dios bendiga vuestro cariño como le bendecimos nosotros. (*Se abrazan con ternura y trasporte padres é hijos, y al verlo, D. Liborio se enjuga las lágrimas con el pañuelo.*)
D. LIB. (*Hablando consigo mismo.*) ¡Luégo dicen que un escribano no puede ser sensible! Yo no sé si lloro como escribano ó como padre, pero la verdad es que al ver esto... lloro! (*Procurando disimular su emocion con el cambio de tono.*) Amigo Martin, vaya un padre que te has encontrado como de bóbilis-bóbilis! Bueno, rico y marqués.
MARTIN. Por bueno, y no por rico ni por marqués, le querré y respetaré siempre como el mejor de los hijos.
D. LIB. ¿Tú sabes lo que harás cuando heredes su glorioso título y sus inmensas riquezas?
MARTIN. Lo único que sé es que esta casita y estas heredades y estos árboles que la rodean, no me verán desertar de ellos hasta que vaya á descansar para siempre á la sombra del campanario que se alza allá abajo. Ya tengo (*Abrazando sucesivamente á Isabel, á Mari-Cruz y á Anton*), y eso me basta, aquello que dice el cantar vascongado:

Una heredad en un bosque,
una casa en la heredad
y en la casa pan y amor,
¡Jesus, qué felicidad!

FIN DEL CUADRO DE COLOR DE ROSA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

CADÁVER DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES, EXPUESTO AL PÚBLICO EN EL SALON DE COLUMNAS DEL PALACIO REAL, EL 27 DE JUNIO DE 1878.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LO QUE HEMOS SACADO Y LO QUE HEMOS DEBIDO SACAR

DE LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Viendo estamos con la imaginacion, á traves de las nieblas del Sena, las calles y paseos de Madrid el primer dia que luzca claro el sol, en la estacion en que este ALMANAQUE debe llegar á manos del lector.

Oscuras, cuando ménos, aparecerán las cosas de nuestra tierra á los que hayan empleado la mañana en recoger la opinion de los periódicos y el espíritu de las conversaciones. Entre ciertos diarios que, como todos los de su oficio, ven cuanto pasa de color de rosa, y ciertos otros que sistemáticamente lo pintan más negro que una noche de tormenta; entre esta antítesis de los vehículos de la opinion, eco multiforme de grupos infinitesimales, que miran al país por un prisma de cien faces, cada una de las cuales presenta en primer término como única panacea la pandilla ó el individuo que respectivamente los inspira; entre el clamoreo de esa clase de prensa, excepcional en Europa, que por milagro se ocupa más que de aspirantes al poder, no para hacer desde él cosa alguna fecunda, sino simplemente por el gusto de ejercerle, y que, traduciendo fielmente los procedimientos que patrocina, ha venido á cifrar la política en una serie de charadas ó enigmas, mucho más indescifrables que los jeroglíficos de un monolito egipcio; entre este pugilato de codicias, que ni siquiera conservan pudor para velarse con un pretexto que medianamente las justifique, se alza el clamor efectivo, y demasiado general para ser caprichoso, del productor que arrastra una vida precaria, del comerciante que no vende, del propietario que ve mermada su renta, acompañado de un murmullo de pesimistas, que en las conversaciones privadas nos declaran perdidos sin remision, apénas interrumpido por la contradiccion de optimistas que, áun siéndolo de marca mayor, no se atreven á sostener en público que andemos ganados.

Pero por mala impresion que produzcan esos periódicos y esas lamentaciones, no hay tristeza que resista á la influencia de uno de esos dias invernales de Madrid, en que el cielo se decide á ostentar el límpido azul de la canícula, y el sol á bañar los cuerpos y encender las almas, inundándolas de alegría, de paso que reparte pulmonías mezcladas con tabardillos.

¡Pícaro cielo, pícaro sol los nuestros! Merecerian que de ellos renegáramos, aunque tan admirablemente nos sirvan, para hacerlos responsables de que los nacidos en España seamos tan... tímidos para el trabajo. Sin esa timidez inquieta no tendriamos tanto valor para todo aquello que no obligue á un trabajo efectivo: acaso no habriamos hallado constancia para sostener una lucha de ocho siglos contra los árabes; pero nos habriamos aprovechado de la civilizacion que trajeron á la Península, y salvándonos de caer en la intolerancia, no hubiéramos expulsado tambien, con los moriscos y los judíos, las artes, las industrias y los capitales que enviamos á dar vida á otras naciones; sin ese desamor al trabajo, posible es que, faltos de aventureros, ni hubiéramos descubierto ni conquistado el Nuevo Mundo; pero ni habriamos dejado yermos los campos, cerradas las fábricas, desiertos los talleres y reducida la poblacion á seis millones, ni hubiéramos tenido medio de extremar nuestro abandono hasta perder lo descubierto y sembrar odios seculares en lo inútilmente conquistado; sin esa aversion á toda labor positiva, es lo probable que hubieran escaseado los vagos con que se formaron tercios, como aquellos famosos de Flándes, á que debemos la fruicion de estarnos regalando el oido, hace ya tres siglos, con los nombres de Lepanto y Pavía, San Quintin y Otumba, que tan bien suenan rimando octavas reales y redondeando períodos oratorios llenos de música celestial; pero no hubiéramos precipitado nuestra decadencia con la pérdida de los Países-Bajos, Portugal, todas las posesiones en Italia, el Rosellon y Gibraltar.

El cielo y el sol nos hicieron perezosos; la pereza nos hizo luchadores, refractarios á las herramientas, diestros en las armas, guerrilleros, buscadores de oro, salteadores de caminos, apasionados de los privilegios, señores, mayorazgos, frailes, cofrades, familiares del Santo Oficio; y estos modos de vivir en los tiempos en que se declaraba noble á la pereza y se la rendian honores, han hecho que conservemos aficion á las guerras civiles, repugnancia á los instrumentos del trabajo manual, inclinacion al trabuco y la navaja, amor desordenado á la sopa boba del Tesoro público, y á improvisar por medio de él fortuna, sin más trabajo que firmar la nómina, jugar á la lotería ó dedicarnos á otro linaje de operaciones más funestas aún. ¡Qué nos importa que hayan pasado tres centurias desde que se nos llenaba la boca con la fanfarronada de que en nuestros dominios no se ponia el sol; el dia de invierno que visitando la villa, otro tiempo de los madroños, disuelve las tintas negras de todos los periódicos no optimistas, disipa todas las ideas desconsoladoras que haya podido inspirar el concierto general de quejas, y aturde y fascina, y entrega atada la razon al sacrificio que impone ese culto á nuestro sol y nuestro clima, cifrado en un himno de tres palabras, alegremente cantado por todas las bocas: ¡Qué hermoso dia!

De tal modo nos parece incompatible con todo trabajo, que ni siquiera admitimos la idea de molestarnos para disfrutar de él; nótese que nunca hablamos de salir á buscar el sol, sino de tomarle; es decir, que el bello ideal consiste en recibirle sentados.

A eso aspiran las gentes en que rebosan los bancos de las vías públicas, que aunque se centuplicáran no bastarian para ofrecer reposo á los fatigados de la ímproba tarea de no hacer nada; los que formando corrillos, apénas dejan en ciertos sitios paso por las aceras, y los que, en piés propios ó ajenos, van buscando los paseos de la capital. ¡Quién habló ó escribió de tristezas! ¡quién dijo que los negocios iban mal! ¡quién se atrevió á calificarnos de pobres! ¡quién fué el que intentó afligirnos pintándonos el estado de España, cuando su capital nada en una abundancia tal, que ni la imaginária de Jauja!

En plazas y esquinas aparecen cientos de cientos de individuos que no hacen cosa alguna, espectáculo sin par en las demas capitales de Europa, y prueba, sin duda, de que en ninguna abundan tan prodigiosamente los rentistas que no necesitan ocuparse más que de apuntalar los ángulos de las casas y las portadas de las tiendas. Observando los trajes de esos obstáculos vivientes, se ve que la inmensa mayoría se ajusta con rigorismo mucho más servil que en París á las últimas y más exageradas modas de hombres; como que corbata y alfiler, botones y dijes, son fruto de los profundos estudios de investigacion que sus propietarios acaban de hacer en la Exposicion Universal.

Las aceras se convierten en un desfile de madrileños de ambos sexos; los individuos del fuerte, tan esmeradamente

(c) Ministerio de Cultura 2006

vestidos como los que forman corrillos; los del débil, barriendo el piso con rasos y terciopelos, de colores más claros y risueños que fuera de la Península, pero no ménos ricos que los más caros del mundo, y en su mayor parte, todavía con la señal de los dobleces formados en las cajas que han introducido en Madrid, de lo más llamativo de la Exposicion Universal en punto á atavíos femeniles.

Inunda el centro de las calles un torrente de carruajes flamantes, elegidos entre los más lujosos que las naciones han expuesto en el Campo de Marte, tirados por troncos de yeguas extranjeras, compradas en la Exposicion de animales vivos de la Explanada de los Inválidos.

Si Madrid tuviera una sola calle recta, llana y propia de una ciudad adelantada, donde pudieran lucirse esas carrozas; si los mayorales de los llamados ómnibus, que con tales coches se rozan, no maltratáran el escuálido ganado con una lluvia sistemática de palos, y la moral pública con un chaparron incesante de desvergüenzas y blasfemias; si mezcladas con las gentes que van á los conciertos clásicos, no caminára las que acuden á las corridas de novillos y becerros, que para no dejar vacías las camas del hospital se celebran en los interregnos de las temporadas de toros; si esa mescolanza de públicos no constituyera en la Plaza extraña fusion; si cada frase que pronuncian los más serviles imitadores de las modas extranjeras no empezára ó concluyera con una interjeccion lastimosamente española; si los mendigos no pisáran á cada paso las colas de seda de las señoras; si cada boca de riego no denunciára el robo de la tapa que la cubria y expusiera á un tropezon; si á la vista de los paseos más elegantes no hubiera tejares y chozas africanas, á cuya puerta hacen los habitantes su repugnante *toilette;* si las inmediaciones de otros no se convirtieran en teatro de batallas á pedradas para diversion de la juventud, y en escuela de esgrima á navaja para enseñanza de barateros; si la campiña de la capital de España no tuviera, en punto á vegetacion y á seguridad individual, por única rival la del imperio de Marruecos; en una palabra, si fuera posible no ver más que lo que hemos sacado de las galerías del traje y el moviliario de la Exposicion Universal, la ofuscacion llegaria á ser tan completa, que con razon, hasta cierto punto, podriamos envanecernos de habernos apropiado, más que ningun otro país, todo lo más bello, más elegante y más rico que se ha presentado en el certámen internacional.

Datos positivos tenemos para calcular hasta qué punto han venido los españoles este año á París con la bolsa llena y las maletas vacías y se han vuelto viceversa; cónstanos en qué proporciones tan descomunales han atravesado el Pirineo wagones y más wagones cargados de volúmenes, que constituyen un inmenso arsenal de baratijas para trasformar las mujeres, desde los tacones con honores de zancos hasta el último confin del peinado; y á los hombres, desde la punta de la bota hasta el remate del sombrero, sin olvidar un solo elemento de los nuevamente presentados para engalanar el cuerpo, refinar la molicie y extremar el goce de los sentidos; por desgracia no vemos señales de que, tan á conciencia como en las cosas de ese jaez, se haya fijado la atencion en otras, ménos brillantes y deslumbradoras ciertamente, pero más útiles, más necesarias y trascendentales.

Emancipémonos del pernicioso influjo que un espléndido sol de invierno ejerce en Madrid sobre la imaginacion; cerremos los ojos á las galas y al lujo, y, no en medio de ese lastimoso espectáculo de falsa opulencia y de miseria real, sino cuando la atmósfera se acerque en lo oscuro á lo oscurísimo de nuestro porvenir, juntemos con el pensamiento la idea de lo que somos, y de lo que podriamos ser si los objetos reunidos en los grupos 8.°, 9.°, 7.°, 6.° y 2.° de la Exposicion Universal hubieran tenido tantos españoles que los estudiáran y compráran como el 3.° y 4.°

No nos hacemos violencia en eliminar rigorosamente de este artículo todo aquello que pueda corresponder á la accion del Gobierno, tal como en España la entendemos: precisamente la Exposicion del 78 ha ofrecido entre sus enseñanzas una nueva condenacion del funesto sistema de que los Estados se obstinen en intervenir en lo que mejor que ellos pueden, deben y necesitan los individuos, si quieren adelantar por la vía del progreso, en que los demas pueblos corren á vuelo de águila y nos movemos nosotros á paso de tortuga.

A los individuos toca desprenderse, ante todo, de la idea, muy vulgarizada en la Península, de que nada como ella hay en el mundo; de que su fecundidad, que todo lo produce espontáneamente, es la envidia de los demas pueblos, cuya esterilidad les obliga á vivir de la industria, y de que nuestra raza, nuestro carácter y nuestra lengua son superiores á todas las del universo; á los individuos corresponde sacudir las preocupaciones que contra los consejos de la prudencia han arraigado un respeto ciego á todo lo viejo, sólo por ser viejo; una aversion preconcebida á todo lo venidero, un culto absoluto á la tradicion, sin tomarse el trabajo de apurar lo que significa y lo que oculta, confundiendo las glorias legítimas y venerandas de la patria con las aventuras insensatas que nos han traido al estado actual.

Cierto que España es una gran nacion, cuyo territorio ocupa el quinto lugar en la estadística, sin contar el de las islas adyacentes y provincias de Ultramar; cuyo suelo contiene en su seno gran riqueza mineral y aguas medicinales de várias clases; cuyos terrenos, por la diversidad de sus elevaciones y exposiciones, producen los frutos de los climas frios y de los templados; cuyas extensas costas están rodeadas de puertos importantes: nadie puede negar sin injusticia á los españoles talento, imaginacion y aptitud para toda clase de trabajos que pidan inteligencia, destreza ó vigor. Pero como cuando España iba á la cabeza de las naciones, ni habia físicos, ni químicos, ni economistas, ni ingenieros, sino alquimistas, teólogos, bachilleres y soldados; como, todavía no hace un siglo, por cada sesenta y seis habitantes habia un fraile, por cada treinta y seis un eclesiástico, y por cada novecientos doce una escuela; como en doscientos años bajó la poblacion un 65 por 100 y aumentaron los eclesiásticos un 190 por 100; como las organizaciones posteriores, ni han puesto límite á las aventuras locas, ni han disminuido las luchas intestinas, ni han acabado con el bandolerismo, ni han rebajado la tendencia á vivir de sueldos, ni han despertado la aficion á buscar en el trabajo fortuna independiente; como, segun el último *Anuario Estadístico*, el 80 por 100 de los españoles no sabian leer, y segun el censo municipal de 1876, en la capital misma le sucedia otro tanto al 38 por 100; como, por causas que no debemos apuntar aquí, si ha habido muchos españoles que en las letras y las artes han adquirido gloria universal, son poquísimos los pensadores cuyos trabajos científicos hayan trascendido á Europa, el resultado tangible que acabamos de presentarla ha sido que, con diez y ocho millones de habitantes y con un territorio colocado en quinto lugar, como productores hemos aparecido en la Exposicion de todas las naciones en el octavo, ocupando tan sólo 3.440 metros; cuando los Países-Bajos, que felizmente para ellos sacudieron el yugo de una suerte comun con nuestro pasado, con tres millones quinientos mil, han necesitado 3.784 metros; y Bélgica, con cinco millones, 9.850; que en punto á escasez de invenciones mecánicas, ha tenido España por compañía á Portugal, la China, Grecia, la América del Sur y Marruecos; que en materia de instruccion pública hemos quedado muy por bajo del Japon; que, á pesar de tantos elementos de prosperidad, en la relacion de la produccion con la extension del territorio ocupamos el 13.° lugar, y en la proporcion entre el valor de la riqueza comercial con el número de habitantes el 12.°

Recuerden los que hayan visto la Exposicion, el espectáculo que allí hemos ofrecido y los elementos con que aquel gran certámen nos ha brindado, para reparar por mil medios la postracion y el atraso con que una vez y otra nos

(c) Ministerio de Cultura 2006

presentamos en esas fiestas universales, y, meditando en este abandono que amenaza tomar carácter definitivo, convengamos en que los atavíos suntuosos que se ven en los paseos de Madrid el dia en que brilla un bello sol de invierno, traen á la memoria las casacas de colorines y los tricornios con plumeros copiados de Francia, con que cierta clase de negros, desnudos de pié y pierna, se pasean en la capital de Haiti.

Verdad es que, segun nos cuentan, España fué en lo antiguo morada de divinidades mitológicas, mansion de sueños y fábulas, jardin de las Hespérides, con árboles que producian manzanas de oro: tambien Grecia fué residencia de los dioses paganos, y por cima de eso, cuna de las artes y las letras, cuajada de bosques, surcada por rios en cuyas frondosas márgenes habitaban las ninfas; y el Orontes y el Alfeo son hoy arroyos miserables, y el Olimpo desierto pavoroso, quemado por el sol, que abrasa todo resto de vegetacion y mata toda actividad en aquella raza, siempre grande y siempre inteligente: y Grecia nada ha tenido que colocar en la galería de las máquinas de la Exposicion, ni que presentar tampoco en las otras, como no sea miel de Hymeta, uvas de Corinto, vino de Cefalonia, aceitunas y aceites verdosos é impuros, trigo, avena, maíz y alubias, formando una seccion que parece la sucursal de una tienda de comestibles de Aténas. Como la riqueza tradicional de nuestro suelo, lo mismo que la del helénico, ha venido á parar en que los años más prósperos producimos poco más de lo necesario para el consumo interior, y la escasez de lluvias en un solo invierno nos obliga á importar trigo extranjero para evitar la carestía y el hambre; miéntras que al año siguiente las aguas fluviales, no contenidas por las raíces del arbolado, que estamos talando hace siglos, se precipitan por los montes, formando profundos barrancos, inundando las llanuras, trazando torrentes, llevándose á los mares la tierra vegetal, dejando, cuando se secan, pantanos insalubres; como hay provincias enteras donde las lluvias son consideradas casi como un fenómeno, y el resultado de las cosechas está siempre expuesto á las consecuencias de una sequía, alternadas con los destrozos que causa el desbordamiento, repentino y pasajero, pero desastroso, de casi todos los rios; como á pesar de eso, desde que la inciciativa y la industria de los romanos y los árabes sujetó las cumbres de las sierras á las necesidades del hombre con canales de riego, á que Granada y Valencia deben la fertilidad de su suelo; desde que hace cuatrocientos años comenzó la estúpida ojeriza al arbolado, no hemos acertado á hacer otra cosa que memorias académicas, proyectos y decretos ilusorios para canalizar los rios y repoblar los montes; como en los campos de Castilla no se ve un hilo de agua corriente, ni una mata de hierba, ni se levanta un árbol, ni á orillas del sembrado ni de la era para abrigar al labrador, ni en el camino ni en la Estacion de ferro-carril para dar sombra al viajero, que no distingue más que polvo blanquecino por todas partes; como entre nosotros no hay labriego que tenga analizada químicamente la tierra que cultiva, sin lo cual ni puede saber para qué fruto es más propia, ni qué clase de abonos la convienen; como no hacemos nada para fomentar la agricultura, nada por ejemplo para aumentar los cereales, una de las primeras necesidades de España, ni para sustituir á la siembra y cultivo de una semilla otras; como hay resistencia decidida á importar todo sistema nuevo, y donde hace cinco siglos se sembraba trigo y cebada, lo mismo se siembra hoy, contentándose con una cosecha ó con media y dejando de barbecho las tierras, sin imitar á Valencia y Murcia, donde el año es una sucesion de recolecciones, resulta que miéntras en España, la tierra de promision, el precio del pan ha triplicado en cien años, en Inglaterra, el país que el vulgo del nuestro tiene por pobre y miserable á causa de su suelo y su clima refractarios á la produccion, en vez de subir, ha bajado; que miéntras el labrador de nuestro país, con ímprobo trabajo material y riesgo constante de perder la cosecha, recoge, por ejemplo, un producto bruto anual de 6 fanegas de trigo por obrada de 56 áreas, y un producto líquido, cuando más, de 40 rs., pagada la venta, la contribucion, la siembra y labores, el cultivador inglés, que ha tenido que empezar por crear el terreno, secándole y abonándole, recoge 640 rs. por obrada de cereales, y un beneficio líquido superior á 120; que nuestras lanas, otro tiempo tan famosas, han sido aventajadas por las de Sajonia, Inglaterra, Austria y Francia; que nuestros vinos, por lo imperfecto y descuidado de la fabricacion y de los envases, tienen ya por temibles rivales á los de Francia y Hungría, que disputan los mercados á Jerez y Málaga; que miéntras los labradores españoles viven poco ménos que en la miseria, ignorantes, mal alojados, mal vestidos, mal alimentados, sin que los propietarios saquen por eso gran partido de sus fincas, los ingleses revelan una cultura y un bienestar que se acerca á la comodidad y áun á un lujo relativo, y los dueños del terreno se hacen ricos: en fin, que miéntras en Francia, en Bélgica y en Inglaterra no se ven más que campos verdes, la misma Bética, cuyas bellezas no se hartaba de ensalzar la imaginacion de los poetas, apénas tiene ya en pié más árboles que olivos.

Convengan los que conservando vivas las impresiones que han recibido en España al volver de la Exposicion, despues de atravesar las comarcas que riegan el Sena, el Loire, el Garona y el Adour, cortadas por canales y vías de comunicacion que fecundan y enriquecen terrenos, de peores condiciones muchos que los nuestros más ingratos, en lo que habriamos utilizado la reciente agrupacion de todos los adelantos del universo si, en vez de fijarnos con deleite en la bisutería, las telas y los cortes más nuevos, en los muebles, la porcelana y los cristales más caros; los propietarios, que tan escaso producto sacan de sus fincas agrícolas, hubieran consagrado el tiempo y el dinero á aprender y adquirir elementos de desarrollo en las incomparables colecciones de semillas, de abonos químicos, de sistemas de repoblacion de arbolado y de aparatos para obtener agua, con que ha brindado la Exposicion; si, corrigiéndonos de nuestro desden tradicional para el labrador y nuestra consideracion desordenada al que nada produce, hubiéramos levantado un poco al que apellidamos de antiguo *destripaterrones*, y hubiéramos imitado todo lo posible á Inglaterra, donde, siguiendo un sistema diametralmente opuesto, el gran Canciller preside la Cámara de los Comunes sentado en un saco de lana, emblema de la consideracion que aquel país tiene para la industria: si, ántes que la confeccion de memorias para Academias y lectores de gabinete, hubiéramos promovido asociaciones para traer labradores despiertos á quienes se demostrára prácticamente en las galerías de la agricultura, lo que pueden ya hoy la ciencia y el trabajo para trasformar los campos, multiplicar la produccion con los abonos, las semillas, los riegos y el arbolado y hasta para modificar climas que, como el de España, oponen un obstáculo á la actividad humana; porque, si su sol ardiente conserva viva, rica y poderosa la imaginacion, postra el pensamiento más laborioso, impone el reposo y hace decaer las fuerzas corporales.

Nadie puede negar que nuestro país tiene excelentes condiciones para la cría de ganado; que desde los tiempos del Imperio romano fueron considerados nuestros caballos los mejores del mundo; que desde la invasion de los árabes, conservamos la raza que nos dejaron; que los merinos que con más lucimiento han figurado en la Exposicion, descienden de los que á fines del siglo pasado se sacaron de España; pero como estancamos nuestra ganadería encerrándola en manos muertas y privilegios semejantes al de la Mesta; como, miéntras seguimos tan satisfechos con nuestras razas, tales cuales nos las figuramos saliendo del Arca de Noé, contentos con nuestras jacas para pasear en la Castellana, con nuestras mulas, por tantos conceptos funestas, con nuestra carne de matadero flaca y nerviosa, nuestras leches escasas y pobres y nuestro ganado de tiro pequeño y débil; como la Exposicion acaba de enseñarnos que la organiza-

(c) Ministerio de Cultura 2006

cion de los animales, como la de las plantas, está experimentando una evolucion maravillosa; que la ciencia ha llegado á desmentir la doctrina de una especie de nacion zoológica natural, cuyas fronteras están inmutablemente determinadas desde la creacion; como se ha demostrado prácticamente, una vez más, que el hombre puede modelar los animales á su antojo, no sólo convirtiendo al jabalí en cerdo, al lobo y al zorro en los perros más vigilantes y más fieles guardianes del ganado, sino trasformando todos los seres que nos rodean, modificando su esqueleto, sus formas, sus músculos, su color, su pelo y su estatura, dándoles sangre, carne y hasta cualidades intelectuales, resulta que España, con todas sus condiciones de ganadera, es de las pocas naciones de Europa que no se han presentado en la Exposicion de animales vivos de la Explanada de los Inválidos, en que nuestros caballos hubieran sido aventajados por los que Inglaterra, Alemania, Francia, Rusia y Hungría han ido recriando, apropiándolos artificialmente á las diferentes clases de trabajo á que están llamados; en que los descendientes de nuestros carneros, que á fines del siglo pasado pesaban á los tres años 130 libras y daban 9 de lana, han pesado 240, dando 22 de vellon, y en que tan triste papel hubieran hecho el ganado de cerda y las aves de corral con que á duras penas atendemos á un escaso consumo interior.

Reconozcan los pocos españoles que, áun habiendo venido á la Exposicion, se han dejado ver en las interesantísimas de animales vivos, hasta qué punto es deplorable que nada hayamos hecho para tomar de ellas lecciones y elementos con que dedicar al fomento de nuestras razas caballar, lanar, de cerda y vacuna, aquel esmero que reservamos únicamente para la cria de toros de lidia, destinados á un espectáculo bárbaro, escuela de crueldad, que disipa en un dia los ahorros de una semana.

Notorio es que teniamos excelentes y abundantes maderas, que tenemos ricas minas de carbon, hierro, cobre, plomo y casi toda especie de metales; probados están la aptitud de los españoles y su sentimiento artístico; los cueros de Córdoba fueron los mejores del mundo; las sedas y los azulejos de Valencia, de primer órden; Madrid mismo, aunque sin condiciones manufactureras, adquirió fama por su cuchillería, sus escopetas, sus relojes, su porcelana, sus tapices; pero como expulsamos á los que dirigian las fábricas; como luégo talamos los árboles; como despues prohibimos la explotacion de las minas, para no hacer competencia á las de América, y hoy, aparte las cedidas al extranjero, son las que ménos producen de Europa; como con los fabricantes echamos fuera la ciencia y el capital; como los *Cinco gremios* mataron al nacer el espíritu de asociacion, tantas veces malogrado cuantas ha intentado revivir; como no hay industria que ofrezca á la codicia los alicientes que el Tesoro público, á pesar de las repetidas quiebras, con los vales Reales, los Títulos y los préstamos, que si suelen empobrecer á unos, hacen á otros potentados; como faltos de instruccion cientifica é industrial, apénas tenemos industrias extractivas y necesitamos importar la mayor parte de las primeras materias; como poco más que nada hacemos por la educacion profesional; como apénas tenemos clases abiertas á los que se dedican al trabajo, donde sencillamente, sin tecnicismo y sin pedantería, aprendan dibujo y los conocimientos elementales de ciencias naturales, indispensables para saber siquiera las propiedades de la materia que respectivamente traen entre manos; como la rutina es entre nosotros rémora de la produccion, que ahoga nuestros recursos en su mismo nacimiento; como es la ignorancia elevada á sistema, á tradicion casi religiosa, que rechaza toda novedad, que no compara, ni estudia, ni discute siquiera; como las herramientas, los útiles y las máquinas que usamos son toscas, pesadas, pobres, rutinarias y han sido sustituidas hace mucho tiempo en todas las naciones cultas con arreglo á las leyes de la mecánica, de la química y de todas las ciencias prácticas; como el motor de vapor apénas tiene aplicacion en nuestro país, fuera de los ferro-carriles, que hemos sabido colocar entre los más lentos del mundo, y de algunas pocas fábricas é industrias; como nuestros artefactos movidos por el agua carecen de maquinaria racional y nuestros rios corren grandes espacios sin ser aprovechados; no es maravilla que, falta la industria de capitales, de maquinaria, de productos químicos y de obreros educados, para ocupar una sala de nuestra seccion en la Exposicion industrial, hayamos colocado una cama de municion y una despensa de rancho, y para no dejar vacía la parte que nos correspondia en la galería de las máquinas, nuestro Comisario, á cuyos buenos deseos hay que hacer justicia y cuya situacion, sabiendo lo que de España se ha enviado, hay que compadecer, haya tenido que dar puesto á una plaza de toros de hoja de lata... francesa.

Calcúlese lo que podria hacerse en poco tiempo, si la centésima parte de la actividad, la perseverancia y la habilidad que se desarrolla en intrigas para aspirar á concejales, diputados y funcionarios de temporada, se dedicára á observar, no industrias exóticas, no hilados de algodon con propósito de remedarlos en fábricas que le hilen peor y más caro que ningunas otras, sino los maravillosos adelantos que los municipios están introduciendo en todas las localidades desde la falda Norte del Pirineo: el inmenso movimiento que la iniciativa privada está imprimiendo á todas las comarcas; las verdaderas causas del deplorable cuadro que presenta nuestra balanza mercantil; lo que podemos prosperar explotando bien la riqueza de elementos de que disponemos y los medios que la Exposicion acaba de ofrecernos, para dar prodigioso impulso á la produccion de ciertos artículos industriales, que tienen raíces antiguas en España y que pueden ser los mejores del mundo.

¡Quién negará el temple del labrador español, que, pésimamente alimentado con unas naranjas, un gazpacho, ó cuando más con unas alubias, siega, con una temperatura de 50 grados, de la mañana á la noche! ¡Quién disputará la intrepidez del jornalero, que no dando, acaso por lo mal que vive, estimacion á la vida, la quita y la da, con la navaja y el trabuco en la mano, por la causa más baladí, y está siempre dispuesto á comprometerla en los trabajos más atrevidos y arriesgados! ¡Quién desconocerá que nuestros obreros han demostrado en todos los ensayos industriales bien dirigidos que se han hecho, lo mismo en los siglos pasados, que á fines del último, que en el actual, habilidad, destreza, precision, imaginacion, buen gusto, sentimiento artístico! Pero como nuestras escuelas son más nominales que efectivas; como nuestros métodos son rutinarios y absurdos, nuestros libros de texto sin alcance; como muchos alumnos salen de la escuela deletreando; como nuestra instruccion primaria no se propone propagar ni siquiera las nociones más elementales de la industria, inclusa la agrícola; como áun no hemos caido en la cuenta de que el dibujo debe enseñarse simultáneamente con la lectura y la escritura; como ni han venido á la Exposicion obreros españoles, ni, á decir verdad, hay muchos preparados para que pudieran venir con fruto, de ahí que hayan sido casi la única excepcion entre los de Europa, y que á la enorme desventaja de su atraso añadan ahora la de no haber podido beber en la fuente de perfeccion de los de las demas naciones.

Bien mirado, pocas cosas hay más tristes que la alegría y la fascinacion de un dia de sol de invierno en Madrid, «el lugar más grande de la Mancha», segun la gráfica expresion de mi amigo el Sr. Castro y Serrano; capital de departamento frances de tercera clase, á los ojos de los viajeros superficiales, que la juzgan por las apariencias; donde se viste y se habla á la francesa, desdeñando nuestros grandes elementos, torciendo las dotes indisputables de nuestro carácter, traduciendo civilizaciones vecinas de hace treinta años y caminando á la pérdida de nuestras buenas cualidades para apropiarnos las malas francesas.

Notorio es que el viaje de este año á París ha llenado de los objetos más preciosos los almacenes de los prestamistas

(c) Ministerio de Cultura 2006

madrileños, y ha agotado casi por completo su capital circulante al X por ciento. Veamos lo que hemos sacado y lo que hemos podido sacar de la gran manifestacion de los últimos adelantos del universo, que tanto interes han despertado en unos y con tanta indiferencia han sido mirados por aquellos que más necesitaban contemplarlos. Empecemos haciendo notar que lo que aquí se ha presentado no son elementos para rectificar la opinion injusta con que Europa aprecia en conjunto nuestra monstruosamente desnivelada cultura: por via de prólogo, pretendidos estudiantes sin la habilidad musical de la estudiantina escandinava, fiados únicamente en el efecto de trajes, emblema de nuestra ignorancia escolástica, pero no grupos de maestros de instruccion primaria venidos á estudiar las riquezas de la enseñanza expuestas por casi todas las naciones del Continente; despues, cuadrillas de guitarristas hechos de repente, no orquestas que mantengan en el Trocadero el legítimo puesto que correspondia á nuestros instrumentistas; compañías de bailarines adocenados, majos y boleros, para robustecer el error de que los españoles nos conservamos inmóviles en los tiempos de Fígaro, no trenes de genuinos valencianos con sus zaragüelles, de maragatos con sus pintorescos trajes, estimulados y dirigidos para venir á aprender prácticamente en la Exposicion; ni siquiera una rondalla aragonesa compuesta de mozos zaragozanos de pura raza, su pecho hercúleo al aire y un pañuelo sirviendo de remate á la cabeza, desarrollada, llena de energía y de nobleza. Añadamos á esto, que la mayor parte de los españoles, los madrileños sobre todo, han mirado el gran certámen industrial por el lado del espectáculo, y han venido formando caravanas compactas, que convertian en castellanos determinados hoteles, y se han vuelto, apiñados como los granos de un racimo, sin dar entrada á idea alguna que los distraiga de la última murmuracion que los ocupaba en Madrid: han acudido todos los dias á los sitios donde se hallaba lo deslumbrador, lo fútil, en la seguridad de que se encontrarian unas caravanas con otras; han huido de lo provechoso y fecundo, presintiendo que allí ni verian ni serian vistos de los compatriotas; han *matado el tiempo* (terrible ocupacion, que á quien nos mata es á nosotros) en la calle de las Naciones, frente á la fachada de España, continuando el capítulo chismográfico que dejaron pendiente en la Carrera de San Jerónimo; no han puesto los piés en las conferencias del Trocadero, palenque de discusion de cuestiones vitales para España: han sido el principal sosten de los bailes desenvueltos de Mabille; no han concedido importancia á los concursos eminentemente civilizadores de los orfeones: han estudiado los últimos perfeccionamientos en punto á corridas de caballos; no los progresos de los concursos regionales: han acudido presurosos á las diversiones del Hipódromo, no á las fiestas gimnásticas y á los concursos de tiro, para dar virilidad á las generaciones nuevas: han perseverado en la costumbre de convertir el café en domicilio habitual; no han podido fijarse en las comparaciones á que se presta lo poco confortable de su hogar madrileño, lo mal que viven y lo mal que comen muchas familias que hacen en público ostentoso alarde de un lujo, que ni áun á fuerza de privaciones se sostiene siempre lícitamente; han comprado chucherías en la galería del trabajo; no han intentado introducir en Madrid las pequeñas industrias que producen los llamados artículos de París: han archivado el sofisma deslumbrador ó la frase de relumbron que han cogido al vuelo, para dar brillo, parodiándola, al primer discurso en el Parlamento, en la Academia, en el Ateneo, en el Círculo provincial ó en el café del barrio, en que tanto ingenio y tanta agudeza se malgastan; no han reparado en la decadencia de los torneos retóricos y en la agitacion febril casi general para trasformar todas las reuniones, desde las más caracterizadas hasta las de los pueblos más humildes, en cátedras y clases, dedicadas á propagar la educacion entre párvulos y adultos, esforzándose cada cual en extender el conocimiento de las ciencias usuales, elevar el nivel moral de las poblaciones y mejorar su condicion material: han ido al teatro buscando el placer de los sentidos, la vista de las decoraciones, los trajes y las figurantas escasas de ellos, con que se oculta la decadencia de la escena francesa; no pensando en que la nuestra devuelva á Calderon y á Breton de los Herreros lo que da á Sardou y Feuillet, sino para contribuir á que imite las figurantas, los trajes y las decoraciones.

Cuando han penetrado algo en la sociedad extranjera, ha sido para observar y remedar los caractéres de la francesa en sus frivolidades y sus vicios, no para copiar el movimiento que los ejemplos de Inglaterra, Alemania, Bélgica y la misma Rusia la imponen, promoviendo donativos y esfuerzos individuales y haciendo surgir como por encanto esas sociedades de todas las clases, que comprendiendo cuáles son los mejores medios de asegurar el órden y la paz social, tan gigantescos testimonios han presentado en la Exposicion del impulso que están dando á la multitud de instituciones nuevas para difundir la instruccion, mejorar las costumbres y aumentar la produccion, fundando salas de asilo, reformando las escuelas, creando bibliotecas populares; multiplicando los cursos y conferencias; adoptando métodos sencillos, que hablen á los ojos ántes que á la inteligencia; apartando al niño de la vagancia y al mancebo de la taberna; uniendo la escuela al taller, haciendo del aprendiz un alumno; hermanando al futuro obrero con el fabricante; extendiendo las organizaciones previsoras desde la cuna al sepulcro; educando á la mujer para que sea buena hija, buena esposa y buena madre de familia; haciendo surgir, en fin, asociaciones sin cuento, independientes del Estado; sociedades de socorros mutuos contra los extravíos nacidos de la ignorancia, contra los peligros de la perversion, fruto de vicios inveterados; medios conocidamente más eficaces que las represiones de los códigos y las leyes, para evitar que cada mes demos al mundo el ejemplo de un asalto á los trenes que por las fronteras de Francia ó Portugal nos traen extranjeros; que cada semana haya un secuestro ó la violacion de una casa de labranza, cada dia el saqueo de una iglesia, y cada minuto una tentativa de homicidio, los más de ellos tan sin ocasion como se mata en esas escuelas de ferocidad llamadas plazas de toros.

Aseguraba este ALMANAQUE á las páginas que en él escribiéramos, permanencia sobre la mesa del lector por espacio de un año, y no hemos querido desperdiciar ocasion tan propicia de entregar á la reflexion de los que por él pasen la vista durante trescientos sesenta y cinco dias (no todos de sol espléndido y engañoso) este sumario desahogo de las amarguras que hemos devorado en el período de la Exposicion, tropezando unas veces con la altanería incorregible de los que desconocen á España, y otras con lo que se les ha ocurrido á algunos hijos de ella, que parecen colaborar al sostenimiento de los errores extranjeros acerca de nuestro país. Si algo de lo que hemos dicho parece duro á los que, manifestando privadamente criterios mucho más desconsoladores, prodigan en discursos ó escritos lisonjas al amor propio nacional, sin cuidarse de poner más correctivos á los agravios que corren por el extranjero que aquel consejo de un personaje de zarzuela: «haz que no lo oyes», fíjense en los cuatro hechos siguientes, que no son calumnia de extraños, sino síntesis del estado en que nos encontramos, por culpa, en gran parte, de los aduladores de multitudes. Dos únicas veces ha tenido ocasion la Prefectura de París de referirse, en la prensa, á españoles en el período de la Exposicion: una, para declarar negado el permiso pedido con el fin de presentarnos aquí en berlina dando unas corridas de toros; otra, para poner al público en guardia contra los *enterradores*, cuyo lastimoso ingenio logra extender, del Saladero á toda Europa, las estafas por medio de supuestos tesoros escondidos. En todas las galerías de máquinas del Campo de Marte no hay media docena adquiridas para España. Por el contrario, en toda Europa no hay nacion extranjera que á la nuestra se acerque en

(c) Ministerio de Cultura 2006

punto á consumo de billetes de la lotería de la Exposicion!

La enfermedad es grave: los recursos de que disponemos nos llaman á la resurreccion, á la vida, al progreso; pero la tradicion nos postra, la rutina nos extenúa y la especulacion con el amor propio nacional nos mata. El patriotismo sincero es el primer sentimiento y el primer deber del hombre, estrechamente ligado al país en que nace por todos los lazos de la familia y la nacionalidad, que no es otra cosa que la familia ensanchada: quien no es patriota, no es hombre completo, es un nómada: pero hay dos modos de entender el patriotismo; se cifra el uno en blasonar de él á fin de convertirle en arma cómoda para atraer simpatías, desunir á los compatriotas y abrir paso á la satisfaccion de intereses estrechos de partido; consiste el otro en decir sin piedad verdades, por amargas que sean, denunciar las faltas de los individuos, torpemente escudadas siempre con las que cometen los gobiernos, y poniendo la patria por cima de todos los egoismos, de todas las simpatías y antipatías de los diferentes grupos que nos dividen, proclamar la necesidad de que todas las unidades parciales contribuyan á levantar, cada cual dentro de su esfera, la gran unidad general de que cada una forma parte y de que la civilizacion es el centro; no mirando á un pasado, de que si somos herederos, no debemos convertirnos en cómplices; no empeñándonos en mezclar lo que fué accidental á lo que es inmortal, esforzándonos en contribuir á la resurreccion, al adelanto y la grandeza de la patria en que hemos nacido y á quien se lo debemos todo, resolviéndonos, en una palabra, á cambiar de postura, para no presentarnos al mundo, una Exposicion universal tras otra, con la espalda vuelta al porvenir.

A. Fernandez de los Rios.



DON JUAN MAÑÉ Y FLAQUER,

DIRECTOR DEL «DIARIO DE BARCELONA», DECANO DE LOS PERIÓDICOS ESPAÑOLES.

(c) Ministerio de Cultura 2006



TIPO DE UNA MULATA DE LAS ANTILLAS ESPAÑOLAS.

(ESTUDIO DEL NATURAL POR D. A. ALFAU.)

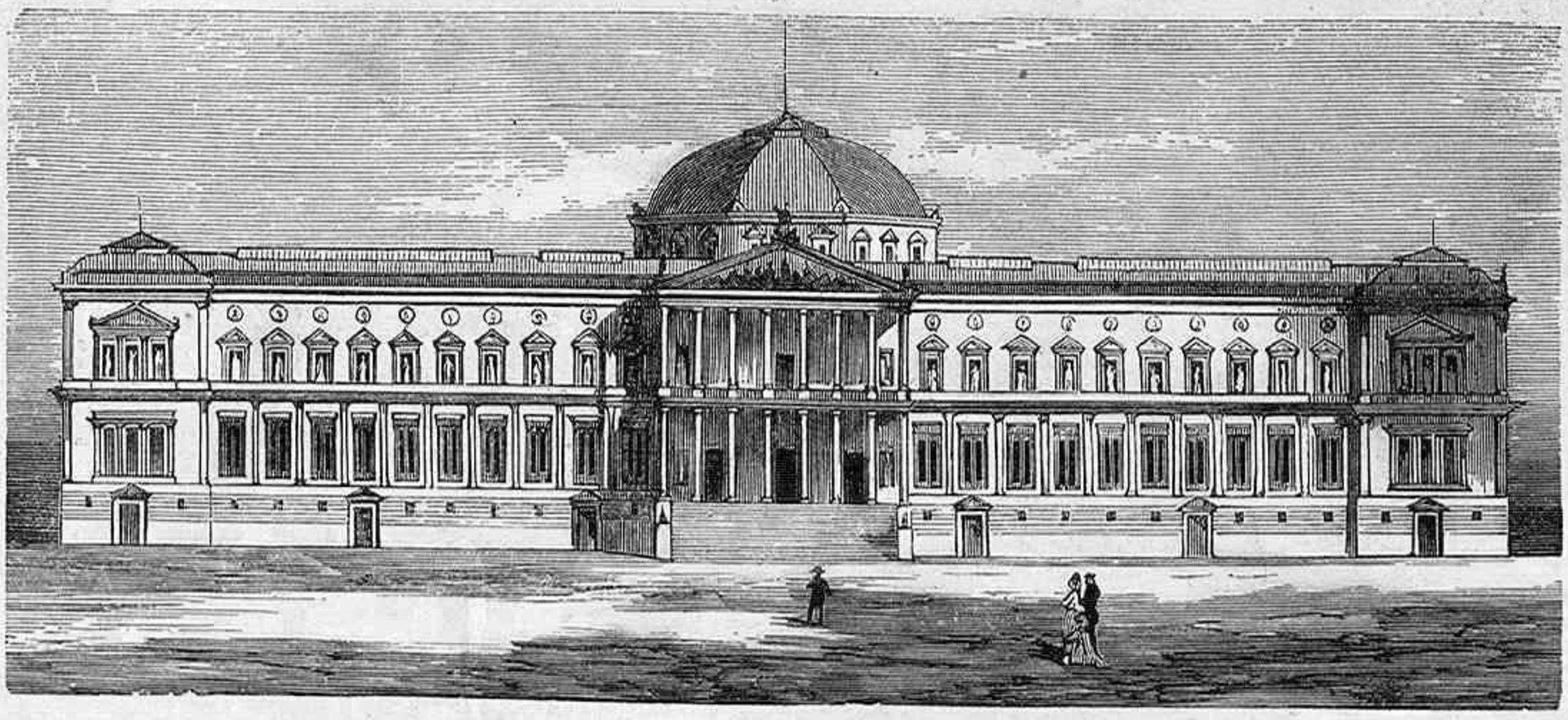
(c) Ministerio de Cultura 2006

Á UN DESGRACIADO.

Era un rio sonoro
Que en vário curso su caudal llevaba
Por el rico tesoro
Que un verjel á su paso desplegaba.
Todo era pompa en él y todo orgullo:
Ora formase bramador torrente,
Ora cruzase con gentil murmullo
Por la campiña amena,
Ora luciese la rizada frente
O el limpio lecho de menuda arena.
Tendia el sol su luminoso manto,
Y á su inmortal reflejo
Nueva vida do quier y nuevo encanto
Brotaban sin cesar, y en áureo espejo
El rio convertido
Seguia más y más envanecido.
Corrieron muchos y felices años;
El rio de las aves repitiendo
Los trinos cadenciosos
Y de la flor el azahar bebiendo;
Las aves y las flores
Contemplando en el rio sus primores.
Corrieron... sin que caso
Hiciera el rio en su altivez creciente
De un pobre arroyo que con lento paso
Cruzaba tristemente,
Cercano á la ribera,
Sin gala alguna que esplendor le diera.

El soplo halagador del aura pura,
La humana pequeñez asemejando,
Sin duda al ver su condicion oscura
Nególe el beso de su aliento blando,
Y huyendo de su márgen temeroso,
Al rio se inclinó, por poderoso.
Pero de pronto el huracan pujante
Tendió sus alas, y del cielo oscuro
El rayo fulminante
Cruzó la inmensidad. Raudas del monte
Bajaron agolpadas las corrientes,
Que prado y valle en lago convirtieron
Y á un tiempo removieron
La tierra toda con creciente brío;
Y abierto el cauce del humilde arroyo
Que ántes vasallo despreciado fuera
Del orgulloso rio,
En rey se convirtió de la pradera.
¡Quién al mirar la radical mudanza
Del tiempo y de natura
Destierra en su infortunio la esperanza
O goza descuidado en su ventura!...
Si basta un soplo del que espacia el dia
Para cambiar la crëacion entera...
¡Menguado el venturoso que confia!
¡Menguado el infeliz que desespera!

FRANCISCO PEREZ-ECHEVARRÍA.



MADRID. — EDIFICIO PARA BIBLIOTECA Y MUSEOS NACIONALES, EN CONSTRUCCION EN EL PASEO DE RECOLETOS.

(c) Ministerio de Cultura 2006



CATARATAS DEL NIÁGARA.—TOURISTES VISITANDO LA CATARATA LLAMADA DE AMÉRICA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ARMONÍAS.

I.

Cuando un rayo de sol da en mis ojos
Al brillar en Oriente la aurora,
Y robándome al dulce Morfeo
Inunda mi estancia con tintas de rosa,
Sus más dulces trinos
Exhala la alondra;
El aire parece
Que arrulla, si sopla;
Las flores esparcen
Lozanos aromas,
Y, soñando despierto, distingo
Tu rostro grabado con lumbre en la sombra.

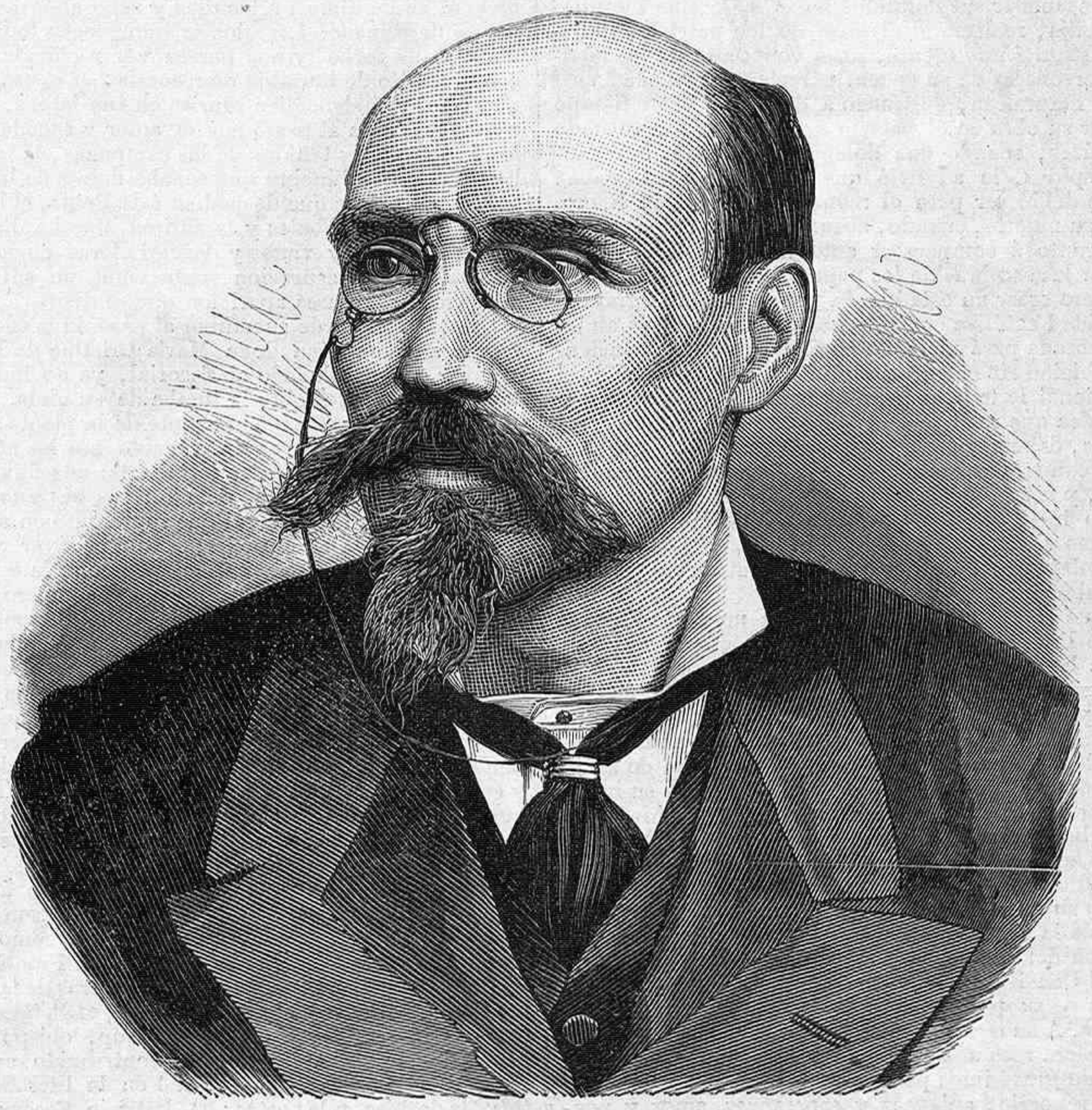
II.

Cuando Apolo en su plaustro encendido
Al mediar su triunfante carrera,
Sacudiendo el rojizo cabello,
Los campos, los mares, las nubes incendia,
Las aves unidas
Sus trinos elevan;
Del aire el aliento
Sofoca y caldea;
Las flores despiden
Ardientes esencias,
Y yo siento tu boca en mi boca
Dejando y cogiendo mil besos que queman.

III.

Cuando el padre dichoso del dia
Se retira rendido al ocaso
Y abrillanta las nieblas oscuras
Que torpes su rostro velar intentaron,
Las aves prorumpen
En lúgubres cantos;
El aire en las hojas
Resbálase lánguido;
Las flores se inclinan
Con triste desmayo,
Y se escuchan dos gritos distantes:
Con uno me llamas... con otro te llamo.

CÁRLOS COELLO.



DON JOSÉ ECHEGARAY, EMINENTE AUTOR DRAMÁTICO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ÍNDICE DEL AÑO.

Hay años sin historia: en otros se atropellan los sucesos: un solo hecho basta á veces, por su magnitud, para llenar un período de años, y hay algunos que equivalen á una crónica. El año 1878 es fecundo en acontecimientos graves y en fechas tristes sobre todo: la muerte se ha complacido en segar cabezas ilustres: Víctor Manuel y Pío IX, la reina doña Mercedes y doña María Cristina de Borbon, cayeron sucesivamente: es decir, el que fundó la unidad italiana arrebatando sus Estados á la Iglesia, y el Pontífice víctima del despojo; la reina sin historia y la que simbolizaba todo un período histórico; la niña angelical y la anciana venerable.

En Víctor Manuel perdió el reino de Italia al político sagaz que, elevado al trono humilde del Piamonte, recien vencido por el Austria, supo, aprovechando los sucesos y los hombres, ensanchar sus dominios hasta las costas meridionales de Sicilia, realizando el ideal de los patriotas italianos: Rey astuto é inteligente, gran conocedor de las intrigas y los personajes de su época, parecia, por su edad viril y vigorosa naturaleza, destinado á disfrutar largo tiempo y consolidar su obra en el palacio del Quirinal, arrebatado á los pontífices, cuando una dolencia repentina, agravándose con rapidez, le advirtió que su reinado terminaba: triste noche debió ser para el monarca la del 8 de Enero, víspera de su muerte, cuando, absuelto de sus culpas por la Iglesia y pronto á comparecer ante Dios, pasaban por su imaginacion las sombras de los papas cuya soberanía habia destruido para crear un estado más, y comparaba la grandeza de la unidad católica con la unidad de Italia. Mala almohada es la corona para morir tranquilamente, si la conciencia y la ambicion riñen entre sí. Muerto Víctor Manuel, el partido nacional le tributó grandes honras, y sin ser benévolos á la idea que realizó, en cuanto hubo de producir ruinas mayores, debemos confesar que su obra es colosal para conseguida con tan pocos elementos; que fué un político consumado, y sólo le faltó, para dar majestad á su figura, el valor de no inclinarse al morir ante la Iglesia, que persiguió miéntras vivia. Acaso hubiera restituido en aquel instante, á no dejar por sucesor á su hijo Humberto, primero de este nombre y segundo Rey de Italia.

Parecia que la Providencia conservaba un resto de vida al venerable Pío IX para dar al mundo el ejemplo generoso de un papa bendiciendo y perdonando al enemigo de la Iglesia: cumplido este designio, rindió su alma á Dios aquel cuyo pontificado tuvo mayor duracion en la serie de los papas: noble y simpática figura, empezó su reinado entre aclamaciones populares; se vió en la precision de abandonar á Roma, disfrazado, y sólo pudo entregar á su inmediato sucesor Leon XIII, de los antiguos dominios de la Iglesia, un barrio de Roma y el palacio del Vaticano. El prestigio de su virtud, las tribulaciones de su vida y el respeto, ya tradicional, que merecia á los católicos, dieron á la noticia de su muerte el carácter de un duelo universal. Las luchas de la idea moderna, las reformas que introdujo, la declaracion del dogma de la Inmaculada Concepcion, el Syllabus, el Concilio Ecuménico y la ruina del poder temporal, hacen de su pontificado uno de los más importantes de la historia. A su término, el catolicismo se conmovió como si se hubiera roto una tradicion y la Iglesia entrase en un período de gravísimos peligros.

Fiestas y regocijo, aplausos y esperanzas, amor y poesía... ¡Qué risueño empezaba el año para España! La union del Rey D. Alfonso XII con la infanta doña Mercedes de Orleans parecia abrir un largo período de amor y de ventura en el trono: era la aurora sin nubes de un reinado feliz; nunca tuvo enlace Real tantas probabilidades de dicha y duracion: ni un solo presentimiento triste empañaba los ánimos, y en las fiestas reales con que se celebró aquel hecho fausto, se renovó la antigua pompa de la córte y la nobleza castellanas. Aun resonaban los ecos de las músicas, se veia el resplandor de las luminarias y se oian los últimos murmullos del alborozo popular, cuando una triste noticia, circulando repentinamente por toda España, heló la sonrisa en los rostros é hizo rodar lágrimas por las mejillas de los más indiferentes. La reina doña Mercedes habia volado al cielo el 26 de Junio, á los diez y ocho años de edad y cinco meses de reinado. Los ojos se humedecen todavía al recordar aquella fecha, y nos parece ver reclinada en su ataud, con el hábito de humilde mercenaria, el rostro marmóreo y una ideal y melancólica sonrisa en sus labios, á la reina de un dia, elevada al trono por el amor y robada al trono por los ángeles. Los tañidos de las campanas, la tristeza popular, la marcha fúnebre que sonaba detras de la estufa mortuoria, las salvas que despedian á la Reina, el latido melancólico de los timbales y la última Marcha Real, de todos esos recuerdos y vagas y desgarradoras emociones queda en el alma una sensacion triste como un adios, poética y misteriosa como una aparicion que se disipa.

Cuando más tarde sucumbió al peso de la edad, en el Havre, la anciana reina doña María Cristina de Borbon, y su cadáver fué trasladado al Escorial, ya no hubo lágrimas; se habian agotado sobre la tumba de su nieta. Lastima ver el capullo separado violentamente de la planta; pero no ver caer al tronco, ya sin savia, vencido por los años. La reina Cristina era una crónica ya terminada: una figura de cuerpo entero que pertenecia al pasado: sus antiguos partidarios no existian: la idea liberal que representó en su tiempo estaba consolidada en el poder: era un cadáver regio que entraba en su palacio natural, el panteon: la esposa de don Fernando VII volvia á reanudar en el sepulcro de los reyes lazos antiguos, deshechos por la muerte. Sesiones tumultuosas, entusiasmo y motines populares, estruendo de batallas, himnos patrióticos, gritos de agonía, son el eco del período agitado que presidió en su vida política: sin duda al cruzar las puertas de la otra vida rodearon su espíritu en oleada impetuosa las sombras de los caudillos liberales, los tribunos, los ministros, los poetas y los artistas de su tiempo, y en el fondo, amenazadoras y sombrías, las huestes derrotadas en Luchana, los privilegiados del antiguo régimen, y con sus hábitos cubiertos de sangre, los frailes asesinados por la plebe.

Otros personajes ilustres han acompañado á la tumba á esas víctimas augustas, ya de estirpe Real, como el rey Jorge de Hannover, ya políticos eminentes, como Lord John Rusell, jefe del partido *wight*, y monseñor Franchi, que obtuvo votos para el pontificado; ya lumbreras de la ciencia, como Claudio Bernard, el gran fisiólogo; el P. Secchi, vijía del mundo sideral; monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, honra de su siglo. España ha contribuido con nombres respetables por su rango social ó en la literatura, la política, las armas y las artes: D. Patricio Escosura, Amador

(c) Ministerio de Cultura 2006

de los Rios, Hurtado, Eslava, Bruil, Milans, Zulueta, Mackena, La Serna, Bicetto, San Juan, Peñuelas, García Lopez y la ilustre Princesa de Vergara. Pasad, sombras del panteon de 1878, seguidas de otras más humildes y oscuras, que no dejan epitafio sino en el corazon de sus amigos, y abandonan el mundo silenciosas ó entre coros universales de sollozos, como las víctimas del Cantábrico ó las que se hundieron en el Támesis con el vapor *Princesse Alice*.

Un suceso feliz para España ilustra el año y arroja un rayo de luz entre las sombras. Si la tranquilidad interior de la Península no fuera un bien que por gozado apénas advertimos, paz que sólo turbó un conato de insurreccion abortado en la frontera portuguesa, la conclusion de la guerra que amenazaba empobrecer y asolar la mejor de las Antillas bastaria para sobrellevar con resignacion los reveses mencionados. Diez años de guerra civil retrasan muchos años el progreso material, y el de la poblacion acaso muchos siglos: ruinas, incendios y miseria, familias aristocráticas diseminadas por los bosques; fusilamientos, epidemias, luchas crueles entre hermanos; la juventud más florida segada por el plomo y el acero; lágrimas y luto: aquellos cuadros horribles concluyeron; la vista estaba saciada de sangre y los brazos cansados de matar. Las madres afligidas, los pueblos arruinados, y la Patria acongojada, han grabado en sus corazones dos nombres ilustres, que convirtieron los odios en abrazos y la desolacion en alegría. Martinez Campos: Jovellar.

Duele consignar entre los hechos que tienen resonancia el atentado contra la vida de S. M. el Rey de España, tercer conato de regicidio que registra la crónica del año en Europa, como verá el lector cuando nos ocupemos de Alemania. Un tonelero, Juan Oliva y Moncousi pretendió turbar la fiesta que se hacía en Madrid por el regreso del monarca, disparándole un pistoletazo, cuando marchaba al frente de su escolta. La bala, por fortuna, se estrelló en un edificio de la calle Mayor, y el agresor fué preso en el acto. Como, en rigor, este crímen sólo ha servido para alzar enérgicas protestas en todas las clases sociales y entre los hombres de todos los partidos, la imaginacion sólo puede ver en el acto el bárbaro extravío á que pueden conducir el fanatismo y la ignorancia.

Mal año ha sido el 78 para la mísera Turquía: forzados los desfiladeros de los Balcanes y tomada Andrinópolis por los rusos, tuvo que suscribir el ominoso tratado de San Estéfano, cuyas cláusulas alarmaron á Inglaterra, la cual envió al Mediterráneo sus tropas de la India. Hubo un momento en que parecia iba á surgir de un documento de paz la guerra universal: las naciones fuertes se dispusieron á la lucha, y los pueblos débiles temblaron. En aquel conflicto, Alemania, representada diplomáticamente por el príncipe Bismarck, sosegando las impaciencias de Austria é Inglaterra, moderando las exigencias de Rusia, y convocándolas á un Congreso, con las demas potencias signatarias del antiguo tratado de París, presidió las conferencias europeas, á cuyas decisiones se dió el nombre de tratado de Berlin. Turquía vió sus Estados de Europa distribuidos por la diplomacia entre las naciones que la rodeaban: á su costa ensancharon Sérvia y el Montenegro sus reducidos territorios: Austria ocupó la Bosnia y la Herzegovina para dominarlas en su nombre: entre el Danubio y los Balcanes se formó un Estado nuevo: Rusia ensanchó su litoral con la Besarabia y con algunos puertos en el Asia: sólo Rumanía se consideró perjudicada, y la diplomacia se mostró insensible á las pretensiones ambiciosas de los griegos. Inglaterra adquirió la isla de Chipre, garantizando al Sultan sus posesiones en el Asia, y la paz momentánea se logró destrozando el mapa político de Oriente. Paz tan efímera, que la lucha evitada en el Mediterráneo y el mar Negro renace en las fronteras del Indostan, provocada por el Soberano de Cabul, influido por los rusos, miéntras descontentos inferiores toman las armas en Bulgaria y Macedonia. El famoso tratado de Berlin ¿no producirá siquiera el efecto de una tregua?

Dos regicidas en un solo año, ménos aún, en pocos dias, ha producido en Alemania la lucha social que perturba nuestro siglo: uno y otro representan los dos elementos rebelados contra el poder Real; Hœdel, el hojalatero sajon, la plebe ignorante y brutal que ataca ciegamente sin herir; Nobiling, los espíritus educados, cuya exaltacion más reflexiva y peligrosa puede convertir momentáneamente en realidad ciertas utopias. El primero, presentando más el cuerpo, dispara á pocos pasos su revólver contra el rey Guillermo sin dañarle, miéntras la escopeta de Nobiling inutiliza á gran distancia al Emperador, obligándole á depositar temporalmente el gobierno en el Príncipe heredero: el hacha del ejecutor siega de un golpe la cabeza del obrero regicida, miéntras el criminal más ilustrado se sustrae con el suicidio al castigo de la ley y evita el golpe del verdugo. Hœdel, el repugnante regicida, es el primer reo que sufre la pena de muerte durante el reinado glorioso del emperador Guillermo, el cual acaso hubiera firmado el perdon si los disparos de Nobiling no hubieran dejado sin movimiento la mano augusta que tenía la costumbre de indultar.

La familia Real, el Gobierno y los conservadores de Alemania, alarmados con estos crímenes y alentados con la reprobacion popular de que son objeto sus autores, influyen en la confeccion de una ley contra el socialismo, que es desechada por el Reichstag: el Príncipe heredero disuelve la Cámara, y el nuevo Reichstag vota la ley. Sin embargo, pasquines, anónimos, votos electorales y cierto malestar que precede á las convulsiones sociales y políticas, denuncian la existencia en Alemania de un estado subterráneo, organizado y poderoso, que mina lentamente los poderes. Y miéntras Europa tiembla ante las decisiones de la córte de Berlin, ésta se estremece á cada trepidacion de la fuerza misteriosa que siente palpitar bajo sus piés, y reconcentra en ella toda su atencion.

Dos nuevos reinados en Italia, uno espiritual é ilimitado, otro temporal, fijan en Roma la atencion de los hombres pensadores. El Papa Leon XIII, que fué en el siglo Monseñor Joaquin Pecci, Cardenal del órden de presbíteros desde 1852, y Camarlengo de la Iglesia romana al espirar su antecesor, aclamado por el Cónclave al segundo dia de escrutinio despues de la tercera votacion, fué coronado en la capilla Sixtina con el ceremonial de costumbre, pero en forma reservada. Una gran moderacion, en armonía con la difícil situacion de la Iglesia, imprime á todos sus actos un carácter de expectativa diplomática que le coloca á igual distancia de la tendencia católico-liberal y el partido ultramontano: ningun acto ostensible le ha desviado de la circunspeccion con que inauguró la política de su Pontificado: se le atribuyen ideas tolerantes, pero ni su actitud lo desmiente ni confirma: el Gobierno aleman se inclina á restablecer sus relaciones con el Papa, y éste no se opone á una avenencia si hay fórmula posible: Leon XIII es aún, como político, un enigma: la diplomacia le estudia y le respeta.

La sagacidad del rey Víctor Manuel perjudicaba á la reputacion intelectual de su hijo Humberto al heredar el trono de Italia: las comparaciones inevitables entre una y otra capacidad para el difícil cargo de consolidar un estado recien constituido, no eran favorables al segundo: suponíasele inclinado á los partidos avanzados, y de carácter ménos flexible que su padre. Sin embargo, en el corto espacio de prueba á que podemos referirnos, sólo ha sido un continuador pasivo de la política de aquél: si algun indicio logra dar vaga luz acerca de sus tendencias, es, hasta ahora, cierta inclinacion á intervenir en las cuestiones exteriores, por cierto sin buen éxito, ya intentando hacer algun peso en los asuntos de Oriente, ya influir en los de Egipto, ya resolviendo una crísis en sentido algo avanzado, que pudiera alentar en Italia la política irredenta, peligrosa exaltacion de los partidos liberales que sueñan con la adquisicion de Trieste y el Trentino. Pero estos vagos síntomas no sa-

(c) Ministerio de Cultura 2006

bemos si revelarán el carácter é inclinaciones del Monarca, que, como Rey constitucional, tal vez se inspire únicamente en la opinion algo dispuesta á aventuras en Italia: consultando sus aficiones íntimas, se le tiene por hombre morigerado y temeroso del escándalo, á quien preocupa la idea de pagar las deudas contraidas por su padre, muchas de ellas supuestas por los acreedores, segun cuenta la fama. El tiempo dirá si Humberto I está á la altura que exige su delicada y visible posicion.

No descenderémos á recordar los hechos aislados ó pequeños que en uno y otro mundo han sucedido en el año que vamos recordando á grandes rasgos: ni la osadía del nihilismo ruso, ni las disputas promovidas por el centenario de Voltaire, ni el sangriento motin de Constantinopla, ni la sublevacion de indios en la Nueva Caledonia, ni la aparicion del cólera en Marruecos, hijo tal vez del hambre y la miseria, ó la horrible epidemia de fiebre amarilla en Orleans, se prestan á grandes reflexiones. Mas podriamos detenernos, como síntoma trascendental para el porvenir de Francia, en la creciente popularidad de un tribuno que, por la fuerza de su voluntad y su palabra, ejerce de hecho en Francia una influencia extraoficial, haciendo sombra á los más altos poderes del Estado; pero sobre todo, mucho podriamos hablar de uno de los hechos magnos de este breve período, la Exposicion Universal de París, si no hubiéramos de limitarnos á las condiciones modestísimas de un índice.

Compendio cada Exposicion de los adelantos generales, áun cuando van siendo tan frecuentes é inmediatas, siempre acusa la última un grado superior en la escala del progreso. Nada más difícil que hallar el carácter distintivo de una Exposicion: para las gentes que anteponen á todo la difusion de la cultura, se distingue la de 1878 por la exhibicion más ámplia y más completa de los métodos y materiales que cada pueblo emplea en la enseñanza pública: á otros ha sorprendido la rápida y completa modificacion del gusto en la industria de Inglaterra, y algunos han dedicado su atencion especialmente al pueblo japones, á quien llaman la Francia del Oriente. Pues bien; todos estos rasgos, y otros que omitimos, constituirán en conjunto la fisonomía que se busca. Nosotros vemos otro todavía: la ausencia de Alemania, representada únicamente en la seccion de Bellas Artes. Son los alemanes un pueblo demasiado reflexivo para que su conducta no deba hacernos meditar. ¿Comprenderán que esas exhibiciones sólo aprovechan á los pueblos colocados á la cabeza del progreso industrial, ó que tienen carácter absorbente, perjudicando á los demas? La abstencion del imperio aleman debe estudiarse con gran detenimiento. ¿Seguirán á la suya otras abstenciones? ¡Quién sabe! Acaso los pueblos que no progresan con rapidez concluirán por no asistir, como dejan de ir á las grandes reuniones las damas que no pueden variar de vestido con frecuencia.

Imposible seguir con la mente la actividad de los sabios que, ora buscan y creen haber hallado planetas entre Mercurio y el Sol, estudian cada eclipse, observan minuciosamente la naturaleza física y el aspecto de la superficie de Marte, con sus mares, hielos, islas y canales, ó nos revelan, consignando la aparicion de un nuevo cráter, que hay vida central en el satélite de la Tierra; ora interrogan á las ruinas y enriquecen los Museos de Lóndres, París y Aténas con hallazgos babilónicos y griegos; ora discurren acerca del orígen del hombre, cuyos rastros industriales creen haber encontrado los geólogos en el terreno terciario: miéntras algunos paleontólogos católicos se inclinan á admitir la existencia del hombre irracional, es decir, un sér anterior á Adan, inferior al hombre y superior al mono, dotado de instintiva industria; otros sostienen recientemente no ser los instrumentos descubiertos en el silex de Thenay sino producto mecánico de la accion de las aguas y la arena, que en todas las playas del mar pulimenta, redondea y da aspecto de artefacto á los cantos que ruedan impulsados por el oleaje. Se necesitaria una gran erudicion para hacer el índice científico del año, que no es, por otra parte, de nuestra competencia. Ademas, la atencion pública apénas se fija, no ya en las tareas del matemático que sigue alargando los límites de su ciencia y descubriendo nuevos soles en el mundo de lo abstracto, ni en las combinaciones del químico, ni en las sutilezas del filósofo, sino ni áun en el sabio que muere mártir de la ciencia, como Fistcher, haciendo experimentos en su laboratorio de Praga con el cianuro de potasio. Se ha necesitado que la Academia Francesa admitiese oficialmente en este año el gran invento de Edisson para que se creyese en la existencia del fonógrafo, cuyo autor ha continuado dando sorpresas con sus aparatos ingeniosos; ya un nuevo diapason, ya el microtasímetro, el más sensible de los instrumentos para la medida del calor, ú otro que, moviéndose á impulso de la voz, mide su fuerza y podria aprovecharse hasta para barrenar una madera. Fijos los ánimos principalmente en los adelantos de la acústica, apénas han dado importancia á los experimentos hechos para probar que las plantas se nutren tambien con la electricidad atmosférica; la verdadera sorpresa científica del año es el micrófono de Hugues, invencion prodigiosa que aprecia y trasmite por un alambre, ampliándolos con fuerza, los rumores más imperceptibles.

Las artes han tenido su reunion magna en la Exposicion Universal: la literatura, un Congreso presidido por Víctor Hugo, y cuyas ventajas acaso se obtengan algun dia: más de cuarenta Congresos, de caminos y trasportes geográficos, de obreros ó de mujeres, han discutido todos los asuntos humanos que están sobre el tapete; crísis económicas, huelgas industriales, entre las cuales las más originales han sido la de los consumidores de gas en Barcelona y la de los hortelanos de Valencia: nada ha faltado este año: hasta un insecto nuevo ha declarado la guerra á los tomates en los Alpes Marítimos, y contra la prevision de algun sabio, la *phylloxera* se presentó de repente en las vides malagueñas, como partida de bandidos en un país tranquilo y poderoso, produciendo una emocion tan profunda como la que causó en Madrid la aparicion de la calderilla falsa: ¡la calderilla! esa savia del mercado, la letra minúscula de la circulacion, el trigo de la moneda, el numerario de los pobres. Y este año de tanto movimiento, de tanta vida y muerte, no ha concluido todavía, y tenemos que dejar su crónica truncada cuando suenan ecos de guerra en el desdichado suelo de Turquía y en el apartado Indostan; los partidos avanzados se agitan en Italia; Alemania persigue con actividad el socialismo; Austria está en crísis, y todo hace presentir que cerrada la Exposicion universal se preparan tambien en Francia graves acontecimientos. Pero como no tenemos el dón de profecía, hemos de dar por terminado aquí este artículo que, sin embargo, está por concluir. ¿Quién puede llenar las páginas en blanco de la historia que áun no ha sucedido? Ojalá que sólo hechos risueños constituyan el epílogo del año.

* * * *

1.º *de Noviembre.*



(c) Ministerio de Cultura 2006

MAR DE ARAL

IMPERIO DE RUSIA

R. Sir Daria

Khiva

KHIVA

Frontera Meridional de Rusia

Tashkend

Khokand

Margilan

R. Amu Daria, Oxus

R. Sarafshan

Bokhara

Samarkanda

Montes Alai

Shahri Sabz

BOKHARA

Kizil Arvat

Charjui

Hissar

Pamir

Naman i Kob

R. Attrek

TURKESTAN

Khoja Saleh

Faizabad

WAKHAN

Bujnurd

Astrabad

R. Tejend

Kalat e Nadir

Meru

Kunduz

Paso Ishtrasm

Paso Karchtul

Saraks

Balkh

Kulm

BADAKSHAN

Shahrud

Sabzawar

Mashad

Derbend

R. Murghab

Hindo Kush

Paso Khanbak

Iabul

Paso Bamyan

Peshawar

Herat

R. Heri Rud

Jellalabad

Paso Khyber

Ghiznee

Valle Kurum

Thul

Rawul Pindee

INDEPENDIENTES

AFGHANISTAN

Kalat i Ghilzi

Paso Gumal

PERSIA

Yazd

Girishk

Kandahar

R. Indus

R. Jhelum

R. Chenab

R. Ravee

Multan

SEISTAN

Nasirabad

R. Helmund

Quetta

Paso Bolan

Sakhee Sarwar

Frontera Occidental de la India

TRIBUS INDEPENDIENTES

Mts Suliman

R. Sutlej

Karman

Kelat

Jacobabad

Paso Mula

VALLE DEL INDO

Sukkur

FERRO CARRIL

Bandar Abbas

BELUCHISTAN

GOLFO PERSICO

Paso Beyla

Hyderabad

Gwadar

Kurrachee

MAR DE LAS INDIAS

50 0 50 100 150 Millas Inglesas

LIT TIP Sn NICOLAS, 7 Y 9

MAPA DEL AFGHANISTAN, CON INDICACION DE LAS FRONTERAS DE RUSIA Y LA INDIA INGLESA.

(Las lineas gruesas señalan los caminos de las caravanas.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

Páginas.

Preliminares..... 3 y 4
Santoral..... 7, 8 y 9
Elementos del Almanaque, por D. Cesáreo Fernandez Duro..... 10
ALMANAQUE LITERARIO.—PRÓLOGO..... 14
Don Pedro Calderon de la Barca..... 15
El Padre Juan de Mariana..... 17
El Padre Maestro Fr. Gabriel Tellez (*Tirso de Molina*)..... 19
Miguel de Cervántes Saavedra..... 21
Don Luis de Góngora..... 25
Don Leandro Fernandez de Moratin..... 27
Don Antonio Solís..... 30
Don Juan Ruiz de Alarcon..... 32
Don Francisco de Quevedo Villegas..... 35
Santa Teresa de Jesus..... 37
Frey Félix Lope de Vega Carpio..... 39
Jerónimo Zurita..... 43

POR D. CAYETANO ROSSEL.

El año pasado y el año que viene, por D. José Fernandez Bremon..... 47
Pensamientos sueltos, por D. José Selgas..... 49
Sancho Gil (cuento), por D. Gaspar Nuñez de Arce.. 51
La leyenda del amor, por D. Isidoro Fernandez Florez..... 63
A un maestro de escuela, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera..... 67
Correr la tuna, por D. Julio Monreal..... 69
Un manicomio modelo (narracion fantástica), por don Manuel de la Revilla..... 74
Las bodas de la muerta (tragedia en tres cuadros), por D. Víctor Balaguer..... 80
El Bermejino prehistórico, ó las salamandras azules, por D. Juan Valera..... 89
Astros, poesía, por D. Manuel Reina..... 103
La velada, poesía, por D. Eusebio Blasco..... 104
El invierno y el verano ante la crítica racional: El calor del invierno y el frio del verano, por D. José de Castro y Serrano..... 106
Principio y fin de la historia y álbum de una rosa, por D. José Zorrilla..... 113
Al siglo XIX, oda, por D. Narciso Campillo..... 115
Cervántes, inventor del álbum, por D. Nicolas Diaz de Benjumea..... 118
El Expósito, cuadro de color de rosa, por D. Antonio de Trueba..... 119
Lo que hemos sacado y lo que hemos debido sacar de la Exposicion universal, por D. A. Fernandez de los Rios..... 126

Páginas.

A un desgraciado, poesía, por D. Francisco Perez Echevarría..... 133
Armonías, poesía, por D. Cárlos Coello..... 135
Indice del Año, por ***..... 136

GRABADOS.

Retrato de S. S. el Papa Leon XIII..... 5
Globo cautivo elevado en París durante la Exposicion universal de 1878..... 9
Retrato y autógrafo, en facsímile, de D. Pedro Calderon de la Barca..... 15
Retrato y autógrafo del P. Juan de Mariana..... 17
— — del Padre Maestro Fr. Gabriel Tellez (*Tirso de Molina*)..... 19
Retrato y autógrafo de Miguel Cervántes Saavedra... 21
Madrid.—Estátua de Cervántes, en la plaza de las Córtes..... 23
Argamasilla de Alba: Casa del alcalde Medrano, donde se dice que estuvo preso Cervántes 24
Retrato y autógrafo de Don Luis de Góngora..... 25
— — de Don Leandro Fernandez Moratin..... 27
Puerta del Sol, en Madrid..... 29
Retrato y autógrafo de Don Antonio Solis..... 30
— — de Don Juan Ruiz de Alarcon.. 32
Exorcismo, cuadro de D. Serafin Martinez del Rincon, premiado con medalla de 3.ª clase..... 34
Retrato y autógrafo de Don Francisco de Quevedo Villegas..... 35
Retrato y autógrafo de Santa Teresa de Jesus..... 37
— — de Frey Félix Lope de Vega Carpio..... 39
Retrato de Doña Matilde Díez, distinguida intérprete de las mejores obras del Teatro antiguo español... 41
Retrato autógrafo del pintor Diego Velazquez, dibujado por D. F. Domingo..... 42
Retrato y autógrafo de Jerónimo Zurita..... 43
Busto de Goethe..... 45
Retrato de S. M. la Reina Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon..... 46
Madrid.—La Puerta de Alcalá..... 48
Canal del Lozoya: acueducto de la Sima y fuente del Depósito, en Madrid..... 50
Sobresalto de una madre: cuadro de D. Federico Jimenez y Fernandez..... 56
Madrid.—Vista exterior de la nueva Plaza de Toros.. 61
Un corazon de fuego y un corazon de mármol..... 62

(c) Ministerio de Cultura 2006

	Páginas.
Madrid.—Estanque grande del Retiro	65
Una bacante: grupo en mármol de M. Carrier-Belleuse	66
Vista exterior del Palacio Real de Madrid	68
Tipo español de la época de Goya, dibujo á la pluma de Mariano Fortuny	71
Exposicion universal de París: fachada principal del palacio del Campo de Marte	72
Exposicion universal de París: Palacio del Trocadero, visto desde la plaza del Rey de Roma	73
Primera sala de la Seccion española en el palacio del Campo de Marte	78
Experimentos practicados con el fonógrafo de Edison en la *Royal Institution* de Lóndres	84
Madrid.—El Ministerio de la Guerra	87
La Esclava: cuadro de D. Francisco Masriera, premiado con medalla	88
Madrid.—Casamiento de S. M. el Rey D. Alfonso XII con Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon, verificado en la basílica de Atocha el 22 de Enero de 1878	92 y 93
El embajador marroquí que vino á felicitar á S. M. el Rey, visita á su regreso la Alhambra y derrama lágrimas al recordar la historia de Granada	101
Retrato de Doña Cecilia Bölh (*Fernan Caballero*), popular novelista	103
Retrato de D. Miguel Antonio Caro, distinguido poeta colombiano	105
El Invierno y el Verano (alegorías)	109
Retrato de D. Eduardo Gasset y Artime, distinguido literato fundador de *El Imparcial*	111
Madrid.—Sala del teatro Real	114
Madrid.—Salon de Sesiones del Congreso de Diputados	116
Don Pedro de Valdivia, conquistador de Chile: cuadro de D. N. Ruiz de Valdivia, tomado de una estampa del siglo XVI	117
Madrid.—Cadáver de S. M. la Reina Doña María de las Mercedes, expuesto al público en el salon de Columnas del Palacio Real, el 27 de Junio de 1878	125 y 126
Retrato de D. Juan Mañé y Flaquer, director del *Diario de Barcelona*, decano de los periódicos españoles	131
Tipo de una mulata de las Antillas españolas, estudio del natural por D. A. Alfan	132
Madrid.—Edificio para la Biblioteca y Museos nacionales, en construccion en el Paseo de Recoletos	133
Cataratas del Niágara: Viajeros visitando la catarata llamada de *América*	134
Retrato de D. José Echegaray, eminente autor dramático	135
Mapa del Afghanistan, con indicacion de las fronteras de Rusia y la India inglesa	139

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA

ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PERIÓDICO ESPECIAL DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES.

DIRECTOR PROPIETARIO: **DON ABELARDO DE CÁRLOS.**

Año XXIII. **PROSPECTO PARA 1879.** Año XXIII.

Al preparar sus trabajos para 1879 la Empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, cree de su deber manifestar al público que la favorece, que constante en su propósito de mejoras y adelantos, no cejará ni un ápice en el camino que se tiene trazado, excusándose, por tanto, de hacer nuevas ofertas.

Considerándose obligada á corresponder al creciente favor del distinguido público á quien consagra sus tareas, no omitirá medio alguno, por costoso que le sea, para que

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

continúe siendo el periódico predilecto de los amantes del progreso, de las Artes, de las Letras y de las Ciencias.

BASES DE LA PUBLICACION.

Como los años anteriores, se publicará los dias 8, 15, 22 y 30 de cada mes un número de 16 páginas, la mitad de ellas con grabados, cuya ejecucion sigue confiada á nuestros primeros artistas, así como la literaria á los más notables escritores.

La série de suplementos será, cuando ménos, igual á la del año anterior, y de grabados especiales, formando todo dos grandes volúmenes, para los cuales en Junio y Diciembre se darán los índices y portadas necesarias.

Esta notable Revista publica en sus páginas no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino tambien cuantos monumentos artísticos y notables existen en España y América.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un año, **35** pesetas.—Seis meses, **18.**—Tres meses, **10.**

PROVINCIAS Y PORTUGAL.

Un año, **40** pesetas.—Seis meses, **21.**—Tres meses, **11.**

EXTRANJERO.

Un año, **50** francos.—Seis meses, **26.**

EN CUBA Y PUERTO-RICO.

Un año, $ **12.**—Seis meses, $ **7.**

EN FILIPINAS.

Un año, $ **15.**—Seis meses, $ **8.**

En los demás estados de América fijan el precio los señores Agentes, con arreglo al estado de los cambios sobre Europa.

Los que se suscriban por todo el año 1879 adquirirán el derecho de que se les haga un 25 % de rebaja en el precio del periódico de Señoras y Señoritas, titulado LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, cuya importancia es bien reconocida por las Señoras Madres de familia.

A las personas que deseen conocer la publicacion, tanto la Empresa como los Sres. Agentes remiten números de muestra y prospectos gratis.

(c) Ministerio de Cultura 2006

AÑO XXXVIII.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

PROSPECTO PARA 1879.

Que el periódico **LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA** es de imprescindible necesidad en toda casa de familia, lo prueba incontestablemente la larga existencia que cuenta, puesto que el presente Prospecto para el año de 1879 indica el XXXVIII de su publicacion; y la Empresa, que consagra todos sus afanes, desde la fundacion del mismo, á satisfacer las crecientes necesidades que impone el adelanto progresivo de nuestra época, ha visto realizadas sus constantes aspiraciones, que han sido y serán siempre *enseñar deleitando*.—¿Qué profesora en labores, en córte de patrones y confeccion de vestidos, puede instruir con más perfeccion á una jóven Señorita, que los modelos que publica en sus páginas LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA?

¿Qué libro puede proporcionar á sus hijas la cariñosa Madre de familia, más selecto, más moral y más instructivo, que la série de novelas, poesías, revistas, cartas y gráficas explicaciones que aparecen en los números de la misma MODA?

Respondan de ello las Familias Españolas y Americanas, que año tras año vienen contribuyendo con su óbolo al sostenimiento de una publicacion que tantas ventajas proporciona al bello sexo en general y á las jóvenes Señoritas en particular.

Constante la Empresa en cumplir los deberes á que está obligada, ofrece para 1879 introducir en la publicacion cuantas mejoras le sean posibles, tanto en la parte material como en la de fondo, á fin de demostrar el agradecimiento en que se halla por el favor que recibe del público ilustrado.

BASES DE LA PUBLICACION.

Sale á luz los dias **6**, **14**, **22** y **30** de cada mes, y cada año forma un hermoso volúmen de unas **1.200** columnas gran folio, de escogida lectura, conteniendo sobre **3.500** grabados intercalados de las más recientes modas y toda clase de labores propias de señoras; **48** figurines grabados en acero é iluminados con colores finos;—dibujos de tapicería;—**24** grandes patrones tamaño natural, con más de **1.000** modelos de trajes, corazas, túnicas, delantales, abrigos y demas confecciones. Estos patrones alternarán con las grandes hojas de dibujos para bordados, que tanta aceptacion han tenido en años anteriores, y una coleccion de selectas piezas de música moderna para *canto y piano y piano solo*, originales de los maestros compositores más notables de España y del extranjero; **50** ó más ejercicios de ingenio, como son Saltos de Caballo ó Jeroglíficos; todo lo cual constituye un **PRECIOSO ALBUM**, digno de ocupar, por su belleza, lujo y utilidad, un lugar preferente, lo mismo en el gabinete de la aristocrática familia, que en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

La lectura es selecta é instructiva, y su contenido excede en el año de **10** tomos en 8.°

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN CUBA Y PUERTO-RICO.

Un año, $ **12**.
Seis meses, $ **7**.

EN FILIPINAS.

Un año, $ **15**.
Seis meses, $ **8**.

	1.ª EDICION.		2.ª EDICION.		3.ª EDICION.	4.ª EDICION.
	Madrid.	Prov.s y Portugal.	Madrid.	Prov.s y Portugal.	Madrid y Provincias.	Madrid y Provincias.
	Pesetas.		*Pesetas.*		*Pesetas.*	*Pesetas.*
Un año.....	37,50	40,00	28,00	30,00	20,00	15,00
Seis meses..	19,00	21,00	14,50	16,00	10,50	8,00
Tres id. ..	10,00	11,00	7,50	8,50	5,50	4,25
Uno id. ..	3,50	4,00	2,50	3,00	2,00	1,50

EN LOS DEMAS ESTADOS DE AMERICA
fijan el precio los Señores Agentes, con arreglo al estado de los cambios sobre Europa.

PAISES DE EUROPA
comprendidos en la union postal.
Un año, **50** francos.
Seis meses, **26**.

ADVERTENCIA.—Las señoras que se suscriban por todo el año de 1879 al periódico LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, propiedad de la misma Empresa, obtendrán la rebaja de 25 % en el precio de LA MODA ELEGANTE.

Las Señoras que quieran conocer la importancia y el esmero con que se publica LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, pueden pedir al Administrador algunos números de muestra, y les serán servidos grátis á correo vuelto.

ADMINISTRACION: Carretas, 12, principal, MADRID.

(c) Ministerio de Cultura 2006

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA POR LA EMPRESA DE

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Album poético español, por los Sres. Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.° mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

Várias obras inéditas de Cervántes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, por D. Adolfo de Castro; un tomo, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

Delicias del nuevo Paraiso, por D. José Selgas; 2.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Cosas del dia, continuacion de las *Delicias del nuevo Paraiso*, por D. José Selgas; tercera edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Amores y Amoríos, historietas en prosa y verso, por don Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

El matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico señor D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; edicion reformada; dos tomos, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

Cuarenta siglos, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este tomo ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Recuerdos de Italia, por D. Emilio Castelar; 3.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 6 pesetas.

Recuerdos de Italia, por D. Emilio Castelar; segunda parte; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

La cuestion de Oriente, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Principios generales del arte de la colonizacion. Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por D. Joaquin Maldonado Macanaz; un tomo en 4.°, 6 pesetas.

Un libro para las pollas, por D.ª Francisca Sarasate; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Disquisiciones náuticas, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor frances, 6 pesetas.

La mar descrita por los mareados; más disquisiciones, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor frances, 6 pesetas.

El Comendador Mendoza.—La Cordobesa.—Un poco de Crematistica, por D. Juan Valera; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Letra menuda, prosa y versos de D. Manuel del Palacio; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Un libro para las damas (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués, 2.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Un libro para las madres, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

La vida intima.—En la culpa va el castigo, por doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Hija, esposa y madre, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermana*, por D.ª María del Pilar Sinués; dos tomos, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

La Abuela, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Glorias de la mujer, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Las Esclavas del deber, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Cortesanas ilustres, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Sueños y realidades, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Guía ilustrada de Madrid, con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios; un tomo, 8.° prolongado, 6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

Venturas y desventuras, coleccion de novelas del capitan de navío, D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Adriana de Wolsey, original de Ventura Hidalgo, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

El Bazar, revista ilustrada, con preciosas novelas, como *Noventa y tres*, de Víctor Hugo; cuatro tomos, 25 pesetas.

Nuevos poemas y doloras, por D. Ramon de Campoamor, 4 pesetas.

El mundo invisible, continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas, 4 pesetas.

Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por Julio Monreal, 4 pesetas.

EN PRENSA.

Una docena de cuentos, por D. Narciso Campillo.

Los Países Bajos vistos por alto, narraciones de viaje, por D. José de Castro y Serrano.

El Sol de invierno, por D.ª María del Pilar Sinués.

Manual de La Moda Elegante.—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas.

NOTA.—Los precios que anteceden, entiéndase que son en Madrid.—Los envíos á América se hacen en encuadernaciones, cuyo coste es de una peseta por volúmen, por lo que, el que desee recibirlos á la rústica, debe expresarlo al hacer el pedido.

(c) Ministerio de Cultura 2006